



LA REBELIÓN DE LADY IONA

DOROTHY MCFALLS

LA REBELIÓN DE LADY IONA

Dorothy McFalls

Derechos de autor © 2007 Dorothy Mcfalls

Reservados todos los derechos. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación, ni transmitirse, de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro), sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como del editor mencionado anteriormente de este libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. El autor reconoce el estado de marca registrada y los propietarios de las marcas comerciales de varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso. La publicación/uso de estas marcas comerciales no está autorizada, asociada ni patrocinada por los propietarios de las marcas comerciales. Imagen de portada: Louise of Mecklenburg-Strelitz, 1802, Por Jozef Maria Grassi (1757-1838) [Dominio público], via Wikimedia Commons http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Louise_of_Mecklenburg-Strelitz.PNG

Traducción al español: Elizabeth Garay

Dedicatoria Para mi papá, Robert McFalls, un padre maravilloso y orgulloso veterano de la Segunda Guerra Mundial. Sé que le habría encantado esta historia. Y para Jim, que en estos últimos meses ha sido el pegamento en mi vida. Los quiero mucho a los dos.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>Prólogo</u>	
<u>Capítulo Uno</u>	
<u>Capítulo Dos</u>	
<u>Capítulo Tres</u>	
<u>Capítulo Cuatro</u>	
<u>Capítulo Cinco</u>	
<u>Capítulo Seis</u>	
<u>Capítulo Siete</u>	
<u>Capítulo Ocho</u>	
<u>Capítulo Nueve</u>	
<u>Capítulo Diez</u>	
<u>Capítulo Once</u>	
<u>Capítulo Doce</u>	
<u>Capítulo Trece</u>	
<u>Capítulo Catorce</u>	
<u>Capítulo Quince</u>	
<u>Capítulo Dieciséis</u>	
<u>Capítulo Diecisiete</u>	
<u>Capítulo Dieciocho</u>	
<u>Capítulo Diecinueve</u>	
<u>Capítulo Veinte</u>	
<u>Capítulo Veintiuno</u>	
<u>Epílogo</u>	
<u>Gracias por leer esta historia</u>	
<u>Acerca de la autora</u>	

Prólogo

Mayo de 1814

Lord Nathan Wynter abrió un ojo y luego el otro. Su cuerpo se sentía saciado y pesado como si pudiera dormir eternamente, pero, ¿qué le había despertado? Aguzó el oído en el silencio de la oscura habitación. Nada.

Era extraño. Rara vez se despertaba en medio de la noche sin ningún motivo. Apartó suavemente el brazo delgado y pálido que cubría su pecho desnudo y se deslizó fuera de la gran cama con dosel.

Una corriente de aire helado golpeó como un puñetazo su estómago. De hecho, debía ser tarde para que las brasas se hubieran enfriado por completo. Aunque era casi verano, las noches en Dundas Manor, a solo medio día de viaje al norte de Edimburgo, todavía eran lo suficientemente frías como para hacer que un hombre temiera por sus partes privadas.

Nathan habría escapado a un clima más cálido hace más de un mes si no fuera por la ardiente, aunque a veces tosca, Sra. Jane Sharpes, que había heredado Dundas Manor y que hacía un trabajo maravilloso manteniéndolo abrigado bajo las sábanas.

Jane se estiró como un gato perezoso y murmuró en sueños. Estaba solo medio cubierta por las pesadas mantas de la cama. El frío nunca parecía tocarla. Su larga y bien formada pierna izquierda estaba expuesta. La piel cremosa parecía brillar en la penumbra. Su cabello negro azabache se acumulaba alrededor de su cabeza como un halo oscuro y sedoso. Un tirón de lujuria lo endureció.

Dios mío, debería estar exhausto sin remedio, sin pensar en nuevas formas de saborear cada bendito centímetro de ella. Jane tenía un apetito insaciable de hacer el amor. Siempre estaba provocando su cuerpo hasta llevarlo a un estado frenético; el lord la amaba, varias veces por noche. Era un milagro que el señor Sharpes no hubiera muerto en esa misma cama después de doce años de matrimonio con Jane.

Sharpes, en cambio, había tenido la mala educación de desplomarse en medio de un salón de baile en Londres, muriendo en el acto. Había sido todo un espectáculo, elevando a su esposa, que al momento había sido bastante ignorada, a una popularidad que solo rivalizaba con la del propio príncipe regente.

Ah, ganarse el afecto de la encantadora y rica viuda no había sido una tarea fácil. Todos los bribones de Londres se habían preparado para que ella los aceptara. Nathan había usado todos sus encantos libertinos para atraerla hacia él, sorprendiendo a la *alta sociedad* de las matronas en el camino. Una noche famosa, actuó de manera demasiado escandalosa y fue sorprendido en una posición bastante comprometedoras con Jane, en la galería de retratos del conde de Davenport. Como resultado, tanto Jane como Nathan se sintieron obligados a huir al norte, a la finca de su difunto esposo, y temblar en el aire frío mientras terminaba la temporada en Londres.

Según una carta que había recibido hacía unos días del vizconde Evers, las chismosas de la ciudad se habían aferrado fuertemente al escándalo. Su nombre seguía siendo tema de conversación en los salones de té y en las veladas, destrozando lo poco que le quedaba a su ya completamente denigrada reputación.

Su padre, un riguroso defensor de la propiedad, debía haber tenido ataques.

Nathan se habría reído entre dientes al pensar en su viejo y malhumorado papá resoplando por la desvencijada Callaway Abbey, con el rostro sonrojado, si sus labios no hubieran estado tan

condenadamente fríos. Se puso una gruesa bata de terciopelo y se golpeó los brazos con las manos.

«Vuelve a la cama, mi linda y joven mascota», dijo Jane. Su voz de barítono era más profunda por el sueño y el deseo.

El cuerpo de Nathan se tensó instantáneamente, listo para otra ronda con Jane en su cama. Sin embargo, su mente desordenada se resistió.

Mi linda y joven mascota, así lo había llamado. Esas palabras cariñosas salían con inquietante frecuencia de sus labios carnosos y rojos, mientras exigía sus atenciones en *su* cama y en *su* casa. Durante los últimos días, había comenzado a sentirse como una versión masculina de una amante. Un hombre mantenido.

La idea estaba disminuyendo.

«No estarás todavía haciendo pucheros por las palabras que solté esta noche, ¿verdad?». Ella se apoyó en un codo. «Ya me disculpé por hablarte como a un sirviente. Pero en serio, cariño, esta es mi propiedad. No deberías haber intentado interferir con su gestión».

Nathan apretó los dientes para evitar que ambos dijeran algo de lo que se arrepintieran y se acercó al aire fresco que se acumulaba alrededor de la ventana. Malditas sus maneras seductoras, su cuerpo realmente dolía por lo que Jane le estaba ofreciendo.

«Escuché un sonido extraño, creo», dijo y miró hacia la oscuridad. Un brillo anaranjado apagado de la luna llena logró asomarse a través de las pesadas nubes e iluminar con su suave luz los jardines y el parque que rodeaban la casa solariega. En un momento, volvería a la cama y cedería a sus necesidades básicas. Se preocuparía por su autoestima por la mañana.

Estaba regresando a la cama cuando un movimiento entre los árboles llamó su atención. «¿Qué es eso?». Casi presionó su nariz contra el frío cristal para verlo mejor. Un jinete solitario se aproximaba a la mansión a una velocidad vertiginosa. Las patas del caballo y los brazos del jinete se difuminaban en la noche desolada.

Se volvió hacia Jane. «¿Quién podrá ser a esta hora?».

Jane se encogió de hombros con elegancia y se levantó de la cama. «Supongo que estamos a punto de descubrirlo», dijo con un suspiro dramático.

Ella le ofreció su postura más tentadora, mientras permanecía en todo su esplendor, sin duda sabiendo que él ardería y se volvería tan duro como los ladrillos que recubrían la chimenea. Se tragó un trozo de lujuria y arrojó un vestido de seda perlada en su dirección. Los labios de la mujer se fruncieron en un ceño que amenazaba con imitar sus cejas mientras se ponía el vestido sobre sus delgados hombros.

Diez minutos más tarde, la doncella de ojos somnolientos de Jane apareció en el dormitorio. «¿Usted tocó la campana, Sra. Sharpes?», preguntó la chica con un amplio bostezo.

Jane golpeó el suelo con el dedo del pie. «Ve a averiguar quién ha llegado ahora y ha perturbado nuestro sueño».

«Sí, señora Sharpes», dijo la joven. Hizo una pequeña reverencia antes de desaparecer de nuevo por el pasillo oscuro.

«Yo mismo habría bajado», dijo Nathan. «No tenías que despertar a toda la casa para esto».

«Pero yo estoy despierta. E infeliz, ya que has huido de mi lecho. ¿Por qué no habría de despertar a los sirvientes?».

«¿Por qué?», dijo él secamente.

¿Cuándo habían dejado de encantarle sus modales altivos?

La doncella somnolienta regresó pronto. «Es un mensajero, señora Sharpes». Hizo una rápida reverencia antes de entregarle a Nathan un pliego de papel cuidadosamente doblado.

«¿Es para mí?», preguntó él y se mordió el labio inferior mientras le daba a la criada una sonrisa pícaro. Aceptó el candelabro de plata con su vela parpadeante de sus esbeltas manos y lo sostuvo en alto para poder revisar el papel. La carta no tenía ninguna marca de identificación, pero estaba sellada con una simple gota de cera roja.

«¿Qué tanto miras con tanto asombro? Vete de aquí, muchacha tonta», dijo Jane de manera bastante petulante.

La criada se sonrojó profundamente y bajó la mirada. Hizo una reverencia mientras se alejaba corriendo, casi tropezando con sus propios pies.

Nathan se preguntó por el extraño comportamiento de la chica hasta que notó que su propia bata se había abierto. A la doncella se le había dado una vista sin obstáculos de todo el largo de su pecho desnudo y de un poco más abajo. Se sintió a punto de sonrojarse.

Ni siquiera había pensado en ponerse unos pantalones o un camisón antes de su llegada. ¿Realmente su maldad lo había hecho tan inmune a las sensibilidades de los demás?

Oh, bueno. Una risa amarga escapó de sus labios. No había esperanza para ello. Así era la vida de un libertino irredimible.

Rompió el sello de lacre para leer la carta. Sin duda, algunas noticias interesantes detallando la reacción de la *alta sociedad* ante su última caída en desgracia.

«¿Sí?», Jane se deslizó hasta él, pero se detuvo justo antes de mirar por encima de su hombro. Ella se acercó y tocó su pecho. Sus dedos errantes descendieron más y más con cada tentadora caricia.

«Dios mío», fue todo lo que Nathan pudo decir al principio. Apartó a Jane y volvió a leer la carta de principio a fin.

El hombre de negocios de su padre había redactado las palabras. Ni su hermano ni su madre. El maldito hombre de negocios de su padre le había escrito a Nathan porque nadie más consideraba importante que él lo supiera... y pronto sería demasiado tarde.

«Debo ir a casa», dijo Nathan. De repente su cabeza se sintió tan fría como su corazón. Parecía que no podía apartar los ojos de la carta. «Debo irme de inmediato. Mi padre... mi padre podría ya estar muerto».

Capítulo Uno

Julio de 1815

Lady Iona Newbury corrió por el pasillo con un puñado de su falda de muselina azul claro entre los dedos. Estaba completamente sorprendida consigo misma por llegar tarde al té. La tarde había pasado sin que ella se diera cuenta, lo cual era de lo más inusual. Casi nunca llegaba tarde.

Por supuesto, tenía una excusa. El día anterior, su familia se había mudado a su casa de estilo georgiano en Royal Crescent y había ayudado a su doncella a desempacar, pasando la tarde llevando cestas a varias viudas que residían en la ciudad durante todo el año. Un murmullo de voces se elevó detrás de la puerta cerrada del salón. Iona respiró hondo. Por lo que parecía, todo Bath había elegido hoy hacer una visita amistosa.

Pero por supuesto que lo harían. Su padre, el duque, era una figura demasiado popular en la muy formal ciudad.

Redujo el paso y se alisó la falda antes de girar el pomo de latón ovalado, con incrustaciones de rosetas, del salón. No había abierto la puerta más que una pizca cuando escuchó su nombre claramente pronunciado desde adentro.

Se paralizó.

«No puedes pretender defender a tu hermana, Lillian», dijo una voz melodiosa perteneciente a la señorita Frances Cuthbert, hija de un miembro de la nobleza local. «Seis temporadas y aún sigue soltera. Se tiene que decir. Tu hermana mayor es encantadora. Sus mechones rubios brillan como la seda. Es su naturaleza obstinada lo que la ha colocado en un segundo plano».

¿En un segundo plano? Iona cerró los ojos y trató de respirar tranquilamente. El aire atrapado en su garganta parecía quedar estancado allí.

¡Seguramente 23 años estaba lejos de ser considerada una solterona!

«Ella es más bien como una tímida mojigata, ¿no?», dijo otra de las jóvenes damas de sociedad de Bath con una risita. «No, no te ofendas, Lillian. Solo pretendemos ayudarla. Debes intentar hacerla más osada. Me atrevería a decir que no es la terquedad de tu hermana lo que mantiene a raya a los solteros elegibles, sino sus modales absolutamente aburridos».

Iona apretó los puños y recuperó el aliento. El decoro y la cortesía eran rasgos importantes que debía mostrar una mujer, ¿no? Como hija de un duque, su comportamiento se reflejaba directamente en el honor de su familia. No podría haber otra manera de actuar de una hija obediente.

Seguramente ningún hombre se había asustado jamás por su comportamiento naturalmente tranquilo. Esas damas, que no eran más que vanas charlatanas que pretendían ser amigas íntimas y personales de Lillian, estaban equivocadas. A su personalidad no le faltaba nada. No era culpa suya que nunca hubiera encontrado un hombre digno de sus intereses.

Además, una mujer no necesariamente necesitaba un hombre para brindarle satisfacción y pasión a su vida. Podía encontrar esas cosas por su cuenta.

«¿Lady Iona?», una voz familiar llena de buen humor se encontraba caminando por el pasillo. «¿Qué estás haciendo con la oreja pegada a la puerta del salón?».

«Yo... eh... yo...», se alejó de la puerta con tal velocidad que casi se cae. Una mano sólida la agarró por el codo y la mantuvo firme. Levantó la cabeza recorriendo a lo largo del cuerpo del hombre hasta que fijó sus ojos en la brillante mirada azul celeste que pertenecía nada menos que al muy malvado Lord Nathan Wynter.

Una sonrisa torcida apareció en sus labios. «Tómese su tiempo, mi lady», dijo mientras ella seguía tartamudeando.

Sus pantalones color crema abrazaban sus piernas como una segunda piel, algo que, por supuesto, ninguna dama adecuada debería admitir haber notado. Un abrigo Wellington marrón de cuello alto que caía sobre sus anchos hombros solo dejaba entrever el chaleco verde lima que llevaba debajo. Su corbata estaba anudada con tanta elegancia que el mayor árbitro del gusto y el refinamiento, Beau Brummell, seguramente aplaudiría al verla.

Él se quedó de pie con las piernas abiertas, apoyó el brazo libre contra la pared y esperó mientras ella se recomponía. Tenía mucho dominio de sí mismo, era un caballero que se sentía cómodo consigo mismo.

Hacía dos veranos se habían hecho amigos íntimos. Su aparición sorpresa a su lado ahora deleitaba a Iona. Casi perdió el sentido y se arrojó a sus brazos. Una cálida sonrisa se formó en sus labios y casi cede al impulso cuando, deteniéndose, recordó los horribles rumores que rodeaban su reputación.

Aunque dos veranos atrás su amistad había sido perfectamente apropiada, ahora se le consideraba un libertino salvaje, uno de los peores de la *alta sociedad*, viviendo los dos últimos años de su vida sin aparente respeto por las restricciones morales. Los rumores sobre sus actos depravados circulaban por todos los salones de té y reuniones sociales.

Un rubor ardiente recorrió su piel clara hasta llegar a sus mejillas. No era un hombre al que una lady decente debería alegrarse de ver. Se aclaró la garganta y levantó la barbilla unos centímetros.

«Pido disculpas. Estaba a punto de entrar al salón cuando tú me asustaste». Ella asintió con desdén a Myers, el mayordomo de la familia, que permanecía impasible detrás del apuesto y ojos azules del lord.

Myers hizo una profunda reverencia y desapareció por una esquina.

«Estabas escuchando a escondidas», respondió lord Nathan tan juguetonamente como un cachorro en busca de un juego. Un indómito rizo rubio le caía sobre la frente. Él se quedó con la mano todavía en posesión de su brazo y frunció los labios de una manera totalmente innecesaria y provocativa.

Por todos los cielos, hacía dos temporadas, casi todas las jóvenes habían estado medio enamoradas de lord Nathan e Iona se había considerado afortunada de poder llamarlo un querido amigo. Hasta que... Oh, ¿por qué se había convertido en un mestizo en el que no se podía confiar?

«Te... te equivocas», logró susurrar. «Yo nunca...».

«Shhh...», él presionó un dedo enguantado contra sus labios y golpeó la punta de sus botas de húsar ennegrecidas con champán en el suelo de mármol. «No agreguemos la mentira a tu creciente lista de pecados».

El corazón le tronaba en la garganta.

También había sido hacía dos temporadas que la señorita Nancy Harriett había acusado a lord Nathan de seducir a una joven inocente sin ofrecer nombre. La chismosa señorita, cuyos padres vivían a solo un día de viaje de la propiedad familiar de Nathan, había insistido obstinadamente una y otra vez en que, varios años antes de que la señorita Harriett tuviera edad suficiente para hacer su presentación ante la sociedad, Nathan había arruinado a una chica misteriosa que vivía cerca de la aldea de la señorita Harriett. Él había arruinado a la pobre chica de manera tan devastadora que no tuvo más opción que quitarse la vida. La señorita Harriett, al encontrarse de repente en el centro de atención de la *alta sociedad*, rápidamente había adornado

su historia, añadiendo que Lord Nathan también había intentado seducirla en un pasillo de Londres. Un pasillo muy parecido a este.

La mirada de Iona recorrió la longitud del pasillo vacío.

Podía gritar, pero su dedo cálido estaba firmemente presionado contra sus labios. Se volvió muy difícil respirar. Ella apartó la mirada de él. ¿Era ese un brillo lujurioso que había visto reflejarse en sus ojos?

Dios mío, ¿y si los rumores fueran ciertos? Muy pocos en la sociedad habían creído la loca historia de la señorita Harriett hasta que éste se escapó a Escocia con la viuda Sharpes. Su repentina ausencia había planteado nuevas preguntas y engendrado una serie de nuevos rumores. Incluso las refinadas damas de la *alta sociedad* se vieron atrapadas compartiendo, en susurros en el salón, los sórdidos detalles de sus hazañas completamente libertinas.

¿Un libertino irredimible sería capaz de evitar intentar robar un beso? Sus labios estaban peligrosamente cerca de los de ella. Casi podía sentir su cálido aliento en su mejilla.

¿Cómo se sentiría su beso? Dos años atrás se había hecho esa pregunta con más frecuencia de lo que se sentía cómoda admitiendo. Dos años atrás había estado tentada de salir volando hacia sus brazos y robarse ella misma su primer beso.

Luchó por respirar tranquilamente mientras una nueva preocupación molestaba su mente temblorosa. ¿Y si quisiera más que un beso? No se atrevería a violarla allí, justo delante del salón de su padre, ¿verdad?

Y pensar que alguna vez lo había considerado un amigo...

El agarre sobre su brazo se hizo más fuerte mientras la atraía hacia el calor de su malvado pecho.

Ella gimió.

«Ahora, ahora», dijo él, pasando el dedo por sus hormigueantes labios. «No te desmayes por mí. Solo estaba bromeando sobre tus pecados. Estoy seguro de que eres tan irritablemente correcta como siempre».

Él le levantó la barbilla con el pulgar. En lugar de su habitual sonrisa deslumbrante había un profundo ceño fruncido. Sus cejas se arrugaron con visible angustia.

Él había dejado sus labios temblando, anhelando un beso. En lugar de dar un suspiro de alivio, solo sintió una extraña especie de decepción vacía retorciéndose en su estómago.

«¿No planeas seducirme?», ella preguntó.

Él la aleja de él a la velocidad del rayo. «¿Seducirte?». El color desapareció de sus mejillas. «¿Lady Iona? Yo... yo...», se pasó una mano por el cabello.

«Seguramente lo entiendes. Los rumores...», comenzó ella.

«Esperaba más de ti».

«Pero... pero tu reputación...».

«No puedo escuchar esto ahora», él giró sobre sus talones. «Aceptar la invitación de tu padre fue sin duda un error. Buenos días, mi lady».

Una nueva oleada de vergüenza subió a sus mejillas. Se presionó la cara con las palmas de las manos.

«Ay, querido».

«¿Iona?», su mamá, una visión de cabello castaño y sedoso y un rostro suave y juvenil, abrió la puerta del salón y salió al pasillo. «¿Dónde has estado?».

«Yo... yo...», tartamudeó, justo como cuando lord Nathan la había cuestionado. ¿Qué le había pasado? Nunca tartamudeaba. «Estaba a punto de entrar».

La mirada fría de la duquesa se posó en el rostro acalorado de Iona después de realizar una

inspección crítica del vestido de fiesta azul pálido que llevaba Iona con una faja de seda azul real atada justo debajo de sus pechos.

La duquesa asintió rápidamente con aprobación. «Llegas tarde», dijo con rigidez, usando su tono firme y regio. «Tu padre te había pedido que te reunieras con él en su estudio hace más de una hora. Simplemente tendrás que renunciar al té y presentarte ante él de inmediato».

«Sí, mamá». Iona hizo una mueca mientras inclinaba la cabeza. Qué tontería de su parte haberlo olvidado. Rara vez se le olvidaban asuntos tan importantes.

Papá había solicitado la reunión esa misma mañana mientras ella mordisqueaba una tostada untada con mermelada de fresa azucarada. Había aceptado de buena gana, por supuesto, y aparentemente con la misma facilidad había dejado que la cita se le escapara de la mente.

¿Qué mejor momento que ahora para informar a su padre de sus nuevos planes?

¡Ay, querida!

Ella se mantendría firme y finalmente le diría que no se casaría. En cambio, se convertiría en una mujer independiente. Una escultora, tal vez.

Él lo entendería... ¿no?

Empujó la puerta para abrirla después de dar dos golpes rápidos.

«Ah, ahí estás, querida», dijo su padre. Descartó las apresuradas disculpas de Iona y se sentó en una silla de cuero cerca de la chimenea. Se volvió hacia el aparador y se sirvió una copa de brandy.

Después de pasar los dedos por la suave escultura de mármol verde de su padre que representaba un caballo salvaje saltando en el aire, se sentó con las manos cuidadosamente cruzadas sobre el regazo y luchó contra el impulso de jugar con las cintas nacaradas que colgaban de su vestido. Su estómago se retorció. Sus nervios todavía estaban alterados por su encuentro sorpresa con lord Nathan, y ahora esto.

Temía saber ya el propósito de la atención de su padre. Ella no era una tonta, por supuesto que lo sabía. Aún así, de alguna manera logró aferrarse a su composición naturalmente plácida, al menos en el exterior.

«Ya verás, Iona, esto es lo mejor», dijo su padre, con la sonrisa tensa. No había ocupado su lugar habitual en la silla vacía de color burdeos frente a ella. A menudo se sentaban cara a cara junto al fuego para hablar sobre... bueno, asuntos sin importancia.

«Lo mejor», susurró ella. Su cabeza se volvió más fría que el día de invierno más húmedo y frío que Londres jamás hubiera podido ofrecer.

El verano ya estaba sobre ellos. La familia Newbury se mudaba desde Londres a su casa en Bath cada verano para que la salud de mamá pudiera beneficiarse de las propiedades reparadoras del agua.

Apenas habían desempacado.

«Tienes 23 años», dijo su padre e hizo una pausa. Sus pálidos ojos azul celeste se posaron en ella y una sonrisa arrugó las comisuras de sus labios. «23».

Su padre, el bastante austero duque de Newbury, era alto, delgado y muy rubio. Con un profundo suspiro, a menudo su tía había comentado que sus tres hijas no eran más que versiones femeninas de él mismo.

Su silenciosa adoración llenó el corazón de Iona, haciendo que lo que ella deseaba decirle fuera aún más difícil. Se esperaba que una joven lady se casara. Y se esperaba que la hija de este duque lo hiciera con un caballero con título y de considerable prestigio.

No tenía ningún deseo de decepcionarlo. Sin embargo, respiró hondo, tampoco tenía ningún deseo de casarse con *ningún* hombre. Ella abrió la boca para explicar su decisión cuando él se

aclaró la garganta nuevamente.

«Sí», dijo y se puso a pasear, «23 años. Ya eres una mujer adulta».

«Y casi firmemente colocado en segundo plano», dijo la madre de Iona desde la puerta. Entró en el estudio y cerró la puerta detrás de ella con un golpe.

Varias miradas silenciosas y tensas volaron entre el duque y la duquesa.

«Tengo derecho a estar presente», dijo finalmente la duquesa. El duque asintió bruscamente y se giró.

Las manos entrelazadas de Iona se apretaron y sus uñas se clavaron en su piel.

¿No se había dado cuenta papá de que había visitado el Museo Británico para dibujar la maravillosa variedad de figuras de mármol casi todos los días durante la última temporada social en Londres? ¿No había visto cómo ella se había vuelto cada vez más inquieta en su vida actual?

Ciertamente no había necesidad de que le temblaran los dedos de los pies en sus botas de cuero mientras veía a su madre caminar hacia ella y sentarse en la silla vacía generalmente reservada para su padre mientras él permanecía al otro lado de la habitación para servir otra buena cantidad de brandy en su copa de cristal finamente tallada.

Tomó un sorbo. Su ceño se hizo más profundo. «La temporada pasada en Londres me visitaron nueve caballeros muy elegibles y bien educados. Cada uno pidió tu mano en matrimonio. Me hubiera encantado llamar yerno a cualquiera de ellos».

El pecho de Iona se apretó. Su padre nunca pareció molesto cuando ella rechazó las numerosas ofertas de matrimonio que le presentaron. De hecho, había sentido que a él le agradaba su terquedad. ¿A qué se debía el cambio de actitud ahora?

«Temo por tu felicidad», dijo.

«Te estás ganando rápidamente la reputación de solterona en ciernes», dijo la duquesa. «Es muy vergonzoso».

Su padre suspiró. «Por mucho que lo desee, no puedes seguir siendo mi querida niña para siempre. Como un pajarito, tienes que dejar el nido para aprender a volar».

«Estoy de acuerdo, papá», dijo Iona. Ahora era el momento. Ella le contaría todo sobre su nuevo amor por la escultura. Él entendería su decisión de mudarse a una modesta cabaña en Londres y estudiar con uno de los artesanos locales, porque su padre la amaba y realmente deseaba su felicidad. Y sería feliz porque tendría independencia y, al mismo tiempo, nunca estaría demasiado lejos de su familia. «Creo que debería...».

Levantó la mano. «Sé qué es lo mejor», dijo él enérgicamente. Lanzó una mirada penetrante hacia la duquesa antes de apresurarse. «Y he tomado una decisión que servirá a los intereses de nuestra familia y te brindará un futuro estable».

«¿Sí?», preguntó Iona en el largo silencio que siguió. Su voz vaciló. «¿Un futuro estable?».

«No parezcas tan preocupada, querida. No voy a venderte al mejor postor». La sonrisa que creció en sus labios no se acercó a sus ojos preocupados. «He contactado a Lovington y está muy de acuerdo con la unión».

«¿La unión?».

«Byron y tú se casarán a finales de este verano», dijo la duquesa.

Su padre agitó la mano formando un gran arco sobre la extensión de la pesada habitación con paneles de roble. «Lovington algún día heredará todo esto. Y lo que es más importante, te convertirás en la próxima duquesa de Newbury».

La luz de la habitación se volvió de un blanco tenue, demasiado brillante para que su mente zumbadora pudiera soportarla. Se llevó las manos a los ojos y se alegró mucho de poder sentarse.

«No debería sorprenderme», murmuró. Este tipo de uniones ocurrían todo el tiempo. Se lo

esperaba. Tenían mucho sentido. Y amaba a su primo, Lord Byron Lovington. Pero era un tipo de amor fraternal. Sin ninguna chispa de pasión, en absoluto era el tipo de amor desgarrador retratado en las románticas pinturas y estatuas que había estudiado. Nada había estallado entre ellos. Prácticamente habían sido criados juntos.

Por supuesto, dado que los dos hermanos de Iona habían muerto durante los primeros años de su vida, Byron Lovington era legalmente el heredero de su padre. El título ducal y las propiedades estaban destinadas a que algún día las recibiera.

«Lovington está bastante ocupado lidiando con su compañía naviera. Lo que, con la derrota de Napoleón el mes pasado, ha tenido las manos ocupadas lidiando con todos los cambios en el negocio de las importaciones. No podrá reunirse con nosotros aquí en Bath hasta dentro de dos semanas». La reconfortante mano de su padre le acarició la espalda. «Esperaremos a hacer el anuncio oficial de su compromiso hasta que él llegue. Eso debería darte tiempo suficiente para acostumbrarte a la idea».

«Por supuesto», dijo ella, poniendo rígida la espalda.

Logró levantar la cabeza de sus manos y parpadear para disipar gran parte de la visión borrosa. Este matrimonio era lo que quería su padre. Como su hija, le correspondía a ella obedecer sus deseos. Era la hija buena, la obediente.

Sus padres ni siquiera le habían pedido su opinión. Simplemente esperaban que ella acatará su decisión.

Se obligó a sonreír. «Por supuesto», repitió. «Esto mantendrá el título ducal dentro de nuestra familia inmediata».

«Y serás feliz», su padre aplaudió su anuncio. «Casi lo olvido, querida. ¿Había algo que querías decirme?».

«No», dijo Iona, sacudiendo la cabeza. Sus sueños de independencia se escurrían como el agua de un balde que gotea. Por un breve momento, el rostro de lord Nathan apareció en su memoria. Existía un pícaro lo suficientemente valiente como para vivir como quería.

Y él era tan diferente de ella, como la noche lo era del día. La idea de lo que su inquebrantable obediencia había provocado amenazaba con enfermarla. Su puño se cerró y no se disparó en su regazo mientras su mente corría con pensamientos agitados que la instaban, mejor dicho, la obligaban a...

Presa del pánico, agarró un colorido jarrón oriental de la pequeña mesa al lado de su silla y lo estrelló junto con sus lirios morados contra la parrilla del fuego. Su madre gritó del asombro.

«¡No, papá! No lo aceptaré». Iona se levantó de un salto de su silla y plantó los puños en las caderas, imitando una postura que su hermana menor solía preferir cuando no estaba de acuerdo. «No seré conducida al altar como a un cordero. ¡Soy tu hija! ¡Merezco algo mejor!».

Un silencio absoluto le respondió. Su padre había retrocedido, con expresión vacía. La duquesa juntó los dedos delante de los labios y agitó las pestañas.

«¿Por qué, Iona, de dónde viene esto, niña?», dijo ella finalmente.

Las lágrimas inundaron los ojos de Iona. Su corazón latía patéticamente enfermizo contra su garganta. «Papá, he hecho planes para usar mi dote y mudarme a una pequeña cabaña en Londres, para...».

Él levantó su mano regia. Sus labios se apretaron en una línea sombría mientras tragaba profundamente. «Me atrevería a decir que deberías ir a tu dormitorio y recomponerte. Tienes dos semanas para acostumbrarte al matrimonio. Serás feliz con Lovington». Esto último parecía un decreto real.

«Pero papá...».

«Esto es lo mejor». Él se alejó de ella. La discusión había terminado. Al verlo lidiar con las rabietas de su hermana, sabía que ninguna cantidad de lágrimas o súplicas podría arrancar otra palabra de los labios de su padre.

Con la cabeza gacha, salió sigilosamente de la habitación. Realmente no había esperanza para ello; simplemente tendría que guardarse sus sueños. Eso era lo que haría cualquier hija obediente, soportaría todo.

Pero aún así, tenía que haber otra manera...

* * * * *

«Déjame ayudarte», gritó Nathan. Su obstinado padre, el marqués de Portfry, debería, como mínimo, apoyarse en su hombro mientras se preparaban para bajar del carruaje y cruzar la acera hacia la elegante casa de Bath. La casa era una de las 30 casas adosadas de piedra idénticas; la casa Newbury era una de ellas, que formaban el exclusivo Royal Crescent. El padre de Nathan, cuya principal preocupación era causar una buena impresión, había elegido meticulosamente esta casa en particular para alquilarla durante el verano.

Nathan había llegado a Bath varios días antes para asegurarse de que todo estuviera listo. Y a pesar de todas las desagradables quejas de su padre, Nathan realmente quería ayudar.

La piel de su padre parecía sorprendentemente pálida después del largo viaje en carruaje. No debería haberse levantado y caminado.

¿Adónde había desaparecido Edward? Su padre necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Todavía estaba demasiado enfermo, demasiado débil para caminar penosamente por la acera, y mucho menos subir un tramo de escaleras sin la ayuda de un ejército.

Aunque no tan débil como para no tener a todos los lacayos temblando en sus botas y manteniéndose a una buena distancia. La voz del marqués resonaba violentamente cuando anuló la orden de Nathan que ordenaba a los lacayos que sacaran al marqués del carruaje y lo llevaran en brazos a la casa.

Aunque los sirvientes podrían sentirse intimidados por las bravuconadas de su padre, Nathan no. Su determinación se mantuvo firme. Tenía que proteger a su padre de una recaída, incluso si tuviera que arrastrar a la obstinada cabra adentro y subir las escaleras solo.

«Deja de molestar, cachorro insolente. Deja de jalarme». Era lo más amable que el marqués le había dicho a Nathan desde su regreso a casa. No pudo evitar sonreír mientras pasaba su brazo por la espalda de su padre. Usó pura fuerza para hacer que el viejo terco aceptara su ayuda mientras se alejaban del carruaje.

«¡Maldita sea, eres la pesadilla de esta familia!», gritó el marqués frente a los sirvientes boquiabiertos, apenas dos pasos atrás. Y delante de tres damas, con los rostros ocultos detrás de sombreros escandalosamente anchos, que tuvieron la desgracia en ese mismo momento, de estar paseando por la amplia acera frente a la casa. Una lady, vestida con un vestido azul pavo real, hizo una pausa y levantó la cabeza. Su pequeña boca formó un puchero. Una sensación de reconocimiento se apoderó de las entrañas de Nathan cuando su mirada rozó la de ella.

Lady Iona.

«Indómito. Mal portado. Mi mayor vergüenza, muchacho. Lamento el día en que naciste. ¡Lo lamento!»

Nathan apretó la mandíbula y se alejó de lady Iona, mirando en cambio la fachada de columnas jónicas gigantes de Royal Crescent. Su reputación ya estaba tan golpeada que dudaba

que los desvaríos de su padre pudieran causarle mucho daño. Aun así, un escalofrío de vergüenza lo recorrió.

Una vez había considerado a lady Iona como una amiga. Pero ahora, como todas las demás damas decentes de la *alta sociedad*, aparentemente se sentía obligada a proteger su virtud contra un pícaro como él.

Más era la lástima.

Caminó penosamente por la acera y entró en la casa con su padre apoyado cada vez más en su brazo.

Había sido un año largo viendo a su padre luchar con su enfermedad. Hacía poco más de un año, el marqués simplemente había estado demasiado enojado, demasiado terco para permitir que el Ángel de la Muerte se lo llevara ese día de finales de primavera.

Nathan no podría haberse sentido más aliviado. La recuperación de su padre le había brindado una especie de segunda oportunidad. No es que su regreso a casa hubiera sido fácil.

«Así que has venido», había dicho su hermano mayor, Edward, con el labio fruncido la noche en que Nathan finalmente regresó a su casa en Callaway Abbey. Había puesto a Nathan en el vestíbulo con las piernas apoyadas y los brazos apretados sobre el pecho. «No eres bienvenido aquí. No sé si derribarte contra el suelo con mis propias manos o pedirle a un lacayo que lo haga por mí».

Edward no había hecho ninguna de las dos cosas. En realidad, no había tenido ninguna oportunidad. Durante el momento siguiente, una doncella había sollozado ruidosamente, enviando a Edward y Nathan corriendo escaleras arriba, dando dos pasos a la vez y corriendo hacia el dormitorio del marqués.

Su padre se revolcaba en medio de su cama con dosel gigante. Mostrando un espantoso tono gris verdoso, jadeando débilmente y pareciendo ser su último movimiento, se había quedado muy quieto. Sus párpados estaban abiertos para dejar que sus ojos nublados miraran fijamente al techo.

La mirada de la muerte.

Nathan apretó los puños, pensando que había llegado demasiado tarde. Pocos minutos de retraso, pero tarde, de todos modos.

Su madre estaba arrodillada junto a la cama, lamentándose suavemente. Sus mejillas se humedecían por un flujo constante de lágrimas.

Así que el vejete había abandonado el mundo, pensó Nathan, sin más, sin siquiera una palabra de despedida ni una petición de perdón. Qué gran chiste. ¿Había intentado su padre alguna vez amarlo, a su hijo menor? ¿Realmente no quedaba nada después de apilar todo ese cariño en su primogénito?

«Maldita seas», soltó. La maldición salió de los labios de Nathan sin pensarlo. Después de meditarlo un momento, lo repitió, más fuerte y con mucha más convicción.

«¡Maldito seas!».

Los ojos aparentemente muertos del marqués se movieron.

«¿Te... atreves... a maldecirme...?». Como un estertor de muerte, las palabras retumbaron de los delgados labios de marqués. Respirando entrecortadamente.

El tiempo pareció detenerse y congelarse. El marqués respiró otra vez, más profundo y más firme que la primera vez. La madre de Nathan se llevó las manos a los labios. La mandíbula de Edward cayó.

El marqués levantó un dedo tembloroso y señaló a Nathan. «Una amarga decepción». El color inundó sus pálidas mejillas. «Me avergüenza reclamarte como mi semilla».

Sus ojos se cerraron y el anciano se durmió. Durmió toda la noche y se despertó a la mañana siguiente de un humor terrible. Pero vivo.

Nathan supuso que estaba demasiado enojado con su hijo menor para morir.

Ahora, más de un año después, Nathan estaba encantado de ayudar a su padre a instalarse en Bath durante el verano. Dejó a su jadeante padre, que literalmente había perdido el aliento con tanto alboroto, en un mullido sillón de brocado en el salón delantero de la casa. Un sirviente salió corriendo a buscar una taza de té y otro en busca de una manta para su regazo.

La madre de Nathan, Lady Portfry, y la esposa de Edward, Maryanne, llegaron en el segundo carruaje. Entraron en el salón delantero, brillantemente decorado a rayas color crema y rojo, e inmediatamente se hicieron cargo del cuidado del marqués. Maryanne literalmente empujó a Nathan hacia el pasillo.

«Ve a buscar a Edward», ordenó. «Él debería estar aquí con nuestro padre, no contigo. Dios sabe lo que le habrás dicho a mi marido para echarlo así».

Satisfecho de dejar a su padre en buenas manos, Nathan le ofreció a su cuñada un enérgico asentimiento. Con una sonrisa alegre, cogió su sombrero de una mesa auxiliar de caoba y escapó al brillante Sol de la tarde. Edward era inteligente. Podría encontrar su propio camino a casa.

Entonces, en lugar de salir en busca de su hermano mayor, Nathan se dirigió hacia el centro de la ciudad, a su casa. Había alquilado un pequeño apartamento a unas manzanas de distancia, en la concurrida Lansdown Road.

Aquel día de verano el tiempo era excesivamente agradable. El Sol guiñaba un ojo detrás de unas nubes altas y esponjosas. El césped verde de los Campos Crescent adyacentes brillaba como si tuvieran incrustaciones de polvo esmeralda.

Como no tenía prisa por regresar a su reducido espacio vital, cruzó la calle para deambular por la zona verde. Allí, a lo lejos, vislumbró una falda azul pavo real que se arremolinaba con la ligera brisa.

Lady Iona. Ella y sus dos acompañantes caminaban a un ritmo absolutamente adecuado y tranquilo por el sendero de grava que atravesaba los verdes Campos Crescent. También parecían dirigirse hacia el corazón de la ciudad.

Un tintineo de risas se elevaba en el aire. Y Nathan no pudo evitar detenerse y mirar fijamente cuando lady Iona inclinó la cabeza hacia atrás y le sonrió a una de sus acompañantes.

Sería difícil para un hombre encontrar un modelo de gracia y virtud como ella en toda Inglaterra. Una dama así encajaría bastante bien en sus planes para Bath.

Se puso su brillante sombrero de castor en la cabeza y salió en su persecución. Él no acosaría a la dama. Oh no, ese no era su estilo. Solo echaría un vistazo más de cerca... por ahora. Naturalmente, llevaría tiempo llevar a cabo un plan de tal importancia.

Esta conquista sería muy diferente de cualquier otra que hubiera intentado. Y la tarea mucho más difícil gracias a su ya mordaz reputación. Por primera vez en su vida estaba al acecho, no en busca de una amante, sino de una esposa.

Capítulo Dos

«¡Mary Wollstonecraft, Mary Wollstonecraft! Si te oigo citar una cosa más de esa tonta mujer, te juro que gritaré», dijo lady Lillian, alzando la voz con un tono estridente que rápidamente acalló la lengua de Iona.

Iona sabía por experiencia desgarradora que las amenazas de su hermana menor a menudo se cumplían y que la bulliciosa Great Pulteney Street por la que paseaban hacia Sydney Gardens ciertamente no era un lugar adecuado para que la hija de un duque perdiera los estribos.

Lanzó una mirada nerviosa hacia la señorita Amelia Harlow, una joven y risueña dama que Lillian había invitado a ser invitada de verano en su casa de Bath. Amelia se había adelantado unos pasos para saludar a su hermano, el señor James Harlow. Ninguno de los dos pareció darse cuenta del arrebato de Lillian.

«Simplemente estoy diciendo que la satisfacción de una mujer no tiene por qué venir de su marido», dijo Iona suavemente. Demasiado tarde. Y a los oídos equivocados.

«¡Oh!», Lillian se quejó. «Estás citando a esa mujer otra vez».

«Por favor, esfuérzate por mantener la voz baja», la regañó Iona, su voz más suave que antes. Enganchó su brazo a través del de Lillian. Afortunadamente su hermana no sabía nada sobre su reciente compromiso matrimonial. Si nadie lo supiera... bueno, tal vez aún podría encontrar una manera de complacer a su padre sin tener que casarse con su primo.

«No es posible que creas lo que dices, Iona», dijo Lillian. Afortunadamente, su estridencia había disminuido. «Se espera que damas como nosotras atraigan a los mejores solteros y celebren grandes matrimonios. Esta charla sobre independencia solo te traerá problemas».

Por una vez, Lillian parecía completamente seria. Bajó la voz hasta casi un susurro y desaceleró el paso mientras se giraba hacia Iona. «Las damas están empezando a hablar. Después de seis temporadas en el mercado matrimonial, esta terquedad tuya ha hecho que las lenguas se muevan. ¿Hay algún hombre por ahí al que te estés reservando en secreto? La *alta sociedad* se lo está preguntando».

¿Había algún hombre en algún lugar del mundo que pudiera hacer que su corazón latiera con fuerza y que los días parecieran demasiado cortos? Iona se lo había preguntado muchas veces, había soñado demasiado con conocer a un hombre así, y una vez había pensado que tal vez...

Pero ya era demasiado tarde para fantasías tan encantadoras.

Cerró los ojos y trató de respirar tranquilamente.

«No seas tonta, Lillian», se atragantó con las palabras. «Bueno, mamá se casó hasta los 25 años».

«Papá tardó tanto en recobrar el sentido común», finalizó Lillian. «Pero tú ni siquiera tienes un prospecto. Has desdeñado a todos los hombres que muestran interés en ti. Hace dos veranos pensé que habías desarrollado cierto cariño por lord Nathan. Una pena respecto a él. Prometo que pronto tendrá un mal final».

Iona apretó los dientes. «Estoy segura de que no podemos creer todo lo que escuchamos sobre él». Aún así, el recuerdo de su reciente encuentro con el malvado lord aceleró los latidos de su corazón. ¿Qué lo había cambiado? Una vez habían sido amigos. ¿Qué lo había hecho volverse salvaje y peligroso?

«Vamos, Amelia nos está superando por al menos una cuadra. No nos gustaría que ella

terminara el laberinto antes de que nosotras lo empecemos».

Después de atravesar el popular hotel Sydney, que se encontraba en la entrada, entraron en los fragantes jardines. Sydney Gardens, como Vauxhall en Londres, era un jardín de recreo por suscripción que ofrecía una brillante variedad de entretenimiento, musical y teatral. A diferencia de Vauxhall, las plantaciones reales de Sydney Gardens contaban con una vertiginosa variedad de flora y colores.

Un serpenteante sendero llevó a Iona hacia el dosel florido de un bosquecillo de álamos negros. Adoraba la sensación indómita de vagar bajo los árboles. A diferencia del estricto orden impuesto en la mayoría de los jardines ingleses, los Sydney Gardens celebraban la naturaleza salvaje, aunque de una manera segura y bien planificada.

Iona y Lillian encontraron a Amelia y su hermano, el señor James Harlow, esperándolas no lejos de la entrada. Estaban parados bajo una glorieta sombreada de árboles Catalpa en flor con otro caballero que Iona reconoció de inmediato.

«Lord Grainger». Ella inclinó la cabeza en dirección al caballero de cabello oscuro. Iba vestido a la moda, con pantalones color beige, botas de montar brillantes, un chaleco a rayas rojas y blancas que hacía juego con las camelias cercanas, una corbata suelta y un abrigo de botonadura sencilla de color oliva que le sentaba como una segunda piel.

«Señoras». Lord Grainger Talbot hizo una reverencia al estilo corintio. Mientras se levantaba, su mirada plateada se fijó en la de Iona. «¿Puede que me permitan unirme a su paseo por el laberinto? Soy un gran amante de toda belleza, ya ven». Había una risa en su voz.

Había perseguido juguetonamente la mano de Iona durante toda la temporada casi de la misma manera. Rara vez lo tomaba en serio. Sin embargo, su repentina aparición en Bath provocaba que surgiera una pizca de duda. Cuando la mayoría de los amantes de la moda veraneaban en Brighton, disfrutando de una interminable serie de fiestas y bailes, ¿había elegido él Bath, mucho más reservado, por ella?

Ella casi declara que su mano ya estaba tomada... casi.

«Cuanto más, mejor», dijo en cambio, la tomó del brazo y condujo al grupo por un sendero que serpenteaba a través de un lecho de bocas de dragón ondeantes y llenas de diminutas mariposas amarillas.

En una semana y cinco días toda Inglaterra se enteraría de su destino.

A menos que...

No, debía obedecer los deseos de su padre. Esa larga noche de lágrimas después de haber desafiado abiertamente a sus padres le había hecho darse cuenta de una cosa importante. Mantener el amor de sus padres era más importante que perseguir la vanidosa esperanza de que algún día pudiera tropezar con la pasión de su corazón.

A menos que...

¿Era su imaginación? Miró por encima del hombro cuando el camino los llevó a doblar otra esquina amplia y logró echar un segundo vistazo. ¿Era el malvado lord Nathan el que estaba en el camino detrás de ellos? Se lamió los labios mientras se preguntaba qué travesura podría estar buscando en Sydney Gardens.

Allí se encontraron con la gruta apartada, de la que se rumoreaba que era un lugar popular para los amantes. ¿Se atrevería a intentar un coqueteo a plena luz del día? ¿Pero por qué no debería hacerlo? Tenía una cabeza particularmente inteligente e intrigante sobre sus anchos hombros, incluso si además lo atrapaban, ¿cómo le afectaría? Iona no pudo evitar pensar que una reputación destrozada como la suya debía ser terriblemente liberadora.

Su nombre inmaculado la había dejado a ella encerrada en una jaula dorada. Oh, carajo,

¿por qué a su padre se le ocurrió la brillante idea de que ella se casara con su primo el mismo día en que finalmente había reunido el valor suficiente para contarle sus planes de independencia? Quizá debería aprender lecciones del malvado lord Nathan.

«¿Qué significa esa mirada traviesa?», Lillian preguntó con su bonita frente arrugada. «¿Qué estás tramando?».

«Nada», dijo ella. Liberó su brazo del de lord Grainger.

«¿Lady Iona está conspirando?», dijo lord Grainger, haciendo reír al grupo.

Naturalmente, Lillian volvió a mencionar el tema de la moda cuando entraron al laberinto. Iona nunca había actuado impulsivamente o de una manera que hiciera levantar una ceja. Después de todo, como había oído susurrar en varias ocasiones, era una joven absolutamente obediente y terriblemente aburrida.

Si tan solo hubiera alguna manera de que ella pudiera cambiar eso.

Los caballeros acudían en masa a Iona como moscas a la miel. ¿Por qué no deberían hacerlo? Su alegre sonrisa y su delicada tez habían capturado el aliento en la garganta de Nathan la primera vez que se conocieron formalmente.

Esta tarde, él la siguió a través del retorcido laberinto verde como un cachorro enamorado. De vez en cuando la vislumbraba. Dobló una esquina y una vez más la vio a través de una abertura en el seto del laberinto.

Esta vez ella también lo notó. Ella se giró y le devolvió la mirada. Una curiosa mirada de determinación brilló en sus ojos.

Se cruzó de brazos y se mantuvo en su lugar, casi esperando que ella le indicara al atento lord Grainger Talbot o al Sr. James Harlow que se acercaran a él y le advirtieran en su nombre. Pero ella no lo hizo. Sus labios rosados se curvaron en una sonrisa irónica. En cambio, inclinó la cabeza en una reverencia burlona y, haciendo ondear el dobladillo de su vestido azul, desapareció.

Motivado, Nathan aceleró el paso. Tuvo que adivinar los giros que debía tomar en el maldito laberinto de hojas, sin estar del todo seguro de qué haría si alcanzaba a Iona y a su grupo de amigos. Seguramente lo ignorarían en directo, fingiendo no notar su presencia. Eso es lo que se les enseñaba a hacer a las mujeres jóvenes cuando se las encontraba en la misma compañía que un pícaro peligroso.

Era una lástima.

Dobló una esquina, pensando que estaba a pasos del centro del laberinto y descubrió que había llegado a un callejón sin salida.

«¿Estás perdida?», preguntó una voz alegre.

Se dio la vuelta.

Iona, bonita como una flor primaveral en los parterres del jardín cercano, parpadeó al mirarlo. Su vestido azul pavo real brillaba bajo el sol de la tarde como si lo hubieran decorado con rocío. Una sonrisa cubría su rostro. Ella inclinó la cabeza y lo estudió sin sonrojarse de vergüenza.

«¿Dónde está tu grupo de amigos?», preguntó él. Miró más allá de su hombro y no vio a nadie.

«Tomaron un camino diferente. Hice una pequeña apuesta con los demás a que un grupo no podría encontrar el camino al centro del laberinto antes que una sola persona».

Miró hacia el rincón sin salida donde ambos estaban parados y luego de nuevo hacia ella. «Parece que estás a punto de perder tu apuesta».

Ella dio un atrevido paso hacia él. «Para empezar, nunca quise ganar». Dio otro paso audaz,

acortando la distancia entre ellos. Era impropio que una doncella sin escolta estuviera tan cerca de él, un pícaro de renombre. «Quería robar unos momentos a solas contigo».

«¿Conmigo?», él tragó con fuerza.

No se le ocurría ninguna razón por la que una educada lady querría reunirse con él a solas, a menos que esa dama fuera demasiado atrevida y estuviera buscando un coqueteo.

Buen Dios, ¿podría ser verdad? ¿Podrían las mujeres buscarlo gracias a su reputación? No es que tuviera problemas para imaginarse a la encantadora lady Iona tumbada debajo de él. Desnuda. Deseosa. Y con muchas ganas de agradar.

Ese era probablemente uno de sus rasgos más atractivos. Ella se esforzaba por complacer a los demás. Todos los miembros de la *alta sociedad* sabían que había sacrificado su felicidad una y otra vez en beneficio de su hermana. Una vez que la convenciera de convertirse en su esposa, recompensaría su afán por complacer llenando sus noches de felicidad sensual.

El corpiño de su vestido de paseo azul pavo real tenía un atrevido escote, como dictaba la última moda. La mirada de él fue atraída hacia la parte superior expuesta de sus regordetes y virginales senos. Jugueteeó con sus guantes color canela sintiendo cada centímetro en el que la sociedad creía que se había convertido.

Sería bastante fácil actuar según los impulsos que de repente le daban vueltas en la cabeza. Con unos cuantos cumplidos cuidadosamente redactados, fácilmente podría alejarla de las miradas indiscretas.

¡Pero maldita sea! Esta era lady Iona, un modelo de rectitud. ¿Realmente ella deseaba...?

«Seguramente estás bromeando». Se alejó de ella hasta que su trasero quedó presionado contra el seto espinoso. Una rama se partió.

Si se aprovechara de sus deseos, o de los de él, destruiría cualquier posibilidad de reparar tanto su reputación como su relación con su familia. No. No. No. Ni siquiera para tener la oportunidad de saciar su hambre reprimida durante tanto tiempo se arriesgaría así.

«Rara vez bromeo», dijo ella suavemente. Extendió su brazo y colocó su mano delgada, enguantada de encaje, sobre el pecho de él.

Él arqueó una ceja. No le gustaba sentirse como un zorro acorralado. «¿Por qué me tientas así?».

«Tengo una petición». Su barbilla se movió hacia arriba. «Tú y yo nos hemos vuelto tan diferentes como lo es el oriente del occidente».

«Así es», estuvo él de acuerdo, sin querer adivinar la naturaleza de su solicitud. Adivinar solo lo estaba excitando demasiado. Hacer más solo traería problemas, de esos que generalmente terminaban con él mirando el cañón de una pistola.

«Deseo...», hizo una pausa y parpadeó pesadamente, volviendo su mirada hacia el cielo. Sus labios se torcieron y parecía a punto de estallar en un charco de lágrimas. Ella respiró fuerte y constantemente. «Has vivido tu vida, lord Nathan».

«Algunos dirían que la he vivido con demasiada pasión».

«En efecto», murmuró ella.

«¿Qué es lo que deseas, lady Iona? ¿Has venido en busca de ese beso que no pude robar de tus hermosos labios hace dos días?».

Un bonito sonrojo coloreó sus mejillas. «No», dijo sin dudarlo. «No, ni en sueños, quiero decir, me disculpo por insultarte. Deseo reparar el daño. De hecho, quiero renovar nuestra amistad». Ella dejó escapar un resoplido. «Hace dos años, conspiramos con éxito para ayudar a nuestros amigos a encontrar el amor. Lord Nathan, vengo a ti ahora con una tarea similar».

«¿Quieres volver a jugar al casamentero?», él se rió ante la idea. Se escuchó amargo. Dos

años atrás había ayudado a su amigo, el malhumorado vizconde Evers, a encontrar su corazón y casi pierde el suyo en el proceso. «Lo siento, mi lady. No puedo ayudarte».

«No me entiendes», dijo y lo agarró del brazo antes de que pudiera rodearla para irse. «Quiero que me ayudes a recuperar ese sentimiento de emoción cuando estábamos conspirando e intrigando». Suspiró y añadió sin aliento, «y quiero vivir verdaderamente cada día. En resumen, quiero que me enseñes a ser más como tú».

Se quedó mirando la delicada mano que rodeaba su brazo. Trató de convencerse a sí mismo de que el calor que sentía, irradiando desde donde ella lo tocaba, se debía a que el día era cálido y nada más. «No entiendes lo que estás pidiendo».

Ella se lamió los labios brillantes. Su mirada azul pálido atravesó su corazón. «Creo que lo hago».

«No podría», le quitó los dedos del antebrazo y acarició cada uno de ellos antes de soltarle la mano. Con grandes zancadas, dio varios pasos por el estrecho pasillo y se alejó de ella.

«Supongo que entonces simplemente tendré que pedirle al Sr. Harlow o a lord Grainger que me enseñen sus maneras pícaras».

Nathan se quedó paralizado. «No lo harías».

«Lo haré si es necesario», dijo. Su voz se había endurecido con resolución.

Conocía a ambos hombres, aunque no consideraba a ninguno de ellos como amigo.

Harlow era un petimetre, un joven sin ningún sentido común. Confundiría las cosas, llevando a la reservada Iona a una situación que seguramente arruinaría su reputación.

Talbot, en cambio, era mayor y más cuidadoso. Iona podría escapar ilesa de un encuentro con el pícaro, ya que él sería discreto. Pero Nathan no confiaría en Talbot solo con una inocente como ella. Él seduciría su inocencia y la dejaría con el corazón roto. Al igual que él, Talbot era un lobo, nada más que un animal salvaje al que nunca se le debía confiar las ovejas.

Nathan agarró los brazos de Iona. «No», dijo. «No perseguirás esta loca idea con ningún caballero. Visitaré a tu padre si me obligas».

El fuego brilló en sus ojos fríos.

«No lo entiendes», susurró. «No sabes lo que se siente moderar cada acción, ser obediente».

Bien podría haberlo cortado con una espada. Ella representaba todo lo que él deseaba ser. Ella era la luz del día de su perpetua pesadilla. Las damas como ella debían ser protegidas, resguardadas del lado más oscuro de la vida.

Pero si ella quería pasar tiempo con él, incluso para un propósito tan nefasto, tal vez él podría utilizar su locura en su beneficio.

«Muy bien», logró decir detrás de sus dientes apretados. «Sin embargo, yo elegiré el avance de las lecciones...».

«¿Qué significa esto?». La voz de Talbot retumbó justo antes de que una mano grande agarrara el hombro de Nathan y lo hiciera girar. «Cuando no lograste llegar al final del laberinto, me preocupé, lady Iona. Veo que esa preocupación no era infundada». Talbot cerró su mano derecha en un puño y la retiró. «Dime que intentó hacerte daño. Solo di la palabra».

«¡Detente!», Iona se metió entre ellos y levantó las manos. Su trasero redondeado se presionó contra Nathan. Él gimió.

Grainger debió haber notado el destello de lujuria. Su ceño creció y comenzó a mover el puño.

Iona levantó las manos. «No habrá absolutamente ningún golpe en mi presencia».

No era exactamente la defensa que Nathan esperaba de ella. Después de todo, ella lo había buscado. Aún así, el alivio lo invadió. De ninguna manera deseaba verse envuelto en una pelea

pública.

«Lo convocaré en tu nombre», proclamó Talbot y se quitó un guante. «Defenderé tu honor».

Nathan puso los ojos en blanco. Este fantoche estaba poniendo su valentía un poco exagerada. Conocía a Iona. No apreciaría que ningún hombre se batiera en duelo por su culpa. Los duelos no eran apropiados. De hecho, eran absolutamente ilegales.

Ella nunca toleraría algo así..., eso esperaba.

Ella se mordió la lengua más tiempo del que Nathan pensó sabiamente. El brillo de un asesino había comenzado a oscurecer los rasgos de Talbot. El hombre se golpeó el muslo con el guante. ¿Era esto lo que ella quería? Seguramente ella no entendía que la sangre y la muerte eran frecuentemente el resultado de los duelos.

Los duelos eran problemas innecesarios, esfuerzos tontos que con demasiada frecuencia eran perseguidos por maridos cornudos.

«No tienes ningún derecho sobre lady Iona», dijo Nathan. «No tienes derecho a defenderla».

«Basta de esta idiotez», ordenó justo cuando Talbot abrió la boca para discutir. «Escucho a Lillian acercándose. No la dejaré involucrada en una escena». Tomó a Talbot del brazo, lo hizo girar y le dio un buen empujón en la espalda hacia su hermana.

«Te haré cumplir tu palabra», dijo ella por encima del hombro mientras seguía a Talbot, balanceando sus delgadas caderas.

Nathan permaneció en el rincón. Cerró su boca repentinamente abierta.

«¿Era ese lord Nathan?», escuchó a Lillian preguntar, mientras el trío doblaba una esquina. «Por favor, júrame que no se volvió loco y trató de violarte».

Nathan gimió. Parecía que había dejado que la sociedad pintara una imagen sórdida de su carácter durante demasiado tiempo. Con todos los miembros de la *alta sociedad* desconfiando de él, conquistar a Iona como novia prometía resultar mucho más difícil de lo que inicialmente imaginaba.

* * * * *

Varias horas más tarde, Nathan bebió un trago de whisky y casi se cae de la tambaleante silla de madera. ¿O tal vez había sido el suelo el que se tambaleó? No importaba, de todos modos, no planeaba pasar mucho más allá de la alfombra a sus pies. El joven señor James Harlow ya se había desplomado sobre el tapete ‘Aubusson’ de color intenso y roncaba ruidosamente.

«Bebe», farfulló Lord Grainger Talbot. Echó más whisky de malta en los vasos de ambos. Un tipo muy servicial ese Talbot.

No hacía más de una hora, Talbot y Harlow habían aparecido en el pequeño apartamento que Nathan había alquilado. Los dos hombres habían irrumpido dentro sin permiso, completamente preparados para golpear la cabeza de Nathan contra las tablas del suelo.

Habría sido un maldito trozo de carne y huesos si los dos no se hubieran metido en una discusión sobre quién tenía derecho a defender el honor de lady Iona. Harlow insistió en que Iona albergaba una pasión secreta por él, lo que había enfurecido a Talbot.

Gracias a la rapidez de pensamiento de Nathan y a la botella de whisky de 15 años que había sacado de su reserva privada de bebidas espirituosas de contrabando, se había evitado toda violencia.

Nathan levantó su copa y estudió la distorsionada luz del sol poniente que entraba por la

impecable ventana de su estrecho salón y se curvaba como un colorido arco iris de tonos naranjas y rojos a través de su cristal finamente tallado. «Lady Iona necesita casarse», dijo.

«Ssssí», dibujó Talbot. «La chica es demasiado terca para su propio bien».

«No importa». Nathan golpeó su copa contra la mesa. Una buena porción de su bebida se derramó sobre el ya pegajoso escritorio. «Una mujer con su lind... line... emm... linaje podría servirle bien a un hombre».

«¿A un hombre como tú, supongo?».

«Ella podría hacerlo peor», dijo Nathan.

«Ahora me dirás que crees en las pequeñas hadas. Estás demasiado borracho para saber qué es real. Quizá deberías seguir adelante y desmayarte». Talbot le dio un empujón al hombro de Nathan.

En lugar de caer de bruces, Nathan saltó de su silla. «Qué maldita molestia», gritó. «Eso es lo que somos. Tú y tú...», señaló al inconsciente James Harlow en el suelo. «Y yo. Segundos hijos. ¿Para qué somos buenos? Solo estamos vivos porque nuestros hermanos mayores podrían iniciar esta espiral mortal antes de engendrar herederos. Mi padre divide su tiempo entre desearme al diablo y fingir que nunca nací. Y mi maldito hermano ya tiene un hijo propio. Entonces, ¿para qué les sirvo yo? Soy una maldita molestia, eso es lo que soy».

«Habla solo por ti, Wynter», dijo Talbot después de vaciar su copa de whisky. «Mi padre me presiona para que complete mis estudios y ocupe un puesto en el maldito clero. Quiere que me convierta en un maldito ciudadano productivo. ¿Te imaginas a mí, *a mí*, dando un sermón sobre los demonios del vicio? Pagaría un año de asignación solo para que mi padre me ignorara».

Harlow resopló desde el suelo.

«Tienes suerte», refunfuñó Nathan. «Vine a Bath pensando que tal vez podría...», agitó una mano en el aire y casi perdió el equilibrio. «No importa. No puedo lograr entrar en ninguna de las aburridas funciones de la sociedad de Bath gracias a su...», apartó el pensamiento enojado mientras la habitación daba vueltas a su alrededor. «No importa. ¿Quién querría ir a un maldito té o a un baile? Beberse todo. Este es un buen whisky y el comienzo de una buena noche. Ninguno de los dos debería desperdiciarse».

Talbot gruñó en señal de acuerdo y apuró su copa.

Nathan tomó su propia copa, pero terminó agarrándose la cabeza para protegerse del sonido fuerte y doloroso que golpeaba sus oídos. Quizás algún duende travieso se había metido dentro de su cabeza y le golpeaba el cráneo desde adentro hacia afuera. Maldita sea. Pagaría una preciada moneda para detener esos golpes.

«Alguien está llamando a la puerta», dijo Talbot. «¿No tienes un valet para ahuyentar a los invitados no deseados, Wynter? Esta botella ya está casi vacía. ¡Mándalos lejos! ¡Lejos!», lanzó un brazo al aire. «¡No hay suficiente para compartir!».

«Mi valet tiene el día libre». La verdad era que Nathan había enviado a su eficiente sirviente lejos. Freddie lo regañaría si viera a su amo en tan lamentable estado.

Los malditos golpes en la puerta continuaban.

«Bueno, alguien tiene que hacer que se vaya», dijo Talbot.

Harlow gimió y pasó un brazo por encima de su cabeza.

«Muy bien». Con la ayuda de la parte superior de su robusto escritorio, Nathan logró ponerse de pie. Tiró de su abrigo para alisarlo. No había esperanza para su corbata. La muselina almidonada estaba arrugada sin posibilidad de reparación. No importaba, planeaba abrir la puerta solo el tiempo suficiente para enviar al intruso con los implacables nudillos por su camino.

«Por favor», gruñó mientras abría la puerta, «detén ese maldito golpeteo».

Un andrajoso chiquillo rápidamente bajó el puño que había estado usando para prácticamente derribar la maldita puerta. «¿Sería usted lord Nathan Wynter, señor?», dijo el muchacho con languidez.

Nathan asintió, lo que hizo que el mundo volviera a tambalearse. «Maldita sea, ¿quién diablos quiere molestarme ahora mismo?».

El chico no respondió. Sus ojos crecieron hasta el tamaño de un par de protectores anchos mientras buscaba en el profundo bolsillo de su pantalón. Después de un momento de búsqueda frenética, el niño sacó un trozo de papel arrugado. Presionó la sucia nota en los dedos de Nathan y se alejó corriendo.

Nathan cerró la puerta y se apoyó en ella mientras miraba el papel que tenía en la palma de su mano.

«¿Quién diablos era?», Talbot gritó la pregunta.

Nathan desdobló la nota y leyó el papel florido.

Esta noche. A las once, fuera del Salón de Asambleas Inferiores.

Su entusiasta alumna.

Una mano femenina lo había escrito. Estaba firmado con floritura.

«Un maldito montón de problemas, eso es quien», dijo.

Capítulo Tres

Él llegaba tarde.

Iona se adentró más en las sombras, manteniéndose en el rincón más alejado del gran pórtico que daba a la entrada de los Salones de Asambleas Inferiores. Dio unos golpecitos en el cristal de su delicado reloj de bolsillo. Seis minutos después de las once.

Un par de miembros de la baja nobleza salían temprano del baile de gala. Sus risas tintinearón en el aire fresco de la noche. Iona presionó su espalda contra la pared de mármol, preocupada de que alguien pudiera notarla. Se había alejado de su familia unos minutos antes de las once, pensando que podría regresar antes del último baile de la noche, a medianoche. Si lord Nathan se demoraba mucho más, no tendría tiempo suficiente para enseñarle mucho de nada.

Visiones de él disfrutando descaradamente de una aventura con otra mujer surgieron a su vívida imaginación. Ella pateó la punta de su zapatilla de raso rosa contra el suelo.

El pícaro. Si no tenía intención de venir, al menos podría haber tenido la decencia de enviar una nota.

¿Le importaba tan poco su buen nombre? ¿Qué pasaría si la descubrieran acechando en las sombras sin una escolta adecuada? Se levantarían las cejas. La gente estaría susurrando detrás de sus manos.

Una sombra se movió a su lado. Captó un olor distintivo a miel y pino.

«Llegas imperdonablemente tarde», susurró.

«Mil perdones, mi lady». Se acercó y puso una capa oscura sobre su pelliza de crepé blanca. «En este caso particular, sentí que la discreción era mucho más importante que la puntualidad. ¿Nos vamos?».

Él le ofreció su brazo. Se había vestido como un pícaro peligroso. Su ropa era negra de pies a cabeza. Incluso su corbata estaba confeccionada con la muselina más oscura. Su sombrero estaba muy bajo sobre su cabeza y estaba inclinado hacia su nariz. Una persona tendría que mirar detenidamente y con mucha atención para reconocerlo.

En circunstancias diferentes, seguramente lo confundirían con un bandolero o un contrabandista.

Un escalofrío de miedo surgió en sus entrañas. ¿Qué sabía ella realmente sobre él? Ella tocó la pesada capa que él le había puesto sobre los hombros. Supuso que el color oscuro era necesario para servir de disfraz.

«No me burlaré de ti si deseas cambiar de opinión», dijo él, mirándola por encima de su larga y aristocrática nariz. Sus ojos azules parecían tan oscuros y vastos como el cielo nocturno. «Es un acto de considerable fe de tu parte poner tu reputación en mis manos de esta manera».

«Mi mente está decidida». Se puso la capucha de la capa sobre la cabeza, con cuidado de no perturbar la multitud de margaritas rosas enroscadas en su cabello. Ella puso su mano sobre su brazo. «Por favor, avanza».

Una mirada de picardía bailó en sus ojos. Sus labios se curvaron en una sonrisa completamente malvada que hizo que su corazón diera un vuelco.

Iona se lamió los labios. «Tengo menos de una hora antes de que me echen de menos. Espero que eso no sea un problema».

«Esta primera lección de libertinaje no debería llevar mucho tiempo, mi lady», respondió Nathan. Podría haber jurado que escuchó una risa suave escondida bajo su tono curiosamente

formal.

Ella lo agarró con fuerza del brazo mientras él la conducía en silencio por las calles de Bath. Los mantuvo ocultos en las sombras más oscuras cerca de los edificios mientras pasaban rápidamente junto a varios rostros familiares. No se había dado cuenta de cuánta gente caminaba por las calles después del anochecer. Bajó la cabeza y tocó con la mano el borde de la capucha. Su corazón latía con fuerza en su pecho.

Esto era una locura. La atraparían. Su padre frunciría el ceño en silencio. Su madre chillaría. Y ella perdería para siempre su condición de hija querida y obediente.

Cecile, su hermana mayor, era la afortunada, felizmente casada y engendrando hijos para su marido. Lillian, su hermana menor, era la belleza de la familia. Atrapada en el medio, Iona había sido relegada para siempre a interpretar el papel de niña buena, de joven tranquila y, más tarde, de mujer dócil.

Lord Nathan le puso un dedo en los labios mientras la conducía más allá de Abbey Street hacia “King’s Bath”. La luz reflejada por las farolas brillaba en sus ojos como estrellas. Una sonrisa apareció en la comisura de sus labios.

«En un momento pondremos a prueba tu temple», susurró. Él colocó su cálida mano enguantada sobre la de ella.

Se encontraron desplomado en la entrada de King’s Bath a un hombre con una gorra de tweed encima de su grasienta cabeza. Se animó ante su aproximación. Sin decir palabra, lord Nathan deslizó un puñado de monedas en la palma extendida del hombre.

«Mantuve el lugar abierto, tal como usted lo solicitó, mi lord», mencionó el extraño.

Lord Nathan le dio al hombre una palmadita amistosa en la espalda cuando pasó a la sala delantera de King’s Bath. Su agarre sobre la mano de Iona se hizo más fuerte. La condujo a un pasillo poco iluminado.

«¿Alguna vez te has dado un chapuzón en el agua?», preguntó.

«No en un baño público». Una vez había sumergido los dedos de los pies en las aguas sulfúricas de Bath mientras hacía compañía a su madre en uno de los baños privados.

Sin embargo, el King’s Bath estaba abierto a todos los que pudieran pagar la tarifa y los bañistas estaban en exhibición para cualquiera que paseara por la terraza o visitara la Sala de Bombas.

La guió unos pasos hacia abajo y abrió una puerta. La luz de la luna inundaba el pasillo. La fina niebla que se elevaba sobre las verdes aguas parecía brillar.

«¿No esperas que realmente entre al agua?», el pánico revoloteó en su vientre. «Estaría goteando cuando me devolvieras con mi familia en los Salones de Asambleas. Y se arruinaría mi vestido de noche».

Él se rió entre dientes y luego le quitó la capa de los hombros. «No espero que use su bata en el agua, mi lady».

Un rubor abrasador le picó las mejillas.

«¿Esperas que me desnude delante de ti?».

«Es lo que haría cualquier pícaro», demostró sus palabras quitándose el abrigo de noche y la corbata. Cuando él empezó a desabotonarse la camisa, ella se dio la vuelta.

«Esto no es correcto». De repente, sus piernas se volvieron acuosas.

«No, no lo es», estuvo de acuerdo. Le tocó ligeramente el brazo. «Enseñarte a ser más como yo es más que impropio, lady Iona. Está mal».

Ella respiró entrecortadamente. Su mirada se fijó en las aguas oscuras. ¿Estaría esperándola su libertad en las oscuras profundidades del baño? Quitarse el vestido y sumergirse en el charco

humeante no era algo que jamás hubiera soñado hacer. Quizás ese fuera el problema en su vida.

«Muy bien», dijo ella.

Exhaló un profundo suspiro. «Entonces te acompañaré de regreso a los Salones de Asambleas».

Ella se dio la vuelta. «No», ella agarró su mano antes de que pudiera abrocharse la camisa. Sus dedos enguantados rozaron la dura llanura de su amplio pecho. Tocarle tan íntimamente casi deshizo su resolución.

«Haré lo que me indiques».

«No lo dices en serio», le quitó los dedos de la mano. «No logras comprender lo que estás buscando aprender». Sus ágiles dedos trabajaron los botones de su camisa.

Ella parpadeó. ¿Había elegido esta tarea sabiendo que ella estaría demasiado sorprendida para intentarlo? ¿Realmente creía que ella carecía del espíritu para... para...?

Saltar al King's Bath en mitad de la noche *era* una imprudencia. Su corazón latía con fuerza como si estuviera a punto de estallar en su pecho. Ella cerró los ojos y respiró profundo. Luego se quitó los guantes. Y con varios giros rápidos, logró desatar sus cintas rosas, quitarse las pantuflas, el vestido y el corsé.

«¡Iona, espera!», gritó un momento antes de que ella bajara las escaleras hacia el baño vistiendo nada más que una fina camisa de lino que le llegaba no más abajo de las rodillas y un par de medias rosas.

El agua abrasadora picaba cada centímetro de su cuerpo.

No recordaba haberse sentido nunca más viva.

Nathan había esperado que la reservada lady Iona se sonrojara y tartamudeara ante su escandalosa sugerencia. Ni siquiera en su mundo de fantasías esperaba que ella se arrancara su virginal vestido blanco y...

¡Cielos del paraíso, un profundo rubor calentó *las* mejillas de él!

Había elegido aquel baño nocturno con plena confianza de que ella se negaría. La quería como esposa, no como cómplice del libertinaje. El camino que había emprendido estaba lleno de peligros y ruinas, no de libertad. Conocía demasiado bien la verdad sobre el estilo de vida de un pícaro.

Su plan era obligarla a ver, a darse realmente cuenta, el daño que le estaba pidiendo que le hiciera. Estaba seguro de haber elegido una tarea que la enviaría de vuelta a su deliciosamente apropiada vida.

Esa confianza se vio reforzada cuando la puso fuera de los Salones de Asambleas Inferiores. Parecía tan pura como una niña recién salida del aula. Llevaba un vestido de crepé blanco adecuado que estaba vendado justo debajo de sus pechos respingones con un satén rosa pálido. Margaritas en miniatura adornaban las mangas y el dobladillo. Las margaritas rosadas que adornaban su cabello rubio hacían juego con las flores de su vestido y tenían el mismo tono que las pantuflas de sus delicados pies.

Si no lo hubiera sabido mejor, la habría tomado por una jovencita experimentando su primer giro en el mercado matrimonial. Estaba fuera de los límites de la realidad imaginarla chapoteando en el agua humeante como una muchacha sin educación.

La lujuria le golpeó profundamente en el estómago. La observó mientras ella flotaba en la superficie como un exótico nenúfar. Sus mechones rubios helados y su corta bata blanca brillaban en marcado contraste con las aguas verde oscuro.

La escena extrañamente erótica le pareció surrealista. Se frotó los ojos, perdiéndose en la vista de cómo su camisa se pegaba a sus pechos deliciosamente regordetes. Nunca había visto a

nadie interpretar mejor el papel de seductora. Y dudaba que ella siquiera entendiera cómo su exhibición podía afectar a un hombre.

Si alguien más pasara por allí y la viera así, tendría que pagar un infierno.

Y ruina.

Su reputación ya estaba plagada de tantas grietas que dudaba que pudiera verse peor. Cualquier miembro de la *alta sociedad* simplemente sacudiría la cabeza, murmurando que no esperarían nada mejor de gente como él. Pero enviarla por el mismo camino que él había tomado hacia el infierno dos años antes iba en contra de la razón por la que, en primer lugar, había regresado a esta ciudad terriblemente aburrida.

Su visita a Bath fue el primer paso en su regreso a la sociedad. Había venido con humilde súplica, con la esperanza de reparar su nombre, no de clavar el último clavo en su propio ataúd.

Si arruinaba a la intocable lady Iona, hija del muy respetado duque de Newbury, tendría suerte si lo peor que sufriera fuera el destierro vitalicio de Inglaterra.

Lo más probable es que le dispararan.

¿Por qué diablos en primer lugar saltó al agua? Tenía que sacarla de ese maldito baño y devolverla al cuidado de su familia lo antes posible.

«No, no me agradezca. Estoy encantado de mostrarte las vistas nocturnas que la ciudad tiene para ofrecer, señora», dibujó un joven dandi. Un grupo de mujeres soltó risitas en respuesta. «Este es el famoso King's Bath».

La mirada de Nathan voló hacia la terraza que daba al baño. Tres caballeros y cuatro damas se acercaban rápidamente a la barandilla. Le echarían un vistazo y todo habría terminado para él.

Infierno y perdición.

Sin dudarlo un ápice, Nathan se sumergió, completamente vestido, en el agua.

«Respira hondo», advirtió a Iona y le empujó la cabeza hacia abajo.

Ella luchó contra él. El agua burbujeaba a su alrededor como una tormenta furiosa. Su pie golpeó su costado con suficiente fuerza como para hacerlo gruñir un juramento.

«Eh, tú allí», uno de los hombres del pequeño grupo se inclinó sobre la barandilla y gritó justo cuando Iona emergió, jadeando de debajo del agua. «¿Qué está pasando ahí abajo?».

«¿Estás tratando de asesinarme?», la voz ronca de Iona era apenas más que un susurro.

«Tenemos compañía», susurró Nathan.

Iona echó un vistazo, respiró hondo y volvió a sumergirse.

«He dicho», gritó el hombre que colgaba de la barandilla esta vez más fuerte. «¿Qué está pasando ahí abajo?».

«Se puso un poco pesado por el brandy y se cayó. Maldita suerte», gritó Nathan mientras guiaba a Iona, que se retorció y pateaba, hacia la columnata que cubría un lado del baño, haciendo todo lo posible por mantenerse entre ella y esos ojos curiosos sobre ellos.

Agitaba los brazos rápidamente cada vez que comenzaba a flotar hacia la superficie. Gracias a la oscuridad, parecía permanecer lo suficientemente lejos bajo el agua como para que su camisa blanca y su piel clara permanecieran ocultas a la vista. Las margaritas que habían adornado su cabello, una por una, subieron a la superficie alrededor de Nathan.

«¿Necesita ayuda?», preguntó una de las damas. «Parece que hay mucho chapoteo. Me atrevo a decir que no estás a punto de ahogarte, ¿verdad?».

No corría peligro de ahogarse, pero si no lograba que Iona se levantara pronto, lo estaría. Rezó para que, presa del pánico, ella no hubiera tragado demasiada agua.

«Vamos, te lo ruego. Dejen que un hombre se regodee solo en su tontería», gritó.

Afortunadamente, los escalones estaban a solo unos metros de distancia y en sombra. Sin

mirar atrás para ver si la audiencia que habían atraído todavía estaba mirando, sacó a Iona del agua y la arrojó sobre una cornisa de piedra.

Ella permaneció inmóvil durante un momento angustioso antes de levantar la cabeza y toser un charco.

Salió del baño y encontró la capa que había usado para ocultarla de los Salones de Asambleas. Con un aliento acelerado, se acercó a ella y se agachó a su lado. La pobre chica parecía miserable. Rápidamente envolvió la capa alrededor de su camisa empapada.

«¿Se han ido?», preguntó y rompió a toser de nuevo.

«Eso creo». Usó una esquina de la capa para secarle la cara y luego atrajo su cuerpo empapado entre sus brazos. Su corazón latía como el de un conejo asustado contra su pecho.

«Considerémonos afortunados. Ese grupo de vagabundos podría haberte visto flotando en toda tu...», se atragantó con el recuerdo y le dio un ataque de tos. «Toda tu gloria».

Sus vidriosos ojos azules se abrieron como platos. «Oh Dios», soltó ella.

«Oh, claro», respondió él, sintiéndose de repente un poco sin aliento. «Fuiste muy valiente al permanecer bajo el agua durante tanto tiempo».

Sombras oscuras rodearon sus ojos inusualmente brillantes. Los rizos, en su cabello una vez peinado por expertos, caían en un desorden irremediable sobre su rostro. Goteaba peor que un gatito empapado. Un ceño frunció sus cejas mientras se mordía el labio inferior.

Nunca había parecido más tentadora.

Curiosamente, ella se había transformado tantas veces esa noche que le dejó la cabeza dando vueltas. Primero había sido toda la inocencia de una colegiala, luego se había quitado su vestido virginal y flotaba en el agua como una sirena con el poder de seducir a un hombre hasta su perdición.

Sin embargo, ni la inocente ni la seductora lasciva parecían tan atractivas como la empapada Iona que ahora tenía en sus brazos. Con todas las pretensiones eliminadas, ella era simplemente una mujer.

Una mujer increíblemente deseable.

Y él era un hombre de sangre caliente.

Sus labios buscaron los de ella. El calor que crecía en el espacio cada vez más reducido entre sus cuerpos se filtró en su núcleo.

Ah, pero esos labios no eran suyos. Ella era la hija del duque de Newbury, se recordó él mismo. Y ella estaba en su momento más vulnerable, húmeda y tan cercana a la ruina como él esperaba que nunca estuviera. Aún así, parecía que no podía evitar probarlo.

Sus labios rozaron suavemente los de ella. La seda más fina no podría haber sido más suave. La miel más dulce no podría haber sabido más dulce. Aun así, intentó alejarse y fracasó.

Ella extendió la mano y pasó sus brazos fríos y húmedos alrededor de su cuello, haciendo casi imposible detener lo que él había comenzado tontamente. Cuando sus labios se separaron levemente con un suspiro, su conciencia perdió la batalla contra su lujuria. Profundizó el beso, planeando devorar sus labios como si fuera un dulce manjar.

Con agonizante cuidado, él se movió. La presión de sus labios contra los de él envió un temblor en espiral que perforaba más y más profundamente su esencia hasta que cada centímetro de su cuerpo palpitó con deseo. Sus lenguas se tocaron justo cuando su mano errante encontró la cima de su pecho perfectamente redondeado.

Él jugueteó con el pezón hasta convertirlo en un nudo apretado y la bajó hasta una cornisa de piedra.

Hace dos años, había soñado con besarla así. Hace dos años, había fantaseado con cómo ella

se movería debajo de él. Lo había cautivado por completo con su gracia tranquila, un rasgo que su familia afirmaba que lamentablemente le faltaba. Sus impecables modales lo habían llamado como un oasis en el desierto. Dos años atrás, la había seguido desde Bath a Londres como un enamorado, con la esperanza de que su breve amistad se convirtiera en algo más romántico. Con la esperanza de poder finalmente comprender lo único que necesitaba para ganarse el respeto de su familia.

Y entonces intervino su padre...

La duquesa de Newbury había visitado personalmente sus apartamentos para advertir a Nathan que no lo hiciera. «Ella no es para ti», le habían dicho sin rodeos. Podría ser hijo de un noble, pero sus costumbres libertinas habían deshonrado a su familia. Y no quería que el agujón del deshonor afectara a su terriblemente obediente hija.

No es para ti. Las palabras habían enviado una punzada helada a través de su corazón.

Había prometido ese día mostrarle a la *alta sociedad*, y a su padre, cuanta desgracia podía acumular alrededor de sus oídos. Desafortunadamente, había tenido demasiado éxito.

Ahora, dos años después, lady Iona yacía debajo de él, con la respiración entrecortada y acelerada. Su pecho se elevó para encontrarse con sus manos cuando él extendió la mano para acariciarla a través de su fina camisa de lino que la humedad había vuelto casi transparente. Ella era dócil y dispuesta.

Sería muy fácil tomarla, hacerla suya.

No es para ti, se burló el eco resonante.

Él se alejó.

Su lengua trazó el borde de sus labios húmedos. Sus caderas se apretaron contra las de él, invitándolo a terminar lo que había empezado. Dudaba que ella supiera en su inocencia lo que su cuerpo le pedía que hiciera.

Ella parpadeó. «¿Todavía crees que soy tan aburrida como el agua de fregar y demasiado mansa para seguirte en tus aventuras?». El dolor arrasó esa pregunta y le resultó imposible evitar extender la mano y tomarle la barbilla, inclinando su cabeza hacia él. Él inclinó la cabeza y rozó sus labios con los de ella. Al principio, tentativamente, trazó los suaves contornos de su boca con la lengua.

Sus labios se abrieron con una señal. Suaves como pétalos, temblaron contra los suyos mientras él la acercaba más hasta que cada cálida curva suya se ajustaba cómodamente contra su cuerpo.

Sin embargo, a pesar del deseo que palpitaba a través de él y la sensación erótica de su lengua deslizándose en su boca, todavía era un caballero. Y ella era una mujer que buscaba tranquilidad, no desgracia y ruina.

Este era un premio que no quería empañado por su toque.

Sus delgados brazos rodearon su cuello y lo sujetaron con un agarre casi desesperado mientras él intentaba separarse de ella.

«Por favor, por favor», susurró ella.

Él cerró los ojos y casi se perdió cuando ella lo besó con encantadora inexperiencia. Le dio su boca mientras mantenía el resto de su cuerpo tan rígido e inmóvil como la estatua de Beau Nash en la Sala de Bombas. Aunque los demonios del deseo eran fuertes, ninguno podía tentarlo a llevársela con él a su infierno. No le quitaría la ropa para comprobar si el resto de su cuerpo sabía tan dulce como su boca.

No podía.

El poco honor que le quedaba era demasiado valioso para mancillarlo de esa manera.

Capítulo Cuatro

Iona había besado a hombres antes. A los 23 años y, según su madre, aparentemente en un segundo plano, Iona se creía conocedora de los sutiles juegos de seducción que practicaban hombres y mujeres. Era deber de una joven adecuada comprender tales cosas para poder proteger mejor su virtud contra ellas, ¿no era así?

Los caballeros sin escrúpulos le robarían la virtud a una doncella descuidada, si tuvieran la oportunidad. Y según los susurros en la *alta sociedad*, ningún caballero rivalizaba con lord Nathan Wynter en cuanto a comportamiento libertino y sin escrúpulos. Vaya, estaba a la altura de su reputación bastante escandalosa al aprovecharse de su estado húmedo y casi desnudo, besándola con la familiaridad de un amante.

No estaba segura de si las cosas eróticas que él había hecho con su lengua y labios en su boca podían siquiera llamarse besos. La forma en que él había movido su cuerpo contra ella mientras sus labios chupaban los de ella era tan diferente de cualquier cosa que ella hubiera experimentado alguna vez que de repente se sintió tan poco sofisticada como una chica con los ojos muy abiertos todavía mimada en su salón de clases.

Mientras que un verdadero caballero se inclinaría por cubrir su cuerpo empapado con una capa y proteger su modestia, los dedos errantes de lord Nathan habían encontrado su camino debajo de su camisa y habían provocado descaradamente sus pezones. Sabía que debería sentirse ofendida por sus acciones. En verdad, se esforzó mucho en provocar una reacción de indignación adecuada.

Y fracasó.

La emoción junto con una desconcertante, casi ansiosa, sensación de anticipación corrió por sus venas. Eran sentimientos nuevos que no estaba dispuesta a dejar que llegaran a su fin. Ella levantó la mano y trató de atraerlo. Pequeñas gotas de agua goteaban de sus pestañas como gemas brillantes.

«No», dijo él, apretando la mandíbula. «No podemos continuar con este juego peligroso. En primer lugar, nunca debería haberte traído a mi mundo, ni debería haberme aprovechado de tu inocencia».

«No me arrepiento de nada», le aseguró ella y tiró de su cuello. «Ven, mis labios se sienten fríos sin los tuyos sobre ellos».

Él murmuró un juramento y se liberó de su agarre. Con un movimiento rápido, le colocó la pesada y oscura capa alrededor del cuerpo, la levantó del toco saliente de piedra y la puso de pie en el pasillo junto a su vestido desechado.

Inmediatamente comenzó a caminar. «Dios mío, ¿qué he hecho?». Se pasó una mano por el pelo. Ensombrecidos y empapados, sus mechones rubios parecían casi negros. «Esto no se puede deshacer, ¿verdad? No, no, claro que no».

Antes de que ella se diera cuenta de lo que pretendía, él tomó sus manos entre las suyas y las presionó contra su pecho. «No tienes por qué temer por tu reputación. Te protegeré de las arpías de lengua afilada de este mundo. Esas brujas parecen vivir únicamente para aferrarse al último escándalo. No importa lo que pase después de esta noche, te protegeré de los peores».

Intentó apartar las manos. ¿Qué podría querer decir? No había motivo para preocuparse por su reputación. Gracias a su rapidez de pensamiento, nadie la había visto darse ese estimulante chapuzón. E incluso si alguien la hubiera visto, la niebla que se levantaba del agua seguramente

habría oscurecido su identidad.

Sin embargo, había tenido razón al poner fin a su juego amoroso. La última ronda de la velada pronto comenzaría, si es que no lo había hecho ya. Y si no regresaba antes del final de la música, sus padres descubrirían rápidamente su ausencia y le exigirían que respondiera una serie de preguntas difíciles cuando regresara. Lo cual no serviría. Simplemente necesitaba ponerse el vestido y regresar rápidamente a los Salones de Asambleas Inferiores.

«Por favor», dijo ella y volvió a intentar liberar sus manos de su fuerte agarre, «no tenemos mucho tiempo».

«Esta tarde visitaré a tu padre», dijo como si no la hubiera escuchado. «Puedo explicar la situación de una manera que preserve tu modestia».

«¿Qué estás diciendo?». Aunque no era tonta, ella entendió muy bien lo que él estaba tratando de decir.

Aquella maldita caballerosidad a la que se suscribían los caballeros, obviamente incluso los libertinos, no podía permitirse. Tenía que poner fin a esto de inmediato y recuperarse antes de que terminara la música.

Él acarició sus dedos fríos. «Entiendo que estés asustada», dijo con demasiada calma. Parecía resignado al rumbo que se había fijado. «Pero no hace falta. Haré todo lo que sea necesario para protegerte, incluso llegaré a insistir en que tu padre nos deje casarnos».

«¿Casarme contigo? ¡No!», con un giro brusco, liberó sus manos de las de él y se alejó, sacudiendo violentamente la cabeza. «No. No, no, no».

«Esta no es una sentencia de muerte. Juro que hay cosas peores. Salvar tu reputación a través del matrimonio puede tener sus beneficios».

Era curioso, no se le ocurría nada bueno que pudiera resultar de una idea tan descabellada.

«¡No caerás sobre la espada matrimonial por mí! Además, no puedes». ¡A su primo, Byron Lovington, ya le habían prometido su mano!

«Seré un marido justo y comprensivo», dijo como si no la hubiera escuchado. «Fiel y amoroso».

«¡No! No estaré de acuerdo. Además, no tengo intención de casarme contigo ni con nadie más. Nunca. ¿Por qué los malditos hombres de mi vida no pueden simplemente aceptar eso? No necesito un caballero blanco montado en un maldito corcel para rescatarme de mi soltería.

«No estoy sugiriendo que necesites ser rescatada, Iona», dijo lentamente. Con cuidado.

Ella siguió el ejemplo de él y estabilizó su voz. «Date la vuelta. Necesito quitarme la camisa y ponerme la bata». Ella empujó su hombro hasta que estuvo de espaldas a ella. «No hay mucho tiempo».

Cuando se puso el vestido de crepé blanco con bandas rosas y deslizó los brazos por las mangas, su mente estaba trabajando en su forma habitual, tranquila y lógica. Y, gracias a su capacidad de volver a pensar con claridad y lógica, inmediatamente vio la inutilidad de su razonamiento anterior. No podía regresar al baile sin levantar algunas cejas sorprendidas.

La tela de los hombros de su vestido ya estaba humedecida por el cabello empapado, que colgaba lacio sobre su espalda. El elaborado peinado que le había recogido el cabello en lo alto de la cabeza, adornado con una profusión de delicadas margaritas rosas y un patrón retorcido de trenzas largas y estrechas, estaba más allá de cualquier esperanza de reparación. E incluso si pudiera repararse, su cabello mojado tardaría horas en secarse.

Lord Nathan se dio vuelta cuando ella resopló. Él no dijo una palabra, solo se dedicó a atarle el vestido. Una vez que terminó, la tomó entre sus brazos y le acarició la frente con un suave beso. Era el tipo de beso que un amigo le daría a otro. No había calor ni sensualidad

lencera en el gesto, solo comodidad. Iona supuso que sus emociones eróticas y acaloradas se habían disipado una vez que la realidad se había instalado.

Bueno, supuso que debería estar feliz. Ella había estado buscando una aventura. Y la había encontrado.

También buscaba una manera de escapar de su matrimonio con su primo. Empezaba a parecer que ella también había descubierto eso.

Si tan solo hubiera una manera de escapar de esta noche sin tener que obligar a un amigo a casarse, especialmente a un amigo a la que había manipulado descaradamente para que la llevara en una búsqueda para encontrar emoción dentro de las paredes de King's Bath.

«¿Recuerdas cuando estábamos ayudando a Evers y a la antigua señorita Sheffers a descubrir por sí mismos lo perfectos que eran el uno para el otro?», preguntó él, todavía rodeándola en un abrazo profundo y húmedo. «Varias veces durante ese verano dudé que sobrevivirían a la terrible experiencia. Pero lo hicieron. Y están muy felices por ello». Él dio un paso atrás y la sujetó por los hombros. Inclinandose un poco, la miró directamente a los ojos. «Nosotros también lo haremos».

«Debe haber otra manera». Si tan solo pudiera pensar en una. Ella lo siguió hacia la entrada de King's Bath, mordiéndose el interior de la mejilla durante todo el camino. «Simplemente debe haber otra manera».

El estrés de vivir fuera de la seguridad, de lo conocido, le estaba provocando un terrible dolor de cabeza. Se frotó las sienes, todavía mordiéndose el interior de la mejilla. Esta situación era imposible, simplemente imposible. Y para colmo de males, su cabeza empezaba a palparle como alma que lleva el diablo.

¡Eso era! Una idea tan obvia que la golpeó con la fuerza de un rayo.

Ella lo agarró del brazo.

«Tengo un maldito dolor de cabeza», declaró felizmente.

«Es algo muy extraño por lo que parecer tan feliz». Le dio unas palmaditas en la mano. «Pero no te preocupes, te llevaré a casa pronto».

«No», dijo y le dio una sacudida, «escúchame. Tengo un dolor de cabeza. A veces aparecen muy repentinamente, como este».

«¿Entonces?», preguntó él bastante brusco. Pateó una piedra suelta con su bota empapada. Parecía que su paciencia se estaba agotando.

«¿Entonces? ¿No lo ves? Se me conoce por abandonar abruptamente una fiesta y tomar el carruaje familiar a casa, debido a eso».

Él arqueó una ceja. «¿En serio?».

«A veces, sin decirlo, más que uno o dos conocidos que me encontraba en el camino hacia la puerta por casualidad». Se agarró la cabeza y se frotó las sienes con más fuerza. Su cabeza comenzaba a latir con fuerza mientras puntos brillantes bailaban en su vista. Parecía como si este dolor de cabeza en particular fuera a convertirse rápidamente en una migraña en toda regla que le revolvería el estómago.

«Tranquila». La atrapó cuando tropezó con un desnivel del pavimento. «Aquí, déjame ayudarte». Le frotó la espalda vigorosamente de arriba abajo. Cerró los ojos y respiró profundamente. Sus fuertes dedos masajearon su piel. La forma en que liberó la tensión de su cuello y hombros parecía mágica. Un cálido cosquilleo se extendió por su cuello, liberándola gradualmente de gran parte de las punzadas de la migraña. Ella se reclinó contra su pecho y suspiró profundamente.

«¿Te sientes mejor?», preguntó.

«Mmmmm», respondió ella, deseando que él la besara y la acariciara en algunos de esos lugares impactantes que había explorado antes.

Se aclaró la garganta un par de veces antes de decir, «Entonces deberíamos irnos». Él la ayudó a ponerse la capa oscura.

Ella gimió cuando sus mágicos dedos masajeadores abandonaron su cuello. Pero ella obedientemente lo siguió cuando él la rodeó y abrió el camino a través del pasillo oscuro y de regreso a la calle.

«Necesito que corras lo más rápido que puedas y entregues un mensaje de mi parte en los Salones de Asambleas Inferiores, de mi parte», dijo lord Nathan al tipo con gorra de tweed que les había abierto las puertas del baño. Le arrojó una moneda al hombre. «Di al maestro de Ceremonias que te dieron este mensaje hace media hora y recién lo recordaste».

«Sí, milord», dijo el hombre, sonriendo ante su moneda. «Estaré muy dispuesto a complacerlo, milord».

«Ahora repite esto exactamente como te digo. “Lady Iona, la hija del duque de Newbury, ha regresado a casa en el carruaje familiar con dolor de cabeza. Le gustaría que el maestro de ceremonias informara al duque de esto de inmediato”».

«¿Newbury, dice usted, milord?», dijo el hombre con un tono similar a la reverencia y miró fijamente a Iona, con la boca abierta. Se bajó la capucha de la capa negra sobre su cabeza mientras retrocedía hacia las sombras.

«Ya escuchaste. Y no hay tiempo para demorarse», dijo lord Nathan bastante enojado.

«No, milord», el hombre se puso su gorra de tweed y echó a correr por la calle York, bordeada de carruajes.

Después de asegurarse de que el hombre corría en la dirección correcta, lord Nathan se echó el abrigo de noche sobre los hombros y se puso el brillante sombrero de castor hasta que quedó bajo sobre su cabeza. Aunque estaba más empapado que Iona, parecía un pícaro bastante peligroso, lo que la hizo desear volver a sentir sus manos sobre su cuerpo. Señor, la había tocado descaradamente y de una manera que solo un pícaro se atrevería, lo que significaba que su aspecto no era en absoluto decepcionante.

«Vamos», dijo él y la llevó rápidamente hacia su carruaje que los estaba esperando a unas calles de distancia; sus botas y sus medias rosas chapoteaban a cada paso.

Las campanadas de la abadía de Bath comenzaron a anunciar la medianoche cuando él la subió a su carruaje.

«Debemos darnos prisa», dijo él y se subió al asiento detrás de ella. Chasqueó la lengua y sacudió las riendas, haciendo que su par de caballos echaran a correr.

Mientras dirigía a su equipo con mano experta, argumentó con ella que debería dejarle hacer lo correcto. Parecía decidido a acompañarla hasta la puerta principal y solicitar una audiencia con su padre. Una idea a la que ella se oponía rotundamente. Ella se mantuvo firme y así, en lugar de tomar Brock Street hasta Royal Crescent, él giró y se dirigió a Crescent Lane, la calle que discurría a lo largo de la propiedad trasera de las casas. Hileras de largos y estrechos jardines privados, establos y cocheras se alineaban a lo largo del camino.

Su corazón se aceleró con entusiasmo mientras se acercaban a la residencia Newbury. Era la única casa de verano que había conocido realmente. En sus entrañas burbujeaba más emoción que miedo.

En unos momentos, la ayudaría a colarse por la puerta trasera. Pronto estaría arropada a salvo en su cama y nadie se daría cuenta. ¿Y no era ese, después de todo, el atractivo de cualquier aventura?

El peligro, ya fuera por su seguridad, su virtud o el descubrimiento, era un ingrediente integral de la emoción que había estado experimentando. Si hubiera sido de otra manera, su baño nocturno en King's Bath no habría sido más emocionante que un paseo por Sydney Gardens.

Y era esta oleada de peligro lo que definitivamente quería experimentar de nuevo... y pronto. ¿Cómo y cuándo tendría la oportunidad de volver a saborear una emoción tan deliciosa? Simplemente tendría que convencer a lord Nathan de que necesitaba otra lección.

¿Pero cómo?

Su corazón acelerado se detuvo abruptamente.

Se estaba adelantando a sí misma. Antes de planificar futuras escapadas, primero tendría que sobrevivir esta noche. Iona parpadeó, incapaz de creer lo que estaba viendo... o su mala suerte.

Dos mozos de cuadra conducían el carruaje ducal de su padre hacia la cochera de piedra de escombros.

«Mis padres llegaron temprano a casa», susurró, con un nudo en la garganta.

«Eso parece», respondió lord Nathan.

«Sin mí...».

El núcleo de excitación que había estado saboreando se convirtió en una auténtica punzada de pánico.

«Regresaron a casa sin mí», ella se giró en el asiento justo cuando él detenía el carruaje en la puerta. «¿Qué les diré?».

Exhaló un profundo suspiro antes de dejar las riendas en el asiento. Pasó por encima de ella y saltó. Sus botas chapotearon cuando aterrizó en el suelo. Luego extendió la mano para bajarla.

«No les dirás nada. Entraré contigo y hablaré con tu padre», dijo mientras sus manos se posaban alrededor de su cintura, «y haré lo mejor que pueda para explicarle».

«¿Y proponer matrimonio?», preguntó, resistiéndose a sus intentos de ayudarla a abandonar su carruaje.

«Si es necesario... Por favor, no tengamos esta conversación contigo gritándome. Déjame ayudarte a bajar al suelo».

«No», dijo ella. «Estoy firme en mi decisión. No estoy de acuerdo en que tengas que ofrecer tu mano en matrimonio por esto. No pasó nada tan impactante. Además, a pesar de tu reputación, te considero mi amigo... y nada más».

Él hizo una mueca de dolor, pero ella continuó. «Eres simplemente un amigo que me ha dado una lección esta tarde. No te recompensaré enrollándote la soga conyugal alrededor del cuello».

Una vez más, ella rechazó sus intentos de bajarla de su carruaje. Preferiría sobresalir sobre él mientras mantenía esta conversación. Era demasiado alto y demasiado testarudo para que ella pudiera librar la batalla en igualdad de condiciones.

Y ella no había estado gritando. De hecho, ella nunca gritaba. Un susurro forzado, un poco más fuerte de lo necesario, era como ella describiría su tono.

«Podría escaparme», sugirió, bajando aún más la voz. «Nunca regresar a casa».

«El destierro familiar nunca es una buena opción, lady Iona».

«No, supongo que no», dijo y se mordió el interior de la mejilla. «También puedes bajarme ahora».

Sin decir una palabra más, la levantó hasta la acera y luego la condujo a través del jardín vecino y la ayudó a saltar una pequeña pared de ladrillos. Gracias a su buen ojo, llegaron a la entrada trasera sin llamar la atención de los sirvientes.

Supuso que debería estar contenta de que él aceptara su farsa. Quizás todavía podía engañar a su familia sobre la aventura de su noche. Sin embargo, la probabilidad de que realmente lo hiciera estaba disminuyendo a una velocidad alarmante.

Varias luces brillaban a través de las ventanas de las habitaciones del primer piso. Iona trató de no imaginar lo que podría estar sucediendo en el salón o en el estudio de su padre, ambos parecían estar muy iluminados. ¿Estaba su padre paseando por el estudio? ¿Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda en una postura que adoptaba a menudo cuando deseaba ocultar sus emociones? ¿O estaba desahogando un arrebató de ira reprendiendo a un desventurado sirviente por alguna ofensa menor?

Y su madre, ¿qué estaría haciendo en medio de esta crisis? Iona no tuvo que forzar su imaginación para imaginarse a su madre desplomada en el sofá del salón, aullando entre lágrimas y al borde de una exhibición total de histrionismo.

Simplemente imaginar el estrés al que debía estar sometiendo a sus padres hizo que Iona quisiera acurrucarse y esconderse en el barril de lluvia más cercano. Pero ella no podía. Era la hija del duque y había sido entrenada para comportarse en consecuencia. Después de prepararse para lo peor, giró el pomo y abrió la puerta trasera de madera.

Lord Nathan le apretó la mano. «No te preocupes demasiado. Estaré a tu lado en todo momento».

Esa era su mayor preocupación. Ella no lo quería a su lado. El único lado positivo de esta debacle era la pequeña posibilidad de que ella pudiera sorprender tanto a su familia con su comportamiento que su padre cancelara su próximo compromiso con su primo.

Y no entregar su mano a otro caballero.

Antes de que lord Nathan pudiera abrirse camino hacia el vestíbulo trasero de la casa, ella le plantó un rápido y agradecido beso en los labios que provocó una bandada de mariposas revoloteando en su estómago y le dio un gran empujón a su pecho.

«Te agradezco todo», dijo apresuradamente. «Eres un querido amigo y te ofrezco a apoyarme, pero este es mi problema y algo que debo hacer sola».

Cerró la puerta con expresión de sorpresa y echó el cerrojo en su lugar.

Capítulo Cinco

Nathan se quedó boquiabierto ante la puerta. Ella lo había dejado afuera. No podía creerlo. A pesar de lo que la mayoría pensaba de él, era capaz de hacer lo correcto y honorable. Pero para poder hacer eso, lady Iona tenía que dejarlo entrar a la casa.

La llamó varias veces e hizo sacudir la manija de la puerta. De hecho, la puerta estaba cerrada. La llamó de nuevo por su nombre, esta vez más fuerte. Estaba seguro de que ella podía oírlo. La puerta de madera no parecía tan gruesa.

«Por favor, vete», susurró bastante frenéticamente a través del ojo de la cerradura.

Aunque un caballero debía cumplir los deseos de una dama, este era un caballero que no tenía intención de ir a ninguna parte. Y era más que el simple honor lo que le obligaba a protegerla. Sabía de primera mano el dolor aplastante que podía provocar un escándalo desagradable. Sabía lo que era tener una madre mirándolo directamente a través de él, como si ya no existiera. Un padre que maldecía vilmente con tan solo mirarlo, deseando que no hubiera nacido nunca. Y un hermano mayor que no tenía empeño en unirse al resto de su familia para darle la espalda.

Pasara lo que pasara, estaba decidido a proteger a Iona de sufrir una angustia similar por esta tonta salida. Incluso sintió un gran deseo de calmar sus palpitantes sienes.

Curiosamente, lo último que tenía en mente era que él se ganara su mano en matrimonio de la manera más vergonzosa, pero, aun así, se la ganaría.

Levantó el puño para tocar la puerta si fuera necesario cuando el cerrojo de la cerradura hizo clic y giró el pomo. La puerta se abrió lo suficiente para que la hermana menor de Iona pudiera asomarse.

Lady Lillian llevaba un vestido de seda color crema de talle alto y mangas largas y estrechas. Su cabello, un poco más rubio que el de lady Iona, estaba peinado con una profusión de rizos y cintas color crema. Ella era sin duda un diamante de primera categoría. También tenía la disposición más desagradable que Nathan jamás había conocido.

Con un puchero petulante, frunciendo los labios, sacudió la cabeza y puso las manos en las caderas. «Lord Nathan Wynter», dijo con voz fulminante. «¿Qué le has hecho a mi hermana?».

«No le he hecho nada», protestó.

«¿Es cierto? ¿Y esperas que crea que mi terriblemente correcta hermana se escapó voluntariamente del baile de esta noche para pasar tiempo, sin acompañante, con un notorio libertino como tú? ¡Preferiría creer que tu caballo es el príncipe regente!».

«Cree lo que quieras, mi lady», dijo mientras intentaba rodearla. «No tengo ninguna intención de darte explicaciones. Esta explicación está reservada para el duque».

Lillian lanzó un grito de alarma. Ella se abalanzó hacia la puerta, cerrándola de golpe antes de que él pudiera alcanzar la manija y se extendió, con los brazos abiertos, a lo largo de la puerta. «¿Estás mal de la cabeza? ¡No harás tal cosa!».

«Estoy bastante cuerdo, muchas gracias, y no deberías usar un lenguaje tan grosero, lady Lillian». Se puso el chaleco empapado. Un chorro de agua goteaba sobre los adoquines. «Estoy cumpliendo con mi deber para con tu hermana. Ahora hazte a un lado».

«Estás haciendo un escándalo sin ningún propósito y le causarás a Iona muchos más problemas de los que tiene ahora si no te vas inmediatamente».

Por experiencia pasada, le costaba tomar en serio la preocupación fraternal de Lillian. La

tonta chica rara vez se preocupaba por nada a menos que la beneficiara de alguna manera. «Hágase a un lado, mi lady, o yo mismo la moveré».

«¡No! Tengo este asunto bien controlado», dijo lanzando los brazos al aire. «La señorita Amelia Harlow, una amiga mía y mi invitada de verano, vio a Iona saliendo del baile con un caballero... usted, supongo. Ella vino directamente a verme y yo fui directamente a ver a mamá y le dije que Iona se fue a casa con dolor de cabeza».

«¿Lo hiciste?», apenas podía creer su suerte, y la de Iona, o el comportamiento aparentemente altruista de Lillian.

«He pasado la última hora evitando que mi madre y mi padre metieran sus narices preocupadas en el dormitorio de Iona mientras la señorita Harlow se sentaba en la ventana del salón y esperaba que Iona regresara a casa». Ella resopló. «Deberías haberla traído a casa antes. Estaba empezando a preocuparme de que mi tonta hermana hubiera sido secuestrada».

«¿Y Lady Iona entiende que no necesita confesar por qué desapareció del baile?». No planeaba ir a ningún lado hasta que estuviera seguro de que su reputación estaba realmente a salvo.

«Por supuesto que sí». Lillian puso sus bonitos ojos azules en blanco. «La señorita Harlow estaba ocupada explicando todo eso mientras llevaba a mi hermana por las escaleras traseras hasta su dormitorio».

«Bien». Las apretadas bandas de tensión que tiraban de sus hombros se aflojaron considerablemente. Se inclinó muy apropiadamente su sombrero de castor. «Entonces le deseo buenas noches, mi lady».

«Aún no me has explicado cómo presionaste a Iona para que se fuera contigo en la noche de Bath. ¿Qué tipo de chantaje tienes sobre ella? ¿Qué poder podrías ejercer para influir en una remilgada declarada como mi hermana para que actúe de manera tan inusual?», ella exigió.

Nathan se alejó, sacudiendo la cabeza. Lillian estaba haciendo las preguntas absolutamente equivocadas. ¿Qué poder tenía sobre Iona?

Al parecer, muy poco.

A pesar de la situación en la que se habían metido, Iona se había mantenido firme. Ella lo había llamado amigo. Nada más que un amigo. Y debido a su amistad, ella se había negado abyectamente a dejarlo entrar por la puerta principal y exigirle dirigirse formalmente a su padre.

Teniendo en cuenta cómo Lillian había encubierto cuidadosamente el hecho de que Iona no regresara al baile, se sintió enormemente aliviado de no haber hecho precisamente eso. Hacerlo solo habría dañado aún más su reputación, una reputación que venía específicamente a Bath a reparar.

¿Cómo se había metido en una situación tan complicada en primer lugar?

Volvió a mirar la casa de Newbury y vio que las luces que brillaban en las ventanas del primer piso estaban a punto de apagarse como si fuera una noche normal y no hubiera ocurrido nada fuera de lo común.

Por supuesto, no había ocurrido nada fuera de lo común, excepto el baño nocturno de la virginal hija del duque en el King's Bath vestida únicamente con una camisa blanca y un par de medias rosas. Miró su propio traje arruinado, del que todavía goteaba agua del dobladillo de su chaleco, y se rió entre dientes. Esta había sido una velada de lo más inusual. Una que casi termina con un viaje al altar. No podría haber creado una situación más propicia para el escándalo, incluso si lo hubiera intentado.

Quizás el escándalo le llegaba con tanta naturalidad ahora que ya no tenía que intentarlo más.

En lugar de escuchar sus propios instintos y su sentido del honor, había dejado que Iona lo arrastrara a este descabellado plan y la había dejado anular todas sus honorables decisiones.

Lo que planteaba la pregunta, ¿qué poder tenía Iona sobre él?

¿Pura amistad?

Buen Dios, no. Pero si no era amistad, ¿entonces qué era?

Ciertamente no amor...

* * * * *

A la mañana siguiente, Nathan merodeaba por su sofocante apartamento sintiéndose cada vez más presionado e incómodo a cada paso. Y sus oídos estaban cada vez más doloridos por escuchar a su valet regañarlo, todo porque Nathan había regresado a casa la noche anterior con su ropa y botas arruinadas.

Le había dicho a su ayuda de cámara que tirara las malditas prendas. No era como si quisiera conservar recuerdos de haber visto a lady Iona casi desnuda. Freddie había insistido en que podía recuperarlos. Pero aparentemente no sin antes pronunciar una veintena de quejas.

Lo cual estaba poniendo a prueba la paciencia de Nathan. Durante la noche, el clima se había vuelto muy caluroso y húmedo. Con todo este calor abrasador y su noche de insomnio, gracias a que recordaba demasiado bien cómo los pequeños y regordetes pechos de Iona encajaban perfectamente en la palma de sus manos, su primera inclinación fue escapar de aquellas estrechas habitaciones e ir a la Sala de Bombas, un popular lugar social matutino.

Muchos de los residentes de verano visitaban la Sala de Bombas para beber las aguas medicinales sulfurosas que brotaban de un ornamentado jarrón de mármol, después de ser bombeadas desde una de las muchas fuentes termales ubicadas en la ciudad y sus alrededores. Otros venían a pasear por el hermoso pórtico, escuchar a los músicos instalados en el lado sur de la sala y socializar con amigos.

Iona acompañaba a menudo a su madre y a su hermana a la Sala de Bombas. Y Nathan estaba muy ansioso por descubrir cómo estaban sus nervios después de la aventura de la noche anterior. No es que fuera apropiado acercarse a ella, considerando cómo la había acariciado y besado tan profundamente. Si fuera algún tipo de caballero, haría bien en mantenerse muy, muy lejos de ella.

Probablemente no deseaba volver a verlo. Imaginó que su plan para asustarla adecuadamente y devolverla a su estilo de vida seguro, aunque aburrido, podría haber funcionado demasiado bien. Probablemente estaba maldiciendo su nombre y jurando no volver a andar sola con un famoso libertino.

¿Pero nunca volvería a ver a lady Iona? Una punzada de temor se hundió en su estómago. ¿Nunca? Eso no seguiría sus planes en absoluto.

Si iba a utilizar un matrimonio recatado y apropiado con el dechado de gracia y decoro para volver a estar en los buenos libros de su familia, tendría que cortejar a Iona de una manera muy pública y seria. Entonces, ¿por qué no se apresuraba a ir a la Sala de Bombas para hacer precisamente eso?

Por su padre, por eso. El vejete marcharía por el interior de mármol, ladrando órdenes a los asistentes mientras bebía seis vasos de aguas sulfurosas, en lugar de los tres recomendados, por si acaso.

Y su padre intentaría bloquear el interés de Nathan por cualquier dama respetable, temiendo

que Nathan pudiera mancillar el apellido Wynter una vez más.

Si Nathan tenía alguna esperanza de ganarse la mano de Iona y el visto bueno de la sociedad, sería prudente actuar sin el conocimiento de su padre. Lo que hacía que las visitas a la Sala de Bombas estuvieran bastante prohibidas. Aún así, no podía permanecer en este calor sofocante y escuchar las quejas de su ayuda de cámara un momento más.

«Creo que esta mañana desayunaré en el hotel Sydney», dijo abruptamente, interrumpiendo las quejas de Freddie a mitad de la frase. Dejó de caminar, echó un vistazo al espejo dorado que colgaba junto a la puerta principal y se ajustó el nudo gordiano de su corbata.

Afortunadamente, Freddie permaneció en silencio el tiempo suficiente para ayudarlo a ponerse un atuendo ceñido de color oliva de una sola botonadura sobre un chaleco a rayas azul cielo y blanco. Luego, el pequeño y redondo ayuda de cámara dio un paso atrás e inspeccionó a su empleador con ojo crítico antes de volver a sumergirse en sus quejas, enumerando la cantidad de trabajo extra que Nathan le había causado, cloqueando una y otra vez como una gallina desnutrida, su voz seguía a Nathan mientras escapaba. Salió a la calle y se dirigió hacia el centro de la ciudad.

Veinte minutos más tarde, Nathan se había instalado en una pequeña mesa que daba a los jardines de la planta baja del hotel Sydney. Había terminado de comer un par de pasteles de té de Sally Lunn y estaba tomando un café mientras leía un periódico cuando dos caballeros con los ojos enrojecidos se agolparon alrededor de su silla.

«Eres un caballero tremendamente difícil de encontrar, Wynter», dijo Talbot y arrastró una silla de otra mesa y se sentó en ella sin invitación. «Te estuvimos buscando durante más de la mitad de la noche. Había mucho en juego en las trastiendas de Goldsmith. Lo pasamos genial, ¿no, Harlow?».

Harlow, que parecía estar sufriendo una resaca endiablada, gruñó.

«¿Y dónde estabas, Wynter? ¿Quizás enterrándote en un bonito trozo de pelusa?» preguntó Talbot, dándole un codazo a Nathan en las costillas.

«Me temo que no hay nada tan glamoroso. Después de terminar esa botella de whisky ayer por la tarde, pasé la noche en mi cama y terriblemente solo».

Harlow, que había encontrado una silla para sentarse, apoyó los codos en la mesa para poder acunar su cabeza. «Visitamos tus habitaciones», refunfuñó. «No había nadie por ahí. Ni siquiera tu pequeño y regordete ayuda de cámara».

Un brillo lobuno iluminó los ojos de Talbot mientras movía las cejas. «Ah, hemos pillado a nuestro amigo en una mentira, Harlow. Si no recuerdo mal, una tal señorita Rose Darly acaba de llegar a Bath para interpretar el papel de Eufrosia en “*La hija griega*” en el Teatro Real».

Nathan puso los ojos en blanco. Sabía muy bien hacia dónde iba esta conversación.

«¿No tiene la joven una debilidad en tu corazón, Wynter?», presionó Talbot. «¿Del tipo que te obliga a pagarle un generoso estipendio mensual? ¿Y colmarla de bonitas chucherías?».

«No puedo imaginar de qué están hablando», dijo Nathan, apretando los dientes. Lo último que quería hacer era hablar de la talentosa señorita Darly, no mientras las imágenes sensuales de Iona permanecieran en su mente.

«Vamos», dijo Talbot. «La dama viaja con un chiquillo que tiene un extraño parecido contigo».

Nathan se encogió de hombros sin decir palabra, incapaz de negar la acusación. El pequeño llevaba el sello distintivo de Wynter en su rostro.

«¡Ja, sí lo admite!», cacareó Harlow. «Hablemos esta noche».

«¿Esta noche?», preguntó Nathan, preguntándose por qué demonios ahora lo consideraban

un amigo íntimo de estas jóvenes plagas. Habría elegido una buena paliza en lugar de enfadarse con ellos ayer si hubiera sabido lo estrechamente que se apegarían a él esta mañana.

«Sí, esta noche», dijo Talbot, inclinándose hacia adelante en su silla, ese brillo lobuno aún firmemente intacto e iluminando sus ojos enrojecidos por el licor. «Necesito tu ayuda».

«Ambos la necesitamos», añadió Harlow.

Nathan se reclinó en su silla, cruzó los brazos contra el pecho y frunció el ceño. «¿Con qué?», preguntó, aunque ya sabía que no quería tener nada que ver con el plan que estaban tramando.

«No con qué», dijo Harlow, «sino con quién».

«La fría lady Iona, para ser precisos», aclaró Talbot. Dándose cuenta de que Harlow mostraba una mirada asesina. «Y yo seré quien dará el primer paso para descongelarla».

«Tendremos la misma oportunidad», argumentó Harlow y luego se quejó. Aparentemente había alterado sus doloridas sienes con su propia voz. Su cabeza aterrizó nuevamente en el soporte de sus manos. «No tienes ningún derecho previo, Talbot», susurró.

«¿Lady Iona?», Nathan arqueó una ceja mientras intentaba con todas sus fuerzas parecer aburrido con la conversación cuando en realidad le picaban las manos por golpear algo. Si alguien iba a descongelar a Iona, sería él, no Talbot ni ese cachorro de Harlow.

No es que necesitara descongelarse. Porque ella no lo necesitaba.

Se había quemado, dando vueltas en su cama solitaria toda la noche después de haber sido encendido por sus besos inexpertos, pero demasiado honestos. Sus abrasadoras pasiones habían lamido su cuerpo, dejándolo dolorido y tan temperamental como un semental en celo.

«Tienes que estar de acuerdo, Wynter, esa testaruda mujer se ha mantenido virgen durante demasiado tiempo», dijo Talbot, convirtiéndose en un objetivo muy tentador para recibir sus golpes. «No es saludable. Ni justo para nosotros los hombres. Tú mismo lo dijiste ayer, ella necesita casarse. Una belleza como ella no debería ser acaparada, excepto por su marido, por supuesto. Lo que necesita es una seducción total».

«¿Una seducción?», la voz de Nathan se hizo más tensa.

«Nadie en toda Inglaterra es más hábil para seducir a las damas que tú. Al menos eso es si vamos a creer en su reputación», dijo Harlow.

«Creemos en tu reputación», le aseguró Talbot como si a Nathan le importara lo que cualquiera de los dos pensara de él. «Lo he visto en acción con mis propios ojos, Harlow. Es bastante hábil».

«¿Y qué es lo que quieren de mí? ¿Seducir a la dama por ustedes?».

«¡No! Nada de eso», dijo Talbot, claramente sorprendido por una idea tan escandalosa. «Lo que necesitamos son lecciones».

«¿Lecciones?». ¿Primero Iona y ahora Talbot y Harlow? Buen Dios, tal vez necesitaba considerar abrir una escuela. Un instituto para la edificación de aspirantes a aventureras y amantes irremediabilmente torpes.

Por muy divertida que sonara la idea, no iba a suceder. Ni ahora ni nunca.

«No. Ahora, lárguense». De repente agarró la muñeca de Talbot y le dio un apretón brutal. «Y manténganse alejados de lady Iona».

Ardería en el infierno antes de ayudar a cualquiera de los dos a intentar seducir a su lady Iona. Especialmente considerando cómo ella estaba firmemente unida en sus propios planes matrimoniales.

Talbot, tratando de zafarse del aplastante agarre de Nathan, se ofreció obstinadamente a pagar una educación tan inusual mientras Harlow hacía pucheros. Todo el asunto estaba a punto

de volverse ridículo cuando Freddie apareció en la mesa, resoplando, jadeando y con un tic nervioso en el ojo.

«Le pido perdón, milord», dijo mientras luchaba por recuperar el aliento. Su pobre valet fuera de forma debió haber trotado toda la distancia. «No es mi intención perturbar su desayuno, milord, pero esto acaba de llegar por mensajero. El muchacho dijo que era terriblemente urgente».

Nathan soltó la muñeca de Talbot y arrebató el papel doblado de los dedos rechonchos de Freddie justo cuando su corazón se desplomaba directamente en su estómago. Se quedó mirando la letra florida, asustado por las noticias que la carta pudiera darle.

De repente, las circunstancias le parecieron demasiado similares a aquella horrible noche de poco más de un año atrás, cuando le enviaron un mensaje urgente al dormitorio de la viuda Sharpes.

Su padre. Algo andaba mal con su padre.

El viejo se había excedido. Nathan debería haber sido más contundente con él, a pesar de las quejas de su padre. Debería haber estado más decidido a mimarlo, a protegerlo para que no enfermara por el esfuerzo de sus viajes. El marqués todavía estaba débil por su enfermedad y no tenía por qué caminar después de un viaje tan largo. Nathan probablemente debería haber llevado él mismo al anciano a la casa de Royal Crescent.

Si algo le sucediera a ese cascarrabias antes de que Nathan pudiera ganarse su aprobación, sabía que nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Temiendo lo peor, rompió el simple sello de cera y devoró las palabras cuidadosamente escritas de la carta.

«¿Qué pasa?», preguntó Talbot. «¿Malas noticias?». Debió haber leído la preocupación en el rostro de Nathan, porque abandonó su insistente exigencia de pagar las lecciones de seducción. Se inclinó e intentó leer la carta. Incluso el joven Harlow levantó la cabeza el tiempo suficiente para hacer una mueca de preocupación.

Sintiéndose un poco desconcertado, Nathan rápidamente dobló la carta y se la metió en el bolsillo.

Al parecer, Iona se había despertado esa mañana más decidida que nunca a continuar con sus escandalosas lecciones.

Lo que hizo que los abyectos intereses de Talbot y Harlow con ella fueran aún más peligrosos. Si él negaba sus deseos, ella podría precipitarse imprudentemente a las poco dignas garras de los dos interesados.

«No pasa nada», dijo distraídamente mientras su demanda bellamente escrita pasaba por su cabeza.

Reúnete conmigo esta tarde exactamente a las tres en la gruta, para discutir las circunstancias de nuestra próxima lección.

No había firmado con su nombre, pero había desplegado una *I* adornada.

Entonces, ella deseaba encontrarse con él en la famosa gruta, ¿verdad?

«¿Está seguro de que se encuentra bien, milord?», preguntó Freddie. «Se ha sonrojado».

«¿Lo estoy?».

Después de lo de anoche, se había convencido a sí mismo de que ella no quería volver a verlo. Lo que ella quería de él era locura. Era pura locura que solo podía conducir al escándalo, un escándalo que seguramente abriría una brecha irreparable entre él y su padre.

Entonces ¿por qué, por qué estaba sonriendo?

Capítulo Seis

«Ah, querida, estás preciosa hoy», dijo el duque de Newbury mientras caminaba hacia el vestíbulo de la casa. Acarició el cabello dorado de Iona como si fuera su mascota favorita.

Al ver cómo había elegido a su futuro marido con el mismo cuidado que le había conseguido pareja a Matilda, su perro de caza, Iona no pudo evitar preguntarse si él la veía como nada más que una mascota interesante. Lo cual no era un pensamiento caritativo. En primer lugar, le dolía pensar algo así sobre su padre.

«¿Y a dónde vas esta tarde?», preguntó.

Era una endemoniada tarea encontrar su mirada. «Tengo varias canastas que deseo entregar. La señora Tuftly está de nuevo en cama debido a su edad. Y ya sabes cuánto disfruta la viuda Pulteney de mi compañía. Planeo traerle este ramillete de flores». Señaló la canasta a sus pies que estaba llena de flores.

Nada de lo que había dicho era del todo mentira, se aseguró de ello mientras se colocaba el sombrero gitano de ala ancha sobre su cabeza. Tenía la intención de entregar las flores frescas a las damas que visitaba regularmente y, si el tiempo lo permitía, pasar aproximadamente una hora dibujando la estatua centenaria de Minerva que había sido desenterrada recientemente cerca de King's Bath antes de dirigirse a Sydney Gardens.

«Tienes un corazón tan bondadoso, querida. Lovington tendrá suerte de tenerte». Sacó un trozo de papel pulcramente doblado del bolsillo y se lo puso en la mano. «Esto llegó de él hoy. Incluyó una breve nota expresando su satisfacción por la unión».

La carta ardía en su palma como un tizón incandescente. Rápidamente la dejó sobre una mesa auxiliar. «Leeré lo que tenga que decir más tarde», dijo y luego miró duramente a su padre.

Tenía que haber alguna manera de que ella pudiera hacer que él escuchara su voz. Las parejas dinásticas habían pasado de moda con pelucas empolvadas y lunares. Matrimonios así eran ecos bárbaros del pasado. No tenían lugar en la sociedad moderna.

Ella se aclaró la garganta. «Papá», dijo. Varios años de lectura de escritos feministas estimulaban su valor. «¿Debo casarme con Byron? ¿No podemos sentarnos y discutir mi futuro? Que tomes esta decisión de por vida por mí parece muy apresurado». Ella suspiró profundamente. Su padre siempre la había adorado, siempre la había elogiado por su facilidad de trato. Sus años de obediencia, de anteponer a los demás a ella misma, deberían explicar algo. «Para ser honesta, papá, no deseo casarme con nadie en absoluto. Yo...».

«Ya hemos tenido esta discusión y no la volveré a tener». El brillo de calidez desapareció de sus ojos. «Parece que te he protegido demasiado. No entiendes las costumbres del mundo». Él le tomó la barbilla. «No estoy tratando de castigarte, querida. Con el tiempo lo entenderás... verás cómo este matrimonio será lo mejor para esta familia y para ti».

«Pero papá, debes escucharme. Solo deseo...».

«No, Iona», apartó la mano. «Dedica tu tiempo a resignarte a lo que puede ser tu futuro en lugar de perseguir una fantasía que nunca sucederá. Prométeme que al menos lo intentarás».

No podía hacer esa promesa porque no había manera de que aceptara gustosamente casarse con su primo. ¿Por qué su padre no escuchaba? ¿Por qué no podía aceptar que ella no iba a ser su pequeña y obediente mascota en esto?

Su primera aventura salvaje de anoche solo confirmaba lo que sospechaba que era cierto: que su camino hacia la felicidad estaba entrelazado con su camino hacia la independencia.

Como Mary Wollstonecraft escribió en su libro *“Defensa de los Derechos de la Mujer”*, Iona estaba trabajando para convertirse en su propia persona. Para poder hacer eso, tenía que dejar de permitir que los hombres en su vida la trataran como si fuera nada más que una niña, incapaz de tomar sus propias decisiones. Necesitaba empezar a pensar por sí misma. Lo que hacía que las lecciones de lord Nathan fueran de un valor incalculable. Se había liberado de las expectativas que su familia había puesto sobre él. Vivía fuera de las restricciones de la sociedad y parecía feliz.

Y ella también lo haría.

Es decir, tan pronto como pudiera descubrir cómo lograr que su familia la escuchara.

«Yo... yo debería irme», dijo y se frotó los dedos con el lazo de su sombrero en lugar de prometer obedecer sus deseos. «Las damas me están esperando».

Le dio los guantes, recogió su cesta y corrió hacia la puerta cuando su padre, con el ceño fruncido, la llamó. «¿Lillian no te acompaña?».

«No, papá, Lillian pasará el día con la señorita Harlow. Pero no te preocupes, tengo una criada como acompañante».

En verdad, Lillian no había sido invitada. Su hermana era la última persona que deseaba que la acompañara. No, eso no era del todo cierto. Su primo Byron era absolutamente la última persona en toda Inglaterra de quien deseara fuera su acompañante en este escandaloso viaje o en cualquier otro lugar, de hecho.

A las tres en punto, lord Nathan la estaría esperando en algún lugar cerca de la apartada gruta cubierta de musgo de Bath. Su corazón dio un vuelco con anticipación. En ese momento robado en el que se escondían en las sombras, planeando su próxima aventura, sus labios podrían buscar los de ella. Sus labios podrían responder.

Gracias a una avalancha de pensamientos tan acalorados la noche anterior, el sueño se le había escapado. Se había levantado temprano esa mañana, sintiéndose más alerta, más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo, con el cuerpo todavía hormigueando por la forma exquisita en que lord Nathan la había abrazado y acariciado.

La anticipación corría por sus venas mientras planeaba cómo preparar su próxima lección, un plan que incluía su necesidad de pasar desapercibida para Lillian. Su hermana ya le había provocado ampollas en los oídos por hacer algo tan absolutamente imprudente, algo que podría manchar el brillante apellido de la familia.

«¿Y adónde *me* llevará eso cuando esté lista para tomar un marido?», Lillian la había regañado a primera hora de la mañana. «Debes considerar al resto de nosotros antes de volver a hacer algo tan imprudente».

Iona había pasado toda su vida actuando con cautela y cumpliendo los deseos de los demás en lugar de escuchar su propio corazón. Estaba cansada de ver a otros encontrar el camino hacia la felicidad mientras ella obedientemente se sentaba con las amigas de su madre y bebía tranquilamente su té.

Ya era hora de que hiciera algo por sí misma.

Así que, sin un atisbo de vacilación ni de culpa, hizo una reverencia a su padre, le deseó una agradable tarde y salió corriendo por la puerta con su cesta de flores en el brazo y su doncella pisándole los talones, hacia lo que esperaba se convirtiera en un lugar deliciosamente agradable. Una salida brillante y escandalosa.

Se sintió maravillosamente malvada.

* * * * *

El delicado reloj que colgaba de un alfiler sujeto al vestido de Iona marcaba casi las tres y cuarto cuando llegó a Sydney Gardens. Después de indicarle a su doncella que la esperara en un banco cerca del frente de los jardines, se apresuró a seguir su camino, esperando que lord Nathan la hubiera esperado.

Afortunadamente lo había hecho, aunque no exactamente donde ella le había indicado.

Lo vio paseando junto a un macizo de flores de color rosa pálido y caléndulas doradas en un área sombreada cerca del laberinto. Su corazón dio un vuelco al verlo vestido con un abrigo color cuervo que era tan oscuro que el verde parecía casi negro y un par de pantalones ceñidos de cachemira verde salvia.

Su gorro de cazador había sido abandonado en un banco cercano y su cabello rubio polvoriento estaba deliciosamente despeinado por la brisa que corría entre los árboles.

Ella se quedó atrás observándolo mientras caminaba con el aire de un hombre sin ninguna preocupación en el mundo. Le dolía el corazón mientras anhelaba una parte de su lánguida seguridad en sí misma.

Deambulaba entre las plantas sin parecer más peligroso que el pequeño gatito negro que se había colado en la despensa de la cocina esa mañana. No podía imaginar cómo alguien podía creer que él llevaría a una joven a la ruina. Chismes y mentiras crueles, no podía haber ninguna verdad en lo que había oído sobre él. Se negó a escuchar una sola palabra de lo que se decía sobre el caballero jugueteón en el que había aprendido a confiar mientras los dos conspiraban, emparejando descaradamente a sus amigos, May Sheffers y el vizconde Evers.

Un cariño especial, uno que nunca había sentido hacia ningún otro caballero, calentó sus mejillas al verlo. Lo cual no serviría.

Ella no buscaba enamorarse. Y ciertamente no necesitaba otro hombre en su vida.

Su primo Byron ya era demasiado.

Una sonrisa apareció en los labios de lord Nathan cuando su mirada se encontró con la de ella.

«Llegas imperdonablemente tarde», dijo, burlándose de las palabras que ella había usado en lugar de saludo la noche anterior. Sin embargo, no parecía estar molesto en lo más mínimo. Con una floritura generalmente reservada para la realeza, recogió su gorro de cazador e hizo una profunda reverencia. «Tarde o no, me siento honrado al verte, mi lady aventurera».

Su ridícula finta de galantería sorprendió y complació tanto a Iona que ella le devolvió el gesto con una juguetona reverencia. «Habría estado aquí antes, pero una de las mujeres que visito regularmente se sentía peor de lo habitual y quería que me quedara junto a su cama mientras me interrogaba sin piedad sobre un resplandor rosado que, según ella, había aparecido de repente en mis mejillas».

Nathan cruzó la distancia entre ellos. Sin previo aviso, le tomó la barbilla con su mano grande y cálida y le inclinó la cabeza hacia arriba para poder ver mejor.

«Mmmm», expresó él.

Sus ojos se cerraron mientras su característico aroma a miel y pino emocionaba sus sentidos.

«Esta señora de mirada aguda tiene razón. Esta tarde hay un toque extra de color. Me atrevo a decir que el King's Bath hizo maravillas con esa tez pálida tuya. Te recomiendo que consideres hacer baños regulares, aunque quizás a una hora más razonable».

Ella presionó su mejilla contra su mano y suspiró como una tonta enamorada mientras sus labios temblaban, rogando por sus besos.

Ella parpadeó. Él la estaba mirando con ojos de satisfacción. Una sonrisa torcida apareció en sus labios, labios que a ella le costaba ignorar. Ella apartó la cabeza de su toque seductor y dio un paso atrás.

«Sobreviví anoche», dijo secamente. «Nadie, aparte de mi hermana y la señorita Harlow, sabe nada sobre nuestra relación secreta».

Abrió su sombrilla pagoda y le dio un giro. «Sobreviví a pesar de ese pequeño truco que hiciste. Supongo que sugeriste darme un chapuzón en King's Bath con la esperanza de que huiría de ti con la cola metida entre las piernas». Ella le dirigió una mirada dura. «Pero no voy a huir, lord Nathan. No tengo intención de dejar que me asustes tan fácilmente».

«¿En verdad?», dijo y se cruzó de brazos, manteniendo firme su sonrisa arrogante y torcida. «Admito que me sentí un poco confundido por la exigente nota que me enviaste esta mañana. Después de que anoche me cerraras la puerta en las narices, pensé que nunca volverías a hablarme, con tu mente obstinada en contra de los hombres, el matrimonio y todo eso».

Si no fuera por la insistencia de su padre de casarla con su primo, lo que alimentaba su determinación, probablemente ahora mismo se habría encontrado temblando en sus botas de chiquilla. Estaría perdida en la cabeza con Lord Nathan. No era como los caballeros demasiado ansiosos que la seguían en cada maldita velada y té durante las últimas seis temporadas, tropezándose con sus propios pies para complacerla.

Estaba aprendiendo que lord Nathan no era tan predecible. Algo en sus modales, que tal vez sería el modo en que parecía muy consciente de cada movimiento de ella, la hizo desconfiar. Y se mantuvo tanto más consciente de su propio cuerpo y de cómo lo utilizaba.

Maldición, ella había volado con el entusiasmo de una polilla directamente hacia su llama. Tuvo suerte de que no se le hubieran quemado las alas. Si estuviera actuando razonablemente, le desearía un buen día a lord Nathan, con su peligrosa reputación, y agradecería a las estrellas haber sobrevivido la noche anterior con su virtud y reputación intactas.

Eso era lo que haría cualquier dama.

Pero ¿qué le había aportado toda una vida de decisiones razonables y terriblemente pensadas? Un compromiso con su primo y el oído sordo de su padre, eso nada más.

Imitó la postura relajada de lord Nathan, cruzando los brazos sobre el pecho mientras dejaba que sus pensamientos audaces le dieran a su sonrisa una inclinación perversa. «Mis pensamientos sobre el matrimonio no tienen importancia», dijo con un gesto desdeñoso.

«¿No?», él arqueó una ceja. «Incluso el pícaro más empedernido finalmente se da cuenta de que algún día debe calmarse, o al menos, tranquilizarse lentamente». Se acercó más. Casi podía sentir el calor de él rozando su piel. «¿Qué es lo que te asusta del matrimonio?».

Su pregunta, o más bien la implicación de que ella podría estar asustada por las consecuencias más íntimas del matrimonio, provocó que un escalofrío de anticipación le erizara la piel y le hiciera sonrojar las mejillas.

«Muy pocas cosas me asustan», le aseguró ella, usando su tono más frío y altivo. «Creía que anoche habría demostrado sin duda mi valentía».

«No estoy seguro de si consideraría lo que hiciste anoche como una muestra de valentía o un dejo de locura», expresó. La picardía brillaba en sus ojos azules. «Además, si eres tan valiente, paloma mía, ¿por qué palideces cuando hablo de matrimonio?».

«Yo no...», pero eso era mentira. Palidecía ante la idea del matrimonio, especialmente el matrimonio con su primo. «Estamos perdiendo un tiempo valioso. No importa cuán hábil seas

como maestro, difícilmente creo que una sola lección sea adecuada para mi educación. Deseo planificar nuestra próxima sesión».

Ante eso, su sonrisa se hizo más profunda. «¿Y qué más, mi querida lady, desea de mí su atrevido corazón? ¿Besos más seductores? ¿Más caricias sensuales?». Su voz se hizo más profunda mientras avanzaba hacia ella. Una mirada acalorada oscureció sus ojos azul celeste. «¿O buscas experimentar algo más permanente?».

Levantó la mano y dio un paso atrás. «Una aventura», dijo ella sin aliento ya que él continuó avanzando, deteniéndose solo después de que su pecho estuvo firmemente presionado contra la palma de su mano levantada. «Yo... deseo experimentar la aventura de otro pícaro. Nada más que una simple aventura donde mi destino esté en mis propias manos».

No pudo evitar recordar lo ansioso que había estado por protegerla la noche anterior, jurando que la convertiría en su esposa, si fuera necesario.

¡Su esposa! Después de seis temporadas de evitar cuidadosamente las propuestas de matrimonio, no podía entender cómo terminó consiguiendo dos en menos de una semana. Necesitaba tener más cuidado.

Su mirada se desvió hacia donde su pecho todavía estaba presionado contra su mano. Estaban en medio del jardín donde cualquiera podía pasar, verlos y preguntarse qué hacía con ese conocido rufián. Ella sintió detener su mirada en el paisaje. Nadie parecía prestar mucha atención.

Con un resoplido, apartó la mano. «Se suponía que te encontrarías conmigo en la gruta para que pudiéramos planificar mi próxima lección sin ningún peligro de que nos vieran juntos».

«Como ya sabes, no siempre hago lo que se espera de mí, mi lady», dijo y tomó su mano, colocándola firmemente en su brazo. «En este caso, no permitiré que me lleves a una situación en la que, si te descubren, tu virtud sea cuestionada. Daremos un paseo por el canal con las parejas respetables».

Pero un paseo por el canal no le daría ninguna oportunidad de robarse otro beso. No es que ella quisiera uno... porque no lo quería. Solo quería que su voluntad triunfara, se aseguraba a sí misma mientras hacía todo lo posible por disuadirlo. «Esto es imprudente», dijo ella. «¿Lo has olvidado? Has sido excluido de casi toda la sociedad educada. Las matronas de la *alta sociedad* creen que eres demasiado peligroso con doncellas inocentes como yo. Es arriesgado para mí que me vean así contigo».

Mientras ella discutía, él abrió el camino hacia el paseo del canal. Su paso decidido se mantuvo firme.

«Un verdadero pícaro no se preocuparía por lo que otros pudieran ver o pensar». Le dio unas palmaditas en la mano. «Considera esta tu segunda lección».

«¿Un verdadero paseo por un jardín con un pícaro irredimible? Difícilmente se podía considerar una aventura».

Se detuvo en medio del camino y bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron tan cerca que su cálido aliento le hizo cosquillas en el cuello. Lo suficientemente cerca como para sospechar que él estaba a punto de besarla frente a dos parejas: una dama elegantemente vestida persiguiendo a un niño revoltoso y un caballero mayor siendo empujado hacia el hotel en una silla de ruedas de mimbre. El estómago de Iona dio un pequeño vuelco.

«Las aventuras pueden surgir de cualquier forma, lady Iona», su voz rozó su oído.

Ella giró la cabeza hacia él y descubrió que sus labios casi lo tocaban. Su respiración se contuvo en su garganta mientras esperaba, anticipando cómo se sentiría que sus labios volvieran a dominar los de ella.

«¿Planificamos tu próxima lección?», preguntó y se alejó sin darle ni un beso juguetón.

Iona se dejó llevar y se mordió el interior de la mejilla, reflexionando. ¿A qué estaba jugando? Ella le había dado una oportunidad perfecta para robarle un beso y él la había ignorado.

Ciertamente no era tan tonto como para no reconocer su invitación. Supuestamente era uno de los seductores más hábiles de Inglaterra y sabría sin lugar a dudas cuando una dama estaba a punto de suplicar sus atenciones.

Ella quería sus atenciones, ¿no?

Oh, siempre era tan irritante. Apretó la mandíbula mientras reprimió un grito frustrado que habría sido digno de una de las rabietas de Lillian.

Sí, quería la aventura, la emoción de vivir su vida en sus propios términos, tal como él le había dicho. Y si esa aventura incluía una repetición de las intimidades de la noche anterior, entonces eso era lo que ella también quería.

Parecía comprender y aceptar las reglas de su juego amistoso. Parecía comprender que quería profundizar más allá de lo respetable y experimentar algunas de las cosas impactantes en las que él parecía terriblemente conocedor, cosas que se suponía que ninguna dama adecuada debía admitir saber.

Entonces, ¿por qué diablos no estaba siguiendo el juego?

Lady Iona estaba de un humor bastante encantador cuando Nathan la condujo escaleras abajo hasta el paseo del canal. Sus mejillas eran más bonitas que las delicadas flores de madreselva y guisantes de olor que cubrían el terraplén de ladrillos del canal. Giró su sombrilla azul real cada vez más rápido.

Si tan solo supiera lo difícil que había sido para él negarle a ella y a él mismo el placer de un breve beso. Él gimió en silencio. Ninguna dama en todo Bath, ni siquiera la hermana menor de Iona, podía aspirar a rivalizar con el atractivo tranquilo de Iona mientras caminaba a su lado, con el paso más ligero, en marcado contraste con su temperamento irritable, hasta que su paso fue tan ligero que podría haber cruzado los nenúfares.

Llevaba un precioso vestido blanco de paseo tipo spencer que Nathan reconoció como lo último de la moda de esta temporada. La cintura imperio acentuaba sus esbeltas curvas y el escote con borde de satén se hundía tan atrevidamente como algunos vestidos de noche, atrayendo su mirada hacia el orgulloso par de senos que tan tiernamente había acunado entre sus manos la noche anterior.

El más mínimo tirón de su vestido y él podría desnudarlos para su placer. Un pequeño tirón y podría llevar su boca para succionarlos.

Y ella había querido llevarlo a la gruta oscura. Niña tonta. Si tan solo supiera qué clase de lobo hambriento vivía dentro de su cabeza, esperando el momento adecuado.

Ciertamente huiría de él tan rápido como sus virginales piernas pudieran llevarla si pudiera escuchar sus pensamientos enormemente inapropiados.

Se recordó que ésta era la dama que pretendía convertir en su esposa, no una zorra a la que esperaba seducir para llevarla a su cama para una relación escabrosa. Arrancó una pálida flor de madreselva y la enroscó en la cinta de su sombrero. Ella le dedicó una sonrisa, sus labios todavía temblaban de frustración.

Ella esperaba un beso.

Había sido un truco sucio negárselo.

Pero a veces era mejor dejar a una dama con las ganas, hacerla trabajar para ganarse su devoción y atenciones amorosas. Como Iona lo veía como nada más que un amigo, un pensamiento que todavía lo limitaba, tenía la intención de tratarla precisamente como eso. Un

amigo.

Verla luchar por ocultar su temperamento, mientras paseaban como pareja a la vista de cualquiera que pasara por allí, era lo suficientemente alentador como para darle esperanza para su futuro.

«He estado pensando en tu próxima lección», dijo como si no estuvieran discutiendo nada más interesante que el clima cálido de la tarde. «Si lo que buscas es audacia, podríamos llevar a dos de los caballos más veloces de Bath a un vertiginoso paseo por...».

Ella levantó la mano. «Elegiste nuestra última aventura y, como ya señalé, lo hiciste específicamente para que yo me negara».

Nathan esbozó una sonrisa de desprecio y se encogió de hombros cuando ella lo miró expectante. No había necesidad de mentir. Enseñarle a parecerse más a él seguía siendo una idea terrible.

Creía que encontraría la felicidad al final de su camino dorado. Conocía de primera mano el tipo de bestias feas que la esperaban. El vacío y la desesperación no reemplazaban el amor y la seguridad que una familia podía brindar.

«¿Y adónde sugieres que te lleve?», preguntó, aunque en realidad no quería saberlo.

«Deseo apostar».

¿Eso era todo?

Soltó el aliento que estaba conteniendo. Aunque los juegos de azar eran ilegales, siendo prohibidos por Beau Nash, el maestro de ceremonias que había transformado la ciudad en un importante centro turístico casi cien años antes, se podían encontrar animados juegos de cartas en casi todas las salas públicas y en muchos eventos privados. No era inusual que una dama casada participara en uno o dos juegos, y la mayoría de las veces perdía el dinero de sus ahorros a manos de caballeros que se volvían despiadados cuando se sentaban detrás de una mano de cartas.

Aunque las cartas se jugaban rápido y con precisión, las apuestas eran relativamente bajas en comparación con los infiernos de juego de Londres.

«Creo que puedo ocuparme de eso». Solicitaría la ayuda de algunos amigos para hacer que el juego fuera emocionante sin poner a Iona en riesgo de perder su dinero o su reputación. «La sala de cartas en los Salones de Asambleas Superiores siempre parecía tener espacio para un nuevo jugador. ¿Conoces las reglas del juego?».

«Si quisiera perder el tiempo jugando a las cartas en los Salones de Asambleas Superiores, ¿crees que te pediría ayuda? Los jugadores que se congregan allí son más tímidos que yo». Se detuvo en medio del camino y colocó una mano sobre su hombro para estabilizarse mientras se ponía de puntillas, inclinándose cerca de él.

«Estoy buscando una aventura verdaderamente peligrosa», susurró a un pelo de sus labios. «He oído hablar de un lugar en Bath donde puedo encontrarlo. En “Goldsmith”. Creo que es el único casino de la ciudad que vale la pena visitar».

Nathan se alejó de sus labios provocadores y agarró su muñeca. «No puedes hablar en serio. ¿Goldsmith? ¿Estás segura de que ese es el nombre que escuchaste?».

¿Cómo diablos podría una joven conocer el nombre de un establecimiento tan famoso? Ciertamente no entendía qué tipo de lugar pedía visitar.

«Tengo entendido que hay una trastienda donde se puede encontrar el peor tipo de juego despiadado. Un hombre podría recibir un disparo directo por ganar demasiadas manos. Y las damas a las que se les permite la entrada no estaban interesadas en lo más mínimo en la acción en las mesas, ni podían ser consideradas damas, ¿verdad?».

Ah, ella sí entendía a qué tipo de lugar le estaba pidiendo que la llevara.

«¿Conoces el lugar?», ella preguntó. Una chispa de excitación inocente brilló intensamente en sus ojos azul aciano.

«Sí, conozco el maldito lugar».

«Bien». Ella se deslizó de su alcance y se aferró a su brazo. «Entonces me llevarás allí».

«¡Preferiría empalarme con una espada!», protestó.

Ella le lanzó una mirada dura que le hizo sospechar que estaba decidida a intentar irrumpir en el establecimiento del Goldsmith y llevar a cabo su última idea descabellada con o sin su cooperación.

«No se puede», dijo. «Sería imposible. El Goldsmith no admite damas... solo mujeres de cierta clase. Y el establecimiento seguramente no permitiría que una mujer jugara a las cartas en ninguna de las mesas».

«No hables tan alto», dijo en un tono muy correcto y remilgado. «La gente te escuchará».

«¿Y qué si me escuchan? Nada de lo que puedas decir me convencerá de ayudarte con esta... esta... locura». Quería levantar las manos en el aire y alejarse de ella. Si pudiera garantizar que ella no iría corriendo hacia Talbot o Harlow, podría haber hecho precisamente eso.

En cambio, bajó la voz. «Si te atreves a intentar hacer algo tan tonto, iré directamente con tu padre y le contaré todo sobre esta incipiente vena rebelde tuya».

«No lo harías...», ella respiró.

«No me tientes».

Ella inclinó la cabeza hacia arriba para que él pudiera ver claramente su rostro. Su determinación parecía inquebrantable. Era casi como si pudiera observar sus pensamientos calculadores fluyendo por su inteligente cabeza.

«El Goldsmith no es un lugar que una dama deba visitar», dijo, suavizando la voz. «Créeme, no es porque crea que te falta algo. No es eso en absoluto. La mayoría de los caballeros son lo suficientemente sensatos como para mantenerse alejados de semejante cueva de ladrones».

«Ya veo», dijo con firmeza.

Sin embargo, tenía la sensación de que ella no lo hacía. Porque parecía estar bastante decidida en este rumbo ruinoso.

Sin duda, su negativa a ayudarla mientras amenazaba con acudir a su padre solo la llevaría a ser más reservada, o algo peor. Bien podría estar empujándola a una situación que pondría en peligro su vida.

Había demasiados personajes desagradables deambulando por los oscuros callejones de Bath. Como lobos solitarios, esperaban que una oveja se alejara de la seguridad de la manada. Un paso en falso en la zona equivocada de la ciudad, en el momento equivocado de la noche e Iona quedaría rápidamente hecha pedazos. No le quedaría nada más que el recuerdo de cómo ella una vez brilló como una sirena a la luz de la luna.

Se estremeció al pensarlo.

Debería ir directamente al duque y exigirle que encerrara a su hija en una torre. Pero, ¿un padre cariñoso haría algo tan severo basándose únicamente en la palabra de un sinvergüenza?

Lo dudaba.

Pero ¿qué más podía hacer para disuadirla, además de hacerle el amor hasta que no le quedaran fuerzas para hacer travesuras? Para ser una joven aparentemente dócil, Iona se estaba convirtiendo rápidamente en una de las criaturas más obstinadas que jamás había conocido.

«Muy bien», se encontró diciendo y maldiciéndose por decirlo. ¿Qué clase de hombre llevaría a su futura prometida a un establecimiento de tan mala reputación? Debió haber perdido la cabeza, decidió. Eso era. Pasar tiempo con Iona lo estaba llevando directamente a Bedlam.

[Nota de la Trad.: “*Bedlam*” es un antiguo hospital psiquiátrico en Londres. Es una expresión que se usa para referirse a la locura o desorden mental.]

Pero, ¿qué más podía hacer sino obedecer sus deseos? «Tengo una fuerte sospecha de que irás al Goldsmith con o sin mi ayuda. Así que, en contra de mi buen juicio, claro está, te acompañaré en esta locura. Sin embargo, no intentarás interactuar con ninguno de los llamados caballeros que puedas encontrarte en el interior».

Sus mejillas se iluminaron. Una sonrisa capturó las comisuras de su boca en forma de corazón. «Oh, gracias, lord Nathan», dijo e impulsivamente le plantó un rápido beso en la mejilla. «Esto será muy divertido, ya lo verás. Tendré que encontrar un par de pantalones y un abrigo de hombre». Ella lo miró críticamente. «Eres mucho más grande que yo. Tus prendas seguramente me envolverían».

Dios, no eran sus vestiduras las que estaban a punto de envolverla en ese mismo momento. Él hizo todo lo posible para reprimir el deseo de echar su esbelto cuerpo sobre su hombro y llevársela a su apartamento para poder enseñarle exactamente por qué las jóvenes inocentes debían tener cuidado con los libertinos y los pícaros.

Tal vez podría atraerla a un lugar seguro por un tiempo, posiblemente de regreso a la gruta, para poder cubrirla de besos y acariciarla hasta que ella gritara su nombre y...

«¿Cuándo y dónde nos encontraremos esta noche?», preguntó Iona, interrumpiendo sus pensamientos extraviados. «Tengo planes de asistir a un musical, pero podría ser víctima de otro dolor de cabeza, si es necesario».

«No, no esta noche». *En realidad, nunca.* «Necesito tiempo para hacer planes. Enviaré una nota».

«No quiero esperar mucho», le advirtió y se alejó, dejándolo solo junto al canal.

Su apresurada partida de repente apagó su buen humor. Se sentía como si una nube oscura hubiera descendido entre él y el sol brillante.

Él quería que ella se fuera, que volviera corriendo con su familia, ¿no? Ya llevaba unos pocos latidos de soledad y no estaba seguro. Al final, sus travesuras los llevarían a ambos a la ruina.

Pero por el momento, a Nathan parecía no importarle.

Capítulo Siete

Iona había intentado dibujar toda la tarde. Sin embargo, cada vez que tocaba la página con su punta de grafito, sin importar qué líneas dibujara, formaban la misma imagen. Con un garabato enfadado, borró los ojos risueños que la miraban fijamente desde su cuaderno de bocetos y trató de centrar sus pensamientos en otra cosa.

Cualquier otra cosa.

Presionó su nariz contra la ventana del salón. ¿Era ese lord Nathan cabalgando sobre un caballo color castaño?

«¿A qué se debe esa repentina fascinación por el aire libre, Iona?», preguntó Lillian, levantando la vista de la carta que estaba escribiendo.

Amelia, que estaba sentada frente a Lillian en un pequeño escritorio dorado y ébano con leones gruñendo en la base de sus pies, levantó la vista y sonrió. «Tu hermana está enferma de amor», ofreció sin crueldad. «¿Realmente no ha intentado contactarte desde el baile de disfraces?».

«Tonterías», dijo Lillian, «mi hermana sería una tonta si tuviera un interés real en un atorrante como lord Nathan. ¿Has oído lo que dicen de él ahora?».

«No escucharé chismes ociosos, especialmente sobre él», dijo Iona, volviendo su atención al cuaderno de bocetos que tenía en su regazo. «Lord Nathan es un querido amigo. Y con todo respeto, Amelia, no estoy enferma de amor».

«Por supuesto que no», dijo Amelia y volvió a escribir en su diario.

En el correo de la mañana habían llegado dos cartas para Iona. Estaban abiertas sobre el cojín junto a ella. Una era de su amiga más querida, la antigua May Sheffers, ahora vizcondesa Evers. May, que alguna vez había sido una solterona independiente, se explayaba durante varios párrafos sobre las alegrías del matrimonio y los placeres de la maternidad. Tras más de un año de su matrimonio y unos meses después del nacimiento de su primer hijo, las cartas de May eran testimonios entusiastas de los vínculos del matrimonio, un marcado contraste con su desprecio original por esa singular institución.

Iona suspiró. May también había escrito en su carta que no podría visitarla hasta finales del verano. Lamentablemente, Iona necesitaba el consejo de su amiga ahora.

Lo necesitaba más desesperadamente debido a la segunda carta. Era de su primo, Byron Lovington. Aunque estaba dirigido a su padre, Byron había incluido algunos párrafos breves y muy profesionales para Iona en los que le pedía que le escribiera y le describiera sus deseos para el día de su boda.

Le dolían los dedos por la perversa necesidad de responderle, diciéndole en un lenguaje muy claro que como no deseaba casarse con nadie, su único plan para el día de su boda era huir lo más lejos y rápido posible de él.

Una fantasía encantadora...

Tan deliciosa como su reciente búsqueda para encontrarse a sí misma.

Era deprimente darse cuenta de que nadie más se había molestado en mirar. Incluso su primo, lord Lovington, parecía más interesado en ganarse la consideración de su padre que en la de ella. Más allá de sus breves preguntas sobre sus deseos para la boda, no había expresado ninguna curiosidad sobre sus puntos de vista o intereses. O si quería casarse con él en primer lugar.

Él era como todos los demás, solo que estaba cautivado por su apellido, no por *ella*.

Iona volvió a presionar la nariz contra la ventana. ¿Ese era lord Nathan? El caballero del caballo castaño se había detenido frente a la casa alquilada del marqués de Portfry y no se había movido. Simplemente se mantenía sentado allí, dudando un largo momento antes de lanzar su pierna al suelo.

¿Por qué no había mandado llamarla? Habían pasado casi tres días completos desde su encuentro en el jardín. Precisamente ayer, ella le había enviado una nota, instándolo a que le escribiera.

En ausencia de May, Nathan era lo más parecido que tenía a un amigo de confianza. Quizás debería abrirse con él y decirle la verdad sobre su primo. Él podría ofrecerle algún consejo. Además, le dolían los oídos por el sonido tranquilizador de su voz. Parecía que nada perturbaba por mucho tiempo su carácter alegre. Y le vendría muy bien una dosis de eso para ella misma en este momento.

Su primo Byron debía llegar a Bath dentro de una semana. A su llegada, se anunciaría su compromiso.

Pronto estaría atada a un hombre antes de tener la oportunidad de estirar sus alas y probar su recién encontrada independencia.

¿Qué estaba impidiendo que Nathan enviara por ella?

«¿Has oído algo sobre lord Nathan por tu hermano?», Lillian le preguntó a Amelia en voz lo suficientemente alta como para que Iona la escuchara claramente. «La señorita Frances Cuthbert me dijo que su hermano le había dicho que lord Nathan había estado coqueteando descaradamente con una actriz», Lillian bajó la voz hasta convertirla en un susurro escénico. «Se dice que él también pasa las noches con ella».

No podía ser verdad. Iona se llevó los dedos a los labios. Él no le haría algo así. Él era su amigo. Él no la traicionaría corriendo hacia la cama de una ramera.

«Ay, Dios», dijo Amelia. Lanzó una mirada preocupada en dirección a Iona. «No lo había escuchado. James es demasiado protector a veces. Rara vez me dice algo importante».

«Deberías presionar a tu hermano para que comparta este chisme contigo», dijo Lillian. «Frances dice que esta actriz tiene un hijo que es la imagen de lord Nathan. Me encantaría ver al niño con mis propios ojos. ¿A ti no?».

Iona se levantó del asiento de la ventana. El aliento tranquilizador que tomó se estremeció en su pecho.

«Entiendo que no apruebas a lord Nathan, Lillian», Iona logró mantener el temblor de lágrimas en su voz mientras hablaba, «también entiendo que no quieres que me asocie con él por miedo a lo que puedan pensar los demás. Pero debes saber esto: los chismes que lo rodean no son ciertos. Siempre ha actuado como un decente caballero a mi alrededor. Sorprendentemente honorable».

«¿Llamas honorable haberte llevado fuera del Salón de Asambleas Inferiores para hacerte Dios sabe qué? Tienes suerte de que todavía tengas tu...».

«¡Lillian!», Amelia jadeó.

«Reputación», finalizó Lillian. «Solo iba a decir que tiene suerte de conservar su reputación. ¿Qué? ¿Qué te pasa, Amelia?».

Amelia se había puesto blanca como una sábana. Se tapaba la boca con ambas manos y miraba con los ojos muy abiertos hacia la puerta del salón.

El corazón de Iona se subió a su garganta mientras se giraba lentamente. Era inútil hacer otra cosa. Tarde o temprano, tendría que enfrentarse a quien estuviera parado en la puerta.

«Mamá», dijo Lillian y se levantó de su silla de terciopelo. Sonriendo benignamente, juntó las manos frente a su pecho. «¿Cómo está Sra. Buckley? ¿Su temperamento es tan amargo como siempre? Ha regresado antes de lo habitual».

Su madre apretó los labios con fuerza. Seguramente era el vestido gris paloma de su madre cubierto con una capa de encaje negro sin mangas lo que hacía que su expresión pareciera excesivamente severa.

«Amelia, Lillian, por favor terminen su correspondencia más tarde. Deseo hablar con Iona a solas».

Las dos jóvenes se apresuraron a recoger sus plumas, tintas y papeles. Con los brazos llenos, salieron corriendo silenciosamente de la habitación. La mirada de la duquesa las siguió mientras desaparecían por el pasillo.

«Por favor, toma asiento», le dijo la duquesa a Iona. Entró en la habitación y detrás de ella cerró la puerta del salón con un golpe.

Iona hizo lo que le pedía y se sentó en el borde de un sofá de terciopelo naranja. «No deseo casarme con Byron», dijo antes de que su madre pudiera empezar a regañarla. «No estoy satisfecha con la unión que tú y papá han hecho para mí y, demonios, creo que tengo edad para tomar este tipo de decisiones importantes por mi cuenta».

Los labios de la duquesa se estrecharon aún más, casi desapareciendo de su rostro. «En lugar de soñar con casarte, ¿te imaginas convirtiéndote en escultora? Oh, no parezcas tan sorprendida, Iona. En las últimas temporadas he notado tu creciente interés por las artes. Difícilmente pasa un día sin que hayas visitado alguna oscura galería de arte o leído detenidamente un grueso volumen de las grandes obras maestras, o garabateando en uno de tus maltrechos cuadernos de bocetos».

Con la gracia de una reina, la duquesa se instaló en un sillón tapizado de encaje. El tenso silencio que llenó la habitación amenazó con hacer llorar a Iona. Deseó que su madre gritara, se lamentara, chillara. La duquesa casi nunca prefería los silencios pétreos a las exhibiciones horriblemente dramáticas.

Verla hacerlo ahora era aterrador.

«Mamá...», comenzó a decir Iona.

«Lo sé», dijo su madre al mismo tiempo. «Sé que deseas tener un matrimonio por amor. Pero tu padre está convencido de que este matrimonio te hará feliz y yo lo apoyo en su decisión».

«Papá se equivoca», insistió Iona. «Byron es como mi hermano, simplemente no puedo imaginarlo siendo mi marido. No lo amo. Y, sinceramente, no estoy preparada para casarme con alguien».

«¿Byron y tú son amigos?», preguntó la duquesa.

«Siempre nos hemos llevado bastante bien. Pero no lo amo...».

«El amor vendrá después. Recuerda esto siempre: las relaciones más sólidas se construyen sobre la base de la amistad. Así fue con tu padre y conmigo. Y será lo mismo para ti».

Iona se mordió el labio y miró hacia otro lado. «No puedo imaginarme feliz con Byron, ni con ningún hombre. ¿Por qué no puedes entender eso?».

«No puedes imaginar tu felicidad solo porque nunca has amado, querida».

Iona se negó a aceptar esa respuesta. Sabía que podría tener más que un futuro seguro y adecuado con un caballero seguro y adecuado que mostrara más pasión por su negocio que por ella. Si tan solo supiera cómo luchar por lo que quería de la vida. Una semana no era tiempo suficiente para que ella cambiara completamente su personalidad. Necesitaba más tiempo. Y más lecciones de Nathan.

El crujido de faldas la alertó del acercamiento de su madre. Una mano suave le acarició la mejilla.

«Todavía eres joven, Iona, pero ya has pasado la edad en la que honestamente podrías argumentar que no tienes edad suficiente para casarte. Byron está actualmente buscando esposa y tu padre desea de todo corazón que desempeñes ese papel», dijo la duquesa con dulzura. Se paró frente a Iona y colocó sus manos a ambos lados de la cara de Iona. «Tu padre debería haber sido firme contigo hace años. Por desgracia, no lo fue. Así que reflexiona todo lo que quieras, hija. Pasa tus días llorando dentro de tu habitación. No te acosaré por tus acciones esta semana mientras te mantengas alejada de lord Nathan Wynter».

«No entendiste bien a Lillian, ella...».

La duquesa negó bruscamente con la cabeza. «No necesito que Lillian me diga que has estado pasando tiempo con él. La señora Buckley te vio besar al canalla en medio de Sydney Gardens.

«Lord Nathan es mi amigo. Lo que la señora Buckley vio fue un beso amistoso en la mejilla», protestó Iona a pesar de que sintió que sus mejillas se calentaban.

«Aléjate de ese pícaro», advirtió su madre. «Es un peligro para las jóvenes».

«Esos son simplemente rumores desagradables. Es irreprochable y...».

«No, Iona, resulta que sé por su padre que los desagradables rumores que circulan en los salones de té sobre él son ciertos».

«Eso no puede estar bien», susurró Iona.

El propio marqués me ha contado cómo, hace muchos años, lord Nathan sedujo a una joven, una señora que apenas era más que una niña. Unos meses más tarde, cuando se supo que se encontraba en un estado delicado y soltera, gracias a él, la desafortunada señora hizo lo que haría cualquier chica decente en su posición. Se suicidó. Por favor, créeme cuando digo esto, él no es tu amigo. Es simplemente un lobo que busca una oportunidad».

«No...», las lágrimas inundaron los ojos de Iona. Él no era un lobo. Nada de lo que decía su madre podía ser cierto. Era honorable. Nunca se aprovecharía de una dama inocente. Tampoco haría nada que pudiera lastimarla.

Si tan solo pudiera tener algo de tiempo a solas con él, para hablar con él y así poder descubrir por qué existían esos rumores perversos en primer lugar. Una vez que tuviera un poco más de información, podría defenderlo.

Realmente necesitaba mandar a buscarla, y pronto.

* * * * *

¿Cómo podría?

Nathan apretó la mandíbula mientras golpeaba la puerta principal de la casa de Royal Crescent. Los paneles de madera se estremecieron en sus marcos. Había estado trabajando muy duro para reparar su reputación y recuperar el respeto de su padre.

¿Cómo podía su hermano ser tan descuidado?

Por supuesto, Nathan ya sabía la respuesta a esa pregunta. No necesitaba venir a casa de su padre a pedirlo. Sabía muy bien cómo su hermano podía hacer algo tan absolutamente irreflexivo, tan vívidamente estúpido.

Edward era un sinvergüenza. Un canalla. Un bribón.

Y egoísta...

«El marqués está descansando», dijo Rogers, el mayordomo de la familia. Su larga nariz se arrugó como una salchicha demasiado rellena mientras olfateaba. «Será mejor que te vayas. Probablemente permanecerá en su habitación hasta la noche».

Sin ánimo de dejarse disuadir, Nathan agarró a Rogers por los hombros y levantó al mayordomo snob de su padre, sacándolo de donde estaba bloqueando la entrada y colocándolo en el vestíbulo. Luego, con mucho cuidado, enderezó las solapas arrugadas del hombre.

«Estoy buscando al idiota de mi hermano mayor, no a mi padre. Y no me dirijas una de tus miradas vacías, Rogers. Pienso abrir todas las malditas puertas hasta que lo encuentre, así que también podrías decirme dónde se esconde».

«El salón sería un lugar prudente para comenzar tu búsqueda, muchacho», se quejó Rogers mientras Nathan comenzaba a subir las escaleras de dos en dos. «Les pido que se esfuercen por mantener la voz baja. De hecho, el marqués está cansado esta tarde. Y tener que oírte pelear con tu hermano lo estresaría muchísimo».

«No escucharás una palabra mía», prometió Nathan. ¿Qué era un poco de moderación después de todo lo que ya había hecho para proteger a su padre y al maldito nombre Portfry de los actos imprudentes de su hermano?

Una ira cegadora se desbordó en su tono estrangulado. «Ni una bendita palabra».

Agarró el pomo de cristal de la puerta del salón, la primera habitación en lo alto de las escaleras, y con un tirón abrió la puerta.

Una taza de té adornada con el escudo de Portfry, un dragón entrelazado alrededor de un lirio de tallo largo, casi se le resbaló de los dedos a su cuñada. Una cucharada de té salpicó su vestido color mandarina. Se secó la mancha con un pañuelo limpio mientras lanzaba una mirada asesina en dirección a Nathan. Nunca habían existido sentimientos cálidos entre él y Maryanne. No le sorprendió ver que nada había cambiado en los últimos días.

«Edward», dijo ella, su voz cada vez más aguda como un alfiler, «haz algo... al menos di algo».

El estimado heredero del título de Portfry estaba de pie junto a una bandeja de golosinas que había sido colocada en una mesa auxiliar en la esquina de la habitación. Aparentemente acababa de meterse un bollo entero en la boca. Sus mejillas parecían tan regordetas como las de un lirón codicioso. Asintiendo con la cabeza a su esposa, Edward se aclaró la garganta y comenzó a masticar más rápido.

La madre de Nathan, la majestuosa Lady Portfry, pareció la menos afectada por la dramática entrada de Nathan. Se levantó de donde había estado sentada junto a las ventanas del frente en un sofá azul cielo. Un viento gélido navegó directamente desde su mirada pétrea hasta el corazón de Nathan.

«Lord Nathan», dijo usando un tono frío generalmente reservado para sirvientes y comerciantes rebeldes, «¿qué clase de idiotez te obliga a entrar corriendo en mi salón como si carecieras de algún tipo de educación?».

«Madre», Nathan le hizo una profunda reverencia. «Hoy tienes buen aspecto. Por favor, no se molesten en pedir una taza de té recién hecho o una taza extra», dijo. Sabía que ella no haría ninguna de las dos cosas. «No me quedará el tiempo suficiente para socializar. Edward y yo necesitamos tener una discusión. En privado».

El dobladillo del brillante vestido color limón de Lady Portfry se encrespó mientras caminaba hacia su hijo menor.

«No causarás problemas en mi casa ni harás nada que moleste al marqués», dijo. «Lleva afuera cualquier disputa que tengas con *mi hijo*».

«Por supuesto, madre», dijo Nathan y mantuvo la sonrisa perezosa plasmada en sus labios como si su vida dependiera de ello. Su madre no le había permitido ser su hijo durante muchos años y, sin embargo, cada vez que lo negaba, Nathan seguía lamentando la pérdida de su amor como si hubiera ocurrido apenas ayer. «Si no es mucha molestia, Edward, deseo hablar cortésmente contigo... afuera, si no te importa».

«Mi marido no quiere hablar con usted. Vamos, díselo, Edward», dijo Maryanne antes de que su esposo pudiera reaccionar. «Dile que no le darás más dinero. Dile que arruinará esta propiedad si continúa acumulando facturas tan extravagantes, esperando que su sufrido hermano las pague».

«¿En serio?», Nathan arqueó una ceja ante eso. «Edward, ¿es eso lo que deseas decirme?».

Edward se limpió las migas de la barbilla y dio un paso adelante. «Por favor, Maryanne, no seas cruel. Siempre tengo tiempo para mi hermano», dijo, agarrando el brazo de Nathan con fuerza y empujándolo hacia la puerta. «Podemos hablar en el jardín trasero o, si lo deseas, puedo acompañarte a tu apartamento».

Nathan se mantuvo firme. «Quizá debería quedarme y escuchar más sobre este dinero que has gastado mientras intentabas noblemente protegerme de los acreedores».

«No...», comenzó Edward y luego lanzó una mirada enojada en dirección a su esposa. «Maryanne, no interfieras. No tengo ningún deseo de molestar a mi padre». Le dio otro feroz jalón al brazo de Nathan y apartó con un gesto la repentina mirada de preocupación de su madre. «Tengamos esta discusión en otro lugar».

Como Nathan solo había querido hacer entrar en razón a su hermano y no crear una escena desagradable, dejó que Edward le guiara hacia los jardines en la parte trasera de la casa.

Los majestuosos sauces daban sombra al espacio amurallado entre la casa y los establos de ladrillo y madera. Nathan eligió un lugar a cierta distancia de la puerta trasera y apoyó su bota en el borde de un banco de piedra.

«La señorita Darly ha estado en la ciudad desde hace varios días», dijo y se quitó un trozo de pelusa de sus pantalones de ante.

«Lo sé», respondió Edward suavemente. «Hice los arreglos para que le ofrecieran el papel de Eufrosia en la obra de *“La hija griega”*».

Nathan sabía que no debería sorprenderse. Aún así, escuchar que su hermano realmente *había* mandado llamar a la actriz lo desconcertó.

«¿La vas a tomar como amante otra vez?», preguntó Nathan, su pie se resbaló del banco. Empezó a caminar. «¿Ella accedió a tenerte de nuevo incluso después de que la dejaste hace un año y medio sin ni siquiera un estipendio a pesar de que sabías que tenía un hijo creciendo en su vientre? ¿Tu hijo?».

Edward frunció el ceño. «Sabes que no puedo seguir manteniendo relaciones con una mujer que está engordando. La sola idea de tocar a una mujer así me revuelve el estómago».

Nathan sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

«Dios mío, ¿me estás diciendo que Maryanne está reproduciéndose de nuevo?».

Edward había empezado a salir con la señorita Rose Darly durante el primer embarazo de Maryanne, hacía poco más de dos años. Edward había jurado estar enamorado de la actriz y la había cortejado de manera muy pública en representaciones teatrales y acompañándola a diversas veladas mientras Maryanne vivía en el campo esperando el nacimiento de su primer hijo.

Su éxito al lograr la mirada de la actriz se había ganado la envidia de la mayoría de los caballeros de la *alta sociedad*. La señorita Darly era tan delicada y encantadora como la flor que le había dado su nombre. Su talento en el escenario también era incomparable. Había destacado

en los papeles trágicos, ganándose el amor y la admiración de su público y excitando la naturaleza caballerosa de los hombres hasta que no hubo un varón en Londres que no se ofreciera en empuñar con gusto la espada por ella.

Por eso exactamente, el renovado interés de su hermano por la señorita Darly le helaba la sangre a Nathan.

Después de que Edward se marchara de Londres, dejando atrás a una actriz embarazada y con el corazón destrozado, se necesitó una buena suma de dinero de la propia cuenta bancaria de Nathan para evitar que un pretendiente enamorado cabalgara hasta Callaway Abbey y le clavara una bala en el desconsiderado corazón de Edward en su nombre.

Nathan se había vuelto loco al tratar de evitar que la noticia del trato cruel que su hermano había dado a una de las actrices más queridas de Londres llegara a los clubes de caballeros o salones de té de damas. Y no había podido llevar a cabo la espinosa tarea sin manchar aún más su propio nombre en el proceso.

Al final, todos asumieron que el hijo de la señorita Darly era de Nathan y que él había cortejado a la bella señorita lejos de su propio hermano. Solo Edward y la señorita Darly sabían la verdad.

«Deja en paz a la pobre actriz», advirtió Nathan. Ataría a su hermano y lo metería en un carruaje de regreso a Callaway Abbey, antes de dejar que Edward la hiciera pasar por una experiencia tan desgarradora nuevamente. «Su popularidad es mayor que nunca. Una multitud de jóvenes caballeros, todos compitiendo por sus atenciones, la han seguido hasta Bath desde Londres. Deja que uno de ellos se la quede».

«¿Por qué debería?», Edward pisoteó como un niño mimado. «¿Estás celoso de mi habilidad para atraer a la flor y nata de las damas? ¿Es por eso que estás tratando de disuadirme? ¿Por qué no debería tener una amante? Todo maldito caballero de Inglaterra tiene una amante». Mostrando los puños, avanzó hacia Nathan. «¡No seré el único que se quedará sin tener una!».

«Mi padre nos inculcó despiadadamente en la cabeza que deberíamos preferir morir antes que permitir que un escándalo manchara el inmaculado nombre de Portfry». Golpeó a su hermano en la frente. «¿Cómo diablos no aprendiste esa lección?».

Edward tropezó hacia atrás con la raíz de un árbol. «¿De qué diablos estás hablando?».

«De ti, de las amantes y del escándalo que parecen ir de la mano, de eso. Estoy cansado de arreglar tu desorden... y proteger el nombre de Portfry».

«¿Es eso lo que te hace actuar como una dama mojigata con una abeja zumbando en el sombrero?», Edward soltó una carcajada, una risa profunda y espesa que lo inclinó y lo hizo agarrarse las rodillas. «¡Qué indignación! Suena ridículo viniendo de tus labios. Todo el mundo sabe que eres la mala semilla, Nat».

«Pero tú conoces la verdad».

«¿La verdad?», Edward se atragantó un poco mientras reía un poco más, sonando como si acabara de escuchar el chiste más inteligente jamás concebido. «¿Y quién te imaginas que eres? ¿El hermano menor mojigato o el hijo pródigo mártir? ¿O... o quizás ambas cosas?».

«Ninguna. Dime, hermano, ¿vas a hacer lo razonable y dejar en paz a la señorita Darly?».

Edward comenzó a alejarse. «No tienes derecho a decirme cómo vivir mi vida. Yo soy el heredero del título Portfry y yo soy libre de hacer lo que yo quiera».

«Muy bien», Nathan tuvo que apresurarse para alcanzar a su hermano, «tal vez en lugar de hablar de tus imprudencias con las amantes puedas contarme sobre ese dinero que falta en las cuentas que Maryanne cree que me has estado dando. ¿Cuál es la verdad detrás de esas mentiras?».

Edward se detuvo. «Desde la enfermedad de mi padre, he estado haciendo un trabajo ejemplar manejando las cuentas del patrimonio. Oh, puede que te creas muy inteligente después de haber pasado tu infancia siguiendo al administrador de la propiedad y haciéndole todas esas preguntas tontas como si estuvieras en la fila para heredar la propiedad. Te afecta, ¿no? Nunca tendrás una propiedad que puedas considerar propia y yo sí la tendré».

Eso era cierto. Nathan albergaba un dolor, un anhelo por administrar una finca de trabajo. Los números, las medidas y la vida cotidiana de los trabajadores comunes siempre le habían fascinado.

«¿Son los celos los que te hacen pensar que podrías administrar las tierras mejor que yo?».

«Los celos no tienen nada que ver con que me haya dado cuenta de que durante los últimos dos años los ingresos de los cultivos de trigo de la finca han sido la mitad de lo que deberían ser y que están dejando que el molinero cobre el doble de lo que cobra a nuestros vecinos. Y los campos traseros de Holmes Crossing quedaron en barbecho a pesar de que había manos dispuestas a cultivarlos. Necesitas tener más cuidado. Si tienes problemas, al menos reconsidera mi sugerencia de que consultes con mi padre o su hombre de negocios sobre...».

«¡No tienes derecho a cuestionar mis decisiones!».

Nathan se encogió de hombros. «Si estás cubriendo sus pérdidas diciéndoles a otros que has estado pagando deudas por mí, simplemente me gustaría saber...».

Edward rodeó a su hermano como un halcón acercándose a su presa. «Siempre eres un tipo agradable, ¿no es así? Reunir a los amigos con esa sonrisa benigna tuya».

«Y estás dando vueltas sobre el tema. ¿Qué está pasando con el dinero de la herencia, Edward? Ya que estás mancillando mi nombre, tengo todo el derecho a saberlo».

«No tienes derechos cuando se trata de esta familia. ¿O lo has olvidado? Ya no eres bienvenido en nuestras filas».

Buen Dios, Edward debería estar agradecido por lo que Nathan había pasado y los sacrificios que había hecho. En cambio, su hermano solo parecía dispuesto a soltar malicia.

«Entiendo muy bien mi posición y cómo llegué a ella», dijo Nathan, reprimiendo el impulso de hacer entrar en razón a su hermano.

«Nunca pedí tu interferencia en mi vida». Las mejillas de Edward se enrojecieron de un rojo brillante. «Nunca quise tu maldita...».

«¡Estaba protegiendo la reputación de nuestra familia!».

«¡No!», Edward rugió mientras caminaba de regreso a la casa. «Estabas haciendo lo que siempre hacías. ¡Estabas tratando de robar el amor de mi padre!».

Capítulo Ocho

Si realmente estuviera buscando amor, como su madre había sugerido esa tarde, no estaría planeando merodear por Bath vestida así. No, pensó Iona, estaría haciendo algo muy diferente.

Sin embargo, teniendo en cuenta que ninguno de los caballeros que competían por sus atenciones había visto nunca más allá del brillo del título y la riqueza de su padre, supuso que esos pretendientes no se darían cuenta si ella apareciera en un salón de té vestida con las galas de estos caballeros, luciendo un tupido traje y un bigote rubio.

Se miró en el espejo de cristal de su dormitorio y se acomodó los pelos tiesos pegados a su labio superior. La pasta espesa que había usado olía levemente a pastel de grosella, un plato que al cocinero de la familia le gustaba hornear para ocasiones especiales. Olerlo hizo que su estómago se agitara.

No había habido tiempo para comer. El bigote, la pasta y el conjunto de trajes de noche de caballero estaban metidos en una caja de papel que había aparecido en la puerta trasera de la familia esa misma tarde junto con un trozo de papel en el que no estaba escrito nada más que las palabras *ocho en punto*.

Más emocionantes que la nota de amor más florida y desgarradora, esas dos palabras prometían cumplir todos sus deseos.

Una aventura.

La lección de un pícaro.

Y la oportunidad de exigirle a Nathan que explicara esos horribles rumores que parecían seguirlo a todas partes constantemente.

Ninguno de estos deseos sugería que ella albergara algún anhelo secreto de encontrar un hombre que la amara. Su madre se había equivocado.

El amor la ataría y la engañaría para que se casara. Y el matrimonio obstaculizaría su independencia. Sin su independencia, ¿cómo podría aspirar a dedicarse a la pasión de su vida: la escultura?

Convertirse en la esposa de su primo solo cerraría la puerta de la jaula dorada en la que había vivido toda su vida. Se esperaba que ella pasara del papel de hija obediente al papel de esposa contenta y obediente. Se vería obligada a ocultar su espíritu audaz bajo el título y la riqueza de su marido, para permanecer oculta para siempre.

Pero ese era el futuro. Esta noche, se liberaría de las ataduras de la dependencia y la precaución... con Nathan.

Sus padres habían salido por la noche, en una cena con amigos. Lillian y la señorita Amelia Harlow se habían encerrado en el salón de arriba, donde practicaban tenazmente un dúo que planeaban cantar en el próximo musical.

Lo que dejaba a Iona afortunadamente sola y su mente corriendo con las deliciosas posibilidades que la velada podría traerle. ¿Correría peligro en el Goldsmith? Esperaba que el establecimiento valiera la pena. Le dio un jalón al pantalón que llevaba. No parecía encajar del todo bien.

El traje que Nathan le había enviado era lo suficientemente pequeño para un chico desgarbado. La impecable camisa blanca, el chaleco de seda color crema y la corbata de muselina blanca no le habían causado ningún problema. Pero el ajustado abrigo azul oscuro no se ajustaba del todo a la forma de Iona. Aunque era alta para ser mujer, la parte superior de su

cabeza apenas llegaba a la nariz de Nathan, por lo que era necesario un atuendo de niño, en lugar de un hombre. Y aún así, a pesar del pequeño tamaño, la ropa le quedaba rara. Probablemente porque tenía curvas en muchos de los lugares que los niños no tenían, principalmente en el área del pecho.

Con la ayuda de su doncella, que había hecho un juramento de silencio, Iona se había vendado los pechos lo más fuerte posible y había rellenado todos los lugares apropiados con relleno, incluidas las piernas y la entrepierna de sus pantalones negros, lo que ayudaba un poco.

Habían sacado una peluca pasada de moda del fondo del armario de su padre. Con una mezcla que había preparado con betún y té, tiñó la peluca de un marrón bruñido y luego la recortó y peinó lo mejor que pudo para parecerse al estilo moderno de un caballero.

«Mi lady». Su doncella, con los ojos muy abiertos como los de un conejo, apareció en la puerta del dormitorio y anunció, «ha llegado un carruaje».

«Gracias, Gracie», Iona echó un último vistazo al espejo, se ajustó el sombrero de cazador que estaba precariamente apoyado en la parte superior de su peluca y meneó la nariz que le picaba.

Demonios, debería ser enviada directamente a Bedlam. Los hombres del Goldsmith le echarían un vistazo y verían a través del disfraz. En menos de un día, la noticia de su loco intento de hacerse pasar por un hombre llegaría a todos los salones de Bath. No pasaría mucho tiempo antes de que se convirtiera en la última broma de la *alta sociedad* y fuera apodada tan extraño como Lady Caroline Lamb.

Lady Caroline, una dama casada de considerable riqueza, había hecho las cosas más escandalosas, incluso vestir ropa de hombre, hace unas temporadas, mientras forzaba descaradamente sus atenciones sobre ese apuesto poeta, Lord Byron. Había avergonzado tanto a su familia que la desterraron a su finca en Irlanda.

La familia de Iona dividía su tiempo entre Londres y Bath y nunca pasaban más de un par de semanas al año en la finca. Ser enviada a la finca de su padre la separaría de quienes más amaba: su familia. ¿Estaba realmente dispuesta a arriesgarlo todo a cambio de su libertad?

Se ajustó el sombrero y apretó los labios, con la esperanza de parecer más un hombre. Pero por muy retorcida que fuera su expresión, seguía siendo su propio rostro el que le devolvía la mirada en el espejo.

«Ay, bueno», murmuró, recordando el desafío de Nathan en el parque, «a una verdadera pícara le importaría un comino lo que su familia o la sociedad pensarán de ella, o las posibles repercusiones, sin importa cómo lo dijera».

«¿Mi lady?», Gracie se retorció las manos nerviosamente. «Disculpe, pero si espera hacerse pasar por un muchacho, ¿no debería hacer su voz un poco más grave?».

«Sí, por supuesto, Gracie. Lo haré», Iona se aclaró la garganta y profundizó la voz una octava completa. «*Quiero decir, lo haré*».

Gracie negó con la cabeza y parecía más preocupada que antes. «Por favor, tenga cuidado, mi lady», gritó mientras Iona bajaba corriendo las escaleras y salía corriendo por la puerta principal antes de que el resto del personal de la casa lograra mirarla de cerca.

Un cochero mal vestido, con dientes torcidos y amarillentos y grandes mechones de pelo plateado saliendo de sus orejas, la ayudó a subir a un viejo y destartado carruaje donde se sentó en un duro banco. Antes de que tuviera tiempo de objetar, el carruaje se puso en movimiento, dejándola sentada en el compartimiento oscuro, sola.

Y a merced de este rufián contratado.

Nunca antes había viajado sola. Los hombres lo hacían todo el tiempo, suponía. Era natural,

incluso esperado. Ser empujada dentro de un artilugio con tan mal resorte debería considerarse un poco divertido. No había motivos para entrar en pánico.

Incluso si no tenía idea de dónde podría estar Nathan o por qué enviaría a un extraño de aspecto bastante desagradable para llevarla al Goldsmith en lugar de venir a buscarla él mismo, no había absolutamente ningún motivo para entrar en pánico. Simplemente necesitaba recuperar el aliento.

No tenía sentido preocuparse de que alguien que no fuera Nathan hubiera enviado la caja de ropa de hombre junto con esa nota críptica y sin firmar. Y no había ninguna razón por la que su boca se secara o su estómago bailara con mariposas ante la idea de pasar más tiempo a solas con él. No era más que un amigo.

Por supuesto, ninguno de sus otros amigos la había besado tan intensamente. Pero eso no venía al caso. Sería un error pensar en él de otra manera.

Liliana se equivocaba. Nathan no era el tipo de caballero que jugaría con el afecto de una dama. Y ciertamente no era un peligro para la virtud de una dama como había sugerido su madre.

No importaba lo que otros dijeran sobre él, Iona lo consideraba un amigo muy querido y cercano. Quien también tenía la capacidad de robarle el aliento con un simple roce de sus labios y cuya ausencia la había hecho absolutamente miserable. Bueno, eso ciertamente no debería estar sucediendo.

Aunque...

Su corazón había dolido ferozmente estos últimos tres días mientras se preocupaba por su ausencia. Pero eso no debería significar que ella... No, ella no lo aceptaría.

No se estaba enamorando de Lord Nathan.

¡Simplemente no podía!

El carruaje se tambaleó cuando se detuvo abruptamente. Antes de que tuviera la oportunidad de desenredar sus pensamientos o enderezar su sombrero de cazador repentinamente inclinado, la puerta se abrió.

«Qué aspecto tan gracioso tienes», dijo lord Nathan, asomando la cabeza por la abertura. El brillo chispeante de sus ojos iluminó el lúgubre interior. La sonrisa que aparecía en sus labios le dio un vuelco al corazón. «Veamos con qué tenemos que trabajar aquí». Examinó minuciosamente a Iona, comenzando desde la punta de los dedos de los pies y siguiendo hasta la parte superior de su cabeza.

«No se coloca un sombrero en la cabeza de la misma manera que lo harías con un gorro», dijo y le bajó el sombrero hasta que el borde golpeó contra sus orejas, haciéndolas sobresalir en ángulos extraños. «Ahí está», dijo, su sonrisa se ensanchó lo suficiente como para revelar una hilera de dientes blancos como perlas, «ahora pareces un elfo».

«¿Un elfo?», ella alzó la voz. «¿Qué quieres decir con un elfo? Sufrí toda la tarde, acomodándome aquí y acolchándome allá».

«Vaya», dijo, llevándose una mano a la frente, «tuviste que experimentar de primera mano el tormento por el que los caballeros deben pasar todos los días para poder presentar lo mejor de sí mismos a las damas de nuestras vidas».

A Iona le gustó bastante cómo sonó eso. Nathan pasaba más tiempo en el *baño*, mordiéndose el labio inferior mientras se concentraba en hacer que su corbata fluyera con la gracia de una cascada, era una imagen bastante entrañable. Le hizo preguntarse cómo se sentiría convertirse en una de sus queridas prendas. Que sus dedos la encajaran amorosamente contra los duros planos de su cuerpo.

Su mirada volvió a ella, calentándole las mejillas. «Esta noche, creo que un elfo es lo mejor

que puedes esperar», declaró él. «Tus suaves proporciones y tu forma curvilínea apenas se parecen a la forma de un hombre». Él tomó su mano para ayudarla a bajar del carruaje.

«No deberías tratarme como a una dama», le recordó y saltó a la acera sin su ayuda ni el uso de los escalones. Ella inmediatamente reconoció su entorno. El carruaje la había dejado en Cheap Street, en el centro de la ciudad. Algunos caballeros estaban dando vueltas. Nadie parecía estar interesado ni en ella ni en Nathan.

Animada por esto, apoyó las manos en las caderas y adoptó la pose varonil que había estado practicando toda la tarde. «Soy Sir Percival Crumps», dijo, en voz tan baja como pudo, y luego susurró, «Es un primo mío que nunca abandona su pequeña comarca rural. Nadie en Bath debería conocerlo personalmente».

«Encantado de conocerlo, sir Percival», dijo Nathan y le dio un apretón de manos contundente. «¿Y recién llegaste a la ciudad esta tarde?».

«¿Así es?». No se le había ocurrido inventarle una historia a Sir Percival.

«Lo hiciste», le aseguró. La tomó por los hombros y la condujo hacia un enorme edificio de piedra de dos pisos que se alzaba en la esquina de la calle, donde un par de columnas corintias enmarcaban una alta puerta de roble muy pulida. «Quizá deberías dejarme hablar una vez que estemos dentro. No suenas muy... em... masculino».

Se detuvo al borde del camino que conducía al edificio. Una valla de hierro cubierta de enredaderas rodeaba el patio del edificio. Dos amenazadoras águilas de piedra se alzaban como imponentes guardianes sobre el ornamentado dosel de la entrada. «¿Entonces esto es el Goldsmith?», preguntó, esforzándose por hablar aún más gravemente.

Dos caballeros con la mirada fija en el suelo pasaron junto a ellos y se apresuraron a subir las escaleras y entrar.

«El único e inigualable». Nathan se cruzó de brazos y parecía lo suficientemente contento como para quedarse donde estaban, a unos pasos de la entrada principal del infierno de los juegos.

Como él no tenía prisa, Iona supuso que ella tampoco necesitaba tenerla. «¿Por qué enviaste un carruaje por mí? ¿Por qué no viniste a buscarme tú mismo?», preguntó, asegurándose a sí misma que solo la curiosidad la impulsaba a hacer la pregunta. No un miedo paralizante a traspasar los muros de este establecimiento tan masculino.

Una gama de tonos burdeos, desde rojos intensos hasta violetas negruzcos, se extendían por el cielo a medida que el día daba paso al anochecer. Nathan se apoyó contra la valla de hierro y le sonrió.

Era una gran distracción.

«Envié el carruaje, y tuve la amabilidad de evitarte los rigores de una silla de manos, porque acabas de llegar a Bath mientras que yo he estado aquí durante varias semanas y sabría muy bien que nadie alquila un carruaje para transportarte al Goldsmith», dijo. Sus botas de húsar brillaban bajo la luz del sol menguante. La corbata almidonada que le rodeaba el cuello había sido anudada con un diseño intrincado que Iona nunca había visto antes. Su brillante sombrero se inclinaba en un ángulo atrevido.

A pesar de lo impecable de sus prendas o de la facilidad con la que las usaba, fue el rebelde rizo de cabello rubio que caía sobre su frente lo que hizo que a ella le doliera el corazón. Ella le devolvió la sonrisa con otra algo sorprendida.

«Probablemente no deberías sonreír», dijo él suavemente. «Me dan ganas de besarte. Dios sabe lo que provocaría en los demás hombres que están dentro».

Ella se sonrojó ante eso y se mordió el interior de la mejilla para sofocar la sonrisa que solo

quería hacerse más amplia y brillante por su impactante cumplido.

Si se viera obligada a elegir marido entre todos los caballeros que había conocido, sin duda elegiría a Nathan. A pesar de sus expectativas de toda la vida de casarse con un duque o al menos con un heredero de un ducado, le resultaba imposible imaginar pasar su vida con alguien que no fuera él.

Pero el matrimonio no era lo que ella quería para su futuro, ni para Nathan ni para nadie más. Desde su compromiso forzado con su primo Byron, su corazón se había endurecido aún más ante la idea de vincularse a sí misma y a su futuro a un hombre. Aun así, una imagen de su bondadoso Nathan jugando juegos tontos con sus hijos danzaba en su cabeza.

Jaló su corbata, que de repente sintió como si la estuviera estrangulando. «¿Cómo puedes soportar llevar esta maldita cosa alrededor del cuello?».

Él se rió de eso. «Te acostumbras, *muchacho*. ¿Entramos?».

«En un momento». Realmente necesitaba preguntarle sobre esos horribles rumores.

Pero ¿y si lo que Lillian y mamá habían dicho sobre él fuera cierto? Un sofoco subió por su pecho mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

¿Cómo podía una mujer pedirle a un hombre que le explicara un asunto tan íntimo?

«Mamá me dijo que una vez sedujiste a una joven y arruinaste su reputación». Esas palabras, palabras que habían estado ardiendo en su cabeza todo el día, salieron de su boca antes de que pudiera pensar en una forma adecuada de suavizarlas. «Y Lillian dice que recientemente has tenido una amante. Una actriz. ¿Es esto cierto?».

Nathan retrocedió. «Me sorprende el contenido de las conversaciones de tu familia. Una joven soltera no debería saber que tales cosas suceden».

«Lo olvidas, Wynter», se pasó la mano por el cuerpo vestido con un traje y pantalones, «no soy una dama esta noche».

«Por supuesto», dijo algo rígido, «eres un elfo».

Ella pisoteó el pavimento con su bota justo cuando un grupo de jóvenes caballeros pasaba junto a ellos, dirigiéndose directamente a la gran puerta del Goldsmith.

«¿Vas a responderme?», preguntó una vez que estuvieron relativamente solos otra vez.

«No», fue la respuesta corta y obstinada.

Un brillo depredador iluminó sus ojos y su voz se endureció. «¿Aún deseas visitar el Goldsmith?», preguntó. «¿O prefieres que te acompañe a casa... donde perteneces?».

Iona tragó un molesto nudo que había decidido alojarse en su garganta. Incapaz de comprender por qué él se negaría a defenderse de esos horribles rumores, a menos que fueran ciertos, decidió no presionarlo más.

Sabía que era la huida de un cobarde, pero realmente no quería creer que pudiera haber algo de verdad en ninguna de esas historias.

Él era su lord Nathan, un amigo seguro y confiable y el mismo caballero romántico que había unido fuerzas con ella mientras hacía de casamentero para sus amigos. Él nunca había hecho nada que la hiciera temer por su seguridad.

Por supuesto que ella realmente no lo conocía tan bien, se recordó. Podría ser el mismísimo diablo. Excepto por los pocos momentos robados en King's Bath y el día siguiente en Sydney Gardens, no había pasado mucho tiempo a solas con él. Y en ninguna de las dos ocasiones había actuado exactamente como el perfecto caballero...

Con ese pensamiento no tan reconfortante arrastrándose en su cabeza, Iona enderezó la columna y se recordó a sí misma que estaba buscando otra aventura, no un marido. Con una arrogancia extra en su paso, se dirigió hacia la imponente entrada del Goldsmith.

Después de un momento, Nathan la siguió, con la mirada fija en su trasero. «No es un hombre en absoluto», lo escuchó quejarse, «sino un elfo malditamente sensual».

Capítulo Nueve

No era así como Nathan se había imaginado escoltando a Iona a su primera aparición pública. Preferiría llevarla a un evento respetable como uno de los conciertos de la Sra. Poizzi, que eran acontecimientos muy animados ya que nadie sabía nunca lo que haría la querida anciana o su marido, el cantante italiano. O tal vez acompañarla a ella y a su familia a tomar el té por la tarde en casa de Madame d'Arblay, donde podría presentar a Iona como su prometida. En cambio, estaba llevando a su futura esposa a una cueva de ladrones. Si su padre descubriera su comportamiento imprudente, Nathan sería excluido para siempre de la casa Portfry. Si el padre de Iona descubriera cómo había estado ayudando a su preciosa hija en su loco plan, le dispararían a Nathan, si tenía suerte.

A pesar del peligro para su cuerpo y su futuro con su familia, parecía que no podía negarse ante Iona. La chispa de vida que brotaba de sus ojos ante esta gran aventura suya era suficiente para derretir su cínico corazón. Y la visión del resto de ella, vestida con la ropa de hombre, estaba haciendo un gran trabajo quemando el resto de su cuerpo hasta convertirlo en cenizas.

Su mirada recorrió su esbelta forma. Sus caderas, maldita sea, se balanceaban a un ritmo lento y seductor. Esos pantalones que le había enviado delineaban cada curva deliciosa. Aunque estaba vestida como un hombre y llevaba esa ridícula peluca y bigote, él tuvo que luchar como el diablo contra el impulso de arrastrarla a una de las habitaciones privadas del Goldsmith y aplastar su flexible cuerpo contra él. Él la probaría y se burlaría de ella hasta que ella rogara por completarlo.

Pero no, ella era la prístina lady Iona, hija de un duque que merecía ser tratado mejor que una cortesana.

«¡Wynter!».

Nathan, que no estaba de humor para más desastres, ignoró al hombre que lo llamaba.

Acababa de separar a Iona de una rolliza y desdentada cortesana que se había abalanzado sobre ellos poco después de que le hubieran entregado sus sombreros y guantes al encargado de la puerta. La mujer, que llevaba un vestido endeble y escotado, había echado su brazo carnoso sobre el hombro de Iona de una manera demasiado amistosa y se ofreció a enseñarle a Iona los secretos para darle placer a una mujer.

Mientras que Nathan casi estalló en llamas por la vergüenza, Iona simplemente inclinó la cabeza y cortésmente le agradeció a la mujer, pero se negó. Se desprendió de los brazos de la cortesana y le presentó, con la más desgarradora inocencia, la dirección de una escuela que educaba a la *muchedumbre* en diversas profesiones respetables.

Lo cual fue posiblemente lo peor que pudo haber hecho. La poco agradecida mujer se puso de todos los tonos de rojo y, con la mano apoyada en su cadera escasamente vestida, se lanzó a una serie de blasfemias cantadas en los oídos.

Había alejado a Iona de las garras de la mujer. Acababan de pasar por los mullidos sofás a rayas carmesí y ébano que llenaban la zona de estar delantera como si se tratara de un club de caballeros corriente, cuando se distrajo una vez más con los torneados muslos que los ajustados pantalones de Iona mostraban con demasiada viveza. Entonces su mente se confundió al imaginar con qué facilidad podría deslizar esos pantalones por sus delgadas caderas.

«¡Wynter!».

¡Maldición! Por el rabillo del ojo, vio a Talbot y Harlow cruzando la habitación hacia él.

Harlow agitó en el aire su bastón con empuñadura de oro.

«¡Wynter!».

Harlow saltó hacia él con el entusiasmo de un cachorro recién nacido. Nathan luchó contra el impulso de lanzarse detrás de un poste.

«¡Aquí hace calor!», Talbot dijo. «Estábamos empezando a pensar que no te veríamos salir del dormitorio de la señorita Darly hasta el final del verano».

«Se equivocan acerca de mi paradero», dijo Nathan. Lanzó una rápida mirada en dirección a Iona. ¿Por qué diablos había pensado que esa noche en el Goldsmith iba a ser algo más que un desastre tras otro? «He estado ocupado lidiando con un asunto familiar».

«¿Escuchaste lo que acaba de decir?», le preguntó Harlow a Talbot, dándole un codazo en las costillas. «Creo que hemos pillado a nuestro amigo en otra mentira más».

Nathan apretó los dientes. Esto no era lo que necesitaba. A decir verdad, más bien esperaba que la molesta pareja hubiera perdido suficiente dinero en el Goldsmith esta semana y estuvieran buscando diversión en otra parte.

Ciertamente no necesitaba a nadie, especialmente a ninguno de esos dos, lo que avivó la curiosidad de Iona sobre sus comportamientos libertinos. Sus ojos azules destellaban con el brillo de un zafiro mientras se inclinaba hacia adelante, demasiado ansiosa por escuchar cualquier tontería que pudiera salir de la boca de Talbot o Harlow.

«Me rompe el corazón ver a un hombre negar lo que tiene que ser una caída maravillosa en la cama de una dama», dijo Harlow mientras balanceaba un bastón con mango dorado como si fuera un palo.

«Cree lo que quieras. No cambia la verdad. No me han visto en los últimos días porque estaba ocupado atendiendo un asunto familiar», insistió Nathan.

Harlow golpeó la alfombra Aubusson de ricos tonos bajo sus pies con la punta de su bastón. «Un asunto de familia con la actriz y su bastardo, diría yo», señaló con una sonrisa. «Dime, Wynter, ¿quién es el joven que parece estar tratando de esconder detrás de ti?». Hizo a un lado a Nathan para mirar más de cerca.

Impávida, Iona alzó la barbilla, lo que solo la hacía parecer más elfo, y adoptó una pose lánguida con un pie cruzado sobre el otro. Sin dudarlo un momento, se mordió el labio inferior y le frunció el ceño a Harlow.

«Un tipo de aspecto extraño», dijo Harlow con un resoplido. «¿Lleva peluca?».

«No importa su apariencia, siempre y cuando tenga un bolso lleno», dijo Talbot. «Tienes un bolso gordo, ¿no, muchacho?».

Harlow tocó el brazo de Iona con la punta de su bastón como si fuera una curiosidad de carnaval enjaulada de la que se burlaban. «¿Tiene nombre?».

«Sir Percival», dijo Nathan. Agarró el bastón de Harlow antes de que pudiera golpear a Iona con él nuevamente. «Por favor, permíteme presentarte a mis poco refinados conocidos, lord Grainger Talbot y el Sr. James Harlow». Se volvió hacia Iona y le guiñó un ojo. «Sir Percival Crumps llegó a Bath hace no más de una hora. De hecho, vino de Northumberland. Acabamos de conocernos afuera».

«Ah, bien pensado, Wynter». Harlow se inclinó hacia Nathan y dijo en voz baja. «Traernos un juguete nuevo con bolsillos profundos, ¿eh?».

«Cállate, Harlow», dijo Nathan y empujó al petimetre que respiraba whisky.

«¿Y qué te trae por Bath, Crumps?», Talbot se abalanzó sobre Iona como un gato hambriento que acecha a un ratón de campo indefenso. «La temporada de Bath no comenzará hasta dentro de varios meses. Solo unas pocas almas tontas vienen todavía a probar las aguas

para las vacaciones de verano».

«Él está acompañando...», comenzó Nathan.

«¿Ese pequeño y extraño no tiene lengua, Wynter?», preguntó Harlow.

«Sí, Wynter, deja de jugar a ser mamá gallina. Dejemos que el muchacho hable por sí mismo», dijo Talbot.

Dos pares de miradas expectantes se posaron sobre Iona, quien permaneció en silencio por un momento, Nathan pensó que debía haber perdido los nervios. Estaba a punto de venir a rescatarla cuando ella respiró hondo.

«He venido a acompañar...», dijo con su voz regular y muy femenina. Nathan le pisó el pie.

Ella se frotó el dedo del pie y saltó sobre una pierna mientras lo miraba con un puchero aterradoramente femenino. Él levantó las cejas y le devolvió la mirada. Sus ojos se abrieron como platos. Acariciándose el tupido bigote, tosió y se aclaró la garganta. «A acompañar a mi madre», dijo en un tono profundo y ronco que sonaba demasiado aterciopelado para ser masculino. «Sufre de dolores terribles en las articulaciones y sus médicos le recetaron las aguas de Bath».

«Ah...», dijo Talbot, frunciendo profundamente el ceño.

«Eso está muy bien, pero ¿tienes suficiente sustancia para hacer que la velada sea interesante?», preguntó Harlow mientras se apoyaba pesadamente en el brazo de Iona. «Hace dos noches tuve una racha de mala suerte y me quedé con los bolsillos vacíos».

«Pobre amigo», dijo con su voz profunda y aterciopelada. Una sonrisa maliciosa se coló en sus malditamente besables labios y Nathan deseó muchísimo que no lo hubiera hecho. Parecía mucho más femenina que masculina. Incluso con ese ridículo bigote pegado a su labio superior, no podía entender cómo alguien podía confundirla con un muchacho o un elfo. «Creo que considerarías que mis bolsillos están suficientemente cargados».

«Entonces, ¿qué estamos esperando?», preguntó Harlow. Agitó su bastón en un amplio arco, señalando las oscuras habitaciones traseras del club que no eran nada adecuado. «Las mesas de atrás están esperando».

«¿Cuál es tu juego, Crumps?», preguntó Talbot.

«Piquet», respondió Iona con demasiada facilidad.

Cuando empezó a pavonearse detrás de los dos petimetres imprudentes, Nathan la agarró del brazo. «Pensé que habías dicho que solo ibas a echar un vistazo alrededor de las mesas esta noche. No a jugar».

«Cambié de opinión». La voz ronca de Iona recorrió su cuerpo como una caricia sedosa. Por cierto, tratar con ella mientras estaba vestida con prendas tan reveladoras seguramente lo desquiciaría. «¿Qué daño puede resultar si juego una o dos manos de piquet?».

«¡Una actitud prodigiosa! Es un juego inofensivo, ¿no?», dijo Talbot. Parecía listo para llevarla hacia las escaleras traseras que conducían al primer piso, donde se llevaban a cabo los juegos más duros y con las apuestas más altas. «Casi siempre hay un jugador dispuesto a encontrarse en los pisos superiores».

«¡No!», Nathan protestó. «El muchacho no está preparado para esos tiburones».

«Déjalo tomar sus propias decisiones, Wynter», dijo Harlow. «Y divirtámonos. Últimamente no has hecho nada más que arruinar nuestras buenas ideas».

«¿Buenas ideas? Qué bien...», comenzó a decir Nathan.

«Lo cual me recuerda, Wynter». Harlow parecía no poder mantener la boca cerrada. «Tengo un asunto pendiente contigo. ¿Qué pasó con esas lecciones que prometiste? Distes tu palabra de que nos ayudarías a seducir a lady Iona y aún así no has hecho nada. ¿Cuándo diablos vas a

empezar? He cortejado a esa tonta moza toda la semana, colmándola de flores, asistiendo a una serie interminable de veladas y fiestas tontas y no tengo nada que mostrar a cambio de mis esfuerzos. La pequeña criatura frígida no parece interesada en lo más mínimo».

«Nunca te prometí nada», protestó Nathan. Aunque ya era demasiado tarde.

De repente, Iona se volvió tan resbaladiza como una anguila. Hábilmente se liberó de su agarre y giró sobre sus talones hasta que su rostro fue un susurro del de Nathan. Su nariz se arrugó al mismo tiempo que una pequeña mueca de desprecio.

Lo cual era una vista adorable. A pesar de que sus puños estaban apoyados en sus bien formadas caderas de una manera aterrorantemente similar a la postura enojada de la cortesana hace un momento, Nathan no podía imaginar presenciar jamás una postura más seductora o femenina. Se lamió los labios secos.

«¿Lecciones de seducción?», dijo lenta y peligrosamente. «¿Lecciones para que puedas seducir a esta desafortunada dama a hacer qué?».

«¿Qué? Para que ella haga lo que yo quiera», respondió Harlow. Su expresión se oscureció. «¿Qué te importa a ti?».

«Quizás soy un defensor del llamado sexo débil», dijo acercándose a él. «Tal vez no pueda soportar que se hable de una dama de manera tan grosera. ¡Llamándola moza!».

Talbot estalló en una carcajada.

«¿Y dónde diablos en Northumberland hay caballeros tan rigurosos?», Harlow golpeó a Iona en el pecho con su bastón.

«Tengo que estar de acuerdo con Crumps, Harlow», dijo Nathan. Se colocó de modo que Iona estuviera a salvo detrás de él nuevamente. El joven Harlow tenía la desagradable costumbre de buscar pelea. Por lo que Nathan había visto la semana pasada, el cachorro parecía disfrutar golpeando cabezas con los puños y, a veces, con ese maldito bastón que había empezado a llevar recientemente.

Nathan supuso que su propia cabeza había estado igual de caliente cuando tenía poco más de veinte años. A los treinta y cuatro años, los recuerdos de su salvaje juventud le parecían tan distantes como un sueño confuso. «Estás actuando extraordinariamente vulgar esta noche».

«¡Déjalo!», Harlow le dio a Nathan un empujón hostil que no logró más que alterar su propio equilibrio.

Varios de los caballeros del club se rieron entre dientes mientras cerraban filas alrededor del infeliz cuarteto. El dinero cambió de manos a la velocidad del rayo. Sin duda se estaban haciendo apuestas mientras los caballeros intentaban predecir el resultado de esta confrontación.

Lo cual, en opinión de Nathan, era un desperdicio de buen dinero. Con Iona nunca se podía predecir nada.

«¿Prometiste enseñarle al Sr. Harlow cómo seducirme... eh... a mi... señorita lady Iona?», regañó a Nathan y logró interponerse en el camino de Harlow nuevamente. Esta vez, de espaldas a Harlow, se había puesto en una posición aterrorantemente vulnerable. «Dime, Wynter. ¿Qué significa esto?».

«Sí, Wynter, ¿en qué estabas pensando?», dijo Talbot, todavía riendo. «Rayos, estoy consternado por tu desprecio por la sensibilidad de una dama».

«Gracias, lord Grainger», dijo Iona usando un tono cargado de realza que, aunque sonaba bastante tranquilo en la superficie, podría hacer que incluso las peores dragonas se estremecieran.

«Yo nunca...», comenzó Nathan. Pensar que ella creería que él ayudaría intencionalmente a otro hombre a hacer una jugada por su corazón. Ella no podría estar más equivocada.

«¡Agáchate!», Talbot gritó mientras Harlow balanceaba su bastón hacia la nuca de Iona.

Antes de que Iona pudiera reaccionar, Talbot la levantó para alejarla del peligro mientras Nathan desviaba el bastón de Harlow que se arqueaba salvajemente con un puño y con el otro plantaba un rostro en la barbilla del advenedizo.

Harlow se desplomó en los brazos de Nathan. Una ovación se elevó entre la multitud y nuevamente se intercambió dinero.

«Talbot, por favor ocúpate de que este joven idiota encuentre el camino a casa». Cuando nadie se movió para ayudarlo, Nathan miró hacia atrás.

«¿Talbot?».

Ni Talbot ni Iona, disfrazada de adorable elfo, estaban a la vista.

Dios mío, las cosas se estaban yendo un poquito de las manos. Lo único que Iona quería era una pequeña aventura. No llenarse los oídos con lenguaje grosero ni verse envuelta en una ronda de puñetazos.

Al menos ahora entendía por qué el señor Harlow había estado actuando como un hermano tan atento con Amelia la semana pasada. Usar a su hermana para acercarse a ella mientras pensamientos de seducción contaminaban su mente, ¡qué atrevimiento! Seguramente tendría algunas palabras esperándole la próxima vez que se ofreciera a traerle una taza de ponche o le preguntara si le gustaría caminar con él por algún sendero del jardín.

¿Eran todos los hombres unos sinvergüenzas?

Iona empezaba a preguntarse.

Rebosante de una saludable dosis de enojo, siguió a lord Grainger a través de la creciente multitud mientras él corría hacia las habitaciones traseras del Goldsmith.

No necesitaba la ayuda de Nathan. Podría vivir sus propias aventuras sin él.

Un sollozo quedó atrapado en su garganta. Imaginarlo en la cama con esa ramera de actriz o él discutiendo métodos de seducción con gente como el Sr. Harlow le produjo un profundo dolor en el pecho que no tenía nada que ver con las ataduras apretadas que llevaba.

Él había negado ambos cargos, pero lo había hecho con un encogimiento de hombros tan casual y una sonrisa de auto desprecio que ella tendría que tener un poco de cerebro para creerle.

Supuso que su madre y su hermana habían tenido razón todo el tiempo. El descarado no era más que un canalla. Las lágrimas brotaron de sus ojos. ¿Por qué lord Grainger y el Sr. Harlow dirían esas cosas si no fueran ciertas?

Parpadeando furiosamente, miró por encima del hombro. La tenue iluminación de la habitación creaba largas franjas de sombras y no hacía nada para ahuyentar la oscuridad de medianoche de los rincones más alejados de la habitación. Aun así, buscó, esperando ver la inconfundible silueta de Nathan emergiendo entre la multitud, deseando desesperadamente que él viniera a perseguirla.

«¿Dónde está?», ella refunfuñó. «¿No deberíamos esperar a lord Nathan?».

«Creo que Wynter ya está bastante ocupado», dijo lord Grainger. Tenía un agarre firme en su muñeca. «Él no necesita preocuparse por ti también... em... Crumps».

No, supuso que no. Aun así, no pudo evitar el dolor en el corazón cuando dejó que lord Grainger la guiara hacia la puerta trasera.

«¿A dónde me llevas?», le preguntó, esforzándose por mantener su voz tranquila lo más baja y varonil posible.

«¿Dónde piensas?», su agarre se apretó alrededor de su muñeca. «No tienes nada que hacer aquí... Crumps». Una mirada peligrosa brilló en sus ojos.

Era la misma mirada hambrienta que había oscurecido los ojos de Nathan un momento antes de besarla en King's Bath. Con Nathan, el calor y la expectación que había visto en sus ojos la

habían excitado. Verlo en lord Grainger solo hizo que sus entrañas temblaran de miedo.

«Te llevaré a casa», dijo, dándole un jalón hacia la puerta trasera.

¿*La casa de quién?* El señor Harlow había dicho que tanto él como lord Grainger estaban interesados en seducir su inocencia. No podía correr el riesgo de que él hubiera visto a través de su disfraz.

«Ay, querido», ella se apartó de él y subió corriendo una estrecha escalera.

«¡Espera!». Sus pesados pasos golpearon los escalones detrás de ella. Su mano se aferró a su manga justo cuando llegaba a la estrecha habitación de arriba. Antes de que él pudiera arrastrarla de regreso a su lado, ella se arrojó en la silla vacía más cercana en una de las mesas de juego del piso de arriba.

Un apuesto caballero de cabello oscuro, nariz estrecha y puntiaguda y vestido con un elegante traje confeccionado con una tela oscura aterciopelada, se inclinó hacia adelante en su silla. La pequeña lámpara que colgaba sobre él iluminaba la expresión astuta que se curvaba en sus delgados labios.

«No peles conmigo por esto», lord Grainger le dio un fuerte tirón en el brazo que casi la arroja fuera de la carne y al suelo. «Quieras o no, vendrás conmigo».

«No. No iré a ninguna parte contigo», ella lucharía contra él antes de dejar que la arrastrara indefensa al oscuro callejón que corría detrás de este sombrío establecimiento.

«Por favor, no puede quedarse aquí, señora...», la voz de Lord Grainger se elevó.

«Tengo los bolsillos llenos de dinero y todavía no he tenido la oportunidad de jugar ni una sola mano de cartas», dijo rápidamente Iona. No iba a permitir que lord Grainger la expusiera y arruinara todo. Y seguirlo en la desolada noche estaba fuera de discusión. Planeaba permanecer sentada en esa mesa y jugar a las cartas hasta que Nathan viniera a buscarla.

Al menos esperaba que Nathan finalmente llegara a buscarla.

Dios mío, ¿y si no lo hacía?

El caballero sentado frente a ella se animó ante su mención del dinero.

«Espléndido», ronroneó. Su mirada demasiado alerta la recorrió y se posó en su antebrazo donde lord Grainger tercamente la sostenía.

«Aléjate de aquí, joven novato». Su compañera de mesa le dio una palmada en el dorso de la mano a lord Grainger. «Vuelve cuando tengas un par de monedas para repartir».

La dura mirada del caballero se fijó en lord Grainger mientras se levantaba a medio camino de su silla. «Quita tu mano del brazo del muchacho antes de que se lo corte».

Iona murmuró una pequeña oración para que lord Grainger hiciera lo que este caballero decía. No quería que estallara otra pelea por su culpa.

Con un gruñido de advertencia, lord Grainger retrocedió.

La amplia sonrisa volvió al rostro erizado del hombre sentado frente a ella. «Una cara nueva. No he visto una de esas en nuestras filas desde hace mucho tiempo». Dio una calada al cigarro atrapado entre sus dientes, provocando que una nube de humo se enroscara en torno a la cara de Iona.

Tosió y trató de alejar los vapores. Una tarea inútil si alguna vez la hubo. El denso humo del tabaco obstruía el aire viciado de la habitación.

«Señorrr, dijo ella cuando, con un brillo maligno en sus ojos, él dio una calada a su cigarro y olió la nube blanca que giraba en espiral hacia su cara nuevamente, “deje de enviar ese horrible humo en mi dirección».

Apagó el cigarro en un sucio cenicero de cristal y avanzó hasta que su cuerpo estuvo casi tendido sobre la mesa. La punta de su nariz estaba a centímetros de su cara. El fuerte olor a

alcohol flotaba pesadamente en su aliento. «No eres un hombre», susurró, sonando algo sorprendido.

«No puedo imaginar de qué está hablando, señor». Miró a su alrededor, esperando más allá de toda esperanza que Nathan llegara pronto a buscarla. En cambio, descubrió que lord Grainger prácticamente la había abandonado también. Parecía estar absorto en una intensa conversación con un hombre envuelto en las sombras a unas cuantas mesas de distancia.

«No importa». El hombre tomó una baraja de cartas y se recostó en su silla. «Aceptaré tu apuesta tan fácilmente como la de cualquier tipo. No me importa». Sus largos y elegantes dedos barajaron las cartas con la habilidad de un mago. «Supongo que conoces las reglas del piquet».

Cuando él arrojó dos cartas en su dirección, ella dejó caer su mano sobre ellas y le lanzó una mirada dura. «Creo que la carta alta determina quien reparte».

Él dejó las cartas sobre la mesa y asintió ligeramente. «Ah, tienes razón», dijo y deslizó la baraja hacia ella. «Puedes tirar primero».

Manteniendo los ojos fijos en su mirada furtiva, Iona estaba a punto de voltear la carta superior de la baraja cuando su mano chocó contra la suya. «Primero veamos algo de dinero sobre la mesa».

Tuvo que armarse de valor para quedarse plantada en su silla y sacar las diez libras y seis peniques que tenía metidas en el bolsillo. Con mucha vacilación puso su pequeña fortuna sobre la mesa.

Era todo el dinero que le quedaba de su asignación trimestral. Si lo perdía, no estaba segura de qué haría. A diferencia de sus hermanas, ella nunca había gastado descuidadamente ni había tenido motivos para acudir a su padre para pedir caridad.

Y, sin embargo, si perdía ese dinero, se vería obligada a defender su caso y rogarle a su padre que pagara la entrada a la próxima gala en Sydney Gardens, que celebraría la reciente derrota de Napoleón en Waterloo. La gala prometía ser todo un espectáculo con reseñas de tropas, bandas de música y lo que prometía ser el mayor de los fuegos artificiales.

No debería correr ese riesgo en un solo juego.

Pero si pudiera duplicar lo que le quedaba de su dinero para gastos de viaje, podría demostrar que, en algún nivel, podía cuidar de sí misma.

«No tengo nada de qué preocuparme», susurró ella.

«¿Qué dijo, señora?», preguntó mientras miraba su notable montón de billetes y monedas.

«Le dije, señor, no tengo nada de qué preocuparme», respondió con renovada confianza resonando en su voz. El juego de piquet era algo natural para ella. Solo en raras ocasiones perdía un juego. Papá solía decir con bastante orgullo que *su pequeña muñeca* tenía una astucia poco común cuando se trataba de cartas.

Realmente no había nada de que preocuparse.

«Lo que tú digas», dijo él y golpeó la baraja. «Primero tiras tú».

Iona giró la carta superior y se alegró de ver al rey de espadas mirándola. Solo un as podría superar eso.

La sonrisa del hombre nunca flaqueó. De hecho, apenas miró su carta antes de pasar la siguiente de la baraja.

Un miedo enfermizo inundó sus entrañas. ¡Qué mala suerte!

Sacó el as de corazones y ganó.

«Ahora bien», dijo él mientras resumía repartiendo las cartas, «no demoremos más en ganar esa miserable suma tuya».

Su confianza, aparentemente tallada en mármol, resultaba desconcertante. Iona frunció el

ceño mientras lo observaba repartir, con su mirada fija en la de ella. La rapidez de sus dedos le hizo pensar en magos con capas brillantes y ferias rurales donde se utilizaban juegos de manos para engañar.

Acercó poco a poco su silla a la mesa y observó sus movimientos con más atención.

Empezó a hablar del tiempo, espantosamente caluroso, ¿no le parecía?, de la política local, donde Bath nunca alcanzaría la altura que Beau Nash había aportado a esta bella ciudad y de las carreras de Lansdown, una excelente potra si alguna vez las hubo.

Hizo todo lo posible por ignorar sus persistentes parloteos y las absolutas tonterías que su voz ronca introducía en sus pensamientos. En cambio, centró toda su atención en sus dedos.

Algo estaba mal en la forma en que repartía las cartas.

«¡Señor!», saltó de su silla cuando finalmente lo vio claramente. «Está repartiendo la mano desde el fondo de la baraja. ¡Vaya, no es más que un estafador!».

El silencio cubrió la habitación.

Un profundo suspiro llenó sus oídos durante el largo momento que siguió. Él respiró hondo y lentamente giró la cabeza hasta que estuvo mirándola a través de su nariz atterradoramente estrecha. Su mirada negra parecía muerta, sin vida y casi tan dura como las águilas de piedra que amenazaban la entrada principal.

«¿Qué dijiste?», sus labios apenas se movían mientras hablaba.

«Vi su engaño», declaró ella, todavía sintiéndose bastante sorprendida de que él se atreviera a hacer tal cosa.

«¿Me estás llamando tramposo?», el gruñó.

Lo que quedaba de las cartas de la baraja se le cayó de la mano y se esparció sobre la mesa. Se levantó de su silla hasta que estuvo varios metros por encima de ella. La luz ámbar sobre la mesa encendió fuego en sus ojos.

«Solo digo la verdad, señor», respondió antes de darse cuenta del desafío irrevocable que había arrojado a sus pies. Frente a una sala llena de gente, ella había desafiado el honor de este hombre. Y si bien podría haber salido ilesa si se hubiera vestido como una dama, el joven y desgarrado advenedizo, al que parecía seguramente se merecía una buena paliza.

Las cosas se estaban saliendo de control. Pero en realidad ella sabía lo que había visto. Había intentado engañarla. Ella simplemente estaba tratando de proteger su dinero.

Oh, ¿por qué no había escuchado a Nathan y aceptado mantenerse alejada de las mesas de juego en primer lugar?

Pensando que su mejor opción sería desaparecer de la habitación lo antes posible, extendió la mano para recuperar su montón de dinero y...

Un cuchillo apareció en la ágil mano del hombre. Su hoja larga y dentada cortó entre sus dedos y atravesó el papel moneda que tenía en la mano.

Capítulo Diez

La hoja afilada alcanzó la piel de Iona mientras le arrancaba el dinero de los dedos. Ella gritó y se llevó la mano dolorida al pecho.

«Devuélvalo, señor», se levantó presa del pánico. Se metió lo que quedaba de su asignación mensual en el bolsillo de su abrigo. «Esto es tremendamente injusto. Me engañó. No tiene ningún derecho a mi dinero».

Como un relámpago, se movió. La agarró y le sujetó la mano a la mesa. Su cuchillo afilado estaba a punto de cortar el nudillo de su dedo índice. «Si no tienes cuidado, te cortaré el dedo bonito». Le dio una poderosa sacudida en el brazo, enviándola a través de la mesa hacia él. Su nariz casi chocó contra la de él. Su fuerte aliento se enroscó alrededor de su rostro como una tormenta caliente mientras le murmuraba al oído, «O tal vez puedas convencerme de salvar ese dedo cambiándolo por tu cuerpo. Una noche. Mi dormitorio. ¿Qué dices, mi lady?».

Su corazón latía con fuerza en su garganta. ¿Él quería usarla como una común cortesana? Y si ella se negaba, ¿le iba a cortar el dedo?

«No». Ella trató de alejarse de él, pero él le agarró la mano como si la hubieran atrapado con algún objetivo terrible. «Por favor, no».

Él se rió entre dientes y la soltó, haciéndola tropezar hacia atrás. Su silla se cayó con gran estrépito.

Una carcajada se elevó en aquella habitación oscura y cargada de humo. Se dio la vuelta en busca de una cara amiga, un aliado que pudiera ayudarla a alejarla de esta pesadilla. Lo que encontró fue un grupo de hombres, escondidos en las sombras, mirándola con el mismo interés que lo harían en una producción teatral. Varios de los llamados caballeros incluso regresaban a sus juegos como si el destino de ella no fuera asunto suyo. ¿No quedaban héroes en el mundo? ¿Nadie correría en su ayuda o la defendería?

Solo lord Grainger marchaba en su dirección, con una mirada de determinación endureciendo su barbilla. De repente se sintió atrapada. Si corría en una dirección, terminaría atrapada en las manos de lord Grainger. Y había querido arrastrarla a un callejón oscuro. No era diferente del lujurioso tiburón de las cartas que estaba esperando para atraparla y cortarle el dedo a menos que ella le diera uso de su cuerpo.

¡Hombres! ¡Deberían estar todos encerrados!

Levantó los puños, preparada para luchar contra cualquier saltador que se atreviera a intentar tocarla. Quizás una batalla condenada al fracaso, pero que no tenía más remedio que librar.

Su corazón se estremeció en su pecho mientras esperaba. El tiempo pareció detenerse en esos momentos desgarradores. Y entonces sucedió. Tal como temía, una fuerte mano masculina se cerró sobre su hombro.

«No seré presa de ninguno de ustedes», ella echó hacia atrás el brazo. Con un rápido giro en la cintura, se giró y golpeó a su atacante en el vientre. Solo que, en lugar de golpear la carne vulnerable, su puño se estrelló contra lo que parecía una pared de ladrillos cubierta por un tapiz.

Dos botas resistentes estaban frente a frente con su par mucho más pequeño. Unos pantalones de piel de ante abrazaban las poderosas piernas del hombre como una segunda piel. Su estómago, que ya había descubierto duro como una roca, estaba cubierto por un familiar abrigo azul marino y un chaleco blanco de marcella.

«Esta vez has elegido al muchacho equivocado para desplumar, Varner», Iona reconoció inmediatamente esa voz.

Suspiró aliviada. «Lord Nathan. No creerás lo que este caballero me ha pedido, más aún, me ha exigido...».

Su indignación se congeló al ver la expresión endurecida de Nathan. La violencia brillaba en su mirada fija. Con la valentía de un caballero guerrero, se paró frente a Iona y se colocó peligrosamente cerca del arma del villano.

«¿Amenazaste a un... eh... muchacho indefenso con un cuchillo? ¿Y qué exigiste?», el tono frío de Nathan dejó a Iona temblando. Ella se aferró a su brazo.

«Por favor», susurró ella.

Varner todavía tenía ese bárbaro cuchillo preparado. Si no tenían cuidado, podría *matar* a Nathan.

«¿Amenazaste *al* muchacho y *le* exigiste que hiciera qué?», la voz de Nathan se elevó.

Varner escupió sobre la alfombra oriental teñida de color naranja intenso y gruñó. Apuntó la punta de su espada en dirección a Iona. «Ese cachorro no es ningún muchacho...».

Con la velocidad de un halcón que cae del cielo para atrapar a su presa, Nathan se abalanzó sobre él. Usando un agarre aplastante, le arrebató la larga arma del alcance del hombre.

Varner lanzó un grito y soltó una serie de maldiciones creativas que involucraban partes de caballo, baba de pantano y algunas cosas que Iona simplemente no podía entender. La saliva goteaba de la comisura de su boca cuando terminó. «Cuídate en esos callejones oscuros, Wynter», advirtió, con el rostro cada vez más rojo. «Nunca se sabe cuándo alguien podría clavarte la punta en la garganta».

Aunque la amenaza hizo temblar el interior de Iona, Nathan no parecía estar preocupado en lo más mínimo. Con un movimiento fluido, clavó el cuchillo profundamente en la mesa de juego, metió la mano en el bolsillo del villano y sacó el dinero de Iona.

«Vamos, Varner. No es posible que me guardes rencor a mí o al muchacho cuando aquí todo el mundo sabe que utilizas una baraja de cartas marcada». Haciendo una reverencia burlona y con una sonrisa juguetona apareciendo en sus labios, le deseó buenas noches al hombre.

Las piernas acuosas de Iona apenas podían sostenerla mientras Nathan la conducía por las estrechas escaleras traseras. Cuando a ella le hubiera gustado salir corriendo del edificio a la velocidad de un conejo, él la detuvo.

«No creemos más escenas ahora», susurró y puso su mano en la parte baja de su espalda para ayudarla a mantener un ritmo constante y tranquilo. Su voz volvió a sonar dura. Fría.

Salieron del Goldsmith y se detuvieron solo el tiempo suficiente para recuperar sus sombreros y guantes con el encargado.

Una vez que estuvieron fuera del club, Nathan aceleró el paso. Los músculos de su mandíbula se tensaron. La instó a trotar junto a él calle abajo hasta llegar a un camino de grava. Sus botas crujieron sobre las piedras. El paseo los llevó al parque Orange Grove, donde los recibió un obelisco de piedra escondido en las sombras de la gótica Abadía de Bath.

Por un momento, a Iona le costó muchísimo recuperar el aliento. Se apoyó contra el grueso tronco de un árbol. «Estas... estas ropas de hombre son ciertamente adecuadas para huir de los villanos», dijo, jadeando ligeramente.

Nathan negó con la cabeza. «Sí, supongo que son muy útiles considerando cómo decidiste esta noche enfrentarte a una de las calas más malas del Goldsmith».

«Decididamente muy útiles», repitió.

En el momento sin aliento que siguió, su mirada atrapó la de ella.

«¿Quería llevarte a su cama?», preguntó. Su voz era tan dura como los guijarros bajo sus pies.

Ella no quiso responderle. No quería admitir que se había permitido llegar tan lejos. El único objetivo de visitar un garito de juego había sido demostrar que podía defenderse, que no necesitaba que su padre o su marido velaran por ella o la cuidaran. Pero ella había fracasado. Tristemente.

Si no fuera por Nathan...

Cerró los ojos con fuerza, desesperada por contener las lágrimas que amenazaban por salir. En su primer intento de independencia, estuvo a punto de ser víctima de dos sinvergüenzas. Su corazón se hundió en sus botas.

Nathan maldijo suavemente y la abrazó. «Nunca debí haberte perdido de vista».

No tenía motivos para sentir que la había decepcionado. Ella había sido quien había permitido que lord Grainger se la llevara.

«Admito que nunca debería haber perdido los estribos y confrontar al Sr. Harlow... o a ti», dijo, pero de igual manera le presionó su dedo en el pecho. «Pero si crees que vas a enseñarle a ese joven petimetre cómo seducirme, será mejor que lo pienses de nuevo».

«Tú, por tu parte, deberías saber que yo nunca...».

«Por supuesto que nunca...», gritó ella por encima de su protesta, lo cual fue una sorpresa. Ella nunca gritaba.

«Silencio, amor». Nathan le tapó la boca con la mano y se rió entre dientes. «Ya has causado no una sino dos escenas esta noche. No intentemos una tercera».

Una sonrisa relajó sus labios. Ella apartó su mano. «Fue bastante escandaloso cómo ese caballero intentó engañarme. ¡Por un momento pensé que debía estar jugando con Lillian!».

«Oh, ¿te gusta jugar con Lillian?». Sus ojos brillaron a pesar de la oscuridad. «Eso debe haber sido desgarrador».

«Sí», susurró y se desplomó contra su cálido y acogedor pecho, estremeciéndose de risa.

«En el futuro, ora para no abandonarme así otra vez. Creo que te necesito desesperadamente», dijo y presionó su cabeza contra él. «Eres un amigo muy querido».

De un momento a otro, algo en el aire cambió. La risa fue reemplazada por un voltaje cargado con un calor que hizo que su cabeza se sintiera ligera. Sus brazos rodearon su cintura, atrapándola efectivamente. Él le tocó la barbilla con la suya.

Su estómago se tensó cuando se dio cuenta de su error. La risa en su garganta desapareció. Dios mío, habría estado mucho más segura en las garras de ese traficante de cartas con un cuchillo en el Goldsmith, que en los brazos de Nathan en este momento. De algún modo ella, o más bien sus emociones desenfrenadas, le había permitido tomar ventaja.

Era casi más de lo que podía soportar. Su mirada ardiente se sintió como si pudiera quemarla directamente, amenazando con imitarla hasta que no quedara nada más que un montón de cenizas en el camino de grava. Respiró hondo mientras escuchaba los latidos de su corazón y se preguntó si él podía escuchar sus atronadores latidos.

Un susurro rozó su mejilla y provocó escalofríos que le recorrieron de puntillas la espalda. Respiró hondo y lo contuvo. Sus ojos se cerraron mientras esperaba que él la besara.

En lugar de eso, Nathan murmuró otra maldición. «Estás herida». Sonó como una acusación. Él acunó su mano entre las suyas. «Estás sangrando, maldita sea. ¿Por qué no dijiste nada?».

Le había picado la mano, pero no lo suficiente como para causar preocupación. Sin embargo, incluso en la penumbra podía ver la sangre manando del lugar donde el arma de Varner

había mordido la suave piel entre su pulgar y su dedo índice. La sangre manchaba su guante.

«Lo mataré».

La fría convicción en su voz la asustó. Este no era su amigo manso e inofensivo que tenía el poder de alejar su corazón. Era tan peligroso como los rufianes de cartas del Goldsmith. Más peligroso ya que ella se preocupaba por él y no quería que se metiera en problemas gracias a sus locos planes. Y más peligroso aún, ya que sospechaba que este Nathan más impredecible tenía el poder de arrebatarle el corazón, lo quisiera o no.

Ella le tocó la manga y sintió la tensión en sus duros músculos. «Por favor», dijo, «es simplemente un rasguño».

«Esa navaja estaba sucia. Tu supuesto rasguño podría infectarse Necesitamos limpiarlo». Él resopló frustrado. «Tendré que esperar para enfrentarme con Varner más tarde».

Mantuvo su mano en su espalda baja mientras la guiaba por la calle, presumiblemente llevándola de regreso a casa.

«Para referencia futura», dijo él con firmeza, «no es que lo necesites si tengo algo que decir; cuando un caballero esté sentado solo en una mesa de juego, evítalo. Hay una razón por la que nadie juega a las cartas con él».

Si no fuera por ese maldito corte en su mano, todavía tendría su espalda pegada a ese suave árbol y él le haría el amor a su boca. Ella no era inocente totalmente. Sabía cuándo un hombre estaba a punto de besar a una mujer. Y los labios de Nathan habían estado tan cerca de los de ella que todavía podía saborear la promesa de su beso.

¡Maldición! Ella no estaba lista para regresar a casa. Todavía no, no cuando su cuerpo gritaba que sucediera algo. ¿Pero qué? Ese dolor persistente que crecía entre sus muslos buscaba una culminación que no entendía del todo.

Debería llevarla a casa. Pero su apartamento estaba más cerca. Al menos eso es lo que se dijo Nathan mientras conducía a Iona por el corto tramo de escaleras hasta el pequeño salón delantero de su apartamento.

Él contuvo el aire, esperando que ella respirara al ver sus modestas condiciones de vida. Sus habitaciones alquiladas no eran un lugar adecuado para traer a una esposa, o futura esposa, o incluso a una futura, futura esposa. E Iona estaba acostumbrada a las comodidades más caras que solo podían permitirse quienes vivían en las direcciones más exclusivas.

Aunque de ningún modo estaba empobrecido, una gran parte de sus ingresos se utilizaba para pagar el cuidado de su sobrino bastardo y mantener a la señorita Darly en silencio. Y luego estaban sus preocupaciones por el patrimonio de su padre. Temía tener que rescatar pronto a su hermano también en ese frente. Si no fuera por la frágil salud de su padre, dejaría de encubrir los errores de Edward y lo obligaría a comenzar a asumir cierta responsabilidad por sus acciones.

Pero su padre todavía estaba débil y encubrir a Edward casi se había convertido en algo natural para Nathan. A pesar de todo eso, le desesperaba no poder demostrarle a Iona que podía cuidarla de la manera que ella esperaba. Al ver cómo vivía, seguramente desdeñaría para siempre la idea de casarse con él.

Grácil como siempre, incluso con una peluca gastada, un sombrero de cazador torcido y un bigote postizo pegado al labio superior, deambulaba por el salón con una expresión serena fruncida en los labios.

«¿Aquí es donde vives?», preguntó, sin revelar ninguno de sus pensamientos.

Él asintió. «Sé que no es mucho, pero es solo temporal. Como sabes, antes de la enfermedad de mi padre pasaba la mayor parte del tiempo en Londres.

«Ah». Pasó sus largos dedos por el respaldo de una desgastada silla acolchada mientras su

mirada tropezaba con las paredes repletas de obras de arte que le habían regalado varios artistas londinenses a los que había hecho préstamos a lo largo de los años. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa. «Es pintoresco», ella parpadeó hacia él. «Me gusta».

«¿Te gusta?», cerró la puerta principal y se apoyó contra ella. Con los brazos cruzados, observó cómo ella continuaba explorando el salón, tocando y acariciando los muebles. Sus hermosos ojos azul aciano se agrandaron mientras pasaba su mano por el gran escritorio de roble intrincadamente tallado que ocupaba la mayor parte de la habitación. Su cuerpo se tensó.

«El escritorio no encaja con el resto del mobiliario. Está bastante fuera de lugar, ¿no? Demasiado fino, demasiado grande para su entorno. ¿Es tuyo?», ella preguntó.

Él asintió. Sus pensamientos estaban en cualquier cosa menos en ese escritorio. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no levantarla y mostrarle otro mueble, una cama que había instalado en medio de la habitación contigua a este salón. Una cama de lujo esperándolos, a solo unos pasos de distancia.

¿Realmente estaría tan mal? Despertarla a las maravillas que la esperaban en el lecho conyugal podría incluso darle a Iona el empujón necesario para doblegar su maldita determinación contra el matrimonio. Era cierto que violar su virginidad antes de convertirla en su esposa solo demostraría que él era el pícaro que la sociedad lo había pintado.

Fuera del alcance de la pálida y parpadeante luz de las velas de la habitación, continuó mirándola mientras se apoyaba en la puerta ahora cerrada con llave. Incluso con esa maldita peluca y ese bigote, era hermosa y él la deseaba más de lo que jamás había deseado a cualquier otra mujer. Esbelta como un reyezuelo y, sin embargo, tan audaz como una tigresa, lady Iona era un hallazgo poco común entre la *alta sociedad*. Recordar cómo ella lo había aceptado a pesar de la reputación cobarde que había acumulado a su alrededor hizo que su corazón latiera aún más fuerte en su pecho.

Independientemente de sus deseos con respecto al matrimonio y de si quería convertirse en su esposa o no, él deseaba desesperadamente llevarla a su cama. Y eso lo hizo sentir exactamente como el peor lobo solitario. Uno que acechaba en las sombras, esperando que una inocente cayera en sus garras.

«Te va bien».

«¿Qué?», preguntó, sin estar del todo seguro de qué estaba hablando. Seguramente ella no había visto más allá de su expresión tan cautelosa ni leído sus pensamientos completamente inapropiados.

«El escritorio», dijo y rápidamente se lamió los labios nacarados. «Te va bien».

Sus miradas se encontraron y por un momento de infarto supo con certeza que ella lo deseaba tanto como él la ansiaba. Sin saber lo que pretendía hacer, pero temiendo que eso lo condenaría para siempre al infierno, dio un paso hacia ella.

La estrecha puerta lateral del salón se abrió y Freddie, el incansable ayuda de cámara de Nathan, asomó la cabeza en la habitación.

«¿Necesitará algo antes de acostarse, mi señor?», Freddie preguntó con un gran bostezo. Sus ojos oscuros se posaron en Nathan, quien de repente se había congelado en su lugar.

Freddie conocía la postura de Nathan y podía leer la mirada de lujuria depredadora en la mirada de su empleador con demasiada facilidad. Afortunadamente, durante los últimos años había tenido suficiente práctica para saber cuándo ser discreto. Comenzó a salir de la habitación.

«Pido perdón», dijo en voz baja, sin siquiera mirar en dirección a Iona. «Veo que ya tiene todo lo que necesita para pasar la noche».

«Justo a tiempo, Freddie». Nathan necesitaba limpiar la mano herida de Iona. Esa era la

razón por la que la había traído a su apartamento en primer lugar. No para seducirla. Aunque la seducción podría llegar después, su salud era lo primero.

Aparentemente incapaz de evitarlo, Freddie levantó la vista y su brillante mirada se dirigió hacia donde estaba parada Iona. Por supuesto, vio exactamente lo mismo que habían visto los tontos ciegos del Goldsmith: un muchacho.

Sus cejas se arquearon.

«¿Usted...usted y su... em... em... amigo ciertamente no me necesitarían para nada esta noche?», preguntó Freddie, su voz arrastrada se volvió áspera y su garganta trabajando horas extras.

Lánzalo todo. Claramente, la ya mala opinión que el ayuda de cámara de Nathan tenía sobre su completamente libertino empleador acababa de bajar algunos peldaños.

«Sir Percival Crumps se ha lastimado la mano», explicó Nathan con los dientes apretados mientras maldecía en silencio las profundidades en las que se había hundido.

Era deprimente darse cuenta de que incluso su valet de confianza sacaría las peores conclusiones sobre él. No le sorprendería que todo Bath estuviera hablando de sus lujurias fuera de control que lo hacían llevarse a cualquier cosa a su cama, incluidos muchachos increíblemente bien formados y vestidos de manera extraña.

«¿Una herida, mi lord?», la voz de Freddie tembló.

«Tuvo un desafortunado incidente con un cuchillo en el Goldsmith. Necesitaré algunas tiras de tela limpia y un recipiente con agua caliente para limpiar la herida», dijo Nathan.

«Por supuesto, mi lord. Una pelea con cuchillo, mi lord. Claramente es una razón lógica para invitar a un joven como Sir...em...Percival a su salón. No podía dejar que regresara solo a casa después de encontrarse en el lado equivocado de un cuchillo. Qué noble de su parte y....».

«La palangana de agua, Freddie», instó Nathan.

«Por supuesto», Freddie corrió de regreso a la pequeña cocina, el alivio fluía a través de su voz y el color regresaba a sus mejillas normalmente sonrosadas. «De inmediato, mi lord».

Mientras esperaban el regreso de Freddie, Nathan concentró sus energías en cuidar la mano de Iona y tratar de olvidar su deseo de desnudarla. Oh, qué placer tendría al administrar sus atenciones no solo a su herida sino a todo su cuerpo. Con una maldición murmurada, desechó ese pensamiento.

A la luz de las velas, Freddie siempre encendía en previsión del regreso de Nathan, le quitó con cuidado el guante a Iona y le giró la mano entre las suyas. El flujo de sangre se había detenido. Y aunque era necesario limpiar la herida, no era tan malo como había temido. Ella no había estado restando importancia a la lesión. Era solo un poco peor que un rasguño.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

«Dudo que alguien note esta pequeña parte mañana», dijo y acarició sus nudillos, disfrutando la sensación de su piel suave y aterciopelada bajo las ásperas yemas de sus dedos. Pronto esta mujer, una criatura tan gentil como un suspiro y tan salvaje como un gatito, sería su esposa... si las cosas salían como él quería.

Pero últimamente muy pocas cosas le salían bien. Y eso le preocupaba.

«Tendrás que empezar a confiar y obedecerme, Iona». Él le levantó la barbilla. «Era posible que pudieras haber resultado gravemente herida».

La luz del fuego parpadeó en sus ojos. Tragó fuerte y abrió los labios como si fuera a discutir. Pero ella no dijo nada.

No sabía si estar contento o preocupado. La parte sabia de él susurró que debería estar preocupado. Muy preocupado. Este era su segundo encuentro con el peligro y el primero en

King's Bath no había calmado ni un ápice su ardor por la aventura.

«Iona, lo digo en serio. Este juego tiene que parar. Aquí. Esta noche».

«Pero...».

Freddie los interrumpió. Entró con varios paños limpios colgados del brazo y llevando una sencilla palangana de cerámica con agua. Estaba silbando una melodía alegre que se detuvo abruptamente cuando los sorprendió a los dos en una pose tan íntima. El color volvió a desaparecer de sus mejillas.

«El... el agua, mi lord. ¿Pero quizá debería volver más tarde?».

Nathan rápidamente soltó la mano de Iona y dio un paso atrás.

«Pon el agua aquí». Nathan señaló su escritorio. Mientras Freddie rondaba, tomó el paño limpio del brazo de su ayuda de cámara y lo sumergió en el agua. El líquido humeante casi le quema la piel. Pero sabía por experiencia que el calor ayudaría a eliminar la suciedad y limitaría la amenaza de infección.

«Esto dolerá», advirtió a Iona.

Ella apretó los labios y asintió.

Frotó la pequeña herida con el paño húmedo y caliente. Sus mejillas palidecieron, pero era valiente. Inhaló lentamente y volvió la mirada hacia el techo. Supuso que ella estaba tratando de ocultar las lágrimas que nadaban en sus hermosos ojos. Pero Nathan las notó. Últimamente parecía estar notando cada maldito detalle de ella como si fuera un faro brillante en la oscuridad en la que se había convertido su vida.

«Freddie, trae el brandy», gruñó, tratando de reprimir la frustración que le recorría el cuerpo. Iona quería sus besos y aún así insistía en que él no era más que un querido amigo. Sin embargo, lo que sentía por ella en ese momento no se sentía en lo más mínimo amistoso.

Su ayuda de cámara murmuró suavemente y salió corriendo de la habitación.

«Estoy bien», dijo una vez que estuvieron solos. «No necesito un trago. No soporto el sabor del brandy».

«Bien. No te corresponde a ti beber», dijo con más brusquedad de lo que pretendía.

Limpiar la herida con una buena dosis de brandy era un truco que le había enseñado su institutriz. Mientras crecía, constantemente regresaba a casa raspado y hecho jirones. Al principio pensó que su institutriz simplemente había estado tratando de castigarlo con el líquido punzante, pero, a medida que se hizo adulto, se dio cuenta de que cada vez que trataba sus propias heridas con brandy, reducía en gran medida sus posibilidades de infección.

A pesar de los beneficios del brandy, saber lo que estaba a punto de hacer lo hacía sentir como el mismísimo diablo. El alcohol que estaba a punto de verter sobre su herida ardería como fuego en su piel, aunque dudaba que pudiera igualar el dolor que sentía gracias a sus emociones cambiantes hacia él y hacia los otros hombres que competían por su afecto.

«Iona, acerca de nuestro futuro...», comenzó a decir. Pero Freddie regresó. Evitando el contacto visual con cualquiera de ellos, le entregó a Nathan una pequeña jarra de cristal.

«Puedo encargarme desde aquí», dijo Nathan, sin querer que su ayuda de cámara lo mirara. Si Iona gritaba, Freddie adivinaría fácilmente que su extraño invitado parecido a un elfo era en realidad una dama disfrazada. Preferiría soportar los ceños fruncidos y la mala opinión de Freddie que arriesgarse a que se revelara la identidad de Iona, incluso al viejo y dependiente Freddie.

Una vez que el valet los dejó solos en la habitación nuevamente, Nathan abrió la botella. «Lo siento por esto», dijo.

«Yo también», su voz sonó áspera.

Convencido de que, si esperaba más, no podría limpiar adecuadamente la herida, sostuvo el paño húmedo debajo de su mano y vertió un buen trago de alcohol sobre el pequeño corte.

Ella respiró hondo, pero soportó el dolor con tanta valentía como cualquier hombre que hubiera visto jamás.

«Esa es mi chica», una vez que le limpió el alcohol de la mano, la acercó y le plantó un ligero beso en la frente.

Por supuesto, ansiaba hacer algo más que besarla con una casta ternura que reservaba para su tía anciana favorita. Sus cuerpos encajaban bien. Él apretó sus brazos alrededor de ella y disfrutó de cómo sus pechos se presionaban contra su cuerpo. Ella le devolvió el abrazo y se meneó como si intentara poner hasta el último centímetro de su frente en contacto con el de él. Su cuerpo se tensó aún más. Estaba convencido de que ella podía sentir la prueba sólida de su deseo presionando contra su vientre. Lo más probable es que comprendiera lo que pasaba entre un hombre y una mujer. Aunque era inocente, no era joven ni estúpida.

Solo que muy inexperta.

Nathan gimió cuando su maldita conciencia entró en acción. Sería un error aprovecharse de sus incipientes y algo incontrolados deseos femeninos. Ella no entendía del todo lo que le estaba haciendo. Ella no podía.

Se negaba a creer que ella se burlaría de él con tanta crueldad a sabiendas, moviéndose contra él de esa manera. Y eso era lo que ella le estaba haciendo a fondo, provocando su cuerpo hasta un punto de excitación que hacía condenadamente difícil pensar.

Lo que tenía que hacer era darle la vuelta. Después de todo, ella había reflexionado en silencio durante todo el camino hasta su apartamento después de abandonar Orange Grove. Todo porque se había negado a darle un beso en el labio bigotudo. Se lo merecía.

Le frustraba que su relación estuviera quedando relegada a asignaciones clandestinas. Esto era exactamente lo que necesitaba hacer: arrebatarle las riendas de las manos y tomar el control del juego.

Cuando él se apartó, ella soltó un grito ahogado.

«¿Te asusta la vista de tu sangre?», preguntó, ya que ella parecía estar mirando sus manos. El corte sangraba un poco después de haber sido limpiado tan minuciosamente, aunque dudaba seriamente que fuera la sangre lo que la hizo gritar.

Sacudió su cabeza con peluca y se inclinó ligeramente hacia adelante. «No tengo miedo».

Deberías.

Al diablo con su efímero plan de burlarse de ella, pero no cedería. Su corazón latía salvajemente contra sus costillas. Dejó a un lado el paño húmedo, se quitó el maldito bigote que llevaba y se quitó la peluca rizada.

Llevar a una virgen, una inocente, a su cama era una línea que se había prometido a sí mismo que nunca cruzaría, pero, maldita sea, Iona iba a ser su esposa. Ya había decidido que lucharía contra el diablo para conquistarla si fuera necesario. Entonces, ¿por qué no acelerar la consumación y disfrutar ahora?

Porque él se preocupaba por ella. Por supuesto que siempre la había querido. Y una vez se había creído enamorado de ella. Pero todas esas emociones palidecían en comparación con lo que él sentía por ella en ese momento. La idea de perderla le dolía aún más que el tormento que había sufrido cuando su familia le había dado la espalda, negándose incluso a escuchar sus explicaciones.

Por ella haría lo correcto, incluso si eso significaba no tocarla hasta que ella aceptara convertirse en su esposa.

Capítulo Once

Iona contuvo la respiración, rezando para que él la hiciera perder la cabeza. Tenía una mirada febril que agitaba su vientre. Pero en lugar de acercarla de nuevo o tocarla como había hecho aquella maravillosa noche en King's Bath, se estaba alejando.

¡Era tan exasperante!

¿No podía leer las señales que ella le estaba enviando? Ciertamente no era tan tonto como para no entender que ella lo deseaba con tanta fuerza como él la deseaba a ella.

Y él la deseaba. De eso estaba segura. Había sentido la prueba de su deseo presionando contra su vientre.

Ambos eran adultos y estaban lo suficientemente lejos de las miradas indiscretas de la *alta sociedad* como para estar a salvo. Nadie necesitaría saber lo que podría pasar esa noche con ella a solas con él en su apartamento.

Entonces, ¿por qué actuaba tan asustadizo como un gato salvaje?

Ciertamente, su comportamiento mojigato no se debía a un exagerado sentido del honor. Él le había dicho una y otra vez que no le importaba lo que la sociedad pensara de él. Y que no permitía que las rígidas reglas de la *alta sociedad* controlaran sus acciones.

¿Qué tendría que hacer para que él la besara otra vez? En King's Bath parecía no tener suficiente de sus labios, pero desde su paseo por Sydney Gardens, parecía oponerse obstinadamente a la idea.

Tal vez si ella se lamiera los labios como si acabara de saborear una jugosa naranja, él podría cambiar de opinión.

«¿Por qué no me besas?», preguntó ella en su lugar.

«¿Por qué no voy a...?», se pasó una mano por el cabello. «No soy un animal que ataca cada pelusa que encuentra. Independientemente de lo que hayas escuchado, puedo controlar mis impulsos».

Así que eso *era* todo, estaba tratando de comportarse con nobleza. Por el bien de ella. ¡Vaya! Su perfecta reputación estaba arruinando su vida. Incluso el libertino de mayor mala reputación se negaba a besarla.

«Te llevaré a casa», dijo y agarró su sombrero.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Supuso que debería darle las gracias.

Se detuvo a medio camino de la puerta. Sus hombros se tensaron. Su corazón se estremeció en el silencio que siguió. Ella no quería irse sin su beso y él parecía decidido a negárselo. La iba a despedir como a una niña rebelde.

«Maldita sea, no te atrevas a llorar». Él se dio la vuelta. Ella retrocedió un paso mientras él avanzaba hacia ella. En un instante, sus brazos la rodearon mientras la acercaba.

«He hecho lo que me pediste. Te he llevado al Goldsmith». Su voz profunda acarició sus labios solitarios. «Te he mostrado los terribles problemas que un caballero puede causarse a sí mismo. Ahora harás algo por mí».

Ella asintió y luego estiró la cabeza hacia adelante, buscando su beso. «Cualquier cosa...».

«¿Cualquier cosa?», dijo él, con su mirada fija en ella. «¿Y puedo hacer que cumplas tu palabra?».

Ella le daría la Luna y las estrellas si tan solo la besara. «Lo que sea», susurró.

El calor que flotaba entre ellos desapareció al instante. Y sus labios de repente no estaban

cerca de los de ella. Había un brillo calculador en los ojos de él. Parecía peligroso, despiadado. «Te acompañaré a la próxima Gala de la Victoria en Sydney Gardens, donde otros nos verán juntos en un entorno muy apropiado».

«Yo... yo... yo...», eso era imposible.

«Y pasearás entre la multitud en la gala apoyada en mi brazo», añadió.

Para disgusto de Iona, él se alejó lo suficiente de sus labios como para sospechar que, a menos que ella hiciera un movimiento, no habría ningún beso para ella esa noche.

«Parece que te has tranquilizado», dijo, y la falta de emoción en su voz la dejó helada. Sin darle una segunda mirada, emprendió el regreso hacia la puerta. «Te acompañaré a casa».

Nada de esto salió como ella había planeado. No se le podía ver con Nathan en público. No cuando el anuncio oficial de su compromiso con lord Lovington asomaba apenas a unos días de distancia.

¡Maldita sea! Le había dado su palabra de honor de que haría cualquier cosa por él. Cuando él le hizo la petición, se le hizo agua la boca, esperando que sus deseos se dirigieran hacia la oscura privacidad del dormitorio, muy distinto a hacer alarde de su apego ante los ojos críticos de la sociedad. Simplemente tendría que convencerlo de que no cumpliera su palabra y la presionara para que entrara en la Gala de la Victoria de su brazo. Era una idea terrible. Peor que terrible. Haría que las lenguas se movieran.

Un caballero con su reputación, siendo visto con ella, sería una pareja tan extraña que todo Bath estaría riéndose a la mañana siguiente. Seguramente se correría la voz por todo Londres antes de que terminara el fin de semana. Tenía que disuadirlo de esto.

Antes de que ella tuviera la oportunidad de lanzarse a una discusión un tanto acalorada, él le puso las manos en los hombros y la dirigió hacia la puerta.

«Eres imposible», resopló ella, luchando contra el impulso de gritarle. Él la había superado tanto que ella estuvo a punto de igualar la habilidad de Lillian y su madre para hacer un berrinche.

«Tú también», sonaba tan quisquilloso como ella se sentía.

«Bien», ella cruzó los brazos debajo de sus pechos fuertemente vendados y lo fulminó con la mirada.

Era demasiado guapo para su propio bien. Se había quitado el sombrero y su cabello rubio estaba en un adorable estado de desorden.

«Odiaría pensar que soy la única que sufre esta noche», refunfuñó.

«Cada maldito momento que paso contigo, sufro», respondió él.

Oh, era peor que imposible. ¿Por qué no siguió adelante y la besó? ¿Por qué hacerlos sufrir a ambos? Hirviendo por la frustración, impulsivamente se puso de puntillas y le rodeó la nuca con las manos. Ella presionó sus labios contra los de él, recibiendo el beso que él parecía tan obligado y decidido a negarle.

«Llévame a tu cama». No podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca. Y, sin embargo, se sentían bien. Ella no quería volver a casa. Aún no.

Él retrocedió y la miró críticamente. Casi podía ver los pensamientos dando vueltas en su cabeza.

«Hablas en serio», dijo él finalmente.

Estaba aterrorizada. Excitada. Y sospechaba que lo que estaba pidiendo le traería un montón de problemas. Aun así, su cuerpo inflamado no estaba dispuesto a dejar que su mente lógica, serena y terriblemente correcta lograra salir de esto.

Incapaz de hablar, ella asintió.

«¿Quieres que te lleve a *mi* cama? ¿Y hacer lo que un marido haría con una esposa?».

Ese era el problema. ¿Su maldito sentido del honor hacia ella lo dejaría otra vez ansioso por lanzarse sobre la espada matrimonial, como lo había hecho la noche en King's Bath?

La miraba con una intensidad que la dejó temblando. ¿Veía una chispa de posesión brillando en sus ojos? ¿Era él como todos los demás malditos caballeros de su vida, interesados solo en casarse con el modelo de perfección, la perfecta hija del duque?

Por mucho que lo añorara, temía que él tampoco viera más allá de su bonita fachada. Su reciente comportamiento imprudente obviamente lo confundió. Lo había sorprendido mirándola con el ceño fruncido varias veces esta noche.

«Bueno...», respondió él.

Si bien los deseos de su cuerpo todavía estaban en guerra con su mente lógica, parecía que no podía hablar. Este momento era demasiado grande, demasiado importante para expresarlo con palabras. A pesar de sus miedos y preocupaciones sobre sus intenciones y las consecuencias del momento, esto era algo que quería. Desesperadamente.

Sí.

Ella repitió.

«Llévame a tu cama».

Si lograba convencer a su padre de que no tenía que casarse con su primo, ni con nadie más, se encontraría pronto siendo una líder de simios y una confirmada solterona. Esta podría ser su única oportunidad de experimentar los placeres del lecho conyugal del que solo había oído hablar en susurros en los salones. Y no podía imaginarse dejar que nadie más que Nathan le enseñara los secretos de la pasión.

«Necesito escuchar las palabras, Iona». Había un toque de pánico en su voz. «Dime qué tengo que hacer».

«Necesito que completes la lección», logró decir ella ahogadamente y luego tragó profundamente. «Necesito que me enseñes cómo vivir de verdad. Estoy cansada de esconderme detrás de esta sonrisa serena y fingir que soy feliz. Llévame a tu cama».

Con un gruñido bajo, la tomó en brazos y la llevó a través de la habitación. Su paso se mantuvo firme y decidido, sin dejar que algo tan molesto como una puerta se interpusiera en su camino. La abrió de una patada y cruzó el umbral hacia el lugar más privado: su dormitorio.

Un aroma dulce y especiado la recibió. Ella respiró profundamente.

«¿Qué es ese aroma celestial?», ella susurró la pregunta.

«Las velas», media docena de velas estaban esparcidas por toda la habitación en candelabros de latón y cobre adornados con joyas. Sus llamas no olían en nada como las velas de sebo utilizadas en su dormitorio. «Las he importado de China».

Qué exótico. Complementaban la decoración de la habitación. Había esperado que su dormitorio estuviera amueblado con sencillez, a juego con el salón un poco vacío, no una habitación de placer más adecuada para un sultán exótico. De las paredes colgaban sedas de colores brillantes con elaboradas escenas. Una seda carmesí cubría la cama bastante grande que ocupaba el centro de la habitación. Docenas de almohadas y almohadones con flecos se extendían a lo largo de la cabecera de la cama.

La seda que cubría la cama representaba a un hombre de piel oscura arrodillado frente a una mujer escasamente vestida y de aspecto igualmente exótico. Se estaba llevando el pecho desnudo de la mujer a la boca. Las sedas más pequeñas que colgaban de las paredes también tenían a hombres exóticos congelados para siempre en poses impactantes con mujeres casi desnudas.

Uno en particular le llamó la atención. Una mujer joven, desnuda de cintura para abajo,

estaba tendida boca arriba en un prado cubierto de hierba. Sus piernas estaban colgadas sobre los hombros del caballero completamente vestido. Iona jadeó. Y la larga y rosada lengua del hombre estaba lamiendo el tierno lugar entre los muslos de la mujer. Esta habitación era tan perversa como...

Su mirada voló para encontrarse con los ojos azules determinados y nublados por la lujuria de Nathan.

Tan malvados como la reputación de Nathan. Una reputación que, hasta ahora, ella se había negado a reconocer. En un estado de angustia, su mente daba vueltas. ¿Y si? ¿Y si?

«¿Por qué tu habitación está decorada como... como si fueras un pícaro peligroso e impenitente?», ella exigió saber.

Se detuvo a medio paso y consideró la pregunta, sin desviar los ojos de su cuerpo. Por un breve momento, su máscara juguetona se deslizó y ella leyó arrepentimiento en esos brillantes ojos azules antes de que él se encogiera de hombros negligentemente.

«Esto es lo que la sociedad espera de mí, ¿no?».

Su respuesta solo causó más confusión. Tenía la sensación de que había una razón más profunda detrás de que él interpretara el papel de pícaro de manera tan completa. Y si la personalidad que presentaba a la sociedad era mentira, también empezaba a preguntarse si todo lo que sabía sobre él también lo fuera.

Estaba a punto de presionarlo para obtener respuestas, pero él inclinó la cabeza y reclamó sus labios, limpiando sus pensamientos y preguntas extraviadas. Este era Nathan, el Nathan del que se había enamorado hacía casi dos años, no el lobo feroz con gusto por devorar vírgenes inocentes. Aunque, después de ver ese tapiz, la idea de ser devorada por un hombre comenzaba a adquirir un significado completamente nuevo...

De repente sintió calor y humedad entre las piernas. Su cabeza daba vueltas tan rápido que apenas se dio cuenta cuando él la dejó caer sobre su cama.

Se subió encima de ella con las piernas a horcajadas sobre ella. Sus manos errantes derretieron sus pechos atados a través de las capas de ropa mientras su lengua pasaba más allá de la barrera de sus labios para sumergirse en su boca. Ella gimió.

Había demasiadas capas de ropa entre ellos. Su cuerpo instintivamente ansiaba sentirlo contra ella, carne contra carne. Ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y se presionó contra él exigiendo el bulto de sus pantalones. Abandonando todo pudor, se frotó contra él, estremeciéndose por el placer que le traían la fricción y el calor.

Él gruñó en su boca y se alejó. Durante un latido de su corazón, le preocupó que su comportamiento audaz y malvado lo hubiera sorprendido. Un sonrojo comenzó a picarle las mejillas cuando él la acercó a un lado de la cama.

El calor febril que vio en su mirada superó su vergüenza. Respiró rápida y superficialmente varias veces mientras la acariciaba entre sus piernas, haciéndola sentir ansiosa y necesitada. Él murmuró con una voz profunda que vibró por todo su cuerpo cuánto anhelaba comérsela viva.

«Tú eres el lobo feroz», respiró ella.

Él frunció el ceño. «¿Eso te asusta? ¿Preferirías un perro de aguas manso?».

Ella contuvo un grito cuando él colocó esas manos mágicas detrás de su espalda. «¡No!», ella sacudió la cabeza con seriedad. «Lo único que me asusta es que esta noche es solo un sueño y que despertaré antes de saber qué pasará después».

Su ceño se aligeró un poco, pero sus manos malditas permanecieron detrás de su espalda y demasiado lejos. «Estoy sufriendo la misma preocupación», dijo él. Finalmente, se acercó a ella y le apartó suavemente un mechón de pelo que le había caído sobre la frente. «Prométeme que no

desaparecerás».

«No voy a ir a ninguna parte», juró y se acercó a él.

Su sonrisa juguetona, ligeramente torcida y desgarradoramente adorable, regresó.

«Una parte de mí desearía estar quitándote un vestido vaporoso a tus hermosos hombros». Él desató suavemente su corbata estranguladora y comenzó a desabotonarle la camisa de algodón de caballero. Comenzando en la columna de su esbelta garganta, colocó un beso en cada centímetro de piel que se iba revelando mientras un botón tras otro se desabrochaba. «Pero claro, esto se siente bien. Estoy empezando a creer que tienes corazón de pilla. Es natural que vengas a mí vestida como tal».

Corazón de pilla. A ella le gustó cómo sonaba eso. Estaba a punto de decírselo cuando él tomó sus mejillas entre sus palmas e inclinó su rostro hacia él. Su pulgar trazó el arco de su mejilla, una experiencia sorprendentemente placentera.

«Mi hermosa y atrevida pilla. Esta noche me has quitado años de vida, pero lo repetiría todo de nuevo si eso significara terminar aquí... contigo». Hablaba suavemente. «Así».

«Sí», ella estuvo de acuerdo. «No hay ningún otro lugar en el que me gustaría estar ni ningún otro hombre con el que me gustaría estar».

Entrelazó sus dedos en su cabello dorado, quitó las horquillas y suavemente, oh, muy suavemente, la acarició. Iona apenas podía recuperar el aliento. Ella quería que él hiciera más. Quería sentir más de lo que él le estaba haciendo sentir. Pero ella no sabía qué hacer.

«Estás temblando». Se acercó él. Su aliento rozó su mejilla. Esta cercanía le agradaba. «¿Estás asustada?».

«No», respiró ella. «Por nada».

Sus labios cubrieron los de ella. El beso fue suave al principio, pero, cuando ella se fundió en su abrazo, él se volvió más exigente. Presionó su barbilla con el pulgar para abrirle la boca. Su lengua se hundió, llenándola, encendiendo sensaciones que nunca antes habían existido para ella.

La sostuvo firmemente contra su cuerpo tenso. Cada nueva sensación llevaba a otra más intensa. Sus manos acariciaron la longitud de su columna, instándola a acercarse. Sus pechos se aplastaron contra el pecho de él y se pusieron rígidos bajo la presión. Sus pezones hormiguearon, exigiendo más. Frotó las puntas hinchadas contra su cuerpo, provocando temblores urgentes recorriendo sus venas.

La levantó de la cama y la bajó sobre su regazo para que ella se sentara a horcajadas sobre sus piernas. Su miembro largo y duro presionaba contra ella. Tenía calor allí. Su calor se extendió fácilmente a través de sus pantalones y hasta su vientre. Una repentina humedad y un dulce ardor surgieron entre sus piernas, donde él estaba presionado con fuerza contra ella.

Él gimió y con un movimiento suave se sacó la camisa de algodón por la cabeza y la arrojó al duro suelo.

«Oh, no podemos permitir esto», dijo. La chispa malvada en sus ojos la atravesó. Él miró fijamente sus pechos fuertemente atados. «No podemos permitir esto en absoluto».

Se llevó la mano a la bota y sacó un cuchillo que parecía tan amenazador como la espalda del tiburón del club. Con un corte cuidadoso, la guata de algodón cayó y sus pechos quedaron al descubierto para que él los viera.

Y acariciara.

«Hermosos», murmuró.

Él la acarició suavemente. Al principio se sintió incómoda. Tenía la mirada de un hombre que contemplaba una escultura verdaderamente magnífica.

Y saboreara.

Para su sorpresa, su boca se cerró sobre sus pechos, su lengua jugueteó con sus pezones, cada uno por turno, hasta que se pusieron duros y sensibles. Y luego los chupó. Duro. Exigiendo.

Ella lo sintió por todo su cuerpo. Su corazón latía con fuerza, vibrando por todas partes, especialmente entre sus piernas. Un calor húmedo ardía allí y se preguntó qué vendría después. Ella se movió contra él, enamorándose cada vez más de ese interesante bulto en sus pantalones.

Como no era alguien que se quedara de brazos cruzados y dejara que otra persona hiciera todo el trabajo, respiró hondo y se acarició el pecho.

«Por favor», ella echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando él le mordisqueó el pecho. Ella se balanceó contra él, frotándose a lo largo de su longitud, ya no convencida de que sería capaz de sobrevivir a esta dulce tortura. Giró las caderas y se apretó contra los pantalones.

Parecía tan frustrado y necesitado como ella. En un frenesí de movimientos, estaba desnuda y había logrado quitarle la camisa a Nathan. El vello de su pecho era dorado y se estrechaba hasta sus pantalones. Presionó su rostro contra su cálido pecho y aspiró su embriagador aroma.

La arrojó sobre las sábanas de seda roja y la siguió con su propio cuerpo, besando y acariciando cada sedoso centímetro de ella. Su toque era exigente pero gentil. E incluso cuando descubrió lugares en ella que ella nunca había sabido que existían, las sensaciones que se acumulaban en su interior se sentían extrañamente familiares y cómodas.

Debía haber más, se notaba que había más. Ella se resistió ante él y le mordió el lóbulo de la oreja, mientras sus frustraciones se volvían casi insoportables.

«Shh», su voz era suave contra su garganta.

Le levantó las piernas, doblándolas por las rodillas y abriéndolas ampliamente. Ella se tensó. Quería que él se uniera a ella en su desnudez.

Ella tiró de sus pantalones, arrancándole el botón superior cuando parecía que no podía descubrir cómo sacarlo de su elaborado artilugio.

Él le detuvo los dedos. «Tranquila, amor. Con mucho gusto me desnudaré para ti».

Nunca antes había visto a un hombre desnudo. Y él era muy diferente de ella, grande, duro y prominente. Casi se desmaya cuando de repente comprendió de qué se trataba.

«¿Te gustaría tocarme?», preguntó él. Su voz temblaba.

Ella asintió y extendió la mano. En la superficie, era suave y cálido, muy parecido a su carácter alegre. Pero bajo la suave piel, su miembro era duro, inflexible. Su aliento se quedó atrapado en su garganta cuando ella lo tocó allí por primera vez. Complacida por la reacción, acarició con más fuerza.

«Por favor, Iona, no estoy hecho de piedra», dijo con los dientes apretados y la voz tensa.

Podría haberla engañado, era duro como la piedra, aunque nada frío como el mármol. Una hermosa estatua para acariciar.

Y amar.

«¿Entiendes cómo funciona todo esto?», preguntó, quitándole los dedos de encima. Antes de que ella pudiera responder, él se arrodilló entre sus piernas.

«Q.... qué...», comenzó ella.

Bajó la boca hasta su suave carne.

«Relájate». Su voz era cálida y húmeda contra el suave vello entre sus muslos. «Déjame enseñarte».

«Oh», exhaló su sorpresa cuando su lengua la tocó.

«Oh», repitió mientras su cálida lengua la acariciaba de nuevo. No mostró signos de retroceder. La presión íntima de sus labios y su lengua caliente contra su lugar más tierno hizo

que sus ojos se pusieran en blanco. Se sentía fuera de su cuerpo como si no fuera más que un sentimiento, una fuerza creciente de excitación.

«Me voy a colocar aquí», dijo y volvió a acariciarla con la lengua. Y entonces sus dedos la tocaron allí, en el lugar más privado, un lugar que ella había anhelado que él tocara.

«Y entraré». Sintió un dedo empujando sus tiernos pliegues y luego otro, acercándose a ella. Se sentía apretada, como si la estuvieran estirando para aceptarlo. Pero él fue gentil. Sus piernas se abrieron mientras se relajaba. Ella dio un breve jadeo de placer cuando sus dedos se volvieron más audaces, empujándola, llenándola. Bombeándola.

«Hago el amor contigo».

Sus caderas se balancearon con el ritmo que él marcaba. Sus ojos se cerraron y se relajó completamente en sus brazos. Su toque fue cálido mientras la llenaba. Ella se presionó contra él, guiándolo más profundamente a medida que su urgencia crecía.

«Te marco como mía».

Y entonces la realidad se intensificó. Clavó los dedos en sus fuertes brazos mientras su cuerpo se tensaba y se separaba. Estaba muriendo, no tenía que haber otra explicación.

Había dejado de respirar durante mucho tiempo.

Ella gritó cuando llegó una hermosa liberación. Chispas de energía explotaron por todo su cuerpo. Seguramente ella había muerto.

Continuó acunándola, arrullándola suavemente. Besó tiernamente sus párpados, su frente, su nariz, su barbilla y sus labios. La abrazó con fuerza contra su pecho absorbiendo los temblores de la lencería que la recorrían.

«Gracias», respiró entrecortadamente y se movió sobre ella. Sintió la ancha punta de su miembro presionar contra su carne aún temblorosa.

Se frotó contra su humedad hasta que se deslizó fácilmente contra ella. Lentamente la empujó.

Centímetro a centímetro, ella tomó más y más de él. Él la llenó y empujó más profundamente. El sudor le cubría la frente y parecía muy serio acerca de lo que estaba haciendo.

Ella se quedó quieta, su mirada fija en sus ojos acerados. Eran un consuelo constante.

«Iona, esto te dolerá, aunque sea por un momento». Él tomó sus manos entre las suyas y empujó con fuerza. El dolor la sorprendió. Ella gritó.

Él besó suavemente sus lágrimas, disculpándose con cada respiración. Él no entendía que sus lágrimas no eran de dolor, ni siquiera de arrepentimiento. Surgían de un profundo alivio que la invadía. Una vez perdida su inocencia, era libre. Ningún hombre querría casarse con ella.

«Quédate quieta», dijo él, «solo acostúmbrate a mí. Prometo que se sentirá mejor en un momento».

Comenzó un lento movimiento de balanceo. Sus manos cubrieron su cuerpo, acariciando, provocando. Chupó uno de sus pezones.

«Oh», gimió ella.

Con mayor urgencia, le abrió más las piernas e inclinó sus caderas para poder profundizar más.

Siguió su propio sentido de urgencia. Sus manos estaban por todas partes, tirando de él. Su cuerpo se movía con instintos que no sabía que poseía. Ella le mordió el hombro y las yemas de los dedos. Gimió en su boca.

Mientras él la bombeaba, ella lo miró a los ojos y vio su futuro. Uno con él en el centro.

Y esa fue su perdición. Su cuerpo respondió a un deseo con el que había luchado desde el momento en que Nathan la sorprendió escuchando a escondidas los chismes del salón de té.

«No...».

Sus pensamientos y planes lógicos no importaban. Su corazón tomó el control y surgió de las emociones que la invadieron mientras su mundo se desmoronaba por segunda vez esa noche, arrastrándola.

Ninguna otra, cantó su corazón. Estoy enamorado.

Con un gemido se retiró, derramando su semilla sobre las sábanas.

La amaba.

En las tranquilas horas previas al amanecer, Nathan poco a poco fue despertando del pesado sueño de los saciados y contentos. La idea de entregarle su corazón a Iona ya no le molestaba. Después de anoche, su corazón siempre le pertenecería a ella.

La amaba.

Ya no importaba cuánto pudiera protestar a la luz del día, él no la dejaría negar la pasión que se arremolinaba entre ellos como un infierno en miniatura, o la ternura que había leído en sus impresionantes ojos azul aciano cuando le había ofrecido su virginidad.

Ella también lo amaba.

Ninguna otra, había dicho. Esas dos hermosas palabras ocupaban su corazón. Ninguna otra. Ella era suya. Para siempre.

Inhaló profundamente. Todavía podía oler el fragante aroma a madreselva de ella aferrándose a él. Ella había hecho esto por él. Ella le había dado la paz que tanto anhelaba.

«Debería acompañarte a casa, cariño», susurró en la oscuridad.

La oscuridad le respondió.

La pobrecita, la había agotado. Aunque quería dejarla dormir, sabía que no podía dejarla recibir el amanecer desde su cama. Aún no. No hasta después de casarse.

Extendió la mano, esperando despertarla suavemente con una caricia en su mejilla. Sus dedos no tocaron su sedoso cabello ni su suave piel, sino una fría almohada.

«¿Iona?».

De repente se despertó y se sentó. Su mirada frenética buscó en la recámara.

Estaba vacía.

«¿Iona?», saltó de la cama y corrió al salón. «¿Iona?».

La habitación estaba oscura y en silencio.

Desnudo y confundido, se quedó inmóvil en medio del salón. Y luchó contra el impulso de mirar debajo del sofá o mirar dentro del gran cofre con mantas que estaba apoyado contra una pared.

Tenía que haber una explicación lógica. Las hadas no habían irrumpido en su dormitorio para llevársela. Su puerta había sido cerrada con llave. Y nadie sabía que él la había llevado aquí. Así que el secuestro estaba fuera de discusión.

Entonces, ¿dónde diablos estaba ella?

Cálmate, decía su parte *racional*.

Apretando los dientes con tanta fuerza que le dolía la mandíbula, regresó a su dormitorio y se puso la bata. Mientras hacía un nudo en el cinturón de la bata, fue a despertar a Freddie.

Llamó suavemente a la puerta de su sirviente. Cuando no hubo respuesta, golpeó.

Nada.

Abrió la puerta de golpe. La pequeña habitación del sirviente estaba desierta.

¿Iona secuestrada?

Freddie no... no podría...

Pero si no había sido Freddie, ¿entonces quién? ¿Quién podría haber sacado a Iona de su

cama?

Lo mataría. Nathan volvió corriendo al salón y se dirigió directamente a su escritorio. Buscando su pistola, abrió los cajones y arrojó su contenido al suelo.

Su mano tocó el frío y duro acero del cañón de una de sus pistolas de duelo cuando la puerta principal se abrió. Freddie, silbando una melodía desafinada, entró como si regresara de una noche obscena en su pub favorito, a solo unas puertas más abajo.

Nathan apuntó con la pistola al pecho del hombre.

«¿Dónde demonios has estado?», le preguntó a su futuro primer ayuda de cámara. Pensamientos de asesinato brillaron intensamente en su mente. «¿Qué has hecho con ella?».

La espalda de su ayuda de cámara se puso rígida. «La lady me despertó de mi sueño y me pidió que la acompañara a casa», explicó mientras cerraba la puerta con llave. Luego cruzó la habitación y tomó la pistola de la mano de su empleador. Con un profundo suspiro, dejó el arma sobre el escritorio entre ellos. «Solo hice lo que ella me pidió».

«¿Por qué no me lo pidió a mí?».

«Le hice esa misma pregunta. Ella me dijo que tenía miedo».

¿Miedo? ¿De él? El corazón de Nathan dio un vuelco con ese pensamiento.

«Seguramente te estás burlando».

Freddie frunció el labio superior y se encogió de hombros. «Eso es lo que ella me dijo». Su voz se volvió más helada y cortante. «No discutí con ella».

«¿Y la viste entrar a casa?».

Freddie se encogió de hombros nuevamente. «Ella es una dama. Es natural que yo haga lo que ella desee».

«¿Y la viste entrar a su casa?», tenía que saber que ella estaba a salvo. Una vez que eso estuviera resuelto, volvería a intentar descubrir qué debía haber estado pensando ella.

«Ella se deslizó por una ventana trasera en el Royal Crescent sin ningún problema». Dio un silbido bajo. «Ella es una pequeña presa ágil, ¿no?».

Nathan le lanzó a su ayuda de cámara una mirada penetrante.

«Y ella también es una dama muy apropiada», agregó rápidamente Freddie.

«Independientemente de lo que pienses o no, no debes contarle a nadie sobre ella. Lo entiendes, ¿no? Ni siquiera a esos aduladores con los que te gusta tomar una pinta o dos los fines de semana».

«Nunca hablo de sus relaciones». Parecía herido por la acusación de que lo haría. «No es mi lengua sino su propio descuido lo que le mete en problemas, mi lord».

«Todo eso cambiará», prometió Nathan. «Todo va a cambiar». Se casaría con Iona. Después de lo de anoche, debía saber que no había otra opción. Al rogarle que la llevara a su cama, ella había aceptado el matrimonio, ¿no?

«Supongo que sí», la voz de Freddie se elevó con incredulidad. «La hija soltera de un duque. Casi preferiría que llevara a un chico a su cama que a esa chica vestida como tal. Ciertamente me sorprendió hasta los pies anoche cuando le hacía ojos de luna mientras la llamaba Sir Percival, lo hizo. Fue tan fuera de lugar para usted. Pero claro, está bajo una cantidad inhumana de estrés gracias a su familia, pensé que tal vez usted...».

Un silencio incómodo se extendió entre ellos. Freddie conocía demasiados de sus secretos. Había sido testigo de muchas de sus humillaciones.

Nathan se pasó una mano por el pelo. «¿Por qué me dejaría?», pensó que habían formado un entendimiento tácito. Maldita sea, debería haberla hecho decir en voz alta las palabras que había imaginado que flotaban en su cabeza.

«Ella le dejó una nota». La mirada de Freddie se dirigió al gran escritorio de arce de Nathan. Sobre el papel secante, esperándole, había un nuevo trozo de papel. Nathan lo cogió.

*Mi más querido e íntimo amigo:
Gracias por la lección de pasión,*

Así comenzaba la carta. Tuvo que esforzarse para no desmoronarse en la oleada de ira que lo invadía. Sintió una imperiosa necesidad de correr hacia la casa de los Newbury y sacudirla hasta que entrara en razón. O eso, o besarla hasta dejarla sin sentido. Pero él no hizo ninguna de las dos cosas. Si quería desenredar este desastre que había creado para sí mismo, necesitaba mantener la calma.

Después de lo de anoche, estoy convencida de que saldrás corriendo y harás algo completamente estúpido. Te ruego que ejerzas un mínimo de autocontrol, Nathan.

«Soy la imagen del autocontrol», respondió. «¿Realmente me conoces tan poco?».

Si te preocupas un poco por mi felicidad, no acudas a mi padre para hablarle tonterías sobre el matrimonio. Te lo negaré si es necesario. Por favor, no me obligues a hacer algo tan cruel.

Esta noche siempre brillará en mi memoria. Incluso cuando sea vieja y esté marchita, recordaré ese hermoso momento que compartimos y sonreiré.

«Por supuesto que lo harás. Estaré a tu lado asegurándome de que lo hagas».

Si no deseas volver a verme nunca más, cumpliré tus deseos. Sin embargo, mi más profunda esperanza es continuar nuestra amistad.

Con cariño, tuya.

No había ninguna firma. Ni siquiera el yo adornado que había puesto en sus notas anteriores.

Con cariño, tuya, había escrito.

Pero ella no era realmente suya. La carta lo había dejado dolorosamente claro.

Nunca había sentido tanta rabia hacia una mujer. Aplastó el papel en la palma de su mano y lo arrojó a la parrilla del fuego.

Probablemente era bueno que ella hubiera huido de su cama. De su apartamento. En todos sus años, nunca había tratado a una mujer con tanta insensibilidad, ni siquiera a las ligeras de ropa que se había llevado a la cama cuando era estudiante en Oxford.

¿Ella pensaba que le carecía de corazón? ¿Y qué diablos había con su honor? Ella le había arrancado ambas cosas con frialdad con la punta de su propia pluma al escribir.

Que el cielo la ayudara, a pesar de las exigencias que ella había hecho en su nota, él juró que haría todo lo necesario para recuperar tanto su honor como su corazón.

Capítulo Doce

«¿A qué estás jugando, Wynter?».

Nathan no se molestó en levantar la vista de la edición del día anterior del *London Times*, el último ejemplar disponible en la pequeña tienda de “Mill” en Kingsmead Square. El dulce olor a cuero en la biblioteca privada le recordaba el estudio de su padre en Callaway Abbey. A hogar. Se preguntó si después de anoche tendría alguna posibilidad de volver a ver a su familia en casa. «Te equivocas. No estoy jugando, Talbot».

La pata de una silla rozó el suelo de madera. «¿Sir Percival Crumps?», Talbot dijo junto al oído de Nathan. «¿Lady Iona? Yo diría que estás metido en un juego sangriento y peligroso considerando que el duque de Newbury es tan protector como un león de mal genio con su hija favorita».

Nathan bajó el periódico para intentar leer la intención de Talbot.

Los problemas iban de la mano con secretos tan condenatorios y problemas que ya tenía en exceso.

Iona no solo lo había dejado como un ladrón en la noche con esa escueta nota para helarle el corazón, sino que la señorita Darly le había enviado su propia carta a su apartamento esa mañana. En ella, detallaba sus costosas exigencias. Si no se cumplían, juraba que volvería a hablar con Edward y dejaría que las cartas cayeran donde pudieran, por así decirlo. Desafortunadamente, Nathan todavía estaba pagando a los acreedores la suma exorbitante que ella había recibido de él casi dos años antes. Simplemente no tenía los fondos para comprarla por segunda vez, no mientras mantuviera su estilo de vida actual.

Y luego estaba la Sra. Jane Sharpes, su antigua amante. Antes de salir de su apartamento esa mañana, todavía se estaba reprendiendo por haber llevado a Iona a su cama y tratando de convencerse de que ella lo perdonaría si acudía a su padre para defender su caso, cuando un lacayo llegó a su puerta y anunció la inesperada llegada de Jane a Bath. Tenía que verlo urgentemente, le había dicho el lacayo a Freddie, quien a su vez informó a Nathan con una mueca de desprecio en sus infelices labios.

Tan pronto como Nathan se puso los pantalones y se ató la corbata, salió corriendo a la dirección que le había proporcionado el lacayo. Su corazón había estado atrapado en su garganta por completo. Solo se le ocurría una cosa lo suficientemente urgente como para atraer a Jane a la aburrida y pasada de moda ciudad de Bath en pleno verano. Un embarazo.

Su hijo.

Un hijo que sin matrimonio nacería como un bastardo.

Se había retirado de Iona, negándose a sí mismo el placer de llenarla con su semilla porque esperaba evitarle el peligro de sufrir esa complicación tan condenatoria y potencialmente ruinosa.

No había sido tan cuidadoso con Jane.

Afortunadamente, sus preocupaciones sobre el estado de Jane eran infundadas. Aun así, lo que descubrió en la ordenada residencia que Jane había alquilado fue aún más impactante. Jane estaba dispuesta a darle todo a cambio de un pequeño sacrificio.

Iona.

Su cuerpo se tensó al pensar en ella.

Esa adorable descarada iba a ser su perdición a menos que aceptara convertirse en su pareja en algo más que secretos y sombras.

«¿Crees que disfruto de las tontas frivolidades de Bath?», la voz de Talbot llegó a su cabeza y lo sacó de sus pensamientos extraviados.

«Disculpa», dijo Nathan.

«¿Crees que disfruto de Bath?», Talbot repitió con un poco de agitación.

«¿Cómo diablos debería saberlo?».

«Bueno, ¿sabías que lady Iona bailó un vals conmigo en todos los bailes de la temporada pasada? ¿Que iba conmigo a montar a caballo por Hyde Park todos los martes?».

«¿Entonces la seguiste a Bath buscando convertirla en tu esposa?».

Talbot asintió.

El ánimo de Nathan se hundió. Ganarse la devoción de Iona empezaba a parecer tan imposible como atraer a una mariposa revoloteando para que se posara en una sola flor.

Y Jane estaba de regreso en su vida con su tentadora oferta de darle todo lo que pudiera desear, salvo una cosa...

«Lady Iona da mucho de sí misma, pero nunca exclusivamente a una persona por mucho tiempo», refunfuñó Nathan. «Hace dos años, la seguí desde Bath hasta Londres. Algunos días siento que la he estado siguiendo desde entonces».

«Ah», dijo Talbot. Golpeó el borde del papel. «¿Y qué buscas? ¿Buscas una esposa o ganar una conquista desafiante?».

Nathan volvió la cabeza y se negó a responder a una pregunta tan insultante.

«Debería haberlo sabido. Estás enamorado de ella».

«¿Qué?», Nathan protestó. Arrojó el periódico. «Ella y yo compartimos una amistad; lo admito. Pero, ¿amor?».

«No estás apresurándote con su reputación, ¿verdad?».

«Por supuesto que no... al menos...», un calor ardió en el pecho de Nathan cuando recordó claramente cómo había tomado su inocencia la noche anterior y la había reclamado. Debería estar celebrando su éxito y no cavilando sobre su nota obstinada. «Estoy tratando de preservar su buen nombre a pesar de sus recientes travesuras».

Talbot negó con la cabeza. «Entonces, es amor».

El corazón de Nathan se hundió un poco más en sus botas. «Creo que ya no sé lo que significa esa palabra. Estoy interesado en ganar su mano por las mismas razones que tú».

«Lo dudo», dijo Talbot, levantándose de la mesa. «Yo no tengo un céntimo».

«Oh, no sabía...», expresó Nathan.

Admitir tal cosa consumía una gran parte del orgullo de un hombre. Nathan habría estado en una situación similar si el padre de Talbot le hubiera cortado el subsidio después de admitir su responsabilidad por el embarazo de la señorita Posey Hartfield. Por alguna razón insondable, cada trimestre todavía llegaba a su cuenta bancaria de Londres una modesta suma procedente del hombre de negocios de su padre. Eso, sumado a sus propias inversiones, lo había mantenido viviendo un estilo de vida relativamente cómodo.

«No muchos lo saben. Tengo mi orgullo y una larga lista de acreedores que están dispuestos a apostar a que la fortuna de mi familia algún día cambiará. Casarme con una familia bien dotada como los Newbury contribuiría en gran medida a restaurar lo que mi padre ha perdido». Talbot dio un profundo suspiro. «Siempre está la hermana menor».

Nathan no podía creer lo que estaba escuchando. «No entiendo», dijo. «¿No vas a chantajearme por lo que has visto?».

«Por desgracia, no. Más bien creo que debería quitarme el sombrero ante ti. No hay una dama más encantadora o más tranquila en toda Inglaterra. Tus poderes de seducción deben ser

incluso más potentes de lo que sospechaba. Yo, por mi parte, estaba empezando a pensar que haría falta un milagro para derretir ese corazón helado que tiene».

«Su corazón está lejos de ser helado, Talbot. Quizá desenfocado, pero nunca helado. Pero, aun así, podría ser necesario un milagro para conquistarla».

Y luego estaba Jane, toda dispuesta y sonriente.

No importaba lo que hiciera, la red enredada en la que se había metido parecía apretarse cada vez más a su alrededor. Empezaba a preguntarse si llevar a Iona a su cama no era el mayor error que había cometido en su vida.

* * * * *

Ella estaba enamorada.

Al darse cuenta, Iona quiso llorar. No podía estar enamorada... no de Nathan. No con nadie. Ya sería bastante difícil convencer a su padre de que sería felizmente soltera.

Tenía planes para su vida. Una pasión por el arte a seguir. Su sueño de crear hermosas esculturas que inspiraran y elevaran pasiones. Enamorarse solo iba a hacer que todo fuera más difícil. Aún así, no sabía cómo hacer que su corazón dejara de dolerle.

Su mano se movía furiosamente por la página mientras dibujaba con carboncillo la imagen que sus dedos ansiaban tocar de nuevo.

Él te odia. El pensamiento pasó por su mente junto con el recuerdo de la fría nota que le había dejado. La había escrito en estado de pánico.

«Es mejor que me odie a que exija mi mano en matrimonio», dijo a su dormitorio vacío.

Había hecho lo correcto. Se merecía la oportunidad de descubrir sus puntos fuertes. Llegar a ser más que la hija obediente. Más que la esposa silenciosa.

Merecía aferrarse al poder que sentía crecer dentro de ella cada vez que Nathan desbloqueaba una nueva parte de ella.

El matrimonio lo arruinaría todo.

Miró su página. Los ojos risueños de Nathan se encontraron con los de ella. Cada boceto que había hecho durante los últimos días había sido de él y solo de él.

¿Qué diablos iba a hacer?

* * * * *

«Oh, mira a mi hermana, Amelia, está enloqueciendo una vez más», no más de una hora después, se quejó Lillian en voz demasiado alta mientras agitaba un trozo de cinta de seda azul frente a la nariz de Iona. «Si no prestas atención, a la Sra. Langdon se le acabarán los tonos de encaje y cintas que necesitamos para la próxima gala».

Todo Bath esperaba con ansias la Gala de la Victoria. La preocupación por la guerra en Francia había pesado sobre el país durante demasiados años. Con la derrota de Napoleón en Waterloo el mes pasado, una celebración de esta magnitud ya era necesaria. Eso, junto con una reciente afluencia de galas francesas, hacía que la tienda de sombreros y telas de la Sra. Langdon estuviera repleta de señoritas locales. La fila para el servicio de mostrador llegaba casi hasta la puerta. Las señoras cogían con hambre voraz rollos de telas francesas, cordones y cintas.

Nada de esto le importaba en lo más mínimo a Iona. Miró la acerada cinta azul mexicana que Lillian todavía ondeaba. «Ese color no sirve», dijo y apartó la mano de Lillian. «Ninguno de estos servirá».

Se alejó del mostrador para dejar que otra persona ocupara su lugar. Lillian no pareció darse cuenta. Su hermana sostenía un puñado de bonitas cintas bañadas por la luz del Sol. Amelia asintió varias veces mientras Lillian señalaba una tira de satén amarilla particularmente hermosa adornada con pequeñas flores rosas.

Iona caminó hacia la parte trasera de la tienda.

«Primero esa ramera actriz, luego esos rumores de que ha jugado con el corazón de alguna joven y desventurada arribista y justo esta mañana la escandalosa viuda Sharpes ha llegado a Bath. Él envió a buscarla», dijo una voz a la izquierda de Iona.

Iona se giró y vio, junto a un despliegue de plumas de pavo real teñidas de colores brillantes, a la señorita Frances Cuthbert y a la joven señora Mary Luxborough con las cabezas juntas.

«Los muy rigurosos tendrán ataques una vez que sepan del comportamiento vergonzoso que el malvado señor ha traído a nuestra ciudad», dijo la Sra. Luxborough con bastante claridad, mientras los volantes de su gorro de encaje se agitaban. «Lo que podría pasarse por alto en Londres ciertamente no será tolerado aquí».

¿Estaban hablando de Nathan?

Que pregunta. Por supuesto que estaban hablando de Nathan. ¿A quién más podrían referirse esas señoras chismosas? Pero lo que decían no podía ser correcto. Nathan no habría enviado a buscar a la viuda Sharpes.

Iona pretendía admirar un par de gorros de Angulema de paja y acanalados adornados con satén rojo atardecer y plumón de cisne carmesí. Así encontró su camino más cerca de las mujeres.

«Apuesto a que su padre se enojará cuando escuche cómo su hijo ha estado seduciendo a otra joven inocente. Seguramente esta vez repudiará al bribón», dijo la señorita Cuthbert.

El estómago de Iona se revolvió. Nathan rara vez hablaba de su familia y cuando lo hacía solo hablaba en términos vagos. Pero ella había visto de primera mano la forma horrible en que lo trataba su padre cuando se cruzó con ellos en la calle frente a Royal Crescent.

Oh, ella merecía ser azotada por su arrogancia. Había estado tan ciega como los caballeros petulantes que se desvivían por conseguir la mano perfecta de la hija del Duque en matrimonio. Pobre Nathan, sus pícaras libertades debían haber tenido un precio terrible. Perder la confianza y el afecto de su padre sería impensable, imposible...

«Me gustaría mucho saber la identidad de esta aventurera suya», dijo la Sra. Luxborough.

Las rodillas de Iona se hundieron. Se agarró a la pantalla más cercana y contuvo la respiración, esperando que su mundo se desmoronara. Esperando a que la señorita Cuthbert pronunciara el nombre de Iona con veneno.

«¿Quién te habló de ella?», insistió la Sra. Luxborough.

«El señor Harlow lo hizo esta mañana en el Salón de las Bombas», se pavoneó la señorita Cuthbert.

«¿Lo hizo? ¡Qué escandaloso!».

«Bueno, no me estaba hablando precisamente a mí. Lo escuché contándole a mi primo, al Sr. Jason Poole. Los hombres pueden ser unos chismosos. ¡Y Jason se burla de *mí* por hablar demasiado!».

«Siempre eres una provocadora, Frances. Dime, ¿quién es esta misteriosa joven?».

Iona ya no pretendía admirar los sombreros y se acercó más para asegurarse de que ella también escucharía la respuesta susurrada de la señorita Cuthbert.

«Lamentablemente no dijo su nombre», admitió la señorita Cuthbert, para alivio de Iona. «Pero sí dijo que todo Bath se sorprendería si se revelaba su identidad».

No 'sí', sino *¿cuándo?*

«¡Esto es más emocionante que una novela gótica! Y pensamos que no encontraríamos emoción este verano».

Iona tropezó hacia la puerta. Su padre podía ser formidablemente terrible cuando se enfadaba. Inflexible ante una situación embarazosa familiar.

Había actuado de forma egoísta la noche anterior. ¿Por qué no había aceptado simplemente su próximo matrimonio con su primo? ¿Por qué había arrastrado a Nathan a sus problemas?

Atreverse a aprovechar más la vida y seguir sus pasiones estaba empezando a resultar más peligroso de lo que jamás había pensado.

Y, aunque Nathan había luchado contra ella en cada paso, ella lo había arrastrado a este desastre en ciernes con ella. Abrió la puerta preparada para salir corriendo a la concurrida calle Milsom cuando la señorita Cuthbert suspiró, «No puedo evitar sentir un poco de celos de la pobrecilla».

«¿Celos?», la señora Luxborough exclamó.

«Imagínate, estar atrapada en los brazos del endiabladamente guapo lord Nathan Wynter. La forma malvada en que le sonríe a una dama hace que mis rodillas se debiliten».

Iona se estremeció al pensar en lo que su padre podría hacerle a Nathan en un ataque de mal genio una vez que su nombre estuviera unido al de él y circulara por los salones de té de una manera tan sórdida.

La señora Luxborough hizo una mueca. «No sientas demasiada envidia, Frances. Él le romperá el corazón con tanta seguridad como el Sol sale por la mañana. Y la dejará en la ruina. Ella no será más que otra víctima muy parecida a esa otra desafortunada joven inocente que destruyó hace tantos años».

Capítulo Trece

«Pasa, pasa», dijo el marqués de Portfry. En sus amplios labios se dibujó una sonrisa inusual en él. Lo habían ataviado como un rey con un abrigo superfino de cuello alto con ribetes dorados que ceñían su forma redonda.

Nathan entró en el estudio de su padre, preguntándose si tal vez se habría golpeado la cabeza en el camino y estaría soñando. Su padre nunca sonreía. Al menos no en su dirección.

No podía recordar una sola ocasión en la que su padre lo hubiera llamado a su estudio por cualquier otro motivo que no fuera el de regañarlo.

«Escuché lo que pasó, muchacho», dijo su padre.

¿*Lo había oído?* Nathan se quedó helado donde estaba. Lo único que podía pensar que le había ocurrido recientemente era llevar a Iona a su cama. «¿Qué... qué escuchaste?», tartamudeó.

Quizás su padre estaba sonriendo porque estaba a punto de despachar de una vez por todas a su decepcionante segundo hijo. Ponerle una bala en la garganta y enviarlo directamente a las profundidades del infierno.

¿No era eso lo que le habían dicho a Nathan una y otra vez? Que, si se atrevía a tocar a otra inocente, ¿su propio padre lo mataría con gusto?

El viejo ciertamente parecía extrañamente alegre esta mañana. En sus redondas mejillas había un color brillante y saludable. Estaba sentado detrás de un antiguo escritorio de caoba que venía con la casa amueblada de Royal Crescent. Tenía los codos apoyados en la suave superficie del escritorio y los dedos entrelazados delante de su larga nariz.

«No te quedes ahí boquiabierto, muchacho. Acércate», el marqués señaló una silla de cuero vacía colocada frente al escritorio. «Siéntate».

«¿En serio, señor?». Su padre nunca lo había invitado a sentarse en su estudio.

Ante el asentimiento de su padre, Nathan se hundió en la silla más cercana.

«Ella vino a visitarme esta mañana», dijo el marqués. «Y me contó todo».

Nathan tragó con dificultad. «¿Todo, señor?».

No podía imaginar qué travesuras podría estar haciendo Iona. ¿Por qué diablos visitaría a su padre? ¿Y le contaría *todo*?

Quizás había cambiado de opinión sobre la necesidad de casarse. Pero ¿por qué acudir a su padre en lugar de directamente a él?

«Creo que la unión será una bendición para nuestras familias», decía su padre. No podría parecer más complacido. Nathan soltó el aliento que había estado conteniendo. Incluso si no entendía los motivos de Iona, no podía sentirse molesto por ellos. «Por supuesto que tu matrimonio mostrará a esos pugilistas de la sociedad que has reformado tus malas costumbres. Lo has hecho, ¿no?».

Nathan asintió.

«Bien. Bien. ¿Sabías que su primer marido fue casi tan rico como Creso? Que tino será para nuestra familia tomar el control de propiedades tan vastas».

¿*Su primer marido?* De repente, Nathan se sintió enfermo. Iona no había visitado al marqués. No le había pedido a Nathan que se casara con ella.

Debería haberlo sabido mejor. Debería haber recordado que, en medio de su mañana tan ocupada, le habían hecho otra oferta.

«Jane», dijo.

«Ella naturalmente quería hablarme sobre su estabilidad financiera. Yo digo que hay una cabeza sólida sobre sus hombros. No muchas mujeres se asegurarían de que no estuviera consiguiendo un cazador de fortunas».

Eso era cierto. La señora Jane Sharpes había propuesto que unieran fuerzas. Había dicho que necesitaba ayuda para administrar las vastas propiedades de su marido, así como un compañero amigable para mantener su cama caliente por la noche.

«Tan solo esta mañana ella me había hablado de la posibilidad de casarse. Aún no se ha tomado ninguna decisión formal, señor», advirtió Nathan.

«Pero a su debido tiempo harás lo correcto», dijo su padre, lanzándole una mirada dura. «¿Vamos al salón y tomemos una copa para celebrar?».

«Por supuesto, señor». Nathan se levantó de su silla y le ofreció una mano a su padre. Después de levantar al anciano, caminaron uno al lado del otro hasta la habitación contigua.

Su padre le estaba ofreciendo a Nathan la oportunidad de ser bienvenido nuevamente en las filas de su familia. Esa era una razón muy emocionante para aceptar la propuesta de matrimonio de Jane. No pudo evitar sentirse profundamente tentado y demasiado afectado por la incipiente aprobación de su padre. Pero en el fondo sabía que, en última instancia, tenía que negarse. Había ido y hecho lo que todos esperaban de él. Había arruinado a una inocente. Peor aún, había arruinado a una inocente a la que amaba muchísimo.

Entonces, en lugar de compartir la felicidad de su padre, sus pensamientos se dirigieron a Iona.

Todavía podía sentir el calor persistente de su piel sedosa adhiriéndose a su cuerpo. Y, cuando cerró los ojos, pudo escuchar sus suaves gemidos de placer mientras la ayudaba a encontrar su plenitud. Aunque no tenía derecho a llevarla a su cama la noche anterior, no podía negar que así había sucedido.

Su futuro, su felicidad, eran ahora su responsabilidad. Simplemente necesitaba descubrir cómo convencerla de que le permitiera hacer lo correcto y casarse con ella.

Quizá su padre estaría tan contento con Iona como parecía estarlo con la perspectiva de dar la bienvenida a Jane a la familia.

Después de despedirse de las manos que le sostenían, el marqués se sentó en un sillón de cuero como si fuera su trono y luego apoyó su pierna plagada de mal gusto sobre un taburete cubierto de bordados. Unas cuantas órdenes más tarde, los sirvientes corrían a buscar las bebidas y el marqués estaba contando una historia sobre cómo había comprado Holme Crossing, la propiedad adyacente a sus tierras ancestrales. Y, sorprendentemente, sonreía. Sonreía a su segundo hijo.

Por primera vez en mucho tiempo, Nathan se sintió realmente bienvenido en presencia de su padre. Y cómodo también.

Y entonces Edward irrumpió en la habitación.

* * * * *

«Con el debido respeto, señor, si se le deja solo, Edward llevará la hacienda a la bancarrota», se encontró discutiendo Nathan no mucho después. El agradable momento que había compartido con su padre terminó rápidamente poco después de la aparición de Edward.

Ahora, varias horas más tarde y en el calor del día, Nathan cabalgó con Talbot y un par de amigos de este a través del Avon y colina arriba hasta Prior Park. Allí detuvo a su potranca, Jezabel, y se separó de los caballeros. Redujo el paso de Jezabel y la condujo hacia la sombra de una glorieta frondosa. Sus amigos siguieron adelante hacia un grupo de damas que paseaban por

un puente paladiano techado.

Inmediatamente reconoció a Iona entre el grupo. Varios mechones de su largo cabello rubio habían escapado de los confines de su sombrero de ala ancha y ondeaban con la brisa del verano en la parte posterior de su vestido de paseo verde sauce, con la libertad de un montañés. Estaba parada junto a un pabellón con frontón en un extremo del puente, separada de las otras damas. Parecía terriblemente pequeña y sola mientras arrojaba migas de pan al lago reflejante que cruzaba el ornamentado puente. Dos cisnes blancos se perseguían, compitiendo por toda su atención.

Nathan entendía sus frustraciones. En lugar de cabalgar para saludarla, buscó el consuelo del apacible desierto. Desafortunadamente, ninguna calma pudo evitar que los ecos de las palabras de su padre lo asaltaran.

«¿Qué artimañas me estás dando esta vez, muchacho?», había exigido su padre antes de golpear su puño contra una delicada mesa de palisandro y astillarse la pierna central con un fuerte crujido.

«Ninguna, señor. Se lo aseguro». Unos meses antes se había acercado a su padre con las mismas preocupaciones sobre los tratos de Edward con la propiedad y se había topado con oídos sordos. Esta vez, con la señorita Darly añadida a la lista de problemas, esperaba poder convencer a su padre de que lo escuchara.

«No lo escuches, padre», había dicho Edward. Un tono cruel había infectado su voz naturalmente suave. «Puedo justificar sus escandalosos cargos contra mí. Pero no puede explicar lo que ha hecho».

Nathan maldijo al recordar el odio que oscureció el rostro de Edward durante ese momento desgarrador. Las orejas de Jezabel temblaron alarmadas. La joven potra bailaba de lado, ansiosa por lanzarse a correr. Nathan se inclinó y acarició el cuello de la yegua, haciendo sonidos suaves y sin sentido que parecían calmarla.

Si tan solo sus propias preocupaciones pudieran ser ahuyentadas tan fácilmente.

Edward, con su rostro engañosamente angelical y su lengua rápida, siempre parecía capaz de influir en las opiniones de su padre.

El heredero y descendiente impecable del apellido Portfry, que absorbía el afecto de sus padres como una esponja, se paró directamente frente a Nathan. De espaldas a su propio hermano, Edward le asestó un golpe mortal.

«Todo Bath está inundado de preocupación esta mañana, padre», dijo. «A pesar de la preocupación y la caridad que le brindaste esa primera vez, sus acciones una vez más se elevan más allá de lo aceptable. Los rumores escandalosos afirman que pasó la semana pasada guiando a una joven de considerable prestigio por el empinado camino hacia la ruina. Y no una dama cualquiera, sino una inocente cuya reputación hasta ahora ha sido irreproachable».

Irreproachable.

Iona era conocida por todos como la hija buena, la obediente. Bebía un sorbo de té con la elegancia de una reina y se comportaba con una tranquilidad impasible que elevaba su culto aburrimiento a una especie de forma de arte.

Era esa hermosa reputación suya, su exquisita perfección, lo que Nathan esperaba explotar. Usarla para lavar para siempre la mancha de *mala semilla* de su vida.

Si ella podía amarlo, con grietas y todo, entonces tal vez su afecto podría cambiar la mala opinión que sus padres tenían de él. Quizás ellos también podrían aprender a amar...

Pero ahora eso probablemente era imposible. Ahora todo el mundo la estaría buscando, a ese desafortunado dechado al que supuestamente había seducido y todo porque alguien había

estado difundiendo rumores.

Después de que su reunión con su padre terminó en fracaso, fue directamente a los apartamentos de Saw Close para enfrentarse a Talbot. Había sacudido sin piedad al pobre hombre hasta que Talbot se puso azul. Lo cual no logró nada.

Tosiendo y frotándose el cuello, Talbot había jurado ante la tumba de su abuelo que no le habría revelado a nadie, excepto a Nathan, cómo había visto a través del impactante disfraz a lady Iona.

Pero si Talbot había visto más allá del disfraz de Iona la noche anterior, no se sabía cuántos caballeros más que visitaban el Goldsmith también se habían dado cuenta.

Lo que significaba que la reputación de Iona estaba tambaleándose. Y no solo porque había hecho el papel de pícara la noche anterior; eso por sí solo podría pasarse por alto como una farsa juguetona. Lo que preocupaba a Nathan era que su nombre rápidamente se asociara con sus travesuras. Y tal asociación solo podría perjudicarlos a ambos.

Sin duda, cualquier asociación que pudiera tener con él, incluso una conversación inocente que tuviera lugar bajo la atenta mirada de la sociedad educada, sería recibida con sorpresa y especulaciones.

Una abrumadora sensación de pérdida lo invadió mientras se adentraba en las profundidades del bosque de Prior Park. La oportunidad de reparar la relación destrozada con su padre y su madre probablemente se había esfumado para siempre con la aparición de este último rumor.

Demonios, su padre ni siquiera se había detenido a preguntarse si era verdad.

«¿Qué? ¿Qué? ¿Has arruinado a otra jovencita?», había gritado, su voz resonando por toda la casa. «¿Qué locura es esta?». Exhaló un profundo suspiro que no hizo nada para drenar el color de sus mejillas. «¿Mi propia carne y mi sangre han manchado otra de las preciosas flores de Inglaterra? ¿Qué locura es esta?», repitió entre un jadeo tenso.

Nathan se apresuró a ayudar a su padre cuando el viejo comenzó a ahogarse con un ataque de tos espesa.

Edward se mantuvo firme, su fría mirada fija en el marqués y sus terribles dificultades para respirar. «Creo que mi hermano está tratando de desviar la culpa inventando esta historia sobre mi relación descuidada con una actriz», dijo con una voz impasible sintiendo un escalofrío recorriendo a Nathan.

«Nunca más...», había comenzado a decir el marqués antes de que otro ataque de tos aguda lo golpeará. Nathan golpeó la ancha espalda de su padre varias veces para ayudarlo a aclarar su pecho.

«Déjame», susurró el marqués una vez que recuperó la mínima fuerza necesaria para hablar. Tragó con fuerza. «No regreses a menos que seas llamado. Si me entero de que estos rumores son ciertos, muchacho, usaré un látigo contra ti».

* * * * *

Aunque Iona deseaba desesperadamente buscar a Nathan y advertirle sobre lo que había oído en la sombrerería, lo mejor que pudo hacer fue enviar una breve nota a su apartamento. Arrojó un puñado de migas de pan a los pájaros y se aseguró a sí misma que era más que una tontería intentar reunirse con él hoy cuando todo Bath parecía estar esperando sin aliento descubrir su identidad.

Los terrenos de Prior Park eran impresionantes. En lo alto de una gran colina, observaba la casa principal, una impresionante imitación de una villa Palladiana. Iona paseó por los campos y jardines con su hermana y Amelia. Lillian mantuvo la conversación sobre la próxima Gala de la

Victoria. Nunca había estado tan entusiasmada con las cintas y las telas que había comprado esa mañana. Y Amelia había estado ocupada especulando sobre si los fuegos artificiales serían tan grandiosos como los que se habían visto en el Vauxhall de Londres.

Iona había escuchado en silencio, asintiendo en los intervalos apropiados, pero sin prestar mucha atención.

«¿Qué es esto?». Una nota de emoción añadió volumen extra a la voz de Lillian. «¿Crees que vendrán a hablar con nosotros?».

La cabeza de Iona se levantó bruscamente del estanque. Vio a tres caballeros conduciendo sus monturas hacia ellas. Las largas piernas de lord Grainger parecieron llevarlo hacia Iona con una velocidad sobrenatural. Su yegua gris moteada lo seguía, sus cascos golpeaban con fuerza.

Le arrojó los lomos de su montura a su amigo y luego se inclinó ante la mano de Iona. Un ceño profundamente fruncido había reemplazado la risa que estaba acostumbrada a ver bailando en sus ojos.

«Lord Grainger», dijo y agachó la cabeza, esperando ocultar una acalorada oleada de vergüenza dentro del ala de su sombrero al recordar la forma vergonzosa en que él había actuado con ella la última noche en el Goldsmith. «Qué sorpresa es verte esta tarde».

«Tengo una necesidad urgente de hablar contigo en privado», dijo apenas lo suficientemente alto como para que incluso sus oídos lo escucharan. Su mano apretó la de ella. «¿Caminas conmigo?».

Su primer pensamiento fue negarse y darse la vuelta. Sin embargo, no podía, no cuando existía la posibilidad de que él le dijera que la había visto con Nathan la noche anterior. Fácilmente podría arruinar la reputación de ella y de Nathan con un golpe de lengua.

Entonces, mientras los pretendientes que acompañaban a lord Grainger estaban ocupados cortejando a Lillian y Amelia, quienes practicaban sus miradas coquetas y sonrisas astutas con el par de caballeros desprevenidos, Iona puso su mano en el brazo de lord Grainger y caminó con él por un sendero de piedra que conducía a un bosque muy sombreado. Después de pasar bajo el dosel de un espeso grupo de hayas, ella retiró la mano de su brazo.

Estaban lo suficientemente lejos del grupo como para que no hubiera posibilidad de ser escuchados. No estaba dispuesta a permitir que él la condujera tan profundamente en el bosque que desaparecieran por completo de la vista.

«Sí, lord Grainger. ¿Qué quieres decirme?», preguntó, asegurándose de que sonaba desconcertada de que él pudiera tener algo importante que decirle.

«Hay muchos chismes que no se deben creer», dijo. «¿No estás de acuerdo?».

Ella inclinó ligeramente la cabeza. «Rara vez prestaba atención a la charla vacía de las damas de sociedad aburridas».

«Es bueno escuchar eso». Se mordió el labio inferior. Una pregunta pasó por su frente mientras entrelazaba sus dedos con los de él. «No fingiré entender lo que está pasando por esa confusa cabeza tuya, Iona. Pero como todavía te tengo en gran estima, te daré un consejo innecesario. Harás bien en prestar atención a tu voluble corazón y no a tus oídos durante las próximas semanas. Sé valiente y mantente fuerte. Porque me temo que las cosas pronto se pondrán más difíciles para ti».

Ella se mantuvo firme cuando él nuevamente intentó llevarla hacia lo más profundo del bosque. «¿Me estás amenazando?».

«No, pero te sugiero que dejes el uso de pantalones y bigotes a los hombres».

«Te agradecería, señor, que tuvieras cuidado con lo que dices. Lo que estás sugiriendo es...». Un rubor ardiente subió por sus mejillas mientras soltaba su mano de su agarre. «Es de lo

más ridículo. Yo nunca...».

«¡Lady Iona!», lord Grainger gritó y pareció arrepentirse inmediatamente de su arrebató. Lanzó una mirada nerviosa hacia sus amigos, Lillian y Amelia. Todos se reían de algo que había dicho la tímida Amelia. Lord Grainger se aclaró la garganta y bajó la voz. «Wynter está esperando hablar contigo al final de este camino».

«¿Es verdad?», ella susurró.

Con lord Grainger haciendo guardia en el comienzo del sendero, se apresuró por el sendero oscuro. Una ráfaga de verano atravesó los árboles, las hojas susurraban secretos de amor y pasión.

Cada paso la acercaba más a Nathan. Agarró la tela de su falda con un puño, levantando el dobladillo varios centímetros para darle a sus piernas la libertad de trotar sobre las raíces avanzando por el sendero olvidado hace mucho tiempo. Corrió a ciegas, confiando en que Nathan la estaría esperando, deteniéndose solo cuando ella salió corriendo a un pequeño círculo de mariposas. Rayos de luz dorada del Sol llenaron el espacio cubierto de hierba.

Ella se giró completamente antes de que sus ojos se posaran en él.

Envuelto en las sombras, Nathan tenía una bota echada hacia atrás y los dedos apoyados contra el tronco blanco de un haya. Tenía los brazos cruzados y una expresión de satisfacción se dibujaba en su boca, una boca que Iona estaba bastante segura de que no debería notar con tanta anticipación. Se lamió los labios mientras pensaba en frutas succulentas.

De nuevo se había vestido con estilo pícaro. Sus pantalones color gris eran escandalosamente ajustados, otra cosa que definitivamente no debería notar. Y su sombrero había quedado tirado sobre la alfombra de hierba.

Sostenía un bígaro azul violeta, una flor de la amistad, en su mano enguantada de cuero con el mismo cuidado con el que sostenía un frágil trozo de cristal.

La falda se le resbaló de los dedos. Estar con él la hacía sentir extraordinariamente segura.

Nathan arqueó una ceja. Una curiosa sonrisa arrugó esos besables labios suyos. «Tus tobillos son tan hermosos como el resto de ti, Iona», dijo. «Pero claro, eso ya lo sabía».

Su voz burlona de repente la hizo muy consciente de su cuerpo y de cómo se regocijaba al verlo. Incluso su piel parecía hormiguear de placer.

Cómo podía evocar una emoción juguetona cuando vivían al borde de lo que prometía estallar en un desastre, ella no podía comprenderlo.

«¿Has oído lo que la gente dice sobre nosotros?», ella preguntó.

Él asintió. «Despiadados sinvergüenzas, ¿no estás de acuerdo? Corren con la nariz pegada al suelo en busca del siguiente bocado jugoso». Él se encogió de hombros como si no significara nada para él. «Y también recibí tu nota frenética. Por eso organicé esta reunión».

Se alejó del árbol y cruzó la distancia entre ellos. «Es amable de tu parte preocuparte por la reacción de mi familia, pero es innecesario».

«¿Innecesario?», la culpa inundó sus venas. Ella fue quien lo presionó para que la siguiera en esta búsqueda de independencia. Él no había querido ayudarla y le había advertido que regresara al seno de su familia en todo momento. «Si no fuera por mí y mi juego de anoche en el Goldsmith, es posible que tu nombre no hubiera sonado con tanto vigor en el Salón de las Bombas esta mañana. Yo tengo toda la culpa y me parece insoportable que tu familia pueda...».

Presionó un dedo contra sus labios. «No te preocupes por lo que pueda pensar mi familia. De hecho, este giro de los acontecimientos podría finalmente ayudar a reparar la profunda y dolorosa brecha que se ha formado entre mi padre y yo».

«Pero yo...», ella trató de asumir la culpa a pesar de que su dedo cálido todavía estaba

presionado contra sus labios regordetes.

«Me temo que el escándalo me persigue con bastante obstinación. Si no fuera por ti, esos atigrados habrían encontrado alguna otra historia para adjuntar a mi nombre». Apartó la mano. «Podrían haber elegido hablar de cierta actriz que está criando a un hijo bastardo a mi imagen... o de cierta viuda que llegó a Bath con tanta pompa como un miembro de la familia real».

Su franqueza la hirió profundamente. Sonó sorprendentemente como una admisión de culpa.

Los rumores sobre ella eran ciertos. ¿Por qué no creer en los rumores de la sociedad sobre él?

Aún así, en su corazón le resultaba imposible aceptar que él fuera capaz de llevarla a su cama y hacerle el amor con tanta pasión mientras buscaba las atenciones de una voluptuosa actriz o mientras escribía notas de amor, suplicando a una examante reunirse con él en Bath.

«No puede ser verdad», dijo, recordando el consejo de lord Grainger de escuchar su corazón y no sus oídos. «Debemos unir fuerzas. Si pudieras decirme la verdad de las cosas, reclutaría a mis amigos para refutar lo que se dice sobre ti».

«No debes hacer nada por el estilo», dijo él rápidamente, «no a menos que estés preparada para que declare formalmente mis intenciones de casarme contigo».

«¡No! ¡Ni siquiera bromeas sobre tal cosa!». ¿Cómo podía seguir pensando en tomar un curso de acción tan condenatorio? ¿No había dejado muy claro que no quería tener nada que ver con el matrimonio, ni con él ni con nadie más? «Solo deseo ayudarte a mejorar la relación con tu familia, no arrancarte tu libertad ni la mía. Discretamente haré correr la voz sobre la verdad de tu carácter entre algunas de las damas más influyentes de la sociedad. Yo soy tu amiga. Déjame hacer esto por ti».

«La amistad no es suficiente», escupió él. «Después de anoche, nunca podré llamarte simplemente mi amiga».

«Nada tiene que cambiar. Mis sentimientos por ti son los mismos». ¿Por qué estaba siendo tan difícil?

«Viniste a mi cama. Te convertiste en mi amante, Iona».

Presionó sus palmas contra sus ardientes mejillas. Una parte de ella quería correr a sus brazos y vivir el momento. Olvidarse del futuro. Olvidarse de lo que pudo ser y de lo que pudo haber sido.

«Dime que no sientes lo mismo por mí», exigió.

Ella lo amaba. Pero admitir su amor solo alimentaría su decisión de casarse. Y el matrimonio no encajaba en sus planes para el futuro... No podía. Había visto cómo su madre y las otras damas de la *alta sociedad* habían renunciado a sus aspiraciones y sueños para encajar en el molde que sus maridos consideraban apropiado.

Si tuviera que hacer lo mismo con Nathan, sus sentimientos de amor pronto serían dejados a un lado por un sentimiento profundamente arraigado de resentimiento y tristeza.

«Eres simplemente mi amigo».

«Mentirosa».

«Si aceptas mi amistad o no, no importa en lo más mínimo. Yo te la ofrezco», dijo para demostrar que podía ser tan testaruda como él actuaba. «Voy a hacer todo lo que sea necesario para ayudar a restaurar tu reputación».

Su expresión se endureció. «Hablar de mí con cualquiera solo pondrá en peligro tu buen nombre. No lo permitiré».

«No tienes elección», dijo ella, retorciéndose las manos con seriedad. No podía entender por

qué él estaba siendo tan terco y tan protector. «¿Por qué deberías tener que soportar el peso de estas mentiras tú solo?».

«Porque no son mentiras».

También podría haberla abofeteado.

«La señora Jane Sharpes, mi amante...», prosiguió sin dedicarle una gota de piedad, «efectivamente llegó a Bath esta mañana y pasé varias horas a solas con ella en sus aposentos privados».

Las lágrimas brotaron y escocieron los ojos de Iona. «No», ella se alejó de él. «Mientes».

Él la agarró del brazo y la hizo girar. «¿Por qué diablos iba a mentirte sobre esto? ¿De qué me serviría?».

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano enguantada. «¡No sé! ¡Realmente no lo sé! ¿Por qué me estás haciendo esto?».

Su agarre sobre su brazo se hizo más fuerte. «Sabías cuando comenzamos este juego que yo no era más que un pícaro. Por eso me buscaste en primer lugar, ¿recuerdas?».

«No...». No era cierto. Estaba mintiendo, tal vez incluso a sí mismo. «Hay mucho más para ti que un descuido...».

«Te has metido en un juego peligroso, Iona». Su mirada la presionó. «Soy el lobo en el bosque, al acecho y buscando una presa sabrosa que se presente en mi camino. Sabes por la experiencia de anoche que estoy más que dispuesto a aprovechar al máximo cuando se presenta una oportunidad».

«No puedo escuchar esto. No entiendo por qué dices estas cosas. Deberíamos trabajar juntos», insistió bastante frenéticamente. «Me necesitas».

«¿Te necesito como defensora? ¿Una inocente con los ojos muy abiertos?». Suspiró profundamente. Su dura expresión se suavizó un poco. «No te casarás conmigo y no te tomaré como mi amante. Lo que no deja nada más. No te necesito, Iona». Él le levantó la barbilla. La ira en su expresión se desvaneció. «Quiero que entiendas una cosa. Pase lo que pase, nunca te abandonaré a los caprichos de la *alta sociedad*. Tu reputación está a salvo. Lo juro. No importa lo que los demás digan. Incluso si alguien admite haberte visto en el Goldsmith, me aseguraré de que sea ignorado. Aunque deshonres nuestra relación llamándola simplemente amistad, es más. En honor a lo que pasó anoche y a lo que tuvimos juntos, te protegeré. Vuelve a tu mundo ahora. Nuestras lecciones han llegado a su fin. Nuestras aventuras secretas han terminado. ¿Lo entiendes?».

Ella asintió.

«Y no debes hacer nada precipitado, pensando que me estás ayudando. Te lo aseguro, arruinar tu reputación no ayudará en nada a la mía».

Ella parpadeó para contener el río de lágrimas que esperaban caer y tragó con fuerza. «Entonces tienes la intención de pasar tu tiempo con la Sra. ¿Sharpes?».

«Sí».

Su fría respuesta la abofeteó. Ella se soltó y huyó hacia el sendero del bosque. No podía quedarse, no mientras su corazón se hacía añicos.

¿Por qué decía estas cosas? ¿Por qué no la abrazaba, le acariciaba el pelo y le susurraba cómo la protegería mientras le pintaba los labios con besos?

«Iona...», la llamó.

¡El patán!

Miró hacia abajo y vio la flor de bígaro escondida entre su puño apretado. Debió haberla deslizado entre sus dedos sin que ella se diera cuenta. Arrojó la flor de la amistad al suelo y,

llorando intensamente, la pisoteó en pedazos.

Capítulo Catorce

El aleteo de la falda de Iona aún era visible a través de la multitud de árboles. Nathan suspiró. Esperaba haber hecho lo correcto con ella.

La conocía lo suficiente como para saber que habría sido un desastre presionarla. Por alguna razón insondable, su mente estaba en contra del matrimonio en cualquier forma, incluso después de la pasión que habían compartido la noche anterior. Parecía considerar la institución tan restrictiva como una sentencia de cadena perpetua en Newgate. Entonces, en lugar de confirmar sus temores informándole autocráticamente que tenía la intención de visitar a su padre, le contó la amarga verdad sobre sí mismo.

Su reacción emocional ante su rechazo subrayó lo único que ella intentó negar repetidamente: albergaba sentimientos tiernos hacia él. Sentimientos que iban más allá de la amistad.

Sintiéndose más bajo que una babosa en el jardín, sacudió la cabeza y barrió el suelo con la bota.

No había querido ser cruel. Su constante negación de su afecto hacia él le dolía tan agudamente como un cuchillo. Lo había arrojado enojado.

¿Encontraría ella en su corazón la capacidad de perdonarlo?

Antes de que tuviera la oportunidad de analizar todas y cada una de las palabras que ella había murmurado y la expresión que había hecho, una mano sedosa le hizo cosquillas en el cuello. Dos dedos largos bajaron de puntillas por su pecho mientras un suspiro con olor a flor de naranja hormigueaba contra su oreja.

«¿Jane?», estaba algo sorprendido de que ella lo buscara en las profundidades de esta glorieta. Caminar penosamente entre los pastos tendía a agotar la escasa paciencia de Jane.

«¿Quién era esa criatura emocional que estaba contigo hace un momento?», ella preguntó. Una risa tuiteó en su voz. «Creo que estaba a punto de golpearte».

Casi deseó que ella lo hubiera hecho.

Con un suspiro, quitó suavemente el brazo de Jane de su pecho. «Ella no es de tu incumbencia», dijo, poniéndose rígido. «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me encontraste?».

«Tu hombre, Freddie, me dijo el dónde de las cosas... aunque no el por qué», ella lo rodeó hasta que estuvieron cara a cara. Sus cuerpos casi se tocaban, ella le acarició el brazo. «Te estás portando muy mal, cariño. Ni siquiera me has besado».

«Deberías haber enviado una nota de advertencia antes de hacer este viaje a Bath», dijo. «Te habría informado de que no tengo tiempo para ti hoy... ni en el corto plazo. Hay demasiadas complicaciones que abarrotan mi vida en este momento».

«¿Es eso lo que soy?», ella agarró sus manos y las rodeó alrededor de su delgada cintura. «¿Una complicación?».

«No una complicación, Jane». Era demasiado exigente para considerarla una mera complicación.

«Bien», ella levantó la cabeza y sonrió. Quedó nuevamente impresionado por su resplandor. «Sería muy angustioso saber que mi futuro esposo me considera una complicación».

Intentó zafarse de su abrazo, pero ella lo sujetó con fuerza. «Ya te lo dije esta tarde. Necesito tiempo para considerar tu propuesta. Mi padre...».

«¿Tu padre?», un puchero real que él solía encontrar encantador arrugó sus labios suaves

como plumas. «¿Tu padre? Llevas un año husmeando a sus pies como mi maldito perro de aguas». Ella se pasó el dedo por debajo de la nariz. «¿Y cómo te ha recompensado? ¿Alguna vez ha hecho algo más que patearte?».

«Ha estado enfermo. Casi muere».

«Y has sido un tonto. Se me está acabando la paciencia», dijo, y su voz se volvió incómodamente alta. «Te estoy ofreciendo una propiedad para administrar, una fortuna para gastar y un cuerpo de mujer para acostarte. ¿Qué ofrece tu familia? ¿O esa joven belleza que hiciste huir de ti llorando? ¿Qué futuro puede ofrecerte?».

«Esfuézate por bajar la voz, Jane. No tendré esta discusión donde alguien pueda escuchar. Los chismosos están demasiado hambrientos de mi sangre tal como está».

«Eso es porque eres su amado pícaro». Su tono agudo se suavizó un poco. «Eso es todo lo que serás para ellos, un pícaro al que elogiar por capricho y odiar de igual manera. Todo depende de la dirección en la que sople el viento o alguna tontería por el estilo. Ésa es la forma como actúa la *alta burguesía*, ¿no es así? Este no es tu lugar. No perteneces a ellos».

Ella se apoyó contra su pecho y se incorporó hasta que sus labios acariciaron su mejilla. «Tú perteneces a mi lado».

Su beso debería haberlo calentado. Pero en cambio, sirvió como un recordatorio de aquellas mañanas incómodamente gélidas que había pasado con ella en Dundas Manor.

Cerró los ojos. La imagen de Iona huyendo con la agilidad de un potro asustadizo atormentaba su mente. ¿Tenía alguna posibilidad de tener un futuro con ella?

Probablemente no.

Y aun así...

Aunque su corazón tal vez no estuviera comprometido cuando se trataba de Jane, su propuesta de matrimonio era algo que su mente lógica no podía ignorar, porque ella tenía razón. Ella le estaba ofreciendo un futuro estable y, aunque todavía no lo sabía, la oportunidad de ser bienvenido nuevamente en los amorosos brazos de su familia.

Sus intentos de reformar su reputación habían fracasado estrepitosamente.

Y Iona...

El dolor recorrió su pecho. Haría bien en sacarla de su mente. Si no fuera por anoche...

«¡Wynter!». El grito enfurecido de Talbot atravesó el bosque. «¡Wynter! ¿Qué diablos le has hecho a lady Iona?».

«¿Lady Iona?», Jane jadeó y se alejó de él. Hizo un gesto hacia el camino por el que Iona había huido. «¿Ese tonto pedazo de pelusa que tienes ahora es la preciosa hija del duque de Newbury? ¿La misma tonta a la que seguiste durante una temporada?».

«Sí», admitió Nathan. Se volvió hacia su amigo que avanzaba. «Talbot, cuida tu lenguaje, hay una dama presente», advirtió.

«Oh», dijo Talbot mientras entraba en el círculo de mariposas. Le hizo a Jane una profunda reverencia. «Mil perdones señora Sharpes. Wynter, ¿me permites un momento?».

Jane conjuró una de sus sonrisas coquetas y se sonrojó. Tenía la capacidad de producir un hermoso sonrojo cuando se le ocurría. Talbot pareció perder el hilo de sus pensamientos al darse cuenta de sus encantos. Tartamudeó y sonrió como un idiota.

«¿De qué quieres hablar?», preguntó Nathan mientras arrastraba a Talbot hacia un lado del claro, dejando a Jane sola e infeliz.

«Uh... sí, Wynter», Talbot sacudió la cabeza como un perro empapado y luego agarró a Nathan por los hombros. «Lady Iona salió del bosque histérica», dijo casi en un susurro. «Nunca la había visto tan descompuesta. Demonios, rara vez he visto alguna emoción arrugar su

expresión condenadamente serena y nunca algo tan poderoso como las lágrimas histéricas. ¿Qué le hiciste?».

Nathan se encogió de hombros con su característico gesto. «No hice más de lo que ella me había pedido. Le di a Iona su última lección de pícaro».

«¿Y qué fue eso?», Talbot apretó los dientes. Parecía dispuesto a destrozar a Nathan. «¿Qué hiciste?».

«Le mostré quién era yo. Y la insensibilidad con que un pícaro trata un corazón. Si realmente quiere parecerse más a mí, tiene que aprender que las emociones tiernas no tienen lugar en el mundo en el que vivo».

De lo contrario, lo habría seguido al infierno.

Aun así, enseñarle esa difícil lección había sido una de las peores cosas que había hecho en su vida. Solo otro estaba encima de él y eso tuvo lugar el día en que entró en el estudio con olor a cuero de su padre y asumió la responsabilidad del embarazo de la joven señorita Posey Hartfield: su primer descenso a los infiernos.

«Dios mío, hombre», dijo Talbot, dándose una palmada en la frente. «Cuando advertí a lady Iona que fuera fuerte contra las duras conversaciones que podría escuchar durante las próximas semanas, nunca sospeché que le estaba advirtiéndome contra ti. ¿Qué estabas pensando? ¿Creía que estabas compitiendo por su mano en matrimonio?».

«Ella me rechazó».

La propuesta de Jane resolvería su ruptura con su familia y satisfaría su necesidad de encontrar una profesión útil. Tendría muchas responsabilidades con el patrimonio de Jane. Incluso podría disfrutar de la bendición de formar una familia.

Perseguir a Iona, luchar para ganarse su corazón y su mano en matrimonio era imposible. Irresponsable.

«Atrapar a esa sirena, la Sra. Sharpes, para tu cama había sido antes un imposible», le recordó Talbot a Nathan. «¿Qué hace que lady Iona sea diferente?».

«Lo que está en juego con Iona es mucho mayor. Con la Sra. Sharpes, nuestra reputación no era importante. A ninguno de los dos nos importó en lo más mínimo lo que esos tontos londinenses pensarán de nuestro comportamiento».

«¿Y ahora sí?».

Nathan volvió a encogerse de hombros sin sentido. «No debería obligar a la Sra. Sharpes a esperar más».

Talbot detuvo a Nathan. «¿Te has rendido entonces? ¿Simplemente vas a romperle el corazón a la pobre chica porque de repente te preocupa lo que pueda decir la sociedad?».

Nathan sacudió la cabeza y se alejó.

¿Estaba dispuesto a cambiar su sueño de ganarse a Iona para tener una oportunidad garantizada de reunirse con su familia?

«¿Nos vamos?», le preguntó a Jane y le ofreció el brazo.

Regresaron caminando hacia donde había dejado a Jezabel atada a un poste. Jane lo regañó en cada paso por llevarla por un camino tan problemático. Su vestido se arruinaría. Sus botas de cabritilla estaban cubiertas de suciedad. Y un guijarro debió caer en su bota izquierda, porque sentía un dolor endiablado presionando contra su dedo del pie.

¿Se había rendido?

Con la oferta de matrimonio y estabilidad de Jane ondeando ante sus narices, Nathan ya no sabía qué pensar.

* * * * *

Siempre te he tenido en alta estima. Incluso cuando eras niña, eras tranquila y reservada. Un regalo para tus padres y una alegría para los demás. Cualidades que elogio de todo corazón. Cuento los días en que nuestro compromiso pueda anunciarse formalmente y toda la sociedad sepa que la flor más elegante de Inglaterra estará siempre a mi lado, apoyándome en todos mis esfuerzos.

*Cariñosamente,
Lord Byron Lovington*

Las lágrimas brotaron del fondo de los ojos de Iona. En la intimidad de su dormitorio, leyó la breve nota hasta el final por tercera vez. Parpadeando con fuerza, luchó contra esas molestas lágrimas. Ella no quería llorar. No por esto. Ya le dolían la garganta y las sienes por haber llorado toda la noche y hasta bien entrada la mañana, gracias a Nathan.

¿No se había dado cuenta de cuánto había llegado a resentirse ella por la jaula dorada a la que la estaba devolviendo? Estaba cansada de hacer lo que todos esperaban: sonreír y actuar cuando se le ordenaba, como un número de circo gitano ambulante.

Quizá su sueño de volar a través de las nubes con sus pasiones siempre había sido una ilusión, no más real que un arco iris en el cielo. Le habían cortado las alas hacía mucho tiempo.

Cuando su doncella llevó por primera vez la carta de Byron a sus habitaciones a primera hora de la tarde, Iona había pensado tontamente, mejor dicho, esperado, que la nota pulcramente doblada era de Nathan. El corazón le había latido con fuerza en el pecho, con la creencia de que él le escribía para pedirle perdón y explicarle sus mentiras. Había esperado que él hubiera escrito con todos los detalles floridos cómo su corazón le pertenecía a ella y a nadie más.

Lamentablemente eso no era así. Y peor aún, la carta que Byron había escrito no hacía más que resaltar la naturaleza inflexible de los barrotes dorados de su jaula. Su primo la tenía en alta estima, no por su espíritu o su fuerza de personalidad. Sino porque ella era la hija obediente y estaría bajo su cuidado como la esposa respetable sin deseos ni sueños propios.

Iona suspiró.

Byron no quería que una novia compartiera su vida. Lo que quería era un perro adinerado. O la chica que Iona había fingido ser durante todos estos años.

Había adoptado el papel de hija obediente para complacer a su padre. Un papel que deseaba profundamente que alguien finalmente reconociera como lo que era: una mentira.

Así como se relacionaban las afirmaciones de Nathan de ser un pícaro.

Se secó los ojos con el pañuelo húmedo. Puede que la sociedad y sus expectativas le hayan cortado las alas, pero, por Dios, todavía podía cantar. Aunque Nathan tal vez no estuviera dispuesto a admitir su verdadera naturaleza, sabía que no podía permanecer en silencio ni un momento más.

Un corazón atrevido latía en su pecho. Podía sentirlo golpeando sus costillas.

En los tres días que quedaban antes de la llegada de su primo y el anuncio de su compromiso, ella prometió que encontraría una manera de mostrarle al *beau monde* el calor de las pasiones que ardían bajo la máscara que había creado durante años.

Capítulo Quince

«Pellizca tus mejillas un poco más, querida», sugirió la madre de Iona. El duque se apeó del carruaje de Newbury, empujando a las damas que estaban dentro mientras el artillugio rebotaba sobre sus resortes. Esta noche estás terriblemente pálida, casi enferma. Quizá deberías acompañarme al Cross Bath mañana por la mañana. Creo que también debería llamar al doctor Pritchard.

«Estoy bien, mamá», aseguró. Aun así, hizo lo que le ordenó su madre, pellizcándose despiadadamente las mejillas, y la siguió fuera del carruaje y hasta la acera frente a los Salones de Asambleas Superiores. «No es necesario que llames a un médico».

Lillian, que también parecía un poco pálida, se unió a Iona y luego se giró para ayudar a Amelia a bajar.

«Reconsideraría la necesidad de un médico», susurró Lillian al oído de Iona. «Debes estar enferma si todavía añoras a ese bribón. Olvídalo de él. Él nunca fue digno de ti. ¿Cómo podría serlo? No es más que un segundo hijo».

«¡Vaya!», el señor James Harlow se acercó a ellas antes de que ella pudiera decirle a su hermana lo equivocada que estaba acerca de Nathan. Segundo hijo o no, sería un marido muy digno. Desafortunadamente, como ya estaba comprometida con su primo, no podía casarse con Nathan, aunque quisiera. Y no lo deseaba. Anhelaba ser libre para tomar sus propias decisiones y seguir sus pasiones.

El señor Harlow hizo una profunda y exagerada reverencia. «Que excelente reunión de damas tengo ante mis ojos. Digo, estoy tan cegado por la belleza frente a mí que no sé a qué belleza debería presentar mi brazo como escolta».

«Entonces, ofrécelo», dijo Amelia bruscamente. Extendió el brazo hacia su hermano y lo golpeó con un delicado abanico. «Y trata de comportarte».

«Por supuesto, mi querida hermana». Dejó bruscamente su brazo colgando en el aire y en su lugar agarró el de Iona. «Es un placer verte de nuevo y además con un vestido tan bonito. ¿No estás de acuerdo, Lia? ¿No es este el vestido más bonito que jamás hayas visto?».

Iona se liberó del fuerte agarre del señor Harlow y se frotó donde él la había pellizcado. «No creo que nos conozcamos lo suficiente, señor, como para que usted preste tanta atención a mi vestimenta».

«Por favor...», Amelia intentó alejar a su hermano.

«No quise faltarle el respeto, mi lady», dijo el Sr. Harlow y parecía completamente desconcertado por su reacción. «Su gracia». Hizo una reverencia a la duquesa.

«Vamos, niños», dijo, mirándolo directamente, «no nos entretengamos. Tu padre nos estará esperando ansioso adentro».

Un portero entregado abrió de golpe las puertas de madera. El señor Harlow las siguió, con una mirada de picardía iluminando sus ojos que hizo que el estómago de Iona se estremeciera.

Había pasado un día y medio desde que surgió el rumor que afirmaba que Nathan había arruinado a otra joven inocente. Todo Bath seguía agitado, ansioso por descubrir la identidad de esta desafortunada señorita. Según casi todas las malas lenguas, el señor Harlow fue el impulsor de la conversación y afirmaba con bastante obstinación que revelaría su identidad a su debido tiempo.

Ella rezó para que él no eligiera esta noche para desenmascararla. Tenía otros planes.

Una mirada penetrante del duque, que estaba esperando a las mujeres en la encantadora antesala central en forma de octágono, pareció amortiguar la descarada bravuconería del señor Harlow. Con un puchero, se acercó para inspeccionar el imponente retrato del primer Maestro de Ceremonias, el Capitán Wade, quien vigilaba a los invitados que llegaban a los Salones de Asambleas Superiores.

James King, el actual maestro de ceremonias, se abalanzó sobre el duque poco después y saludó a los residentes más ilustres de Bath con gran entusiasmo. El señor King se pasó un dedo por las patillas grises y luego estrechó la mano del duque como si estuviera sacando agua de un pozo.

«Y su familia está bien esta noche, ya veo, ya veo», dijo el señor King. «Lady Newbury luce tan joven y vivaz como siempre. Yo digo que las aguas medicinales deben estar haciendo maravillas por su salud. Y sus hijas, lady Lillian y lady Iona, la belleza incomparable y la reina de las gracias. Bien hecho, bien hecho».

«Gracias, señor King». El duque tuvo que agarrar la mano del hombre para liberarse de su agarre. «Y esta noche también usted se ve saludable».

«¿Es así?», el señor King gimió. «No sé cómo puede ser posible. Casi todas las matronas con una hija en edad casadera me han hecho caso hoy. Rumores, rumores y más rumores. Es realmente insoportable. De lo más insoportable».

«En efecto», dijo el duque. Tomó a la duquesa del brazo y comenzó a conducir a sus hijas y a la señorita Harlow hacia el salón de té donde se iba a celebrar el concierto. El señor King lo siguió. Lo mismo hizo el señor Harlow.

«Pero, ¿qué podría hacer?», preguntó el señor King. «No puedo detener a un hombre basándonos en un rumor, ¿verdad?».

«Por supuesto que no», asintió el duque mientras continuaba hacia el salón de té sin alterar su paso. Los miembros de la orquesta, vestidos todos de azul medianoche, se encontraban en el piso superior de la columnata de dos pisos con columnas corintias. El sonido de los instrumentos afinados llenó el espacio con una hermosa y caótica variedad de escalas y fragmentos de canciones.

Las mesas habían sido retiradas de la sala y reemplazadas por filas de asientos cubiertos de terciopelo. Los candelabros de varios niveles estaban completamente iluminados. Sus brillantes cristales le recordaron a Iona las estrellas que brillaban en cierto cielo nocturno cuando Nathan la había desafiado a nadar a medianoche en King's Bath.

Esa noche había demostrado claramente que en ella había algo más que una tranquila gracia, ¿no era así?

«De hecho, de hecho, no», dijo su padre, repitiéndose, una señal segura de que estaba cada vez más impaciente con la conversación. No soportaba los chismes y nunca practicaba ese deporte.

Fue el Sr. Harlow quien instó al Maestro de Ceremonias preguntándole, «¿A qué caballero le pidieron las damas que detuviera?».

«¿Cómo? Lord Nathan Wynter, por supuesto.

Iona tropezó.

«Por favor, ten cuidado», susurró su hermana mientras tomaba el brazo de Iona. «No se puede dar a nadie motivos para sospechar».

Sin embargo, nadie pareció notar los torpes pies de Iona, excepto quizás el Sr. Harlow. Él arqueó una ceja mientras ella se apresuraba a alcanzar el largo paso del duque.

«Él insiste en ver el concierto de esta noche», continuó diciendo el Sr. King. «Oh, es una

molestia terrible. Tiene mala reputación. Y seguramente pronto tendrá un mal final». Sacudió la cabeza. «¿Pero no ha actuado con la máxima discreción mientras estuvo en Bath? No puedo impedirle la entrada por un rumor, ¿verdad?».

«No, por supuesto que no», dijo el duque en un tono autoritario que inmediatamente puso fin a la conversación.

Sin embargo, una furiosa discusión continuó rugiendo dentro de la cabeza de Iona. No esperaba a Nathan esta noche. Con dedos nerviosos se pellizcó las mejillas un poco más y metió un mechón de cabello errante detrás de los rizos rubios cuidadosamente peinados que enmarcaban su rostro.

El rufián no tenía derecho a asistir a ningún evento al que ella pudiera asistir. ¿Qué pasaría si trajera a la viuda Sharpes, o peor aún, a cierta actriz que le había dado un hijo bastardo? ¿Cómo podría ella verlo en silencio hacer el papel de pícaro inteligente, arrullando y acariciando a otra dama? Algo así realmente le rompería el corazón. Rezó para que él cambiara de opinión y se quedara en casa.

No, pensó con saña. Que venga y sea testigo de su transformación. Una extraña sonrisa alivió la tensión de sus labios. Que venga al concierto esta noche.

Y que el cielo la ayudara, porque no le mostraría piedad alguna.

* * * * *

Un silencio se apoderó del abarrotado salón de té. El concierto estaba a punto de comenzar. Los músicos, uno por uno, habían dejado de afinar sus instrumentos y los tenían preparados. Si Nathan se engañara a sí mismo, podría haber atribuido el repentino silencio a la inminente entrada del director de orquesta.

Unos pocos a la vez, acompañados de susurros, todos los malditos pares de ojos en el pasillo finalmente se volvieron para mirarlo.

Iba varios pasos detrás de su padre y del resto de su familia. El marqués, con un paso más lento de lo habitual y un par de piernas temblorosas, arrastró los pies por el salón de té de la Asamblea Superior, mostrando una determinación similar a la de un soldado herido que mantiene la línea del frente con nada más que un coraje inquebrantable.

Dos robustos lacayos flanqueaban al marqués, con los brazos preparados por si necesitaba ayuda. Sin embargo, tuvieron cuidado de no parecer demasiado ansiosos por cumplir con su deber. Después de escuchar las acaloradas objeciones que el marqués había golpeado en sus oídos, Nathan entendió por qué.

La madre de Nathan, Edward y Maryanne seguían un paso detrás del marqués. Mientras Nathan se mantenía apartado como si no perteneciera del todo. No era exactamente bienvenido, no hasta después de su matrimonio con la Sra. Sharpes, ¿lo aceptarían nuevamente dentro de sus filas? Su familia ya había dejado dolorosamente claro ese hecho en la casa.

Pero como estaba decidido a completar esta excursión familiar, no había mucho que los demás pudieran hacer para evitar que los siguiera detrás de ellos como un cachorro callejero hambriento y desagradable.

La alta y esbelta Maryanne parecía especialmente agitada. Sus ojos de color verde intenso se movían nerviosamente y con cada par de pasos miraba a Nathan. Sin duda estaba maldiciendo su obstinada determinación, una determinación que reflejaba la de su padre.

Todavía no le había dado a Jane una respuesta. Aunque ella lo presionó más hoy que ayer, él no tenía idea de qué debía hacer con su propuesta de matrimonio.

Esa noche había dejado a Jane sola en sus apartamentos alquilados para tantear el terreno

con su familia.

Se demoró en cruzar la puerta y absorbió las estrellas silenciosas mientras su padre escogía un grupo de cuatro asientos cerca de la primera fila, una fila delante de la única otra familia de alto rango en la ciudad, los Newbury.

Su padre, su madre, Edward y Maryanne se acomodaron en sus asientos rodearon a la audiencia sin dejar espacio para Nathan y luego se dedicaron a intercambiar sonrisas y asentimientos con los miembros de la sociedad que los rodeaban. Una colección de moda de pavos reales con plumas brillantes. La madre de Nathan parecía la más brillante con su vestido de seda esmeralda.

Estaban completos sin él, como si nunca hubiera existido. Sus expresiones eran alegres y serenas, sus pensamientos parecían estar centrados en cualquier cosa menos en su problemática presencia.

Una rata jorobada y de bigotes nerviosos que corría por el suelo del salón de té atrajo mucha más atención de su familia de la que él parecía poder.

La decepción que corría por sus venas lo tomó completamente por sorpresa. ¿Por qué esperaba que su familia se comportara de manera diferente?

Nada había cambiado en las últimas semanas. No precisamente. Si era posible, los rumores que se propagaban como pulgas por las calles de Bath habían tensado aún más su relación con ellos. Y había fracasado por completo en asociar su nombre al de Iona de manera positiva.

Quizá debería aceptar lo inevitable y convertirse en el segundo marido de Jane. Estaba considerando escabullirse y hacer precisamente eso cuando vio a su gentil descarada sentada directamente detrás de su madre.

Lady Iona casi se había dado la vuelta por completo en su asiento y estaba mirando en su dirección. La imagen misma de una estatua romana de las vírgenes vestales, no podría haber parecido más inocente o hermosa si lo hubiera intentado. Su vestido blanco con un cordón dorado que se entrecruzaba sobre sus pechos era un diseño clásico que mostraba brillantemente sus deliciosas curvas.

Sus delicados rasgos estaban llenos de emoción. Sus mejillas brillaban con un vivo color rosa como el sol de la mañana. Y su esbelta figura temblaba con lo que parecía ser una ira absoluta.

Si no la conociera mejor y su necesidad de presentar una imagen perfecta al resto de la sociedad en todo momento, habría estado temblando con sus botines marrones, temiendo que ella estuviera a un pelo de saltar de su asiento, impulsándose a través de la habitación con las uñas preparadas para arrancarle los ojos.

Extraño, su cuerpo se calentó casi hasta el punto de incomodidad ante la mera idea de que ella se comportara tan fuera de lugar y con tanta pasión. Los pensamientos sobre Jane y el matrimonio se desvanecieron.

El maestro de ceremonias salvó a Nathan de quedarse en la puerta toda la noche con la boca torcida de forma desconcertada. Una nube de ansiedad pesaba sobre la frente del señor King mientras se acercaba, agarró la mano de Nathan y la sacudió con fuerza.

«Muy, muy feliz de verte en nuestros sagrados salones, lord Nathan», dijo el Sr. King con demasiado entusiasmo. «Por favor, por favor, tome asiento».

Había muchas sillas vacías disponibles. La mayoría cerca de la parte trasera. Una opción segura, alejada de las *atronadoras* miradas.

Sin embargo, Nathan nunca favorecía las opciones seguras.

Después de soltar su mano del agarre del Sr. King, cogió una de las sillas vacías del fondo

de la sala y se dirigió hacia el frente y, dejando caer la silla entre las filas, se acurrucó junto a su madre y muy cerca de la irritada Iona.

El lado del cuerpo de Nathan más cercano a ellas dos, a las dos mujeres que parecía no poder evitar adorar, sufrió un escalofrío repentino.

Su madre se enfureció ante su audacia, haciendo que la pluma de avestruz teñida de esmeralda que brotaba de su turbante de seda aguada se sacudiera definitivamente. Pero hay que reconocer que mantuvo firme la barbilla con auténtica fortaleza aristocrática.

Iona, un poco menos reservada, dejó escapar un gruñido deliciosamente cruel. Se estremeció y dejó escapar un largo suspiro cuando el director, un tipo apuesto vestido con un traje de terciopelo, subió al podio en el nivel superior de la sala.

Sería prácticamente imposible para Nathan cambiar de asiento ahora, incluso si lo quisiera.

Lo cual no hizo.

Se recostó en la incómoda silla de madera con respaldo de escalera, se cruzó de brazos y apoyó una bota en la rodilla.

Este lugar era exactamente donde quería estar: en el seno de su familia con la mujer que amaba.

No, no, no.

El ritmo de los timbales resonó a través de él mientras luchaba por negar la única palabra que sabía que era cierta. La única palabra que quería gritarle al mundo y que Iona también la gritara.

Una imposibilidad.

Una quimera tonta.

Se movió en la silla y su malestar iba en aumento.

¿Cuándo diablos iba a terminar este maldito concierto?

* * * * *

En el intermedio, Nathan necesitaba urgentemente escapar. Estar en medio de su familia y tan cerca de Iona le había pasado factura a sus nervios. Sin mirar a nadie, se dirigió al rincón más alejado de la habitación y se apoyó en una de las columnas corintias que custodiaban, como soldados silenciosos, una serie de majestuosas entradas en arco.

Iona, se dio cuenta inmediatamente, estaba actuando fuera de lugar. La forma rápida en que sus labios se movían cuando hablaba y su postura lánguida con su mano delicadamente cerrada apoyada en su cadera eran tan atrevidas y sugerentes como su alter personalidad bigotuda, Sir Percival.

Con una expresión coqueta, casi malvada, que superó su amable sonrisa, coqueteó con un joven caballero y luego con otro. Cuando Talbot pasó, ella lo agarró del brazo y se rió de algo que había dicho.

El pobre y enamorado Talbot se paralizó y una mirada afligida abrió mucho sus ojos.

Nathan descubrió que su cuerpo también se había tensado.

Vaya, vaya. La descarada estaba tratando de ponerlo celoso.

No se le ocurría ninguna otra posible razón por la que Iona debería mirar con ojos de luna a todos los hombres a la vista, incluido al anciano señor Leake, o aferrarse a Talbot, de hecho.

Si no tenía cuidado, todos los caballeros elegibles de Bath aparecerían en su puerta por la mañana con un ramo de margaritas en una mano, un sombrero en la otra y una grave necesidad de dirigirse al duque ardiendo en sus labios. Antes del mediodía, estaría abrumada con ofertas de matrimonio. Ciertamente ese no era su objetivo para la noche.

Si lo que ella buscaba era casarse, ¿no debería ir corriendo a su puerta... y no a la de nadie más?

Nadie más, ni un solo caballero en toda Inglaterra la entendía tan profundamente. Nadie más era digno de ganarse su afecto tan celosamente guardado.

Cuando regresó junto al señor Harlow, Nathan se sintió profundamente tentado de acercarse a ella y arrojar su intrigante y esbelto cuerpo sobre su hombro. Lamentaría que él se viera obligado a recurrir a una acción tan escandalosa.

Una mano suave tiró de su manga y lo salvó, en el calor de la ira, a hacer precisamente eso.

El familiar aroma de las frambuesas tocó sus sentidos. «Mi lady», dijo, preguntándose qué había hecho para atraer la mordaz atención de Lady Lillian. «¿Está disfrutando el concierto hasta ahora?», preguntó, sonando condenadamente neutral. Toda una hazaña, considerando que sus dedos ansiaban arrancar la mano de Iona de la manga de Harlow.

«No jugaré», siseó Lillian. «Agradeceré que haga lo mismo».

«Muy bien», Nathan se cruzó de brazos. «Por favor, recuérdeme otra vez, mi lady, ¿qué juego debo dejar de jugar?».

«Mi hermana, por supuesto». Lillian hizo un trabajo impresionante al mantener su voz en un susurro silencioso mientras se esforzaba en lo que parecía un enfado real. «Ella no necesita que le complique la vida. Mírela...».

Parecía que no podía dejar de mirarla. Iona había revoloteado desde el extremo oeste de la habitación hacia el este. Junto a la mesa de las pastas para el té, se había enfrascado en una animada conversación con tres de las damas más adustas de Bath. Sus manos se movían en gestos fluidos mientras hablaba. Una sonrisa genuinamente honesta proporcionaba un brillo añadido a sus ojos azul aciano.

«Sí», dijo él, hinchándose de silenciosa admiración, «mírela».

Iona tomó tres pasteles de té de la mesa y, para deleite de sus acompañantes, puso uno en cada una de sus manos. Luego, sin su habitual respeto por el decoro, rodeó con el brazo a una de las damas y le brindó un abrazo de lo más alentador.

«Está haciendo el ridículo», se quejó Lillian. «Y todo gracias a usted».

«Me gustaría poder atribuirme el mérito de haberle dado a lady Iona su corazón generoso, pero lamento que siempre haya antepuesto a los demás a ella misma. ¿No está de acuerdo?»

Las ancianas estaban radiantes mientras Iona seguía entreteniéndolas.

«¿Está siendo deliberadamente obtuso, lord Nathan?». La voz de Lillian se elevó un grado. «Ella está realizando este acto ridículo con la esperanza de demostrarle que su crueldad no la afecta. Su corazón destrozado no puede soportar verle». Ella golpeó su pie. «Es una tonta. Ya la he regañado por caer bajo su hechizo y sigue sin escucharme».

«¿Qué quiere que haga al respecto?».

«Quiero que se vaya. Váyase de Bath. Esta noche. Y no vuelva jamás».

Él la miró con la misma expresión suave que usaría cuando su joven sobrino exigía salirse con la suya. «Me temo, mi lady, que su hermana tendrá que sufrir mi presencia en Bath durante al menos unas semanas más».

Lillian resopló varias veces. Nathan levantó la mano. «No importa lo que diga, no cambiaré de opinión».

«¡Bien!». Sacudió su hermosa cabeza y se alejó, con la gracia de la hija de un duque, por supuesto.

No tuvo mucho tiempo a solas antes de que un nuevo aroma femenino golpeará sus sentidos.

Una vez más, no era el simple olor a jabón que había aprendido a disfrutar con cierta pícara aprendiz. El suave aroma a tulipán que olía ahora siempre le había parecido a Nathan en conflicto con el carácter agudo de su cuñada que lo usaba.

Maryanne se sentó a su lado. Su mirada nerviosa recorrió la habitación como si se estuviera asegurándose de que nadie, al menos nadie importante, se diera cuenta de que se había agachado para hablar con semejante sinvergüenza. Como ella era generalmente una dama serena, su extraño comportamiento despertó su curiosidad.

«¿Estás disfrutando esta noche?», le preguntó él, haciendo todo lo posible por no provocar una discusión. «Si lo deseas, puedo traerte una limonada».

Ella pareció ligeramente alarmada por su cortesía. Después de estudiarlo durante mucho tiempo, dejó escapar un suspiro. «Gracias, pero no», contestó.

Él asintió. «Los músicos son de primera categoría. La tensión creada por su interpretación de “*La Creación*” de Haydn casi me hizo llorar».

Maryanne se cruzó de brazos y frunció el ceño. «Le aseguro que no lo busqué para discutir la calidad de la orquesta».

«No soy más que su sirviente, mi lady. ¿Qué desea de mí?».

«La verdad será suficiente. Si puede manejarlo».

Él simplemente levantó una ceja.

«¿Qué hizo?» preguntó ella, con los párpados temblando de agitación.

«¿Qué hice *cuándo*, mi lady?».

«Hoy, hoy», espetó. «¿Qué hizo?».

Frunció el ceño mientras pensaba por un momento. “«¿Qué... hice... yo... hoy?», preguntó lentamente. «Hice un buen número de cosas. Sin embargo, dudo que quiera escuchar una recitación de mi día. ¿Quizá debería ser más específica?».

«A él», agitó el brazo con un movimiento amplio y luego suspiró profundamente. «¿Qué hizo para molestarlo a él?».

Trató de discernir a quién estaba señalando con ese gesto vago. Vio a su padre enfrascado en una discusión bastante acalorada con el maestro de ceremonias. El rostro redondo del marqués estaba adquiriendo un tinte rosado. El señor King escuchaba con expresión amarga torciendo los labios mientras se movía de un pie al otro como si sus pantalones se hubieran encogido repentinamente varias tallas.

Su padre a menudo tenía ese efecto en los demás. Era fácil imaginar la lista de quejas que recaía sobre el desventurado maestro de ceremonias. Probablemente la música estaba demasiado alta. Los asientos demasiado duros. Y los sándwiches están terriblemente secos.

Que era lo último de lo que Nathan se sintió tentado a quejarse. Nunca en su vida había probado un sándwich peor. Masticar arena habría sido más divertido.

«El marqués parece estar de mal humor», admitió él. «Pero no hay nada inusual en eso, ¿verdad?».

«¿Está siendo obtuso a propósito?», ella preguntó.

Por segunda vez esa noche lo acusaban de semejante crimen, lo que le hizo preguntarse, ¿estaría siendo deliberadamente obtuso?

«No lo creo», concluyó. «Ciertamente mi mente ha estado llena de muchos asuntos últimamente. Me sorprendería poder mantenerlos todos en orden».

«*Edward*», dijo ella con un resoplido. «Edward ha estado actuando muy raro todo el día. Juro que lo pillé haciendo pucheros en el salón de arriba mientras bebía un whisky. Nunca bebe whisky. No puedo imaginar lo que le ha pasado. Entonces, Nathan, ¿qué... hizo... usted...?».

«Hoy ni siquiera he hablado con mi hermano».

Maryanne golpeó el suelo de mármol con el dedo del pie y miró fijamente.

«Crea usted lo que quiera, mi lady», dijo y cortó el aire con una mano. «Lo hará de todos modos. Nada de lo que pueda decir cambiará eso».

«Debe haber hecho algo, porque cuando lo interrogué lo culpó porque podría terminar en la ruina».

«Ah, ¿sí?».

«Dijo que estaba tratando de arruinar su vida», insistió, lo cual parecía bien considerando todo lo que Nathan había hecho para proteger a su hermano a lo largo de los años.

«Le aseguro, señora», dijo bruscamente, «que Edward está haciendo un buen trabajo haciéndose miserable él solo». Se alejó del poste en el que se había apoyado. «Buenas noches a usted».

Maryanne lo agarró del brazo. «¿Su estado de ánimo reciente está relacionado de alguna manera con la señorita Posey Hartfield? ¿Su muerte de alguna manera regresa para atormentarlo?», ella susurró la pregunta.

La sangre abandonó su cabeza ante la mención del nombre de la señorita Hartfield. Rezó para que sus dedos se separaran de su brazo y luego tiró de su chaleco mientras intentaba mantener su comportamiento distante y despreocupado. «Es mejor dejar las tragedias antiguas en el pasado», dijo. «Buenas noches».

Los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos nuevamente, señalando el acercamiento de la segunda mitad del concierto. Nathan no tenía intención de quedarse.

Sus nervios se estaban agudizando demasiado. No podría permanecer bajo las miradas de desaprobación de la *alta sociedad* y esperar conservar la cordura. Todos en la sala, excepto Iona, parecían estar mirándolo con excesiva atención. Un error por parte de Iona o de él podría hacer que su relación secreta atrajera la atención de la sociedad.

Hizo un rápido desvío hacia la ponchera. Había que responder una pregunta antes de que pudiera salir corriendo a la noche.

«Espero que estés satisfecho contigo mismo», dijo Edward antes de que Nathan hubiera ido mucho más allá de un saludo agradable. «Ella se irá por la mañana».

Nathan no se atrevía a esperar que su hermano se estuviera refiriendo a su actriz convertida en amante.

«Ella dice que no quiere verme nunca más», dijo Edward antes de que Nathan pudiera preguntar. «Supongo que esto es obra tuya, por supuesto».

«Te aseguro que no lo es. ¿Es de la talentosa señorita Darly de la que estamos hablando?».

«¡Quién más!», Edward hizo una mueca ante su propio arrebató. Bajó la voz considerablemente. «La música está empezando. Es hora de que volvamos a nuestros asientos».

«Me voy. Por favor, ofrece a mi madre y a mi padre una buena noche de mi parte», dijo mientras se dirigía hacia la puerta. Un poco de satisfacción aceleró su paso. La señorita Darly debe haber recobrado el sentido, chica inteligente. Por la mañana, ella se iría de Bath y de Edward, y no le había costado ni un centavo.

E Iona...

Se detuvo en la puerta y se giró para echar un último vistazo. La orquesta había comenzado. Los primeros compases de la “*Sonata a la luz de la Luna*” de Beethoven llenaban el espacio con una gama profunda de acordes menores que evocaban imágenes del oscuro cielo nocturno, a pesar de los candelabros brillantemente iluminados sobre él. Vio a Iona cerca del frente de la audiencia. Se había recostado en la silla, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos

cerrados. Parecía haberse perdido en el lenguaje sensual de las notas.

Era posible que sus delicados rasgos no rivalizaran con la impresionante belleza de los de su hermana, pero había una calma silenciosa que rodeaba a Iona y que atraía a Nathan como ninguna otra. ¿Qué diablos iba a hacer con ella?

* * * * *

Él ni siquiera pareció notar el cambio. Iona golpeó la almohada y se revolvió en la cama hasta que las sábanas la enredaron y la sometieron.

Al principio se había sentado tan cerca que su aroma a miel y pino amenazaba con derretirla y convertirla en un charco en el suelo. Incapaz de hablar una palabra con él o intercambiar siquiera una mirada fugaz por miedo a traicionar las tumultuosas emociones que recorrían su cuerpo, se había visto obligada a sufrir durante la primera mitad del concierto con la espalda apoyada en la silla con respaldo de escalera, mordiéndose el interior de su mejilla para asegurarse de que su ira permaneciera en silencio.

La presencia de Nathan había llenado tanto la habitación que no escuchó ni una nota musical hasta después del intermedio. Su abrupta desaparición del salón de té fue peor que sentarse demasiado cerca y tentar sus sentidos a distraerse en primer lugar.

Oh, él tampoco abandonó el concierto de inmediato. Ella había sentido su presencia con demasiada facilidad. El rufián se había apartado a un lado. Habiendo buscado las sombras, se había apoyado contra un poste maldito como si su fuerza fuera necesaria para sostener todo el edificio. Y ni una sola vez había considerado oportuno mirar en su dirección.

Ella podría haberse quitado el vestido y él probablemente aún habría mantenido su mirada fija en algún punto lejano en lo alto del techo.

Era exasperante... *Él* era exasperante.

No esperaba que el mundo llegara a su fin con su nueva confianza. Pero hubiera agradecido un poco de reconocimiento, un comentario aquí o allá.

Y no solo de Nathan. Nadie pareció darse cuenta de su repentino cambio de personalidad. Ni una sola ceja se había levantado por la forma imprudente en que había sostenido su vaso, o por haber comido un trozo de pastel de té sin antes quitarse los guantes.

Solo el señor Harlow parecía estar consciente de sus acciones y ella ya conocía muy bien el motivo de su decidida atención. Quería seducirla. Podía leer el calor de su anhelo en la forma en que su furtiva mirada verde recorrió todo su cuerpo.

Ella era un premio rico digno de ser ganado por él, ¿no era eso lo que había afirmado?

Aplastó un poco más su almohada.

Mañana simplemente tendría que ser más directa.

Su primo pronto estaría en Bath. Si no aprendiera a expresar sus pasiones de una manera más contundente, pronto se casaría con él. Mañana, en la Gala de la Victoria, tendría que hacer algo espectacular. Un truco tan atrevido que nadie, ni siquiera Nathan, se atrevería a pensar en ella como la hija obediente nunca más.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Como nunca antes había hecho algo así, no tenía forma de saber si el amor de su familia podría soportar el estrés de su desobediencia voluntaria.

A pesar de la incertidumbre, sabía que, si quería perseguir sus sueños, tendría que arriesgarlo todo, incluida su familia.

Una apuesta terrible, sin duda. Pero al no hacer nada, al seguir viviendo una mentira, se

arriesgaba a perder algo aún más vital: se arriesgaba a perderse a sí misma.

Capítulo Dieciséis

Los rumores se estaban descontrolando. Todos en Bath parecían estar analizando cada movimiento de Nathan, en busca de una pista, por pequeña que fuera, sobre esa misteriosa joven a la que supuestamente había arruinado.

Lo peor llegó esa misma mañana, cuando tres señoritas lo siguieron por la calle, riéndose, señalando y haciendo un escándalo general. Por culpa de ellas, se vio obligado a cancelar una visita discreta al apartamento de Jane.

En lugar de eso, le envió una nota pidiéndole perdón y prometiéndole que le presentaría una respuesta a su propuesta en la Gala de la Victoria de esta noche.

¿Qué planeaba decirle?, no lo sabía.

Cada hueso razonable de su cuerpo le decía que aceptara el destino y se casara con ella. Era atractiva y rica y parecía tenerle cariño.

Con su familia cada día más distante y Iona más atrevida, sabía que necesitaba hacer un cambio en su vida y pronto. Quedarse en Bath prometía volverse insoportable.

Saber que Iona iba a asistir a la Gala de la Victoria, junto con el resto de Bath, le molestaba como una picazón irritante. Ella había prometido permitirle acompañarla.

Pero ahora eso sería imposible. La sociedad lo estaba observando demasiado cerca, esperando ansiosamente poder descubrir quién había sido la misteriosa joven a quien había dañado.

Él la había arruinado. Y quería hacer lo correcto. Quería casarse con ella. No entendía por qué seguía rechazándolo. Quizás estaba avergonzada de su reputación. Había acudido a él porque lo consideraban un pícaro peligroso y porque estaba aburrida y buscaba un poco de aventura. Él la había forzado demasiado. Tuvo suerte de haber escapado con su buen nombre intacto, aunque había perdido su inocencia en el camino. Debería odiarse a sí mismo por quitarle eso, pero, por mucho que lo intentara, no podía arrepentirse de la única noche que habían compartido. Solo lamentaba tener que afrontar toda una vida de noches solitarias sin Iona.

Cualquier tipo de futuro, especialmente el matrimonio, parecía imposible para los dos. Su reputación estaba demasiado manchada. Una vez pensó que los buenos modales de Iona y su impecable apellido podrían salvarlo. Pero ahora comprendía que vincular su nombre con el de él solo le traería infelicidad. No tenía nada que ofrecer a una dama más que ruina social.

Si la amaba, tendría que dejarla ir.

* * * * *

Nada menos que la perfección serviría para lo que Iona había planeado para esa noche. Ya había decidido ponerse su mejor vestido, uno de crepé azul sardo intenso con cintura imperio y un corpiño adornado con cristales brillantes. El escote era atrevidamente bajo y la espalda estaba casi indecentemente desnuda.

Si bien la cinta azul acerado que poseía podría haber combinado bien con el sencillo vestido de paseo de algodón verde sauce que Iona llevaba actualmente, carecía de cierto estilo.

Y estilo era lo que necesitaba para esta noche. No solo estaba conspirando para demostrarle

a la sociedad que no era una flor marchita, sino que también planeaba intentar su primera seducción.

Con eso en mente, regresó a la sombrerería y tienda de telas de la Sra. Langdon, en Milsom Street. Lillian y Amelia estaban encantadas de acompañarla.

La señora Langdon, una mujer diminuta con el pelo blanco recogido en un moño apretado y vestido con un robusto vestido marrón tabaco de cuello alto, se detuvo frente a Iona. Ella había estado corriendo desde un extremo del mostrador con sus brazos llenos de una variedad de encajes de colores crema y rubor.

«Si está buscando algo especial, mi lady...», dijo la Sra. Langdon, esbozando una sonrisa fácil que nunca dejaba de recordarle a Iona a su propia abuela excesivamente generosa, «creo que podría tener la cinta justa». Para disgusto del resto de los clientes, dejó a un lado las cintas de sus brazos y desapareció debajo del mostrador. Cuando resurgió, un trozo de cinta plateada iridiscente estaba dibujado con reverencia entre sus dedos rígidos. Verlo dejó a Iona sin aliento.

La cinta brillaba como nunca antes había visto y, una vez que la vio, supo que ninguna otra cinta para el cabello serviría.

«Es encantadora», dijo Lillian, su sombrero rebotaba mientras intentaba arrebatarle la cinta a la Sra. Langdon. «También me llevaré un metro».

«Lo siento, mi querida lady Lillian, pero esto es todo lo que tengo», dijo la Sra. Langdon, entregando la cinta metálica en las manos enguantadas de Iona para que ella la inspeccionara.

«¡Pero yo debo tenerla!», Lillian insistió. Sus labios temblaban y sus pestañas revoloteaban. Iona reconoció las señales de advertencia. Su hermana estaba a punto de hacer un berrinche real, lo que era motivo suficiente para alarmarse.

Hacía solo un mes, Lillian había gritado como una loca cuando su padre se negó a comprar un costoso rollo de seda color lavanda sin el cual ella había insistido que simplemente no podía vivir. Aunque el material habría sido un vestido encantador, la negativa de su padre por el costo no era nada por lo que perder los estribos.

Tampoco lo era esta cinta.

Desafortunadamente, Lillian rara vez compartía la opinión de Iona sobre tales asuntos. Una sonrisa nerviosa se pegó a los delgados labios de la señorita Amelia Harlow mientras fingía estar embarazada frente a una exhibición cercana de sombreros. Los dedos de la chica temblaron cuando los pasó por una de las bandas de rayas rosas y blancas del sombrero. Incluso la Sra. Langdon parecía estar conteniendo la respiración, esperando lo que prometía ser una horrenda explosión.

Con un resoplido, Iona comenzó a entregarle la cinta encantadora. Quizá sería mejor prescindir de ella que dejar que su hermana avergonzara a la familia delante de una multitud tan grande. ¿No era así como se esperaba que fueran las cosas?

«No», dijo Iona, sorprendiéndose incluso ella misma. «*Compraré* esta cinta. Irá bien con mi vestido».

Ella no cedería ante las tácticas terroristas de su hermana. Sus aventuras le habían enseñado una cosa: sus deseos también eran importantes.

«Lillian, recomposte», dijo con severidad y le dio a su hermana un fuerte pellizco. «Hay muchas otras cintas. No necesitas la mía».

Cerrando los ojos por un momento, esperó a que el mundo colapsara alrededor de la temperamental cabeza de Lillian. Sin embargo, lo que sucedió, Iona solo pudo describirlo como un milagro. Lillian no chilló ni gritó. Aunque sus labios temblorosos seguían temblando, mantuvo su barbilla tan rígida como nunca había visto Iona y guardó silencio.

Por primera vez en mucho tiempo, Iona se revelaba con el poder de su propia voz. Ella se había defendido a sí misma. Y sus deseos habían sido escuchados.

Parecía que las lecciones de su pícaro habían tenido un impacto positivo. Si tan solo pudiera ser tan contundente con sus padres. Quizá, con la práctica, las cosas cambiarían.

Su corazón dio un vuelco mientras le pagaba. La asistente de la Sra. Langdon cogió la cinta y esperó a que la agobiada señorita la envolviera en un paquete de papel.

De hecho, esta noche iba a ser espectacular.

* * * * *

Nathan esperaba debajo de un cedro al otro lado del patio del Hotel Sydney, observando a las damas y caballeros elegantemente vestidos mientras entraban a Sydney Gardens.

Dos faroles orientales de color naranja rebotaban en sus cuerdas en los árboles, a varios metros por encima de la parte superior de su brillante sombrero de cazador. Pequeñas campanillas unidas a las linternas tintineaban con la ligera brisa.

Algunas estrellas brillantes aparecieron en lo alto del cielo mientras el crepúsculo se hundía en la noche. El oscurecimiento de la luz del sol daba la bienvenida al regreso de las sombras de medianoche donde se escondían los secretos más deliciosos y peligrosos.

Inhaló el aire refrescante. Gracias a Iona, había encontrado un aprecio renovado por la oscuridad. Una sonrisa irónica apareció en su boca cuando la vio. Ella estaba con su familia, por supuesto. Con su brazo entrelazado con el de su hermana, caminó hacia el patio, sonriendo y saludando con la cabeza a sus conocidos.

Parpadeaba pesadamente. Ciertamente no era la misma joven inocente a la que había llevado a darse un chapuzón en King's Bath. El vestido que llevaba no se parecía en nada a sus habituales muselinas blancas virginales.

La espalda pronunciada del vestido azul tachonado de cristales era más bajo que cualquier cosa que hubiera visto usar incluso a las amantes más atrevidas en un baile de la *demimonde*.

[Nota de la Trad.: El término “*demimonde*”, se utiliza para describir un ambiente o sociedad decadente y marginal. En este contexto sugiere la idea de un baile dentro de este mundo alternativo o marginal]

Su cabello rubio había sido recogido de su cuello para aumentar la ilusión de que su piel desnuda duraría para siempre. Su boca de repente se secó y un calor abrasador golpeó su pecho cuando notó cómo otros caballeros también se sentían atraídos por su belleza erótica.

¿Cómo diablos, en poco más de una semana, se había transformado de la colegiala sonrojada que había conocido frente a los Salones de Actos Inferiores a esta seductora dama que se deslizaba por el patio con paso lento y confiado?

Quizás el cambio se debía a que ella había aprendido de primera mano algo sobre la magia de los secretos de medianoche. Le preocupaba cómo ella parecía anhelar la misma excitación imprudente que él una vez había dejado consumir su vida.

Desde el otro lado del patio, sus miradas se encontraron. Aunque sus cejas se aplanaron y sus labios se estrecharon, no miró a través de él ni fingió que no existía. De hecho, ni mucho menos. Después de un momento de asombro, ella inclinó la cabeza a modo de saludo y arqueó una ceja como si su humilde presencia de alguna manera la divirtiera.

Él gimió. Tenía razón al pensar que necesitaba alejarse de Bath. Cuanto antes mejor. Estar cerca de ella de esta manera y aún así sin poder tenerla lo volvería loco.

Iona se llevó las manos al pecho y de repente no pudo respirar. Vestido con un moderno abrigo de cola larga de un intenso tono ahumado londinense, él hizo precisamente eso, dejarla sin aliento.

Que maldita molestia.

El corte de su abrigo había sido confeccionado para amoldarse a su cuerpo con la precisión de un guante. Iona era muy consciente de que el material superfino se estiraba incluso con el más mínimo movimiento. Sus pantalones, negro medianoche, un color que ella empezaba a considerar su favorito, eran igual de ajustados. Llevaba zapatos de tacón de cuero negro, apropiados para las mejores celebraciones y visitas cortesanas.

Su camisa, su corbata en cascada y las perlas de sus dientes brillaban de un blanco que contrastaba con los colores oscuros que cubrían el resto de su cuerpo. Pero no fue ninguna de estas cosas lo que le quitó la capacidad de respirar. Podría haberlo visto llevando harapos y el calor seductor de su mirada aún habría logrado esa hazaña por sí solo.

«Nuestro sitio está listo», dijo Amelia en voz baja, tomando la mano de Iona entre las suyas. «No queremos que nadie se pregunte quién ha puesto ese color en tus mejillas. Al menos no esta noche, no durante la Gala de la Victoria».

Flanqueada por su familia y con Amelia cogida de la mano, se dejó llevar. Se necesitó mucha fuerza de voluntad para evitar mirar por encima del hombro para ver si esos brillantes ojos la seguían.

Él nunca había pedido sus atenciones, se recordó. Ella había sido quien lo persiguió. Tampoco jamás había jurado ser fiel. El dolor punzante que le atravesaba el corazón era provocado por ella misma.

Mi propia creación. Y aquí fue donde empezó todo, pensó mientras seguía a su familia hasta el comedor que su padre había alquilado.

Oh, sí, todo había comenzado allí, en Sydney Gardens, cuando ella arrinconó descaradamente a Nathan en el laberinto y le arrancó un acuerdo para enseñarle cómo llegar a ser más como él. Y esa noche llevaba la atrevida cinta plateada en el pelo en honor a sus lecciones. Toco la cinta brillante y lanzó una mirada de despedida por encima del hombro.

Si él pudiera leer su mente, estaba segura de que estaría orgulloso de sus desafiantes pensamientos malvados.

«No sé por qué insistes en quedarte. Todo este bullicio es tremendamente aburrido», murmuró Jane. Su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja a Nathan. «Las actividades diseñadas solo para dos son infinitamente más placenteras, ¿no crees?».

Nathan se encogió de hombros. Estaba luchando por prestarle a Jane la atención que merecía esta noche. Si alguien le hubiera pedido que describiera su vestido, se habría quedado perplejo. Su mirada siguió posándose hacia Iona.

La mariposa recién emergida de la *alta sociedad* había pasado la primera hora con su familia en su comedor privado. Mordisqueó un sándwich y tomó un sorbo de una bebida, dejando intacta gran parte de su cena. A pesar de los esfuerzos de la señorita Harlow y de lady Lillian por entablar conversación con ella, Iona se mantuvo alejada.

Su espalda se arqueó delicadamente cuando se inclinó hacia un lado para escuchar algo que decía su madre. Mientras el resto de la familia se reía entre dientes, Iona simplemente se mordió el labio inferior deliciosamente carnoso y asintió.

Nathan reconoció la fuente de su distracción. La mirada que oscureció su frente era casi idéntica a la expresión obstinada que había subrayado su determinación en el laberinto cuando amenazó con acudir a Talbot o Harlow si se negaba a darle lecciones de pícaro.

¿Qué diablos estaba planeando hacer ahora?

Como si de alguna manera hubiera escuchado sus pensamientos, levantó la vista y le acarició la mejilla con una mirada tan suave como una frágil pluma.

Solo mira, parecían decir sus ojos.

«¿Me estás ignorando deliberadamente?», preguntó Jane. «Repito, ¿ya tienes una respuesta?».

«Oh, Jane», dijo, incapaz de decidir si debía seguir su corazón o su cabeza en esto. Ambos contenían una promesa miserable.

Él tomó su mano entre las suyas y la acarició.

Iona se puso de pie y se alejó del comedor de su familia seguida por su hermana, la señorita Harlow y el presumido hermano de la joven señorita. El señor Harlow tomó la mano enguantada de Iona. Después de presionarla contra su mejilla en un movimiento demasiado posesivo, le susurró algo al oído.

Su sonrisa se desvaneció. Se apartó de Harlow, giró la cabeza y miró directamente a Nathan.

Ya veo, Nathan vio decir sus labios.

Harlow le dijo algo más y trató de dirigirla hacia un comedor vacío, pero ella se resistió.

«¿Bueno?», dijo Jane, con voz helada. «No eres el único caballero en Inglaterra, ¿sabes? Necesito una respuesta tuya. ¿Te casarás o no conmigo?».

¿Tomaría a Jane como esposa y abandonaría su imposible búsqueda de ganarse el corazón de Iona?

Ella no es para ti. La contundente declaración de la madre de Iona todavía lo perseguía. La sociedad no lo creía digno de Iona. Demonios, él mismo no se consideraba digno de ella.

Aun así, esos serían obstáculos por los que estaría dispuesto a luchar si supiera, si realmente supiera que algún día podría conquistar su corazón excesivamente generoso. Deseó que no hubiera tantas preguntas en torno a su relación. Y ni siquiera podía acercarse a Iona sin correr el riesgo de arruinarla.

Suspiró y su mirada volvió a Jane. Era una mujer encantadora. Una belleza deslumbrante. Con ella, sabía cuál era su situación. Y como su corazón nunca había estado involucrado en su relación, también sabía que estaría a salvo.

Sin riesgos. Sin angustias. Libertad financiera como ventaja añadida. Y la aceptación de su padre. ¿Qué más podría esperar un libertino impenitente?

«Su... supongo que seríamos felices juntos», dijo él.

Y entonces se dio cuenta de que Iona, que parecía tan peligrosa como una potra salvaje, tomaba un camino recto hacia ellos.

Sus caderas se balanceaban de un lado a otro y había un rebote enojado en su paso. La mirada que ella había fijado en él ardía tan ardientemente, tan feroz que Nathan consideró hacer una retirada cobarde.

Y él también podría haber huido si Jane no le hubiera echado los brazos al cuello y, a pesar de estar de pie en medio de la multitud, hubiera presionado sus labios contra los de él.

«Me complace», la voz de Iona lo atravesó.

Apartó los brazos de Jane de su cuello para enfrentar a su atormentadora.

«Ah, aquí está tu pequeña criatura emocional», ronroneó Jane en su oído. «¿Crees que vaya a hacer una escena? Quizás esta vez tenga el valor de golpearte».

Iona apretó los puños y enseñó los dientes con una sonrisa poco amistosa. «No, a menos que me obligue a hacerlo, Sra. Sharpes», dijo con gracia real. «Solo vine a felicitar a lord Nathan por

sus planes de matrimonio. Me alegro de que hayas encontrado al amor de tu vida, mi lord».

Aunque ella no parecía nada feliz.

«Por favor, no hagas esto aquí». Destrozarlo frente a la sociedad de Bath no lograría nada. Ella solo se haría daño a sí misma.

«Jugaste demasiado bien, lord Nathan». Ella lo apuñaló con su voz. «Jugaste conmigo como si te importara... como si fueras... fueras... mi amigo».

«No lo entiendes...», comenzó a decir.

«Lo entiendo bastante bien. Tengo ojos, oídos y un cerebro lo suficientemente inteligente como para descubrir lo que intentabas hacer», dijo. «Y el señor Harlow completó el resto».

«¿El resto?», condenó a Harlow al infierno y regresó por causarle este problema a Iona. Había subestimado hasta dónde llegaría Harlow para ganar su mano. Ni siquiera en sus sueños más oscuros había imaginado que un caballero, salvo él mismo, caería tan bajo como para romper el precioso corazón de Iona.

«Si simplemente estuvieras interesada en tener un matrimonio impresionante con...», la voz de él se quebró. «Deberías haber confiado en mí. Con mucho gusto te habría ayudado en tu plan. En lugar de hacerlo, me usaste cruelmente. Por eso, nunca te lo perdonaré».

«¿Tu pequeña compañera de juegos se ha vuelto loca?», Jane agitó las manos en el aire, tratando de ahuyentar a Iona. «¿De qué tonterías está hablando?».

«Oh, no finjas que no lo sabes», dijo Iona.

«¿Qué no finja?», Jane retrocedió. «Nat, haz algo. Envía lejos a tu amiguita. Nunca me ha gustado. Es pulcra como una moneda, demasiado perfecta. Se aferra al título de su padre. Sin él, no tiene ni una pizca de personalidad para mantener el interés».

«Ahora Jane...», comenzó él a decir.

«¿Es eso lo que piensas de mí, Nathan?», preguntó Iona, con su bonito temperamento estallando.

«Eso es lo que todo el mundo piensa de ti», dijo Jane con aire de autoridad.

Por supuesto, nada podría estar más fuera de lugar. El espíritu impredecible y vivaz de Iona defendía sus intereses con demasiada firmeza.

«Jane, no», dijo mientras Jane levantaba la nariz y se aferraba a su brazo como si fuera su dueño. «Has ido demasiado lejos. Discúlpate con lady Iona».

«Déjenos en paz, mi lady», dijo Jane, negándose a hacer algo por el estilo. Pensándolo bien, en realidad él nunca supo que Jane se disculparía... no realmente. «Vuelve a tu mundo de alto nivel y deja que el resto de nosotros nos divirtamos un poco».

«No hasta que haya dado mi opinión». Iona bajó un poco la voz y empujó a Jane a un lado.

Nathan sabía que tenía que hacer algo antes de que las dos terminaran sacándose los ojos. Pero, ¿qué? Sus pensamientos se mezclaban en su cabeza. ¿Qué podría decir sin empeorar las cosas?

Iona no le dio tiempo para pensar. Con el demonio en la mirada y los puños en las caderas, avanzó hacia él. «¿Realmente no tienes nada que decir para defenderte? ¿Ninguna explicación? ¿Ni siquiera otra mentira?».

De pie, cara a cara con ella, podía sentir su ira cruda temblando a través de su cuerpo esbelto como si fuera el suyo. Para su protección, necesitaba poner fin a esta confrontación de inmediato.

No se los podía ver juntos, no así. No cuando la sociedad estaba a la caza de su misteriosa dama para poder destrozar su reputación.

Le dolió decir: «Soy simplemente quien soy, mi lady. Pido disculpas humildemente si hice

algo que le hiciera creer que soy algo mejor».

Sus mejillas se sonrojaron con un brillante rubor mientras retiraba la mano. Nathan vio venir el golpe.

«Confié en ti». Su palma abierta golpeó contra un lado de su cara. La fuerte bofetada pareció resonar en el cielo nocturno. «Confié en ti», repitió suavemente, «y sin embargo eres como todos los demás. Me mientes, retorciendo mis sentimientos hasta que no sé distinguir entre arriba y abajo».

Ella parpadeó como si lo desafiara a decirle que estaba equivocada. Pero Dios, ella no lo estaba. No había manera de que pudiera defenderse de la verdad. Se había engañado a sí misma pensando que era diferente de los otros caballeros que la perseguían. Pero al igual que ellos, él la había perseguido con la esperanza de utilizar su apellido para su beneficio. Y peor aún, había tentado su tierno corazón con la esperanza de atraerla al matrimonio.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos azul aciano. Verlos desgarraba su ya golpeado corazón. Deseó que el cielo pudiera entender lo que ella quería de él.

Abrazando sus brazos contra su pecho, parecía irremediablemente perdida, sola y completamente inaccesible. Con un resoplido herido, ella se alejó de él y se abrió paso a través de la masa de rostros curiosos que se habían cerrado a su alrededor.

Nathan más bien deseó que ella hubiera sacado una pistola y le hubiera disparado en lugar de huir así. Recibir un disparo de plomo en el pecho seguramente habría sido menos doloroso que el golpe que acababa de recibir en el corazón.

La primera ráfaga de fuegos artificiales atravesó el aire de la noche y explotó sobre la cabeza de Iona. Las luces de la explosión parpadearon como un enjambre de luciérnagas. La multitud que la rodeaba murmuraba su entusiasmo mientras se acercaban más a la música. La banda empezó a tocar una animada marcha militar.

«Papá», gritó Iona por encima de la música atronadora. Tuvo que trotar para alcanzarlo a él y al resto de su familia mientras ellos también se alejaban de los palcos del comedor y se acercaban al estrado cubierto de la orquesta. El pum, pum, pum de la música resonó en su corazón palpitante. Ella le agarró la mano. «Papá, no me casaré. Ya no puedes dictar mi futuro, no lo permitiré».

El duque se puso rígido. Aunque debió sentir la fuerte presión de las estrellas a su alrededor, no pareció darse cuenta.

Una gran explosión sacudió el suelo y envió un estallido de luz roja y dorada para iluminar el cielo nocturno.

«Ahora no es el momento», dijo, moviendo apenas los labios.

Ella bajó la cabeza. «Sí, por supuesto que tienes razón...».

Pero luego levantó la mirada. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para que no hubiera duda de que él podía ver el fuego de su convicción estampado en sus rasgos bajo el suave resplandor de las linternas del jardín.

«Pero, ¿cuándo es el momento adecuado?», preguntó y luego levantó una mano y respondió a su propia pregunta antes de que él tuviera la oportunidad. «Nunca, entonces es cuando. He intentado tener esta conversación contigo durante las últimas dos semanas y te has negado a escucharme». Ella llenó su pecho con una respiración profunda. «Ahora me escucharás».

Lillian tiró de su brazo. «Por favor», susurró, sus mejillas se volvieron más coloradas. «Estás haciendo otra escena horrible».

Iona apartó las manos enguantadas de su hermana. «No me importa».

Lo cual era mentira. Su corazón latía tan fuerte que temía que se lo arrancaran del pecho.

Ver a su mamá respirando profundamente y gimiendo mientras se apretaba el corazón amenazaba con derramar las lágrimas que se acumulaban en los ojos de Iona.

Y la forma en que su padre permanecía de pie, sin mover ni un solo músculo mientras la miraba con dagas, podría haber roto su resolución si su ira no hubiera igualado la de él.

Supuso que tenía que agradecerle a Nathan y a su maldita amante por eso. «Seré escuchada», dijo. «Pido disculpas porque no quieres escuchar, papá, de verdad que sí. Pero debes hacerlo. Ya no soy tu hija dócil en esto. Tienes que darte cuenta de que soy una mujer que creció con mis propios pensamientos y necesidades».

Ella tragó profundamente. Los fuegos artificiales finales habían comenzado, iluminando el cielo oscuro. «No me casaré», dijo, sin dejar que el rugido de las coloridas explosiones ahogara sus palabras. «No me casaré con lord... con nadie».

«¿De qué diablos estás hablando?», gritó Lillian. «Nadie te obliga a hacer nada por el estilo. Ni siquiera tienes ofertas de matrimonio. Una vez más los despreciaste a todos al final de la temporada, ¿recuerdas?».

«Por una vez en tu vida, cállate, Lillian», ordenó Iona.

Con un sobresalto, la boca de Lillian se cerró de golpe.

«¿Me escuchaste, papá?», preguntó muy lentamente. «¿Entiendes lo que digo? A diferencia de lo que algunas damas rencorosas piensan de mí, no soy en absoluto una flor marchita y aburrida. Tengo muchos sueños para mi futuro y ninguno de ellos incluye el matrimonio. Ninguno de ellos». Sus pensamientos se detuvieron en Nathan y en la forma en que su sofisticada amante se había burlado de ella.

Él no le había roto el corazón. ¿Cómo podría?

«Nunca he tenido ni tendré planes de casarme. No. Me. Casaré».

El duque no se movió. Ni siquiera parpadeó. Simplemente la fulminó con la mirada.

Capítulo Diecisiete

«Ah», dijo Nathan. Una sonrisa maliciosa curvó sus labios. «Justo el bastardo que he estado buscando».

Harlow retrocedió hasta que los tacones de sus botas golpearon un tabique que separaba los comedores del jardín del hotel Sydney.

«Ya le dije a lady Iona y a su madre, la duquesa, que la dejaría en paz», tartamudeó Harlow. En el breve destello de los fuegos artificiales, Nathan vislumbró el terror que palidecía en los rasgos de Harlow. «Sus secretos están a salvo conmigo, lo prometo».

Nathan no se inmutó. «Pero ya ves, el daño ya está hecho». Él hizo crujir un nudillo. «Estabas demasiado ansioso por poner una brecha entre nosotros, ¿no?».

Harlow gimió cuando Nathan hizo crujir otro nudillo.

«¿Bien?», dijo Nathan, su ira creciendo. «¿Tu necesidad de conquistarla eclipsó tanto sus tiernos sentimientos como su reputación?».

«Se suponía que ella no debía ponerse tan emocional y confrontarte», escupió Harlow. «Lo juro. Solo quería que ella supiera la verdad».

«¿La verdad?».

«Que ella no debería esperarte porque ya tu corazón ya estaba tomado. Que estabas enamorado de la Sra. Sharpes. Que la usaste para crear una serie de rumores escabrosos sobre tu relación con alguien nuevo para atraer a la Sra. Sharpes para aceptar tu propuesta de matrimonio».

Dios mío, ¿eso había sido lo que Harlow le había dicho a Iona?

«¿Entonces no le dijiste a lady Iona que había estado trabajando tan duro como el resto de ustedes, lamentables soplones, tratando de ganar su mano en matrimonio?».

No estaba seguro de si golpear a Harlow contra el suelo o darle una palmada amistosa en la espalda.

«Maldición, no. Perdería cualquier oportunidad con ella si sospechara que realmente la deseas. ¿No has notado la forma en que se ilumina cada vez que te acercas?».

Harlow suspiró. «¿Cómo se supone que un hombre pueda competir con eso?».

«Me pregunto», refunfuñó, no dispuesto a dejar que el rayo de esperanza que golpeaba su pecho llegara a su corazón, «si eso es cierto, entonces ¿por qué ella continúa rechazándome a cada paso?».

«Si no lo sabe usted, ¿por qué lo sabríamos el resto de nosotros?».

lady Lillian resopló. Ella apareció a su lado de la nada y tiró de su brazo. «Y no hay tiempo para toda esta charla. Todos estaremos en una situación terrible si no viene y hace algo. Mi tonta hermana acaba de herirle las orejas a papá, declarando que está decidida a no casarse con nadie... nunca. Y luego se marchó hacia los jardines solo para ser seguida por su espantosa Sra. Sharpes».

Lillian hizo una pausa solo el tiempo suficiente para respirar profundamente. «Iona tiene una mirada dura, lord Nathan. Me temo que arrancará una tira de pellejo de la Sra. Sharpes si alguien no la detiene».

Cerca de las ruinas del castillo misteriosamente iluminadas que se encontraban en una elevación en medio del jardín, Nathan vio a Iona. Los cristales de su vestido brillaban con el reflejo de las coloridas luminarias que colgaban de los árboles. Y las pálidas velas espectrales que ardían en el fondo de las piedras cuidadosamente envejecidas arrojaban una luz sobrenatural sobre sus rasgos terriblemente afligidos.

Tal como Lillian había afirmado, Jane seguía a Iona varios pasos atrás.

«Y yo digo», un anciano caballero elegantemente vestido se acercó a su compañera cuando Nathan pasó junto a ellos, «¿a qué se deberá todo este alboroto?».

«¿No es la hija del duque de Newbury corriendo esos escalones como una marimacho?», respondió la dama de su brazo. Se enderezó el turbante de seda color lavanda. «No puedo entender qué se ha apoderado esta noche de la chica. Suele ser una niña muy tranquila y recatada».

El caballero entrecerró los ojos a través de sus anteojos. «Eso es vergonzoso», dijo y luego hizo una mueca. «Los jóvenes de hoy en día no respetan los buenos modales».

Si esa conversación fuera una indicación, al llegar la mañana, el extraño comportamiento de Iona sería la comidilla de Bath. Lo que significaba que todos los esfuerzos de Nathan por protegerla durante los últimos días, incluido herir su corazón y su orgullo, habrían sido en vano.

A menos que...

Quizás podría desviar la atención de ella creando una escena aún más espectacular con Jane. Para cuando se formó un plan en su mente, ya había comenzado a correr.

«Jane», dijo mientras cogía el brazo de su amante. «Necesitamos hablar».

«Sí, necesitamos hacerlo», dijo Jane con amargura. «Nuestro compromiso está cancelado. Estaba tratando de alcanzar a tu *preciosa* lady Iona para decirle que tiene carta abierta contigo. Es obvio que estás mucho más interesado en ella que en mí. No puedo imaginar cómo puede creer lo contrario».

Por segunda vez esa noche, una encantadora dama lo abofeteaba con sorprendente fuerza. Retrocedió dando un paso atrás.

«¿Perdón?», dijo, sintiéndose algo aturdido.

«No eres el primer hombre en mi vida», dijo Jane, mordiéndose las palabras. «Conozco el corazón de los hombres. Estás obsesionado con ella».

Estaba decepcionado, esa era la verdad. Pero simplemente aceptar que estaba enamorado de Iona no significaba que pudiera tenerla.

«No seré una segunda opción», declaró Jane. «Pensé que podrías ser un buen compañero. Me corrijo. Hay otros hombres en mi vida que también quieren y necesitan el dinero y las tierras que el matrimonio me proporcionaría. Adiós, Nat. Les deseo a ti y a lady Iona un tiempo miserable juntos».

Nathan intentó evitar que Jane se alejara, pero ella se resistió. «No te preocupes por mi corazón. Te aseguro que no está roto en lo más mínimo», dijo con frialdad.

Podría haberse sentido insultado por su falta de sentimiento si no estuviera tan preocupado de que su alumna descarriada estuviera a punto de hacer algo irremediabilmente estúpido.

«Lo siento, Jane», dijo y le dio un beso en la mejilla antes de salir corriendo tras una ondeante esquina de tela azul que desaparecía en una sección oscura de los jardines.

Silenciosa como una suave brisa matutina, Iona se escabulló entre los arbustos. Nathan la siguió, esperando poder hacerla entrar en razón.

Aparentemente inconsciente de su presencia, murmuró suavemente para sí misma mientras caminaba recto hacia donde la segura y escandalosa gruta se ocultaba bajo un espeso crecimiento de sauces.

Alguien había encendido más de dos docenas de velas y las había colocado en el borde del arco de la gruta. La cera goteaba sobre las piedras cubiertas de musgo, formando carámbanos de verano sobre la entrada a un pasaje subterráneo que conducía al centro del laberinto.

Iona examinó la escena romántica y, después de completar el círculo, suspiró

profundamente.

«¿Qué es esto?», preguntó Nathan mientras emergía de las sombras de los árboles. «¿Qué estás haciendo aquí?».

Iona se sobresaltó. Con un par de respiraciones profundas, rápidamente recuperó la compostura. «Antes de que todo cambiara, había preparado estas velas con la esperanza de crear el ambiente perfecto». Ella cerró el espacio entre ellos y presionó sus manos contra su pecho. «Había planeado atraerte aquí para...», su voz se apagó.

No esperó a que ella pensara en lo que estaba haciendo o en lo que no quería decir. La tomó entre sus brazos y tomó su boca con un beso posesivo.

Su lengua intentó buscar la de él. Su atrevido movimiento tuvo el poder de tejer un hechizo a su alrededor. Olvidando todo lo que había sucedido esa noche y la forma confusa en que ella parecía hacer girar sus emociones, la acercó más. Solo había un pensamiento en su mente cuando tomó la nuca de ella. Él respondió a su lujuria no escolarizada con un deseo que ardió tan intensamente que cegó su necesidad de proteger su ya maltratado corazón.

No importaba que alguien pudiera tropezar con ellos en cualquier momento. Tampoco le importaba entender por qué ella no lo alejaba.

«Mi encantadora seductora», susurró, hundiéndose aún más en su hechizo. El mundo que lo rodeaba desapareció hasta que no quedó nada más que la sensación de ella contra su cuerpo. «Soy tuyo para lo que desees».

«¿Tuyo para lo que desees?», ella se apartó de su abrazo con tanta fuerza que sintió como si le hubiera arrancado un órgano vital del pecho. Todo lo que pudo hacer durante varios momentos fue respirar profundamente y tratar de desenredar sus repentinamente peligrosas emociones.

«¿Qué quieres decir con que *eres mío*?», ella preguntó.

«¿Qué quiero decir?», preguntó él lentamente. Apretó la mandíbula.

«¡Oh, me exasperas! Juegas muy bien el papel de pícaro irresistible. Cuando estamos solos, no se me ocurre otra cosa que cómo incitarte a besarme y acariciarme». Ella pisoteó su delicado pie. «Pero no finjas que soy la única a la que envuelves con esos sensuales ojos azul medianoche y ese cuerpo pecaminosamente tentador. Sé muy bien que no puedes evitarlo».

«Si se trata de Jane...», comenzó a explicar, aunque en realidad ella no merecía ningún tipo de explicación.

«No, esto no se trata de esa amante maldita con la que planeas casarte. ¡Esto se trata de ti y de mí!». Su voz se volvió tan estridente que se quebró.

«¿De ti y de mí?». Soltó una risa frustrada. «¿Tú y yo? No existe un “tú y yo”. Nunca ha habido un “tú y yo”, como has dejado dolorosamente claro. Solo estás *tú* jugando con mi corazón. Solo estás *tú* convirtiéndome en tu maldita marioneta».

«Estás equivocado. Nunca he...».

Él la agarró por los hombros y la sacudió un poco. «¡Lo has hecho y lo haces! ¿De qué se trata este juego que haces conmigo?». La sacudió suavemente de nuevo. «¿Qué diablos quieres de mí?».

Las lágrimas brotaron de sus ojos. «Solo quería un amigo».

Su agarre sobre sus hombros se hizo más fuerte y presionó su nariz contra la de ella. «¡Eso dices! Pero actúas como si estuvieras buscando un amante». Él apretó sus labios contra los de ella con un beso contundente. «Estoy muy dispuesto a complacerte en ambos aspectos, siempre y cuando tú estés dispuesta a convertirte en mi esposa».

«No... no puedo».

«¿Por qué, maldita sea? ¿No soy lo suficientemente bueno para ti? ¿Está mi reputación

demasiado empañada para la dama más prístina de Inglaterra? ¿Solo soy lo suficientemente bueno para jugar en la oscuridad y entre los arbustos?».

«No», insistió, sacudiendo la cabeza con fervor, «no es eso en absoluto».

«Entonces, ¿qué? ¿Por qué buscarme, haciéndome sentir como si pudiera sostener el mundo sobre mis hombros, solo para derribarme con tu siguiente aliento?». Su cabeza se enfrió esperando su respuesta. Si no era su reputación lo que la estaba asustando, entonces solo podía ser otra cosa.

Algo sobre lo que no tenía control.

Como hija noble de un duque, parecía más elevada que el matrimonio con un segundo hijo inútil. Matrimonio con un maldito rechazado.

Nathan temió lo peor cuando ella sacudió la cabeza y sollozó mientras se negaba a responder.

«Después de lo que me has hecho pasar, merezco la verdad», dijo él.

Ella se soltó de su agarre y se alejó de él. «Esta tarde le dije a mi padre que no deseo casarme. Que no tiene derecho a obligarme».

La luz de las velas parpadeaba a través de su brillante cabello rubio. Esta debería haber sido una escena para una gran seducción y, sin embargo, ella estaba de espaldas a él. Él se quedó quieto, su corazón cada vez más impaciente mientras esperaba que ella le explicara por qué estaba jugando con sus afectos.

«No es que no te quiera», dijo finalmente con un suspiro. «Pero el matrimonio... es muy limitante. Tengo mis propios sueños. Deseos que deseo perseguir. Si me caso, tendré que dejarlos todos a un lado y convertirme en la ayuda idónea de mi marido. Su vida y sus deseos ahogarían los míos. Si tuviera un marido en mi vida, nunca tendría la libertad de seguir mis pasiones y convertirme en escultora. En este mundo, una dama tiene que elegir entre el matrimonio y sus actividades académicas. Estoy eligiendo mi arte».

Él tomó su mano y le dio la espalda. «No tiene por qué ser así. Con el hombre adecuado todo es posible».

«Sí, con el hombre adecuado...», ella sacudió la cabeza y soltó una risa dolorosa. «Pero verás, realmente no tengo otra opción en lo que respecta a mi matrimonio. Mi padre ya me ha concertado un compromiso. Aunque he intentado decirle lo más enérgicamente posible lo descontenta que estoy con su elección, me temo que ha sido en vano».

Una hoja de hielo le atravesó el corazón.

¿Estaba ya comprometida? ¿Incluso desde el principio nunca había tenido una oportunidad con ella? Ella debería habérselo dicho. Debería haberlo salvado de tener esperanzas. Salvarlo del dolor.

«Tomé tu virginidad».

«Tenía la esperanza de que hubiera alguna manera de salir de este compromiso que mi padre había arreglado». Ella se encogió de hombros. «No lo hay».

«¿Te das cuenta de lo que has hecho? Te quité la virginidad, maldita sea».

«Lo sé», susurró y cerró los ojos con fuerza.

«¿Quién es él?».

«Mi primo, lord Byron Lovington», soltó el nombre sin darse cuenta de cuán profundamente le dolía esto. «El compromiso se anunciará públicamente poco después de que Byron llegue a Bath dentro de dos días. Mamá ya ha planeado una gran cena y un musical. Tu familia está invitada».

¿Nunca había tenido ninguna esperanza de conquistarla? La comprensión lo golpeó como

un martillo en el pecho. Miró a su alrededor, el suave resplandor del romance en la gruta se fundió en algo barato y feo.

«Deberías haberme dicho esto hace mucho tiempo». Él seguía sus juegos y cumplía sus órdenes con la esperanza, la loca esperanza, de que ella aceptara convertirse en su esposa, de que su impecable reputación pudiera curar la de él. Y, tal vez, acercarlo a su familia.

En lugar de eso, había caído nuevamente. Se enorgullecía de tener algunos estándares. La caza furtiva en las reservas de otro hombre siempre había estado prohibida.

Siempre.

Si hubiera sabido que estaba destinada a Lovington, no la habría llevado a King's Bath ni la habría instado a quitarse el vestido. Y ciertamente no la habría llevado de regreso a su departamento ni habría dejado que ella lo convenciera para que la llevara a su cama.

«¿Me usaste para lastimar a tu padre?».

Sus delicadas cejas fruncidas. «No, yo...».

«¿No? ¿Me arrastraste más profundamente al infierno porque buscabas un poco de diversión, una aventura significativa antes de casarte?».

«Nathan, no...».

«¿Alguna vez te preocupaste por mí o qué horrores me podrían pasar si se descubría nuestra relación? ¿Fue todo esto un juego para ti? ¿Y yo fui tu peón?».

Ella levantó la mano y se tapó la boca con la mano.

«No, nada de eso es cierto. Vine a ti porque tenía miedo y necesitaba un amigo». Ella apoyó la cabeza contra su pecho. «Todavía necesito un amigo».

No fue un sentimiento de amistad lo que le hizo volver a abrazarla o tomar posesión de su boca. Había jugado un juego peligroso con él. ¿Por qué no actuar como la sociedad le había asignado el papel de pícaro indigno de confianza? Por mucho que luchara contra ello, parecía que no había forma de escapar de su destino.

Por eso, Iona sufriría las consecuencias.

Cuando la tuvo jadeando por sus besos, la bajó a la hierba suave. Ella se aferró a él como un gatito desesperado y tocó los botones de su abrigo mientras intentaba enterrarse en los suaves pliegues de su camisa.

La parte de él que todavía estaba furiosa con ella la dejó luchar para quitarle el abrigo de los hombros. No fue hasta que logró liberarle los faldones de la camisa de los pantalones para poder acariciar su pecho desnudo que su ardiente ira comenzó a atenuarse.

En su prisa por redescubrir la sensación de él, rozó el duro bulto de sus pantalones. Sus ojos se agrandaron cuando su mirada recorrió todo su cuerpo y aterrizó allí.

«Oh», respiró ella. Sus piernas se separaron instintivamente mientras se retorció debajo de él.

Se le secó la boca al considerar reclamarla, por segunda vez, el premio de otro hombre. ¿Por qué debería torturarse a sí mismo? Si esto era lo que todos esperaban de él, ¿por qué se estaba negando él mismo al placer?

Esto era lo que él quería. Dios, quería su cuerpo dispuesto casi más de lo que quería la vida.

«Oh, por supuesto», estuvo de acuerdo él y agachó la cabeza para besarla. Deslizó su mano por su muslo, apretando la falda de su vestido y su camisa hasta que estuvieron alrededor de su cintura.

Así había deseado tenerla la primera vez. Toda suavidad femenina en sus galas de mujer.

Ella gimió en su boca cuando sus dedos rozaron el ápice de sus sedosas piernas. Mientras se balanceaba contra su muslo, deslizó con cuidado un dedo en su apretada y húmeda abertura. Ella

contuvo el aliento y se metió la lengua de él en su boca. Ella lo chupó mientras él le mostraba nuevamente los movimientos de hacer el amor.

Él gimió. Iba a perder la cabeza al tocarla tan íntimamente, sabiendo que ella no era suya. Que este momento mágico no fue más que una ilusión robada.

Sus caderas subían y bajaban en respuesta a sus profundos golpes. Se movían como uno solo y, por un momento emocionante, ella nuevamente le pertenecía a él y él a ella. Con ella, finalmente estaba completo. Feliz.

Su carne aterciopelada se tensó alrededor de su dedo y ella giró la cabeza hacia atrás y gritó sin aliento.

Él mismo se sentía bastante sin aliento. Y muy duro.

Ella estaba jadeando suavemente por el placer que él acababa de darle mientras se aferraba a su pecho. Trabajó para desabrocharse la solapa de sus pantalones. Un botón más y sería libre de deslizarse dentro de ella y reclamarla nuevamente para sí.

Aunque era posible que él no pudiera casarse con ella, ella siempre sería suya. Tal vez esta vez incluso dejaría que su semilla se derramara en su vientre.

Reprimiendo un juramento de disgusto, Nathan golpeó el suelo con el puño.

A diferencia de esa noche sensual en King's Bath, no fue su honor lo que lo detuvo sino su profunda mirada hacia ella. No podía enviarla embarazada a su futuro lecho conyugal. Podía ser que ahora no se diera cuenta, pero él la conocía lo suficiente como para saber que se sentiría humillada por la conversación desalentadora y bastante gráfica que ya iba a tener lugar la mañana después de su noche de bodas. Su futuro solo empeoraría si él no se detenía. Inmediatamente.

«Lovington es un hombre muy afortunado», gimió mientras le bajaba la falda.

«No me voy a casar con él. Primero me ahogaré en el Avon».

Se dejó caer de espaldas en la hierba junto a ella. «No, no lo harás».

«Tienes razón, no lo haré. Pero me libraré de este matrimonio».

«Esa es mi encantadora pícara, dispuesta a hacer lo que quieres para sobrevivir. Sabes, siempre podrás casarte conmigo».

«No puedo hacer eso», susurró y luego dibujó una línea de besos en su cuello. «No planeo casarme con nadie».

«¿Ni siquiera con Lovington?».

«Es tan... parecido a mi padre», ella lo besó. «Rígido», ella lo besó de nuevo. «Soso. Él no eres tú».

Nathan la tomó en sus brazos y la abrazó. Estrellas brillantes y titilantes llenaban el cielo nocturno. El aire de la noche se estaba volviendo fresco.

Su corazón dolía por ella. Era demasiado inocente para darse cuenta de que se había condenado a sí misma al enfrentarlo tan públicamente. Su reputación ya estaba hecha jirones. Su familia no tendría más remedio que casarla rápidamente. Permanecer soltera solo resultaría más perjudicial para su nombre que un matrimonio apresurado.

La abrazó aún más fuerte.

«¿Recuerdas la lección que te enseñé mientras caminábamos por el canal?», la sintió asentir con la cabeza. Su cabello le hizo cosquillas en la barbilla.

«Recuerdo que no me besabas a pesar de que yo deseaba muchísimo tus labios sobre los míos».

Su aliento temblaba en su garganta. «Esa no fue la lección».

«Supongo que no», dijo.

«Quería que supieras que, sin importar cuál sea la situación, depende de ti crear tu propia aventura, vivir tu propia vida».

Ella se apoyó sobre su codo. «Si ese es el caso, ¿cómo puedo aceptar casarme con alguien? ¿Cómo puedo esperar vivir mi propia vida, tener la libertad de convertirme en escultora, cuando estaría obligada a tener un marido?».

«¿Cómo puede ser de otra manera, amor? Realmente nunca podrás controlar tu destino. Nadie puede. A veces solo tienes que tomar los problemas que te da y lidiar con ellos de la mejor manera que sabes. Dios sabe que mi vida está lejos de ser ideal, pero forjé mi propio camino usando lo poco que me han dado». Él le apretó suavemente la mano. «Tú también lo harás. De eso se trata la vida».

«Pero...».

«¿Crees que me gusta que mi familia me dé la espalda? ¿O alguna vez quisiste escuchar a mi padre maldecir mi existencia?».

«Oh, Nathan...», Iona le acarició la mejilla. Él apartó su mano. Confesar el dolor que había ocultado durante todos estos años iba a ser bastante difícil. Nunca había hablado de esto con nadie. Nunca antes lo había querido. Pero ella necesitaba escucharlo. Necesitaba saber que ella también podía hacer una vida a partir de cualquier circunstancia.

«Nunca fui lo suficientemente bueno para él», dijo. «Sin importar lo que hiciera, el marqués encontraba fallas en ello. Por un tiempo fui invisible para él. El segundo hijo olvidado. Eso fue antes de que mi reputación empeorara y eso lo obligara a fijarse en mí».

Ella se arrastró hacia sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho. De alguna manera ella parecía saber que él necesitaba sentirla contra su corazón para poder soportar el dolor. Ella había sido su esperanza para el futuro. Y ahora parecía que él también estaba perdiendo eso. Al igual que ella, él tendría que luchar para sobrevivir al dolor y la dura decepción.

«Nunca, ni siquiera en los momentos más oscuros, dejé que esas cosas horribles que no podía controlar me impidieran perseguir mis sueños, incluso cuando el éxito parecía imposible. No importa lo que pasó, nunca dejé de vivir mi vida».

Él se secó las lágrimas de sus mejillas, deseando poder cambiar sus circunstancias. Él no quería que ella experimentara el infierno que él vivió, que ella supiera lo que era mirar a los ojos de su padre y solo encontrar decepción. Pero así iba a ser. No había forma de cambiar lo que había sucedido antes en la gala. La sociedad no esperaría para hacer preguntas. Aquellos que vieron su despliegue emocional adivinarían fácilmente que ella era la dama misteriosa en la vida de Nathan.

Sabía por experiencia que ella sería rápidamente condenada, su nombre sonado entre carcajadas y su reputación hecha trizas. Ni siquiera su propuesta de matrimonio podría salvarla de la humillación que iba a sufrir una vez que abandonaran el silencio de esta gruta. Su peor temor se había hecho realidad. Había contaminado el amor máspreciado de su vida.

«Prométeme que algún día me perdonarás, cariño», susurró y la abrazó con fuerza contra su pecho por última vez. Pronto se daría cuenta de la difícil situación en la que se encontraban. Pronto lo odiaría por permitir que su maltrecha reputación la arruinara. Pronto ya no quedaría amor por él en su corazón. Sabiendo eso, se aferró a ella y saboreó los pocos momentos preciosos que les quedaban juntos.

La forma en que sus ojos brillaban cuando respiraba lentamente y el arrepentimiento que ella sintió proveniente de él cuando se separó de su abrazo se sumaron a lo que pareció la despedida más desgarradora que Iona jamás había conocido. Ella extendió la mano, tratando de atraerlo. No estaba preparada para este final. Le había dicho que no se casaría con él. Y le había

dicho la verdad. No quería cambiar su libertad por un marido. Pero él había abierto su mundo y ella lo necesitaba. Imaginar una vida sin su pícaro de espíritu libre le parecía tan seco y vacío como los desiertos más vastos sobre los que había leído en el aula.

«Por favor, no me dejes», apenas logró decir ella entre lágrimas.

Él inclinó la cabeza y silenció su sollozo con un tierno beso.

«No estés triste, Iona. Aunque no pueda tenerte en mis brazos mañana o después de mañana, nunca olvides que estarás aquí, mi amor», dijo, presionando su mano contra el ritmo constante de su corazón. «Pase lo que pase, siempre estarás conmigo».

* * * * *

La falda de su vestido estaba irremediablemente arrugada y desordenada. Más arrugada que si la hubiera sacado directamente del armario sin dejar que su doncella la bajara para plancharla primero. O tal vez simplemente parecía que su vestido estaba así por haber dormido con él.

Iona se sonrojó ante la idea. Si alguien supiera cuánto había disfrutado de la forma íntima en que Nathan la había tocado, estaría arruinada. Completamente arruinada. Aun así, no podía convencerse a sí misma de sentir un mínimo de arrepentimiento.

En verdad, la única emoción que podía encontrar dando vueltas dentro de ella era una tristeza desgarradora.

Había prometido que ella siempre estaría en su corazón. No estaba segura de querer ese tipo de devoción eterna.

Si no podían estar juntos, él merecía ser libre.

Se aferró a la fuerza de su mano y pensó que debía decir algo. Habría balbuceado como un arroyo inundado si hubiera la más mínima posibilidad de que sus palabras pudieran ahuyentar el adiós silencioso que flotaba en el aire rígido entre ellos.

Se tomó un momento para reposicionar varias de sus horquillas antes de tomar su mano nuevamente. Se deslizaron a través de una abertura en el espeso seto que rodeaba la apartada gruta y emergieron a un sinuoso sendero del jardín que los llevaría de regreso al Hotel Sydney y al centro de las festividades.

La música de la banda se hizo cada vez más fuerte mientras caminaban hacia la gala. Un tamborileo constante y profundo llenó sus oídos.

Probablemente así fue como la chismosa Sra. Luxborough logró doblar una esquina y tropezar con ellos, seguidos por lady Pulteney y el señor James King.

«¡Oh! ¿Qué significa esto?», Iona escuchó la demanda de su padre antes de verlo. Se abrió paso entre las matronas completamente escandalizadas que bloqueaban el paso, con la boca abierta.

«Yo... yo... yo...», tartamudeó Iona. Ella apretó con más fuerza la mano de Nathan. Oh carajo, esto era un desastre.

«Vaya», la Sra. Luxborough respondió, «¿la tímida lady Iona y el malvado lord Nathan a pocos pasos de la famosa gruta? Nunca lo habría imaginado».

«Es verdad», cacareó el Sr. Harlow mientras emergía de la oscuridad.

Lady Pulteney chasqueó lentamente la lengua. «Me atrevo a decir que cayó bajo su hechizo seductor. Sus encantos son supuestamente irresistibles. Le podría haber pasado a cualquier joven».

«Es un lobo», dijo la Sra. Luxborough.

«Él no es nada de eso», protestó Iona.

De repente, el sendero del jardín se sintió increíblemente lleno de gente. Su mirada saltaba

de una expresión desagradable a la siguiente. Su padre, la Sra. Luxborough, lady Pulteney, el señor King, el señor Harlow.

Y a la derecha de su padre apareció su primo Byron. El ramo de lirios que sostenía con especial cuidado cayó al suelo.

¡Maldita sea, se suponía que su primo no entraría a Bath hasta dentro de un par de días!

«Esperaba sorprenderte, mi tesoro», dijo en respuesta a su mirada demasiado larga.

Nathan le soltó la mano y dio varios pasos hacia un lado. Supuso que estaba haciendo todo lo posible por separarse de ella.

«Papá, yo...».

«Hice lo que pensé mejor, mi pequeña. Te dejé libre. Te di tiempo», dijo su padre entrecortadamente. Su mirada, que no parpadeaba, estaba fija en Nathan. «Te di mucho tiempo para recomponerte después de ese arrebato emocional».

Le tomó todo lo que tenía dentro para levantar la barbilla y decir, «Esto no cambia nada. Lo que te dije, papá, sigue en pie. No deseo casarme con nadie».

Su padre apretó la mandíbula. «Señor King, acompañe a las damas de regreso a la gala».

«Vamos, querida», dijo lady Pulteney y le tendió la mano a Iona.

Incluso si hubiera querido irse con las otras damas, y no lo hizo, no podría. Sus pies parecían congelados en su lugar.

La señora Luxborough sacudió la cabeza con tristeza mientras ella y lady Pulteney seguían al Sr. King por el mismo camino por el que habían llegado.

«Puedo explicarlo», susurró Iona. Su corazón había dejado de latir cuando vio la mirada asesina oscureciendo las cejas de su padre. «Por favor, déjame explicarte. Lord Nathan y yo...».

«Bastardo», escupió su padre. Con un movimiento inestable y enojado, se quitó los guantes. «Esta vez elegiste a la chica equivocada para arruinarla».

«¡No!», Iona gritó. Se puso entre el puño de su padre y Nathan justo cuando Nathan levantaba un brazo para desviar el golpe. Ni siquiera en su peor pesadilla podría haber soñado una escena tan desgarradora.

¡Esto era una locura! Si no detenía a su padre, era muy posible que asesinara a Nathan con sus propias manos. ¡Y en su nombre, nada menos! Byron la apartó cuando ella intentó arrojarle a la misericordia de su padre.

«¡Para! ¡No le hagas daño!».

Sollozó, su corazón se desgarraba al pensar en que Nathan sufriera incluso un golpe por su culpa. «Padre, te lo juro, no me sedujo».

Ella luchó ferozmente contra su primo, pero su agarre sobre sus hombros solo se hizo más fuerte. Era incapaz de detener esto. Nathan le había advertido que las consecuencias de sus juegos eran reales, pero ella se negó a escucharlo. Y ahora, gracias a ella, estaba a punto de pagar el precio de su deseo de ser algo más que una hija dócil y un modelo de gracia tranquila.

«Vamos, mi lady», dijo su primo mientras la rechazaba, «no debería ser testigo de esto».

Ella luchó contra él a cada paso. Cuando la arrastró de regreso a las luces brillantes y las felices festividades de la Gala de la Victoria, ella temblaba como una hoja y apenas podía mantenerse en pie. El siniestro ruido del primer golpe de su padre resonó en sus oídos hasta que temió no volver a oír nada más.

Capítulo Dieciocho

El maldito Sol brillaba demasiado en el cielo. A Iona le parecía extraño que el Sol brillara como si fuera un agradable día de verano, cuando no lo era. Entró en el salón y apoyó la espalda contra la puerta con paneles. La animada conversación que había oído en el salón se detuvo abruptamente. Uno a uno, su familia desvió su atención de lo que habían estado discutiendo al lugar donde ella estaba parada.

«Pensé que ibas a volver a tu cama», dijo su madre.

Iona había planeado hacer precisamente eso. Durante el desayuno, había hablado hasta quedar ronca, haciendo todo lo posible para cargar con la culpa de la relación secreta entre ella y Nathan. Pero, a pesar de todo lo que había dicho, nadie la escuchaba. Y la visión de los nudillos magullados de su padre le había hecho perder el apetito.

Se había excusado de la mesa del desayuno, que la cocinera había llenado con todas sus delicias favoritas, y se había escapado a su dormitorio. Incluso se había tumbado un rato sobre su colcha rosa pálido y se había quedado mirando el dosel de la cama.

«Mi lugar está aquí», le explicó a su familia. Cruzó el salón para sentarse junto a Lillian en un pequeño sofá.

Nathan había pagado un precio terrible por ella. Ella era la que, durante años, había elegido el camino más fácil de la vida desempeñando el papel de señorita obediente y mojigata. Dejar que otros le dijeran lo que debía hacer y fingir que no tenía voluntad propia. Esa persona falsa había sido elegida demasiado bien.

Se secó las lágrimas que una vez más amenazaban. Pobre Nathan. Había sufrido terriblemente por su culpa.

«No es culpa suya», dijo Lillian. Estaba pinchando un trozo de lino con una aguja, sus dedos apresurados arruinando lo que ayer había prometido convertirse en una hermosa escena de bordado del elegante puente y estanque de Prior Park.

«Debería decir que no. La culpa la tiene ese sinvergüenza», dijo su madre. Ella todavía no había montado una escena. Lo cual era preocupante. La noche anterior, había acompañado a sus hijas y a Amelia a casa en el carruaje familiar y luego las había enviado directamente a sus camas sin decir mucho más que unas pocas palabras duras.

Y esta mañana, un silencio antinatural, el mismo que acompaña a una muerte, pesaba en el aire de la casa.

«Acerca de nuestro matrimonio...», comenzó a decir Iona.

Su primo Byron la miró de reojo y sacudió la cabeza. Él no había estado desayunando y ella no había hablado con él desde que la alejó de Nathan la noche anterior. Solo podía imaginar su decepción hacia ella. Ella no era la flor silenciosa que había estado esperando, ni el modelo de perfección que había afirmado desear en una esposa.

Ante el asentimiento de su padre, el humor de su primo pareció oscurecerse. La expresión sombría estampada en su rostro se endureció. Se pellizcó la nariz y lanzó una pesada señal antes de acercarse a ella.

«Por supuesto que no te hago responsable de lo que pasó cuando estabas a solas con ese rufián». Él se arrodilló y entrelazó sus dedos fríos entre él. «Y no preocupes tu cabecita por tu reputación dañada. A pesar de lo que todo el mundo dice sobre ti, mantendré mi promesa anterior de tomarte como mi esposa», dijo, sonando como si estuviera haciendo un gran sacrificio por su

beneficio. «Una vez que nos unamos, mi posición destacada en la sociedad ayudará a reparar tu nombre dañado».

«Gracias, pero por favor no...», dijo. Le debía a Nathan mostrarles a todos en la sala cómo se había tomado en serio sus lecciones. Que el tiempo que habían pasado juntos tuviera significado. «Lamento decepcionarte, Byron, pero tengo otros planes para mi vida».

* * * * *

Nathan se despertó con un endiablado dolor de cabeza. Sentía como si le hubieran machacado el interior para preparar una receta de paloma y la rigidez de sus músculos había convertido las tareas más simples, como darse vuelta en la cama, en una tarea condenable.

Si no fuera por la breve llamada de atención que había recibido, todavía estaría acurrucado en su cama, acunando sus heridas y atendiendo en silencio su dolor de corazón.

Pero nada de eso sucedió, gracias a los leales secuaces de su padre. Dos lacayos bastante intimidantes se abrieron paso a la fuerza junto a Freddie e irrumpieron en el dormitorio de Nathan. Lo trataron con menos cuidado que a un saco de harina, lo metieron en su ropa, lo sacaron a rastras de su apartamento y lo arrojaron a un carruaje con escudo que lo llevó rápidamente hacia Royal Crescent.

Y ahí fue donde se encontró, sentado en el banco del carruaje, con las manos apoyando la cabeza dolorida, nada sorprendido. La noche anterior sabía que a la mañana siguiente las cosas se complicarían con el marqués.

La puerta del carruaje se abrió en el instante en que las ruedas del carruaje dejaron de girar. Dos brazos lo agarraron y lo arrastraron hacia el interior de la casa y por un tramo de escaleras. Luego lo empujaron por la puerta del estudio de su padre.

La lana áspera de la alfombra del estudio encontró la cara de Nathan. Consideró quedarse allí, con la nariz enterrada en las fibras de la alfombra y permanecer así un rato. Su cabeza daba vueltas cuando la levantó lentamente. Para su sorpresa, su mirada se posó no en el rostro de su padre sino en el de su madre. Había envejecido de la noche a la mañana. La decepción estaba profundamente grabada en sus labios y ojos. La piel suelta de la mano que se llevó a la boca era fina como el papel y frágil. Dejó escapar un grito agudo al ver su cuerpo maltratado. El sonido retorció su corazón.

Aunque todavía no se había visto en el espejo, podía adivinar que tenía un aspecto espantoso.

«Madre...», se acercó a ella, esperando solo consolarla. Asegurarle que él sobreviviría a esto.

Ella se alejó de él. «El duque de Newbury nos ha dicho la verdad. No sé si llorar esto o sentirme aliviada», le dijo al marqués con un suspiro estremecido. Sin volver a mirar a su hijo, salió de la habitación.

Nathan se levantó del suelo. Hizo todo lo posible por enderezar los hombros, a pesar de los dolores agudos que le tiraban de las costillas, y actuó como si no sintiera nada más que una escalofriante indiferencia hacia su familia.

Esto hizo que su padre frunciera el ceño. Moviéndose tan rígidamente como Nathan se sentía, se sentó en una silla de cuero junto a la chimenea apagada.

«Lady Iona. La hija del duque de Newbury. Mmmm...», el marqués juntó los dedos. «La encantadora hija del duque. Has ido demasiado lejos esta vez. Lo sabes, ¿no, hijo?».

Habían pasado años desde que alguien llamaba hijo a Nathan. Qué enorme agujero había dejado en su vida la pérdida de una palabra tan pequeña.

«Se ve mal», coincidió Nathan. Se sentó en la silla frente a su padre. «Puedo explicártelo si estás dispuesto a escuchar».

«Realmente no hay necesidad. El pasado ya está hecho. Es tu futuro el que debe planificarse».

Mientras su padre comenzaba a detallar la larga lista de terribles castigos y destierros que probablemente conformarían su futuro, los pensamientos de Nathan tomaron un rumbo diferente. Su mente retrocedió al pasado y a los acontecimientos que llevaron a su caída anoche.

No se arrepintió ni un momento de su tiempo con Iona. Si tuviera que hacerlo de nuevo, muy pocas cosas habría hecho de otra manera. Entonces, ¿qué era lo de anoche que seguía molestándolo?

Iona, eso era.

Claramente ella había creado ese ambiente romántico en la gruta con esas velas y la luz de la luna con pensamientos de seducción. Y ella lo había llevado directamente a la gruta, donde estarían solos en una situación que, a la luz del día, olía a escándalo premeditado.

Me libraré de este matrimonio, había jurado. Ahora que lo recordaba, ella había sonado condenadamente segura de sí misma.

¿Podría ser verdad? ¿Había diseñado su encuentro, planificando desde el principio que la pillarán en una posición comprometedora para liberarse de un compromiso no deseado? ¿Había jugado conscientemente un juego mortal con su vida?

Apretó la mandíbula. Si su padre hubiera llegado unos minutos antes y hubiera visto lo que realmente había sucedido, Nathan no estaría simplemente preocupado por su cuerpo magullado. Se habría enfrentado a una bala al amanecer y a un ataúd al mediodía.

Quizás no lo había pensado del todo, no se había dado cuenta de que estaba poniendo su vida en peligro. Ciertamente, si lo hubiera sabido, no le habría hecho eso. No cuando ella...

¿Pero ella lo amaba?

El amor le daría a todo un enfoque diferente. Incluyendo su futuro.

Maldita sea, era un tonto. Por supuesto que ella lo amaba. Y él había prometido protegerla.

Nathan golpeó con el puño el brazo de su sillón de cuero. Su padre saltó.

«¿Qué? ¿Qué?», dijo el marqués y luego se aclaró la garganta. «De todos modos, creo que la experiencia, aunque desagradable, podría ser buena para ti».

«No te molestes más con esto, padre. No tienes que obligarme a servir en alta mar ni azotarme hasta el olvido». Se levantó de la silla, lo que hizo que le dolieran aún más las costillas magulladas, algo que no había creído posible. «Haré esto bien».

No se parecía en nada al papel que la sociedad le había pintado. Y lo aceptaran o no, era su deber acudir en ayuda de Iona.

Planeaba marchar calle abajo y enfrentarse al duque de Newbury y luchar por su reputación. Pero no fue así. Apenas llegó a la puerta principal cuando los lacayos de su padre lo agarraron de los brazos y lo obligaron a subir las escaleras.

Nathan aterrizó de espaldas en medio del estudio. «Lo siento, hijo». El marqués se cernía sobre él, su rostro con mejillas de bulldog apareciendo y desenfocándose. «No puedo permitir que causes más problemas. No saldrás de esta habitación hasta que se hayan hecho los arreglos necesarios para tu partida de Inglaterra».

* * * * *

Iona se hundió cada vez más en los cojines del sofá color melocotón del salón y se puso de mal humor mientras su familia, reunida como si se preparara para la guerra, tomaba decisiones para el día de su boda. A pesar de sus objeciones, siguieron adelante como si ella fuera una futura novia sonriente y sonrojada.

La dramática seda negra de luto que vestía su madre crujió mientras jugueteaba con un pañuelo de encaje. Su comportamiento anormalmente tranquilo estaba empezando a decaer. Ella resoplaba ruidosamente cada vez que el duque mencionaba la necesidad de apresurar la fecha de la boda.

Según él, todo estaba resuelto, incluido el futuro de Iona. Seguramente habría algunas conversaciones escandalosas durante las próximas semanas. Teniendo en cuenta el daño que había causado a su reputación, los chismes no podían evitarse. Pero una vez que estuviera bien y casada con su primo, la heredera del título de Newbury, se enfriaría rápidamente el fervor que la rodeaba.

Los sueños de Iona de convertirse en escultora se estaban desvaneciendo nuevamente. Oh, pero esa no era la fuente de su mal humor. El desprecio de su familia por su descarado rechazo a la demanda de su primo tampoco había provocado este enojo inusual.

Esos problemas por sí solos, ella podría haberlos solucionado. Ella tamborileó con los dedos sobre el brazo del sofá. En su afán por vivir una aventura y emoción, de alguna manera se había convertido en una mocosa egocéntrica. Y eso ella no podía soportarlo.

Todas las señales habían estado ahí, justo frente a sus ojos, y aun así las había pasado por alto con la misma facilidad con la que su familia había desestimado sus propios deseos. Debía haber estado ciega.

Nathan no era el pícaro despreocupado que había buscado en el laberinto. No era simplemente una vergüenza familiar a quien la sociedad amaba porque se había convertido en una fuente de chismes interminables.

Ella debería haberlo sabido mejor. Debería haberse tomado el tiempo para mirar más allá de sus bromas y sonrisas y ver realmente al hombre que le estaba robando el corazón.

Su corazón se hundió. Ella no lo había tratado mejor de lo que la había tratado a ella la larga lista de caballeros de su vida. Ella merecía algo mejor.

Y Nathan también.

«Ya verás», dijo su primo mientras copiaba la postura de hacerse cargo de su padre. Juntaba las manos detrás de la espalda y caminó a lo largo del salón. «Ya verás, Iona, todo esto es lo mejor».

Lo mejor para quién, se preguntó sombríamente. No para Nathan.

Necesitaba verlo. Pedir disculpas. Y descubrir cómo ayudarlo.

«¿Dónde está? ¿Qué le hiciste?», preguntó, interrumpiendo una discusión entre sus padres sobre si sería mejor celebrar la ceremonia en Bath o en Londres.

La expresión agradable de su primo se desvaneció. «Él no es de tu incumbencia».

«Por favor», Lillian pellizcó el brazo de Iona. «No lo hagas».

«Como ya les he dicho una y otra vez, no hizo nada malo», insistió Iona.

«¡Esa es tu opinión!», rugió su padre. Su arrebató hizo que su madre llorara de verdad. Respirando profundamente, recuperó gran parte de su compostura. «Lord Nathan es un peligro para la sociedad educada, pequeña. Anoche hablé extensamente con el marqués de Portfry. Y él

está de acuerdo. Ha prometido alejar a lord Nathan».

¿Alejarlo? Un miedo asfixiante se apoderó de ella. ¿Alejarlo de dónde? «¿Qué planea hacer el marqués?»

«Eso no es de mi incumbencia... ni tuya», dijo como si fuera así de simple.

Pero no era así. Estaba a punto de explicar todo, sin hacer un berrinche emocional como lo había hecho la noche anterior, cuando Myers, el mayordomo de la familia, llamó a la puerta del salón.

Entró pesadamente en la habitación, su andar lento y arrastrando los pies era más pronunciado que de costumbre. Fue directamente hacia su padre y le susurró al oído del duque la dura noticia que llevaba.

«¿Es verdad?», gruñó su padre. «Supongo que debería atenderlo».

El duque salió de la habitación seguido de cerca por la duquesa y su primo Byron. Esta era la oportunidad de Iona. Ya había pasado el mediodía y estaba cansada de estar atrapada en las garras de su amorosa, bien intencionada y absolutamente asfixiante familia. Haciendo caso omiso de las protestas de Lillian, agarró su sombrero, su cuaderno de bocetos y sus carboncillos y escapó a los jardines traseros de la familia.

Simplemente necesitaba un momento a solas. Un momento para pensar. Y llorar.

Extendió una manta sobre un lugar con césped debajo de uno de los grandes robles de la propiedad y, arreglándose las faldas a su alrededor, se sentó con su cuaderno de bocetos. Dibujó perezosos círculos en la página y observó un pequeño pájaro revolotear de rama en rama muy por encima de ella.

Sus pensamientos volvían una y otra vez a lo que Nathan le había dicho la noche anterior: que pasara lo que pasara, debía seguir persiguiendo sus sueños.

Pero, ¿cómo podría hacerlo? ¿Cómo podía esperar volver a encontrar la felicidad cuando todo había salido tan terriblemente mal?

Apenas había tenido oportunidad de reflexionar sobre algo cuando un fuerte crujido en las ramas detrás de ella desvió su atención del papel que tenía delante. Miró hacia el alto muro de ladrillos que separaba los jardines de su padre de los de los vecinos y vio una sombra oscura agazapada en la pared junto a ella. La figura se acurrucó bajo el brillante sol.

Como un pirata desesperado que cobra vida gracias a la última novela que estaba leyendo, la figura se cayó de la pared y aterrizó junto a ella con un gruñido. Iona lanzó un agudo grito de alarma. Una mano enguantada se cerró casi instantáneamente sobre sus labios, silenciándola.

«Shhh», le susurró una voz tranquilizadora al oído.

No podía ser...

Nathan, su pobre y maltrecho Nathan, estaba sentado en una posición bastante desgarbada sobre el césped. Su ropa no combinaba y estaba arrugada, una manga completamente rota y su rostro morado y magullado. No recordaba haber visto nunca una vista más maravillosa.

«Puede que parezca un asaltante peligroso, pero te aseguro que no quiero hacerte daño. Me reconoces, ¿no?».

Por supuesto que sí. ¿Cómo podría creer lo contrario? Ella asintió fervientemente, deseando nada más que tocarlo y sentir su corazón latiendo contra el de ella. Cuando él apartó la mano de su boca, ella hizo precisamente eso. Tocando tentativamente los moretones de su rostro y la dura barba de sus mejillas y barbilla.

«Estaba tan asustada...», se atragantó.

«Puedo imaginarlo». Sonó duro. Los músculos de sus brazos y pecho se pusieron rígidos como si quisiera alejarse de ella. «Esto es exactamente lo que temía que te pasaría».

«¿A mí?», ella protestó. ¿Él la creía tan superficial que solo se sentía aplastada por el disgusto que su comportamiento había causado a su familia? No podría estar más equivocado. «Yo... yo... yo no estoy...».

Se acercó más. Su respiración se atascó en su garganta. Antes de darse cuenta de lo que estaba pasando sus labios tomaron los de ella con un beso exigente.

«No podía alejarme de ti ni un momento más. He estado enfermo de preocupación toda la mañana. Necesitaba saber cómo estabas, amor», dijo mientras apartaba la boca.

Se sentía sin aliento, necesitada y muy agradecida de verlo una vez más.

«¿Cómo estoy...?», comenzó a decir y luego lo rodeó con sus brazos.

Sus lágrimas casi fueron su perdición. Ella se estremeció contra él como un reyezuelo asustado. No pudo evitar sentirse asombrado por lo valiente que había sido. En sus brazos, su esbelto cuerpo se sentía terriblemente delicado. Y, sin embargo, sabía por experiencia desgarradora que el corazón que latía en su pecho tenía la fuerza férrea de una temible leona. De hecho, ahora, esa fatídica mañana en el jardín de su padre, ella era la primera en encontrar el valor para volver a hablar.

«¿Cómo lograste escapar? Mi padre dijo...».

«Te dije que no te abandonaría a los chismes y tenía la intención de cumplir mi palabra». No quería hablar de cómo había luchado para salir de la casa de su padre como un loco poseído. Prefería sostener a Iona en sus brazos e, ignorando los dolores desgarradores en su costado, acariciar la delicada curva de su cuello.

«Seguro que provoqué un desastre anoche», susurró. «Nunca debí haberme atrevido a decir lo que pienso».

«Tonterías», exclamó él y no pudo evitar sonreír. «Ciertamente puedes mejorar tu sincronización, pero aún estás aprendiendo a usar tu voz. Es probable que se produzcan errores».

«Errores», ella le devolvió la sonrisa, aunque la suya era bastante pesada. «Eres demasiado amable. No puedo imaginar un eufemismo más descabellado».

«Yo mismo he hecho mi parte justa».

«Mmmm...», convino ella. «Al menos estoy en buena compañía. Eres un encanto por venir a ver cómo estoy, Nathan. No puedo expresar lo mucho que significa para mí tu preocupación».

«Oh, no, no lo harás. No estarás pensando en despedirme tan fácilmente, ¿verdad? Quise decir lo que dije. Lo quieras o no, estaré a tu lado y te ayudaré. Ahora dime, Iona, ¿qué ha pasado?».

«Según mi familia, me han contaminado como la última y desafortunada víctima del libertino más peligroso de Bath. Era demasiado inocente para saber en qué me estaba metiendo. Pero independientemente de todo eso, estoy contaminada. Manchada por tu tacto, dicen». Su voz se elevó con indignación. «Es una completa tontería, por supuesto. Sabía exactamente lo que estaba haciendo y no me arrepiento».

«¿Y Lovington y tu padre? ¿No han abusado de ti ni han tratado de hacerte daño?». No sabría lo que haría si oyera que alguien levantaba una mano contra su Iona.

Ella sacudió la cabeza lentamente. «Oh, no, Nathan. Todos se están comportando de manera escalofriantemente civilizada. Incluso mamá. Es aterrador».

«Al menos no están conspirando para hacerte daño...».

«¡Pero lo hacen!». Sus mejillas se tiñeron de un tono rosado. «Por lo que dicen, me casarán con Byron a finales de mes. Y él me ayudará a reformar los comportamientos indecorosos que has fomentado. Sin embargo, dice que no está demasiado preocupado. Una vez que me dé mi primer hijo, dice que está seguro de que volveré a ser la dama seria y tranquila que ha llegado a

admirar».

La idea de que su primo, o cualquier otro hombre tocara a Iona de manera íntima hizo que los pensamientos de Nathan se volvieran asesinos. Intentó furiosamente aplastarlos, sabiendo que no tenía ningún derecho sobre ella. Había venido a proteger su reputación, no a empeorar las cosas.

«Me dijiste que, sin importar las circunstancias, podía seguir mis sueños», se quejó, apretando contra su pecho un querido cuaderno de bocetos. «Que podría ser feliz. Pero me desespero porque con Byron nunca seré feliz. Cada vez que le hablo de mi arte, lo rechaza. Se niega a escuchar mi sueño de convertirme en escultora, mi sueño de hacer de piedra y metal las bellas imágenes que llenan mis pensamientos».

«¿Puedo?», preguntó Nathan. Él también había descartado sus sueños. A las mujeres se les enseñaba el arte. Pero conocía a muy pocas que tomaran en serio sus estudios.

Le entregó el cuaderno y dijo, «Sé honesta».

Miró sus bocetos. Esperaba ver los típicos dibujos escolares. Paisajes sencillos y los típicos fruteros. Sin embargo, eso no fue lo que encontró.

Hojeó las primeras páginas. Las líneas eran atrevidas. La técnica atrevida. Y el tema, aunque personas y objetos cotidianos, representaba algo más profundo. Vio a través del brillo de los salones de baile y de las noches. Un boceto de una tetera en manos de una debutante, por ejemplo, mostraba la ansiedad y la incertidumbre que sin duda estaba experimentando la joven. ¡Esas emociones estaban plasmadas en la página, no en la expresión cuidadosamente educada de la niña sino en el brillo vacilante de la tetera! Nathan nunca había visto nada más sorprendente.

Estos no eran dibujos escolares de niña. Estas eran las obras de una artista que se tomaba en serio su oficio.

«¿Tú dibujaste esto?», preguntó, pasando otra página y encontrando una imagen inicial de sí mismo. Sus ojos risueños y su sonrisa de autodesprecio resultan falsos en la página. «¿Todos estos?».

Iona asintió.

«No me daba cuenta...».

Vio que ella estaba conteniendo la respiración.

«Son buenos», dijo. «Mejor que muchas de las obras a la venta en la Fitzroy Square de Londres. Estoy impresionado. Realmente impresionado. Si bien apenas puedo dibujar una línea recta, parece que tú eres capaz de capturar una emoción con el trazo de un carboncillo o un pastel».

Él le devolvió el cuaderno de bocetos aún abierto en la página con el boceto bastante preciso de su rostro. «Tal vez eres demasiado perspicaz».

Ella se rió suavemente.

El sonido calentó su corazón. Arriesgaría su vida una y otra vez para ser recompensado por el delicioso canto de su risa. Si tan solo hubiera una manera de desenredar el aprieto en el que se habían metido. Y entonces recordó algo.

«Thomas Barker es un conocido mío». El acaudalado paisajista que vivía en Sion Hill había aceptado ser mentor y alimentar a algunos de los artistas hambrientos con los que Nathan se había hecho amigo mientras vivía en las afueras de la sociedad londinense. «¿Puedo llevarle tus bocetos? Me interesaría su opinión».

«¿Harías eso por mí?».

«No es menos de lo que haría por cualquier otro talento en ciernes».

De repente, Iona pareció entender. «Las ricas pinturas que cubren las paredes de tu

apartamento...». Bajó la voz a apenas un susurro. «¿Y los más impactantes que hay en tu dormitorio son de artistas que has descubierto y ayudado?».

«En realidad no los he descubierto», dijo. «Pero el horrible secreto ha salido a la luz. No soy un completo libertino. Cuando tengo los fondos, se me conoce por ayudar a un alma talentosa aquí y allá».

Ella lo miró con atención. Tenía la incómoda sensación de que ella estaba siendo demasiado perspicaz otra vez. «Sospecho que estás siendo modesto», dijo con una sonrisa irónica que hizo que su corazón latiera más rápido. A diferencia de los otros artistas con los que había trabajado, estaba dispuesto a darle todo a Iona. El Sol, la Luna y cada hermosa estrella del cielo.

Él le tomó las manos entre las suyas. «Déjame actuar como tu mecenas. Y como tu protector».

«No lo sé...», ella trató de apartar las manos, pero él se negó a dejarla ir.

«Déjame hacer esto por ti».

«Tienes más experiencia en lidiar con estas cosas».

Pudo ver que ella estaba empezando a ablandarse ante la idea. «Sí, tengo más experiencia en lidiar con escándalos... desafortunadamente».

Ella se mordió el interior de la mejilla durante más de un minuto mientras él se mordía la lengua, esperando que ella tomara la única decisión disponible para ella.

«Solo si me dejas ayudarte», ella imploró.

«Muy bien».

Sabía lo que había que hacer y también sabía que ella no estaría contenta con eso. No cuando todavía estaba en contra del matrimonio en cualquier forma. No dispuesto a correr el riesgo de que ella lo rechazara, mantuvo su plan en silencio. En lugar de eso, le tomó la cara entre las manos. «Si hago algo que salvará la reputación de ambos, ¿prometes no odiarme por ello?».

Las lágrimas volvieron a acumularse en sus ojos, pero valientemente mantuvo su barbilla fuerte y rígida.

«Lo prometo», dijo.

Él la besó.

«Te amo, Iona».

La besó de nuevo.

«Nunca olvides eso. Te amo y haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz».

Movería montañas si fuera necesario para ahuyentar la angustia que veía en sus ojos. Esperaba que mover montañas fuera suficiente.

* * * * *

«Se ha ido», anunció el duque. Iona había regresado al salón y encontró a su familia esperándola. «Portfry vino a informarme personalmente que...», se aclaró la garganta, «ese pícaro de lord Nathan, se ha escapado».

Su madre, Lillian y su primo Byron se volvieron hacia Iona como si pudiera decirles dónde se podía encontrar Nathan. Y supuso que no había razón para guardar silencio sobre nada... ya no.

«Lo sé», dijo, levantando la barbilla. «Él estuvo en el jardín conmigo hace un momento».

Su primo corrió hacia la ventana.

«Maldita sea, Iona», dijo su padre mientras ponía rígida la columna. «No entiendo tu comportamiento últimamente. Después de lo de anoche, ¿por qué dejaste que ese rufián se acercara a ti otra vez?».

«Simplemente estaba preguntando por mi bienestar, papá. Estaba preocupado por mí».

«Él la ha seducido», murmuró su primo en voz baja, junto con algo más que Iona no pudo escuchar.

Su padre le lanzó una mirada de reojo y, asintiendo, dijo arrastrando las palabras, «Bastante».

«¿Qué haremos?», preguntó su madre.

«Sé lo que planeo hacer», dijo su primo mientras se dirigía hacia la puerta donde se encontró con el mayordomo de la familia que estaba a punto de tocar. Como antes, Myers entró pesadamente en la habitación y directamente hacia su padre.

«Lord Nathan Wynter pide hablar con usted», anunció.

«¡Él está aquí! ¡En mi casa!».

«Sí, su excelencia, así es», dijo Myers haciendo una profunda reverencia. Se giró y se dirigió hacia la puerta cuando algo pareció cambiar de opinión. Regresó con su padre. «Con el debido respeto, creo que debería escuchar lo que el muchacho tiene que decir».

El duque miró a Myers durante unos momentos sin aliento. En toda su vida, Iona nunca había visto a Myers enfrentarse a su padre. Se preguntó si estaría a punto de que le arrancaran la cabeza de un mordisco.

Aunque el temperamento de su padre todavía estaba chispeante, exhaló bruscamente por la nariz y le pidió a Myers que lo acompañara a su estudio.

«¿Qué quiere contigo?», preguntó la duquesa mientras comenzaba a sollozar de nuevo. El duque simplemente sacudió la cabeza y apretó la mandíbula.

Después de unos momentos tensos, Myers regresó. Iona se inclinó hacia adelante para poder mirar por la puerta abierta del salón.

«¿Nathan?», ella resopló. Presionando sus dedos repentinamente temblorosos contra sus labios, se levantó. Aunque se había quitado la ropa maltrecha, sostenía su brazo derecho contra su pecho como si le doliera y caminaba con una cojera pronunciada. «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Has perdido tu maldit...?».

Lillian agarró la muñeca de Iona y apenas evitó que atravesara las puertas y cayera en sus brazos.

«Regresaré en un momento», dijo el duque. Su estudio estaba a unos pasos del pasillo. Le lanzó a Iona una mirada de advertencia mientras seguía a Myers fuera de la habitación, teniendo mucho cuidado de cerrar la puerta del salón detrás de él.

En el silencio que siguió, Iona dejó de respirar. Lillian sirvió como una sorprendente fuente de fortaleza al mantener un agarre reconfortante en su mano.

«Bueno», resopló su madre. Con paso ligero, cruzó la habitación y abrió de par en par la puerta del salón. «No puedo decir que me sorprenda que el marqués no fuera capaz de mantener a ese bruto bajo control. ¿Lo viste?».

¿Cómo podía ella no verlo? ¿Qué estaba haciendo? Él le había prometido que salvaría la reputación de ambos, no que lo matarían.

Dios mío, él estaba en su casa, con su padre muy sobreprotector y bastante enfurecido.

Y la casa estaba demasiado silenciosa.

La única señal de que el tiempo no se había detenido del todo era el tictac regular que provenía del reloj estilo *chinoiserie* colocado en la pequeña mesa lacada en negro en lo alto de

las escaleras.

El crujido de la puerta del estudio al abrirse conmovió a todos en el salón. Se movían como si los despertaran de un sueño profundo.

La duquesa se puso de pie y también Iona. De repente la casa se sintió inestable, como cuando las criadas enrollaron todas las alfombras para quitarles el polvo.

Su padre se detuvo frente a la puerta del salón y le dio una palmada en el hombro. Los dos hombres se dieron la mano. «Le enviaré un mensaje tan pronto como esté terminado», dijo.

Nathan asintió profundamente. «Estaré en casa de mi padre. Estoy seguro de que está muy ansioso por mi regreso. Verá, salí con algo de prisa». Abrazó el brazo que había estado sosteniendo contra su pecho y sonrió con tristeza. «Y no sin dañar mi persona».

«En ese caso, me aseguraré de que tu padre reciba la noticia de nuestro acuerdo sin demora».

Nathan asintió, giró sobre sus talones y, sin dedicarle a Iona una mirada de pasada, una ceja levantada o cualquier cosa que pudiera ayudarla a comprender lo que acababa de hacer, desapareció por el pasillo.

«Pues bien», dijo su padre juntando sus grandes manos. «Supongo, por sus bocas abiertas, que están esperando ansiosamente saber de qué se trata todo eso».

«No entiendo por qué lo dejaste entrar a tu casa», dijo su sobrino con bastante amargura. «Deberías haberme dejado desafiarlo a duelo. No puedo pensar en nadie que merezca probar el dolor de una bala más que él».

Su madre lanzó un grito y volvió a sentirse débil.

«Lovington, decir eso en compañía mixta es muy inapropiado», advirtió el duque.

«Mi perdón, tía», dijo. Sus mejillas se iluminaron.

Su madre solo lloró más fuerte.

El duque le dio la espalda a su dramatismo. «Lovington, lo siento mucho, pero no te casarás con mi hija».

Iona exhaló un profundo suspiro de alivio. Nathan había cumplido su promesa. Se preguntó qué debió haber dicho para que su padre entrara en razón. No se quedó con la duda por mucho tiempo.

«Iona, lord Nathan me ha presentado un argumento convincente. Quiere recuperar su honor».

«Ese es también mi deseo», dijo ella, con fe en el regreso de su padre. «Esos rumores sobre él simplemente se habían salido de control. Sé en mi corazón que es un buen hombre. No puedo entender porqué otros no lo ven también».

«Me alegro de que estemos de acuerdo en esto, pequeña. Lord Nathan me ha informado sobre las circunstancias de su pasado. Y toda la mañana has estado haciendo un trabajo bastante bueno al describir algunas de las... em... actividades interesantes que tú, querida, has estado realizando con él últimamente».

Entonces él había estado escuchándola...

«A la luz de eso», continuó, «no creo que se le deba pedir que cargue con toda la responsabilidad por este escándalo. ¿No estás de acuerdo?».

Las mejillas de Iona ardieron. Ella asintió lentamente.

«Bien. Bien. Me dijo que vino a Bath con la intención de encontrar una esposa respetable. Gracias a ti solo ha encontrado la ruina. Veo que no tienes más remedio que dejarle reparar su nombre de la única manera que la sociedad aceptará».

«¿Qué sugieres, papá?», preguntó, temiendo una vez más saber en qué dirección fluían los

pensamientos de su padre.

«Oh, pequeña, querida, querida niña», parpadeó para contener las lágrimas. «Le he dado permiso para casarse contigo».

«¿Hiciste *qué*?». Tanto Lillian como su primo lloraron.

Su madre gritó.

Iona se quedó helada.

Nathan le había advertido que haría precisamente eso. No debería haberse sorprendido, pero el anuncio la sorprendió mucho. Él había prometido luchar por su felicidad. ¿Había olvidado todo lo que ella había compartido con él? No deseaba casarse, no cuando el matrimonio significaba que renunciaría a su pasión, a su arte. Ella pensó que Nathan entendía eso. Él miró sus dibujos y pareció genuinamente impresionado. Incluso había dicho que hablaría con un artista conocido en su nombre. ¿Había sido mentira? ¿Por qué le estaba haciendo esto? Tenía que haber otra manera de salvar su propia reputación. Simplemente tenía que haber otra manera de salvar su nombre sin tener que cerrar la puerta de su jaula dorada de una vez por todas.

Por primera vez en su vida, Iona, muy tranquila y muy pragmática, se desmayó.

Capítulo Diecinueve

Aún era temprano en el Royal Crescent. El sol de la mañana se asomaba sobre la ciudad medieval y bañaba el Royal Victoria Park con un fresco resplandor dorado. La familia de Nathan seguía en cama. Los saludables ronquidos de su padre resonaban por los pasillos vacíos.

Solo en el salón, Nathan merodeaba frente a las ventanas con la inquietud de un tigre, sin querer nada más que saltar sobre la pequeña gorra rosa con volantes que pasaba corriendo por la acera de abajo, frente a la casa de su padre.

Todas las mañanas durante la última semana y media, a esta hora precisa, bajaba por la calle con los brazos cargados sobre un par de cestas viejas y andrajosas llenas de una variedad de productos. Un día las telas, otro la bollería, otro los tapices. Hoy sus cestas estaban a punto de reventar de hilos y suministros de bordar.

De nuevo, no había señales de su cuaderno de bocetos.

Ella nunca se aventuraba a salir sola, de lo contrario él habría abandonado su buen juicio y se habría abalanzado sobre ella hace días. Esta mañana la señorita Harlow acompañaba a Iona con su propia cesta.

Aunque nunca había visto su rostro desde ese punto de vista elevado, solo la parte superior de sus sombreros de ala ancha, no había ninguna duda de que la dama con sombrero que hacía aquellas salidas matutinas era en realidad su Iona.

Podía sentir su presencia en cada gota de sangre de su cuerpo. Y eso lo estaba volviendo loco.

Su sencillo vestido de algodón con corpiño rosa se agitaba a cada paso, incitándolo a seguirla. Para preguntarle por qué había vuelto a asumir el papel de la hija perfecta del duque, la señorita intocable y mojigata.

Era como desear a una monja. Anhelaba una de sus exigentes notas. Al menos entonces tendría una excusa para alejarla de su irritantemente protectora familia y robar unos momentos a solas con ella para descubrir qué estaba pasando detrás de esa sonrisa helada suya.

Había pasado una semana y media desde que él hizo el ridículo e insistió en que su padre diera su consentimiento para un matrimonio apresurado. Debería haber sido abierto con ella y pedirle permiso primero.

Ahora, como castigo, lo estaba torturando con su silencio. Desde su compromiso, Nathan había asistido a dos salones de té, un almuerzo, cinco salidas matutinas al Salón de las Bombas y dos servicios religiosos en los que Iona había estado presente. Cada vez ella se había propuesto hablar con él. Brevemente. Su voz, casi nunca más allá de un susurro, zumbaba mientras hablaba del clima y otras tonterías similares. Cualquier mención de sus próximas nupcias, cualquier mención de su arte o lo que el paisajista Thomas Barker pensaba sobre su arte y cualquier intento de descubrir sus verdaderos sentimientos, era desviado por su hábil capacidad para dirigir la conversación de regreso a lo seguro y mundano, a menudo sin que Nathan incluso se dio cuenta de cómo se las había arreglado para hacerlo.

Si su matrimonio iba a ser un éxito, era necesario arreglar algunas cosas entre ellos. Necesitaba asegurarse que no iba a pisotear sus sueños. Necesitaba explicar que había insistido en casarse para proteger la reputación de ambos de los peores rumores.

Si tan solo ella le diera una pizca de emoción con la que trabajar, una deliciosa rabia para hacerle saber que todavía se preocupaba por él. Que de alguna manera ella sería capaz de

encontrar en su corazón la fuerza para perdonarlo.

«¡Oh, lo siento!», Maryanne, que llevaba un vestido de mañana amarillo con volantes que la cubría desde el cuello hasta los pies y una gorra blanca almidonada con volantes que cubría sus mechones marrones, se detuvo rápidamente en la puerta del salón. Su mirada cautelosa recorrió los moratones de color verde violáceo que se desvanecían en su rostro. «No me había dado cuenta de que nadie más estuviera despierto tan temprano».

«Con la próxima boda, no he dormido muy bien», confesó Nathan.

Sus labios se torcieron con la distancia. Ella sacó la barbilla. «Si no estabas interesado en el matrimonio, deberías haber considerado las consecuencias antes de hacer lo que le hiciste a esa pobre chica».

«No entiende lo que quiero decir, mi lady», dijo con firmeza. Ahora que iba a convertirse en el marido de Iona, sabía que las cosas tendrían que cambiar. No permitir que su reputación fuera maltratada como si no tuviera valor encabezaba la lista de mejoras que debían realizarse. «He deseado esta unión, de hecho, lo he soñado durante muchos años. Tengo a lady Iona en el mayor respeto y durante mucho tiempo la he considerado una amiga leal». No pudo evitar dejar que su mirada se desviara hacia la ventana y hacia la bonita figura rosada que se apresuraba por la calle.

Maryanne cruzó la habitación y miró por la misma ventana. Su ceño se hizo más profundo. Sacó un pañuelo de encaje de su manga y se secó la nariz con él mientras lo miraba de cerca. «¿Estás diciendo la verdad?».

Nathan se encogió de hombros.

«Tú eres...», su voz se apagó. Una extraña sonrisa relajó sus labios. Puso sus manos en movimiento mientras jugueteaba con su pañuelo. «No pensé que fuera posible. Pero sin duda estás decepcionado. Desesperadamente enamorado. Lo veo en la forma en que tus ojos se iluminan al verla».

«Ahora mira...», comenzó a decir. No necesitaba darle a Maryanne ninguna información que ella pudiera usar más tarde en su contra.

Ella agitó las manos. «No te preocupes. Nadie lo creería de todos modos. Todos dicen que solo te casas con la hija del duque desflorada para evitar que el marqués te empobrezca y te destierre al continente».

Y estoy seguro de que el nido de víboras que tengo como familia no está haciendo nada para desengañar a la sociedad de Bath de creer en esta razón mercenaria para tomar a lady Iona como mi esposa. ¡Maldita sea, debería hacer que me examinen la cabeza!».

No pudo quedarse quieto ni un momento más. Se sentía inusualmente exaltado, como su padre, ansioso por golpear con el puño un mueble indefenso. Sin estar preparado para lidiar con emociones tan tumultuosas, caminó a lo largo de la habitación mientras se tiraba del cabello. «Voy a llevar una esposa al campo de batalla. Ella me odiará dentro de una semana... ¡si tengo suerte! Una vez que se dé cuenta del implacable destino al que la he obligado a casarse, será una bendición si alguna vez vuelvo a ver una de esas malditas sonrisas falsas con las que me ha estado torturando toda la semana. No tendré esperanzas de recuperar ninguna de las verdaderas».

«Eso es muy injusto, Nathan». Las cejas de Maryanne se alzaron hasta la línea del cabello. «Es su mal comportamiento lo que ha provocado el desprecio de tu familia. Somos enteramente capaces de actuar de manera civilizada cuando estamos en compañía civilizada».

Chasqueó los dedos. «¡Podría ser eso! ¡Eso podría ser lo que necesito hacer para comunicarme con ella nuevamente! Si pudiera presenciar por sí misma lo peor de esta familia, exigiría que la dejaran salir del compromiso o se enfurecería tanto que me defendería». Más bien disfrutaba imaginándola con uno de sus adorables temperamentos en defensa de él. «De

cualquier manera, tendrá que hablar conmigo otra vez».

Maryanne retrocedió ante él. «¿Qué planeas hacer? ¿Invitarla a cenar? ¿Solo a ella? ¿Sin su familia?».

«Eso es precisamente lo que planeo hacer».

«Te aseguro que ella no será testigo de nada adverso». Maryanne chasqueó la lengua. «Pintas una imagen injusta de nosotros. No somos monstruos».

«Quizá no, pero apuesto a que he sido el chivo expiatorio de la familia durante tanto tiempo que algunos miembros de esta familia no podrán ayudarse a sí mismos. Y me imagino que verá una visión bastante reveladora de por qué el matrimonio con ella es tan vital para mí: cómo ella es mi oasis en medio de este desierto emocional que mis adorados padres han construido a mi alrededor».

* * * * *

«¡Sorpresa!». Un coro de voces resonó.

¿Sorpresa? Iona dejó caer las cestas vacías que llevaba. ¿Sorpresa? ¡Qué eufemismo! Había regresado a casa después de pasar una tarde de trabajo caritativo con Amelia. Lo último que esperaba era *esto*.

Sus manos volaron para cubrir su boca abierta. Parpadeó, temiendo que finalmente se había derrumbado e imaginaba que su amiga más querida estaba efectivamente en Bath y le sonreía encantadoramente mientras parecía una criatura de cuento de hadas que había venido a concederle a Iona sus más preciados deseos.

«No pareces contenta», dijo May, con el ceño fruncido. Se metió un mechón rebelde de cabello rojo detrás de la oreja mientras abrazaba a un bebé ondulante contra el corpiño de su impresionante vestido color pavo real.

«Está paralizada por la conmoción», coincidió el marido de May, el vizconde Evers. «Probablemente deberías haberme dejado enviar esa nota de advertencia».

Como Iona todavía parecía no poder hablar, simplemente asintió con la cabeza.

«Oh, no parezcas tan atónita», la regañó May. Depositó suavemente al bebé envuelto en los brazos del vizconde. Un brillo vivo iluminó sus ojos color violeta. «Tú y yo estamos hechas de una materia más dura».

Las lágrimas brotaron de los ojos de Iona y una risa burbujeó en su garganta. Se arrojó a los acogedores brazos de su más querida amiga. «¡Es realmente una sorpresa! ¡No te esperaba hasta la boda! Oh, pero estoy muy feliz de verte. Han sucedido muchas cosas en las últimas semanas. Estoy casi a punto de estallar para contártelo todo».

«Yo diría que es cierto», dijo May.

Después de cubrir adecuadamente las presentaciones y los saludos, Iona condujo a May a los jardines traseros mientras el vizconde se excusaba para hablar con el duque.

«Escuché que te has enterrado en obras de caridad», dijo May. Eligieron un banco de jardín cerca del fragante cenador de rosas en el jardín privado de los Newbury.

Iona cruzó las manos sobre el regazo. Una suave brisa de verano tintineaba a través de una campanilla de viento distante.

«Y que no has estado contenta», añadió May.

Eso era cierto. Pero, ¿cómo admitía que estaba cargada por tal culpa que sentía la necesidad de hacer penitencia por sus pecados? Durante la última semana y media, había deseado

desesperadamente la compañía de su amiga. Había necesitado urgentemente un oído comprensivo que le prestara atención.

Ahora que su deseo se había cumplido, no estaba segura de por dónde empezar. O si incluso estaba dispuesta a admitir los fuertes dolores que pesaban sobre su corazón.

«Ay, carajo», murmuró, «el matrimonio con Nathan presagia ser mucho peor que una unión sin amor con Byron. Al menos con Byron, entendía sus motivos y sentimientos hacia mí. Con Nathan, todo se ha convertido en un rompecabezas».

Sabía que necesitaba hablar con él para intentar arreglar todo. Sin embargo, cada vez que lo intentaba, veía esos moretones oscuros estropeando su rostro y su lengua se congelaba en su boca. O ella balbuceaba una y otra vez, sin decir nada más que un montón de tonterías.

Y ella tampoco era la única que sentía la tensión de sus próximas nupcias.

«Mamá ya casi no habla. Y papá ha empezado a lanzar largos y prolongados suspiros cada vez que entro en la habitación. Para escapar, empaqué mis materiales de arte y me dediqué a obras de caridad y a visitar cada vez con más frecuencia a las viudas que siempre esperaban con ansias mi compañía».

«Todos están terriblemente preocupados por mí. A pesar de mis abyectas negativas, todos, incluida Lady Pulteney, a quien considero bastante lógica y ecuánime, me han mimado expresando sus más sentidas condolencias. Fue una pena cómo me sedujeron cruelmente y me obligaron a casarme con un sinvergüenza, dicen. Un sinvergüenza apuesto, pero sinvergüenza, al fin y al cabo».

«Qué angustiante», coincidió May.

Cuando no soportaba su bien intencionada compasión, Iona se había ofrecido como voluntaria en la Escuela para Mujeres Desplazadas de Lady Astley, una escuela que educaba a la *demimonde* en varias profesiones respetables. Su trabajo allí estaba haciendo maravillas para ayudarla a reconstruir su autoestima dañada.

El trabajo no era solo una especie de penitencia por su comportamiento imprudente en los últimos tiempos. También le recordaba lo afortunada que era de tener una familia amorosa y una propuesta de matrimonio que las jóvenes de la escuela consideraban un *maldito milagro*.

«Debes recordar no decir malas palabras en compañía educada», había regañado a uno de los estudiantes más nuevos esa misma mañana mientras las damas discutían con entusiasmo sobre sus próximas nupcias.

«No sé qué hacer, May. En realidad, no creo que haya nada que pueda hacer».

En lugar de mostrarse apropiadamente comprensiva y sombría, May le dirigió a Iona una de sus traviesas sonrisas gitanas y sacudió la cabeza de un lado a otro. Parecía estar luchando por contener la risa.

«¿Cómo puedes encontrar humor en esto?», preguntó Iona.

«Hablas de lo que todos los demás deben estar pensando sobre ti y este matrimonio y, sin embargo, convenientemente has omitido tus propios sentimientos. ¿Amas a Nathan?».

Iona apretó los dientes. Sin estar del todo segura de por qué debería ponerse a la defensiva, recogió el trozo de bordado que había llevado afuera, un camino de mesa decorado con grandes margaritas blancas que, cuando estuviera terminado, sería un regalo para su vecina, la viuda Lady Potswell. Calmó sus dedos nerviosos y su mente furiosa concentrándose en coser una línea de puntadas rectas y uniformes.

«No compartimos nada más que una amistad mutua», dijo una vez que terminó.

«Una amistad mutua, ¿dices?», May presionó.

«La misma amistad que forjamos cuando jugábamos a los casamenteros entre tú y Lord

Evers».

«Y te lo agradezco», dijo May, inclinando la cabeza. «Era sorprendentemente testaruda en algunas cosas... como admitir que estaba enamorada de Radford».

«Sé lo que estás tratando de decir. Pero esta situación es muy diferente a la suya. Y, además, mis sentimientos no cuentan. Nunca lo han hecho».

«¿Es eso así?».

«Realmente no importa si quiero este o cualquier otro matrimonio, que no es el caso. Como mi padre me ha explicado tan acertadamente, esta cama la he hecho yo y tengo el honor de acostarme en ella.

«No lo sé, Iona. Puede que casarse con lord Nathan no sea tan malo». May meció a su bebé dormido entre sus rodillas. «Mira, toda esta charla sobre las camas y tener que acostarte en ellas te ha puesto la piel de gallina».

Iona miró. De hecho, se le había puesto la piel de gallina.

«No quiero hablar de ello». Se frotó los brazos y miró las hojas de color púrpura rojizo de la majestuosa haya cobriza que les daba sombra. Un pequeño pájaro marrón revoloteaba de rama en rama. «Cuéntame más sobre el pequeño Henry y cómo es ser madre».

El rostro de May se iluminó mientras acariciaba la mejilla aterciopelada de su bebé. Para Iona era dolorosamente obvio que el matrimonio y la maternidad encajaban perfectamente con su amiga, que alguna vez había sido inflexible y de mentalidad independiente. No recordaba haber visto nunca a May más relajada y contenta. «Aún estoy conociéndolo y aprendiendo cómo hacerlo feliz. Hasta ahora la aventura ha sido una alegría absoluta. Es encantador. Igual que su padre».

«Estoy feliz por ti», dijo Iona, aunque su corazón no se sentía en lo más mínimo feliz. Un temblor de dolor recorrió sus venas. El matrimonio de May había surgido de un matrimonio por amor.

El suyo sería de escándalo. Las diferencias sí importaban.

«Tú y Lord Nathan ya eran amigos... y sospecho que más. Ese es un gran regalo». May extendió la mano y apretó la mano de Iona. «Ya verás. Las cosas se arreglarán solas».

«Tiene una visita, mi lady», se acercó Myers, el mayordomo de los Newbury, mientras se aclaraba la garganta con fuerza. Le tendió una bandeja de plata con una tarjeta para que Iona la tomara.

«La Muy Honorable Condesa de Snaddon», leyó Iona en voz alta.

«¿Quién es ella?», May preguntó.

«No tengo ni idea. ¿Quién es ella, Myers?».

«Creo que ella es la cuñada de su prometido, mi lady».

Iona se sonrojó al olvidar los nombres de la familia de Nathan. Se había encontrado con Lady Snaddon varias veces por la ciudad. Debería haberlo recordado.

«¿Le digo que está fuera de casa?», preguntó Myers.

«No, por favor muéstrale el camino al jardín».

Reflexionó profundamente y se alejó arrastrando los pies.

«Supongo que la visita no debería sorprenderme», dijo Iona. «Tarde o temprano tendré que desarrollar una relación con la familia de lord Nathan».

Una dama alta, de rasgos alargados, nariz estrecha, labios carnosos y mechones de cabello castaño oscuro que enmarcaban su rostro ovalado, se disculpó de todo corazón por llegar sin una invitación previa después de que Myers la presentara tanto a Iona como a May.

Iona hizo a un lado las preocupaciones de lady Snaddon y le ofreció un lugar en una banca.

«Ya que pronto seremos hermanas», dijo lady Snaddon mientras se alisaba la falda de su vestido de calicó antes de sentarse, «me encantaría que me llamaras Maryanne».

«Y espero que consideres oportuno llamarme Iona», dijo mientras esbozaba una sonrisa amable para su futura cuñada. «Espero que no te importe que me reúna contigo afuera, con mis invitados, donde no puedo llamar para pedir el té. El clima es tan agradable hoy, ¿sabes?».

Maryanne descartó las preocupaciones de Iona.

«¿Hay algo que pueda hacer por ti, Maryanne?», preguntó en el silencio un tanto incómodo que siguió. El pajarito que volaba en el árbol chilló.

«Debo admitir que esta visita no tiene ningún propósito real. La triste verdad es que he sentido una enorme curiosidad acerca de ti y de por qué aceptaste este matrimonio».

Iona hundió los dedos en el camino de mesa extendido sobre su regazo y levantó la barbilla unos centímetros. «Ya veo».

«No confundas con lo que quiero decir», dijo Maryanne rápidamente, «no tengo en tu contra nada de lo que pasó con lord Nathan».

«¿Pero tú tampoco lo apruebas exactamente?», May dijo en defensa de Iona. Henry se movió y después de retorcerse en su bulto de mantas comenzó a llorar. May lo acunó contra su pecho y lo hizo rebotar suavemente mientras arrullaba palabras sin sentido.

«Es un bebé encantador», dijo Maryanne, pareciendo aliviada de tener una razón para cambiar de tema. Habló durante un rato sobre su pequeño hijo que había cumplido su segundo año esa primavera.

«Es una bendición. Después de ocho años de matrimonio, empezaba a desesperarme de si algún día podría tener un hijo». Se tocó el estómago con la mano. «Y ahora he sido bendecida por segunda vez. Espero tener otro hijo».

Iona la felicitó sin mucha convicción. Algo en los modales de Maryanne, como la forma en que sus ojos permanecían demasiado tiempo en Iona y la forma en que sus cejas se juntaban cuando mencionó la boda, hizo que los músculos de los hombros de Iona se tensaran. Definitivamente algo estaba devorando la mente de su futura cuñada.

«¿Por qué desapuebas la decisión de tu cuñado de casarse conmigo?». Ya no podía guardar silencio sobre la censura tácita que seguía leyendo en la expresión tensa de Maryanne. «¿Te preocupa que nuestra unión avergüence a tu familia?».

«Por supuesto que no. Es solo... solo...», ella lanzó un profundo suspiro. «Eres muy diferente de Nathan. Eres refinada, elegante. Y él no es más que un pícaro descuidado. ¿Cómo puede funcionar tal combinación? ¿Cómo puede un hombre así hacerte feliz?».

«No creo que los sentimientos de Iona hacia este matrimonio o hacia lord Nathan sean de tu incumbencia», dijo May secamente.

«Tal vez no. No tenía intención de crear problemas, mi lady. Simplemente estoy sorprendida».

«¿Sorprendida por qué?», Iona preguntó cuando Maryanne no pudo explicarse.

«Que ante un escándalo tan espantoso puedas parecer tan indiferente», respondió Maryanne sin dudar y luego retrocedió. «Lo siento», susurró. «Qué desconsiderado de mi parte. No debería haberme referido a algo que debe angustiarte terriblemente, aunque no lo demuestres».

«Ten la seguridad, Maryanne, de que las circunstancias de mi matrimonio no me trastornan tanto como para que no pueda soportar oír mencionarlo».

«¿En serio?», Maryanne parecía desconcertada. «¿No tienes miedo de que lo que pasó aquí llegue a Londres? ¿De verdad no te importa que otros estén más interesados en las circunstancias que provocaron este matrimonio que en el matrimonio en sí?».

«¿Por qué debería? Es totalmente culpa mía que a lord Nathan y a mí nos obliguen a casarnos». Echó la cabeza hacia atrás y recordó cómo, a la luz parpadeante de las velas de la gruta, él la había tocado en los lugares más íntimos. Sus golpes profundos y rítmicos habían despertado todo su cuerpo hasta que sintió como si fuera a desmoronarse. Como una atrevida descarada, ella presionó sus caderas contra su mano exploradora, lo animó, le rogó que le diera más. Y más.

Iona tragó profundo y alejó esos recuerdos. Siempre conducían a una cosa: lo terrible que siguió. «Realmente lamento que la sociedad piense que él tiene la culpa de lo que he hecho. En verdad, si no lo hubiera presionado para que me diera esas lecciones clandestinas, dudo de todo esto...».

«¿Tú lo presionaste a él?», exclamaron tanto May como Maryanne.

Iona asintió tímidamente y luego explicó cómo se habían desarrollado los acontecimientos de las últimas semanas.

Maryanne sacudió la cabeza con incredulidad. «Eres una lady inusual, Iona. Si estuviera en tu posición, dudo que fuera lo suficientemente valiente como para admitir tal cosa. Los Portfry son realmente afortunados de tenerte pronto como parte de nuestras filas».

«Espero que su familia también tenga el deseo de darle la bienvenida a Nathan nuevamente a la familia».

Un profundo rubor subió por el cuello de Maryanne. «No deseo imponerles más», dijo mientras se levantaba de la banca. «Independientemente de cómo se haya producido esta próxima boda, estoy contenta. Yo fui hija única de mis padres. Será bueno tener finalmente una hermana. Buenas tardes, Iona». Ella bajó la cabeza. «Lady Evers».

«Gracias», dijo Iona. «Y buenas tardes para ti también».

«Oh, antes de irme...», la mirada de Maryanne se desvió hacia las flores de color púrpura intenso que florecían en las clemátides que trepaban por la pared de ladrillos que rodeaba el rosal. Su voz se tensó. «Nathan planea invitarte a una cena familiar mañana por la noche. Tiene la tonta idea de que si tú...», vaciló. Mordiéndose el labio inferior, pareció cambiar de opinión sobre lo que iba a decir. «Por el bien de mi cuñado, prefiero que sea una buena idea que intentes estar allí».

Capítulo Veinte

Todos los pensamientos muy correctos y organizados de Iona salieron de su cabeza cuando Nathan acercó sus dedos a los de él y comenzó a trazar pequeños círculos en el dorso de su mano enguantada. En ese momento eterno, olvidó que estaba parada en la puerta del salón de los Portfry o que la familia de Nathan estaba esperando en la otra habitación para recibirla. Solo quedaba el recuerdo de los ásperos bigotes que le habían raspado la mejilla la última vez que Nathan la había besado y el hábil movimiento de su cuerpo contra el de ella. La forma en que la tocaba ahora estaba tan llena de promesas que ella olvidó por completo cómo respirar.

«Me siento honrado de que hayas aceptado nuestra invitación a cenar», dijo, su voz profunda recorrió su cuerpo, dándole a las mariposas en su estómago otra razón más para revolotear.

«Es un placer», dijo entrecortadamente, con sus pensamientos aún desviados.

La mente de Nathan tampoco parecía funcionar demasiado bien. ¿Qué estaba haciendo, prácticamente seduciéndola frente a los curiosos que poblaban su familia?

Antes de que pudiera seguir a Rogers, el mayordomo de cuello rígido de los Portfry, al salón de rayas color crema y rojo de la planta baja de la casa para ser anunciada, Nathan cruzó la habitación saltando y se abalanzó sobre ella. Tomando posesión de su mano y de su mente.

«Te ves hermosa esta noche», dijo mientras seguía trazando esos tentadores círculos contra su piel cubierta de seda, calentando su sangre.

Ella bajó la cabeza, sin estar muy segura de por qué se sonrojaba. «Gracias».

Su amplio pecho y sus poderosas piernas bloqueaban por completo su entrada al salón y parecía decidido a no ceder. Alguien detrás de él se aclaró la garganta.

«¿No crees que debería saludar a tu familia?», ella susurró. «Sería de mala educación no hacerlo».

Nathan cuadró los hombros. «Supongo que no puedo tenerte solo toda la noche. Que maldita lástima», refunfuñó mientras le soltaba la mano. «Te ves hermosa».

Su familia recibió a Iona calurosamente y la trató con modales sumamente cuidados. Y aunque no se mencionó la próxima boda, se suponía que esta cena sería una celebración familiar, Iona tuvo la clara impresión de que acogían con agrado la incorporación de una de las hijas del duque de Newbury a sus filas.

Solo el padre de Nathan fue bastante reservado en su saludo, aunque ella difícilmente podía reprochárselo. El querido hombre aún no se había recuperado del todo de su larga enfermedad. Y el estrés de las últimas semanas había cobrado un precio visible. Parecía pálido y cansado cuando se levantó de la silla de brocado en la que había estado descansando. El movimiento le provocó un violento ataque de tos. Alarmada, Iona lo agarró del brazo hasta que pudo recuperar el aliento. Tragando respiraciones irregulares, le hizo una señal a Iona y logró jadear con voz ronca, «Es realmente un placer verte de nuevo, querida».

La marquesa de Portfry, una mujer encantadora con una sonrisa amable suavizada por una serie de delicadas arrugas que adornaban sus hoyuelos, había sido la primera en abrazar a Iona. Se acercó rápidamente y, tomando posesión del brazo de Iona, la alejó de Nathan. «Ven, niña». Le dio unas palmaditas en la mano a Iona y la llevó a un sofá color crema donde estaba sentada Maryanne, vestida con un favorecedor vestido amarillo ranúnculo.

«Mis dos hijos me dan mucha alegría». La marquesa se acercó a Iona y tomó la mano de

Maryanne. «Tendrás que complacerme. Aunque Maryanne es mi hija solo por matrimonio, la incluyo como mía. Espero que veas en tu corazón permitirme hacer lo mismo... dándome un tercer hijo al que amar».

Iona miró a su alrededor, preguntándose si a alguien más en la sala le parecía extraño que la marquesa hubiera contado mal. Con sus dos hijos y su nuera, la marquesa ya podía reclamar tres descendientes.

Como nadie mostró ninguna señal de haber notado su error, Iona puso sus manos en su regazo y le dedicó a la marquesa una sonrisa compasiva. «Me alegra saber que soy tan bienvenida aquí», dijo y luego se aclaró la garganta. «Había estado preocupada, considerando las circunstancias...».

«¿No debería estar la cena casi lista para servir?», Edward la interrumpió para preguntar a la habitación en general. Su pregunta sobre la cena no solo era un poco extraña, sino completamente innecesaria. Rogers, su mayordomo, anunciaría la comida cuando estuviera lista. «Creo que deberíamos pasar al comedor. ¿No estás de acuerdo, padre?».

El marqués intentó aclararse la garganta varias veces antes de darse por vencido y simplemente asentir con aprobación.

Mientras la marquesa se aferraba al brazo de Iona, Maryanne se movió para ayudar a su suegro a levantarse de su asiento. Los modales tensos e incómodos de Edward se suavizaron cuando se acercó a Iona y se ofreció a acompañarla. Se dio cuenta de que Nathan había intentado llegar a ella primero, pero su padre lo había desviado, quien a propósito se había cruzado en su camino y había sacudido la cabeza violentamente.

«Te ves encantadora esta noche», dijo Edward, su voz se hizo más profunda y todo su rostro se iluminó, dándole a Iona la impresión de que pensaba que el mundo existía solo para ella.

«Gracias, lord Snaddon», dijo, frunciendo el ceño. Había oído historias sobre los encantos de Edward, pero nunca los había visto en acción. A diferencia de la mayoría de los hombres, los suyos no estaban en el lenguaje florido que usaba, que mientras cruzaban el pasillo hacia el comedor no era más que una tontería, sino en la forma en que sus ojos azul marino intentaban atraer su atención.

Aunque probablemente era una estratagema que afectaba a algunas mujeres, gracias a su gran experiencia con los juegos que practicaban los hombres, Iona se encontró bastante inmune.

Una vez estuvieron sentados ante una mesa redonda finamente tallada en el ordenado comedor, decorado con un fantástico papel pintado de salvia y lavanda, donde las grullas volaban sobre exóticos puentes hacia montañas nevadas, dos lacayos llevaban el primer plato, sopa de paloma con una espesa crema y adornado con remolacha.

Después de probar la sopa, lady Portfry comenzó a contar historias de la infancia de Edward. Habló en términos elogiosos sobre cómo Edward había sido el hijo ideal. Varias veces el marqués otorgó la razón con un movimiento de su cabeza.

La confusión de Iona sobre la familia de Nathan se hizo más profunda. Era habitual y esperado que una madre devota adornara las cualidades de un hijo para convertirlo en una futura esposa. Pero la fecha de la boda ya estaba fijada. Y Nathan, no Edward, era el destinatario de Iona.

Entonces, ¿por qué la marquesa ni siquiera había reconocido la presencia de Nathan en la habitación, y mucho menos había intentado promover sus cualidades positivas?

Aunque Iona nunca había escuchado una palabra desagradable contra la marquesa, mientras escuchaba las interminables historias de lo rápido que Edward había aprendido a montar a caballo, no pudo evitar preguntarse si la pobre dama no tendría un poco confundida su mente.

«Simplemente sé que disfrutarás viviendo en Callaway Abbey», dijo la marquesa después de que los sirvientes sirvieran el plato principal, un aromático plato de carne y papas en una olla muy condimentado con ajedrea. «El clima de Nottinghamshire a principios de otoño es encantador. Podemos organizar días de campo en el Valle de Trento. Y excursiones de compras a Nottingham».

¿Vivir en Callaway Abbey?

Iona sintió que la sangre le subía a la cabeza.

¿Días de campo junto al río y excursiones de compras? Todavía no había pensado dónde viviría una vez casada. Era angustioso pensar que estaría lejos de Londres y de su familia. «Pensé que lord Nathan y yo podríamos hacer uso de su propiedad en Londres...».

«Ni siquiera pienses tal cosa», se burló Edward. «Nunca te abandonaremos a los caprichos de mi hermano. Además, serás más feliz en Callaway que en la abarrotada ciudad».

«Pero yo...».

«No hay necesidad de sentir vergüenza por esto, Iona. Pase lo que pase, siempre debes considerar a Callaway como tu hogar», insistió Edward.

Iona lanzó a Nathan una mirada inquisitiva.

Él se encogió de hombros impotente, lo que no hizo nada para calmar su creciente alarma. Sus preocupaciones sobre casarse con Nathan y que él le arrebatara su independencia empezaban a parecer equivocadas. No era por Nathan de quien debía preocuparse, sino por su familia. Al parecer ya habían planeado su futuro.

Uno que no incluía a su marido.

Después de darse cuenta de esto, una cosa quedó muy clara en su mente. La sufrida y obediente dama que aceptaría silenciosamente tal destino ya no existía, si es que alguna vez existió. Había vivido demasiado en ese corto lapso de semanas, gracias a la tutela de Nathan, como para volver a ceder voluntariamente el control de su vida.

Se llevó la servilleta a los labios y respiró profundamente. «Con el debido respeto, Nathan, no voy a ser endilgada a tu familia como una novia no deseada, sin importar lo acogedor que sea el hogar».

«Ella vivirá conmigo», dijo Nathan con brusquedad.

«Bueno», resopló la marquesa, «ciertamente tendremos que discutir esto con el duque. Dudo que le agrade saber algo de esto».

«Te aseguro que serás feliz en Callaway», dijo Edward, sus ojos haciendo todo lo posible para conquistarla.

El marqués gruñó.

Solo Maryanne, con el ceño fruncido de curiosidad, guardó silencio.

En medio de la confusión, Iona frunció el ceño y miró de cerca a Nathan. No recordaba haberlo visto nunca tan descompuesto. Daño tras daño, su familia lo estaba derribando, y no con un ataque descarado y defendible. No, su ataque era más insidioso que eso. Cada vez que uno de ellos ignoraba su existencia, la sonrisa torcida y despreocupada de la que se había enamorado se había desvanecido y lentamente estaba siendo reemplazada por una mirada incuestionablemente melancólica.

«Ella será mi esposa, no tuya», le dijo Nathan a Edward, luciendo francamente miserable. «Y creo que depende de mí decidir dónde vivirá».

Con el mango de su cuchara, el marqués golpeó su vaso lleno de Madeira, casi ahogando la voz de Nathan. «Esto es una celebración», dijo una vez que se ganó la atención de todos. «Podremos resolver los detalles del matrimonio más adelante».

Levantó su copa y le ofreció a Iona una cálida sonrisa. «Por mi futura nuera». Tosió. «Una pena el cómo, querida. Ten la seguridad de que no te lo reprochamos». Tosió de nuevo, esta vez con más fuerza. «No puedo decir que esté sorprendido... después de que mi hijo arruinó a la hija del molinero y la llevara a la tumba, temí que algún día repitiera su error. Lo siento de verdad».

No era exactamente el tipo de brindis por el que Iona estaba dispuesta a brindar. Bajó su vaso mientras todos los demás intentaban tomar un sorbo.

La copa de la marquesa todavía estaba levantada en el aire. «Por Júpiter y él eligió a la lady más respetada de toda Inglaterra para arruinarla», dijo. «Nunca debiste haber confiado en que él reformaría sus costumbres. Deberías haberlo enviado fuera del país después de ese primer incidente».

Iona ya había tenido suficiente. Como si ignorar a Nathan no fuera suficiente, su propia familia no veía nada malo en vilipendiarlo frente a la mujer con la que pretendía casarse como si fuera el mismísimo diablo.

Lo que no podía entender era por qué demonios él elegía sentarse pasivamente y soportar tal abuso. Ciertamente, ella no lo haría... ya no.

Arrojando la servilleta, se apartó de la mesa y se puso de pie de un salto. «Le pido perdón, pero lo que está diciendo sobre Nathan es mentira. Nunca deshonraría a una dama de una manera tan impensable. No entiendo por qué muchos de ustedes eligen creer tales mentiras sobre uno de los suyos. ¿No debería una familia ser leal entre sí?».

«¡Ya no es parte de esta familia!», gritó la marquesa, aturdiendo la habitación en un silencio incómodo. De repente las lágrimas inundaron sus ojos. Sus manos temblaban miserablemente.

«Finalmente se ofreció en ayudar a la señorita Hartfield», dijo Maryanne en voz baja.

«No sin antes dejar que la pobre chica arruinada se preocupara primero por su futuro durante tres horribles meses, sola y desconsolada por su frío despido. Dejó una carta», dijo la marquesa. Su tenedor cayó sobre su plato con estrépito. «Nunca le conté a nadie sobre esto, pero la angustiada niña escribió una carta antes de quitarse la vida. Me lo trajo su madre».

«Este no es el momento», dijo Edward. «Como ya ha dicho mi padre, se supone que vamos a disfrutar de una cena de celebración. Hablemos de algo más agradable».

«¿Había una carta?», preguntó Nathan. Su rostro se había puesto blanco como una sábana.

«Escribió páginas sobre su dolor y el amor no correspondido que sentía por ti y sobre las promesas que hiciste solo para romperlas», dijo la marquesa. «Ella amaba sin dudar, creyendo que el amor le era correspondido. Una vez que supo que no la amabas, sintió que ya no valía la pena vivir su vida».

Edward se movió nerviosamente en su asiento. Le dio un mordisco a la carne y la masticó ruidosamente.

«¿Esa fue la razón?», susurró Nathan. «Cuando la dejé esa noche, estaba convencido de que ella y yo habíamos llegado a un acuerdo. Cuando supe lo que se había hecho a sí misma, no podía creerlo... no podía entender por qué había elegido la muerte antes que a mí. Le ofrecí todo... pero ella eligió la muerte», respiró entrecortadamente.

«¿Es verdad?». La cabeza de Iona se enfrió y la habitación se volvió blanca como la seda. «Dime otra cosa, Nathan».

Guardó un silencio confiado.

«Por favor, dime que esto es una farsa».

«Quizá sea mejor que sepas toda la verdad sobre el papel de Nathan en la tragedia antes de la boda, querida», dijo la marquesa. Tomó un sorbo de su copa de Madeira. «Fue una prueba terrible para todos nosotros. La noche antes del día de la boda de Edward, la hija del molinero

apareció en nuestra entrada empapada hasta los huesos por las lluvias torrenciales. Estaba temblando y llorando. ¿Qué iba a hacer, rechazarla?».

«Al principio pensé que era una broma de pesadilla. Sonaba como si la desconcertada chica estuviera diciendo que Edward había tenido...», ella tragó saliva para respirar. «Pero, ¿cómo podría ser eso? Edward nunca haría algo así. Nunca había mostrado ninguno de los comportamientos libertinos que Nathan hacía alarde con orgullo en todo el pueblo y en Londres. Edward es un buen chico. Una madre realmente podría sentirse orgullosa».

Un miedo enfermizo hizo temblar los dedos de Iona. Se aferró a su creencia en la inocencia de Nathan con tanta fuerza como se aferraba a la parte posterior de su carne. «Una vez que pudo calmar a la señorita Hartfield, ¿qué le dijo ella?», preguntó.

«Oh no, la chica estaba histérica. Fuera de su cabeza por el agravio. Ella simplemente siguió llorando. Fue algo terrible de ver... y con una casa llena de invitados a la boda».

«Si ella no se lo dijo, ¿cómo logró descubrir que no era a Edward a quien buscaba?».

«Bueno, por Edward, por supuesto», dijo la marquesa. «Bajó y nos encontró en el salón. Echó un vistazo a la pobre niña y nos dijo que nunca antes la había visto y que no podía imaginar lo que ella podría querer de él».

Algo en esa trágica noche no parecía cierto. ¿Por qué la señorita Hartfield preguntaría por Edward cuando, en realidad, estaba buscando a Nathan? «Entonces, ¿qué hizo? ¿Cómo logró que alguna vez esto tuviera algún sentido?».

«No lo hice. Envolví a la niña en varias mantas y estaba a punto de enviarla a casa cuando apareció Nathan. Él la miró largamente y la abrazó».

«Se lo dije a mamá», dijo Nathan, con voz increíblemente dura, «y a papá. En su estudio. Que yo era el responsable», parpadeó hacia Iona. «Lo lamento. Pero es verdad. Asumí la responsabilidad de su desafortunada condición».

«Fue entonces cuando se ofreció a casarse con la señorita Hartfield», añadió Maryanne. «Escuché la conversación. No pude dormir esa noche, estaba demasiado nerviosa por mi boda como para quedarme en la cama. Di un paseo por el invernadero pensando que estaría solo. Pero no lo estaba. Nathan estaba allí, hablando con la señorita Hartfield. Suplicándole».

«¿Tú lo escuchaste?», dijo Nathan.

«¡Maryanne!», rugió Edward. De repente se puso de pie y extendió la mano sobre la mesa, como si fuera a agarrar a su esposa por el cuello. «¡Prometiste que nunca dirías una palabra sobre esa noche!».

La habitación volvió a quedar en un incómodo silencio.

«¿Lo sabías?», Nathan le susurró a Maryanne, que estaba encogida en su silla.

Iona observó cómo el miedo desaparecía de los rasgos afilados de Maryanne. La mujer enderezó la columna, dobló su servilleta de lino en un pulcro cuadrado y alisó las costuras antes de asentir lentamente. «Te odié por eso, Nathan», dijo ella. «Te odié por mostrarme que mi futuro esposo tenía hielo en su corazón. Imagínate el impacto. Había montado un espectáculo para mi familia y para mí. Todos pensamos que estaba decepcionado conmigo. Qué joven tan tonta fui. Enamorada».

«No tienes que hacer esto», dijo Nathan.

«Sí. Por el bien de Iona y el mío. Durante más de ocho años, he dejado que una mentira gobierne mi vida... y me he sentido miserable por ello. Me he quedado callada, creyendo que era mi deber. Creyendo que mi felicidad y mi autoestima no eran importantes». Tocó su mano con la de Iona. «Aquella fría noche en el invernadero se me rompió el corazón. ¿Cómo podría no ser así? Escuché a la señorita Hartfield confesarle a Nathan que mientras Edward me cortejaba, él le

decía, usando las mismas palabras floridas que había usado conmigo, que *la* amaba y deseaba casarse con *ella*».

La amargura de Maryanne recorrió la habitación. «Y no, Edward, no guardaré silencio sobre esto ni un momento más. Tampoco te dejaré actuar más como un tirano. Ten cuidado, estoy recuperando el control de mi matrimonio, mi vida... y atendiendo a mi corazón».

«Acepté este matrimonio. ¡Mi matrimonio de cuento de hadas! Yo, una heredera cuyo padre provenía de una humilde familia minera. ¿Qué debía hacer? ¿Romper el corazón de mi familia y pisotear sus esperanzas porque descubrí que el cuento de hadas era mentira? Al final, tú y yo obtuvimos lo que queríamos. Tú tomaste mi fortuna para desperdiciarla y yo obtuve un título y la vida con un compañero».

«¿Tú dejaste que Nathan asumiera la culpa?», preguntó Iona.

«En ese momento parecía razonable. No sentía ningún cariño hacia mi futuro cuñado. Era un patán, un sinvergüenza como su hermano. Que la señorita Hartfield tuviera una vida terrible con él. Si no fuera por ellos dos, mi hermosa ilusión no habría sido arrancada... no así. Si hubiera sabido que iba a rechazar la oferta de matrimonio de Nathan y quitarse la vida, podría haber actuado de manera diferente», ella suspiró. «Ojalá lo hubiera hecho».

«¿Qué estás diciendo?», susurró el marqués. Su mirada se dirigió hacia donde estaba sentado Nathan. «¿Qué está diciendo ella?», preguntó con más fuerza.

«Digo que me siento afortunada de que mi amor por Edward no fuera tan irrevocable como el de la señorita Hartfield», dijo Maryanne, con palabras breves y pronunciadas rápidamente. «Él fue quien sedujo a la hija del molinero, no Nathan».

«Nathan...», los labios del marqués temblaban mientras tragaba saliva. Se llevó la mano a la boca y sacudió la cabeza como si no supiera qué decir. La habitación quedó en silencio hasta que golpeó la mesa con el puño, haciendo que los platos saltaran y resonaran. «Pero tú estabas... Afirmaste...».

«¿Maryanne está diciendo la verdad?», Iona le preguntó a Nathan una vez que se cansó de este drama.

Después de mirar alrededor de la habitación, Nathan asintió con torpeza. Su corazón estaba con él. Los miedos y esperanzas de un niño pequeño estaban dibujados en su frente afligida. Se volvió hacia su madre, cuya expresión todavía estaba tensa y cuyas cejas seguían mostrando profunda preocupación. Se acercó a ella con el tímido cuidado de un niño con un juguete roto, con la esperanza de que sus padres pudieran reparar mágicamente el daño.

«Pensé que estaba haciendo lo correcto», dijo.

Durante muchos latidos atronadores no pasó nada.

Y entonces, en silencio, su madre rompió en sollozo y abrazó a su hijo menor.

Por encima del hombro de la marquesa, la mirada azul celestial de Nathan se encontró con la de Iona. Vio una lágrima deslizándose por su mejilla un momento antes de que él girara la cabeza.

Capítulo Veintiuno

En la explosión de emoción que siguió al anuncio de Maryanne, principalmente dirigida hacia Edward, Nathan rodeó la mesa, agarró a Iona por la muñeca y la sacó de la habitación y de la locura de la casa de su familia. Este era un asunto familiar profundamente personal que no tenía por qué ensuciar sus oídos.

El tema de discusión era bastante impactante. Su padre no solo se había lanzado a rugir de ira por el trato insensible de Edward hacia la señorita Hartfield, sino que también había denunciado cómo, hacía apenas un par de semanas, se había visto obligado a pagar una elevada suma de dinero a la ilustre actriz Rose Darly, para evitar que su escandalosa relación con Edward se hiciera pública.

En el bendito silencio de la noche, pesadas nubes cruzaban el cielo muy por encima de ellos con la majestuosa gracia de los soldados en observación. Un trueno bajo retumbó en el aire.

A pesar de la amenaza de lluvia, la determinación impulsó a Nathan mientras atravesaba Brock Street y se adentraba en la hierba húmeda de Crescent Field. Una vez que estuvieron fuera del alcance del camino, soltó a Iona para darle la oportunidad de recuperar el aliento.

No quería nada más en el mundo que tomarla en sus brazos y besar la preocupación que había arrugado su frente. Pero cuando él se acercó a ella, ella levantó las manos y lo mantuvo a distancia.

«¿Por qué?», preguntó, su pequeño pecho revoloteaba con su respiración acelerada. Rayos de relámpagos cruzaron el cielo del atardecer. «Todos estos años... ¿por qué les permitiste creer lo peor de ti?».

Su razonamiento alguna vez había parecido tan simple. Había hecho lo que tenía que hacer.

Un trío de vacas pasó corriendo junto a ellos, las campanas alrededor de sus cuellos sonaban mientras las bestias buscaban refugio de la inminente tormenta.

«¿Qué más podía hacer? ¿Dejar que Edward sacara a la señorita Hartfield de Callaway Abbey y la dejara luchar sola? ¿Cómo pude permitir que eso sucediera? Quizás, al tratar de escapar de su salvaje juventud, había estado buscando migajas de redención. O tal vez había sido otra estratagema más para que su padre se fijara en él».

«¡Deberías haberles dicho la verdad a tus padres!», ella gritó. Una ira sorprendente la estremeció.

«¿Por qué? ¿Qué bien habría resultado de eso?».

Ella se alejó. Demonios, él no había querido asustarla. Respiró entrecortadamente y se pasó la mano por el cabello, tirando hasta que le picó el cuero cabelludo.

«Bien o mal, Iona, elegí reconocer los errores de Edward con la esperanza de que mi padre viera que estaba tomando el camino responsable... que él me viera. Pero no fue así. Toda mi vida ha sido lo mismo».

«Oh, Nathan...».

«No quiero tu lástima».

«Bien, porque no tengo intención de darte nada». Ella empujó su pecho. «Eres un hombre tonto, tonto». Ella lo empujó de nuevo. «Y ahora finalmente tienes a tu familia. ¡Todo esto es tu culpa!».

Él la agarró por las muñecas antes de que ella pudiera darle otro golpe. «¿Por qué diablos estás enojada?».

Ella parpadeó furiosamente. «Si les hubieras dicho la verdad a tus padres hace tantos años y hubieras dejado que el día de la boda de Edward se desmoronara, esos rumores no habrían destrozado tu reputación».

«¿Y?», incitó Nathan, todavía confundido por su ira.

«Y no te habría buscado para recibir lecciones, porque en primer lugar no te habría tildado de pícaro peligroso. Si hubieras dicho la verdad, no estaríamos en este problema ahora. ¡Obligados a contraer matrimonio!».

«Eso es cierto. Si no hubiera hecho lo que hice, no estaríamos comprometidos ahora. En lugar de eso, estarías planeando una boda con tu primo Lovington». Le tomó las mejillas con las manos y se aseguró de que sus miradas se tocaran. «¿Es eso lo que querías?».

«Por supuesto que no». Pero claro, él ya lo sabía.

«¿Qué te molesta, Iona? Dime».

«¡Yo no quería esto!», ella agitó las manos con impotencia. «Pensé que te convertirías en un pícaro desvergonzado, un libertino... ¡y había tratado de utilizarte! Si no fuera por tu maltrecha reputación, nunca te habría perseguido. ¿No lo ves?».

«Me temo que sí». La culpa la estaba carcomiendo. Ella todavía estaba escondida en su jaula dorada, temerosa de abandonar la seguridad de lo conocido. Su elegante pájaro cantor necesitaba desesperadamente la libertad de volar.

«Bien». Se cruzó de brazos y obstinadamente giró la cabeza.

Él no lo entendía, ni siquiera se molestó en cuestionarlo, pero sabía en el fondo de su corazón que él era el único caballero que la conocía lo suficientemente bien como para poder darle sus alas a su enérgica Iona.

«El escándalo no fue culpa tuya, Iona. En el momento en que te vi a principios de este verano supe lo que iba a hacer. Te perseguí con un objetivo en mente: el matrimonio».

«No», susurró ella.

«Ambos somos culpables. ¿Eso te hace sentir mejor? Querías utilizar mi reputación mordaz para liberarte de un compromiso infeliz. Yo quería utilizar tu impecable reputación, con la esperanza de limpiar parte del deslustre de la mía. Esperaba, supongo que, de forma bastante ingenua, que si mi familia veía que podías aceptarme y amarme, ellos también lo harían».

«Pero mi reputación ahora está tan destrozada como la tuya... y todo es culpa mía. Te seduje».

Nathan le puso un dedo en los labios. «Hiciste un milagro para mí. Mi padre se dirigió a mí por mi nombre y no me maldijo con su siguiente aliento. Y mi madre, ¿la viste?, me abrazó».

«No fui yo quien obró ese milagro, Nathan. La verdad simplemente necesitaba salir a la luz. Para que esas heridas sanaran, era necesario decir la verdad».

«Aún así». Él le levantó la barbilla. «Luchaste como una hermosa arpía por mi honor. Vine a Bath buscando una esposa adecuada. Lo que encontré fue una dama atrevida y sensual. Oh, cariño, soy el hombre más afortunado de Inglaterra». Él rozó sus labios con un beso agradecido.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. «Y ahora tienes todo lo que podrías desear». Ella también parecía completamente miserable por eso.

«Te amo», insistió él, acercándola a sus brazos. «No te preocupes por tu reputación. Espero que no hayas olvidado tan rápidamente mis lecciones de pícara. Mientras nos tengamos el uno al otro y nuestro amor, podremos enfrentar cualquier tormenta».

Iona no quería oír esto. No podía escuchar esto. No porque ella no compartiera la emoción. Le dolía el corazón. El tierno órgano estaba lleno de tanto amor por él que literalmente le dolía. Pero a veces el amor no era suficiente.

¿Qué pasaría con ellos una vez que se casaran y sus necesidades y anhelos fueran barridos por la vida de él? ¿Llegaría a resentirse con él? ¿Odiarlo por impedirle descubrir hasta dónde podría haberla llevado su independencia?

Le rompía el corazón siquiera imaginar en qué podría crecer esa semilla de resentimiento.

Un trueno sacudió el suelo.

«Hay una pregunta candente que debería haberte hecho hace más de una semana». Nathan le tomó la mano y se arrodilló. «¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?».

«Por favor», sollozó, «no me atormentes así. Ya se han leído las primeras amonestaciones. La ceremonia se celebrará dentro de una semana y media. Ahora no hay marcha atrás».

Ella se alejó de él y empezó a correr a casa. Nathan la persiguió, la agarró por los hombros y la hizo girar.

«No hay garantía de que el rumbo que te has fijado te haga feliz», dijo Nathan.

«¿No crees que ya lo sé? ¿No entiendes que toda mi vida me han prometido que si simplemente hacía lo que me decían y guardaba silencio sobre mis deseos, mi obediencia sería recompensada? ¿Que sería feliz?».

Ella pisoteó su bonito pie. «No estoy feliz, Nathan. Estoy inquieta. Y quiero más. Más libertad. Más elecciones».

Su puño tocó su corazón. «Quiero tener la oportunidad de intentarlo».

Las lágrimas brotan de sus ojos. «¿Cómo sabré quién se supone que debo ser si nunca tengo la oportunidad de descubrirlo?».

Nathan cerró los ojos y respiró hondo. A eso no tenía respuesta. Quería darle a Iona el Sol, la Luna, las estrellas... su libertad. ¿Cómo podría él quitarle eso? Ella merecía ser ella misma. Se merecía al menos tener la oportunidad de encontrar su propio camino.

Si quería arrebatarle su libertad, no sería mejor que los caballeros que pasaban horas y horas tratando de seducirla para que se casara. Había logrado lo que ningún caballero podría, había ganado su corazón. Pero sin su felicidad, era una victoria vacía.

«Si no deseas casarte conmigo, solo dilo. Solo dilo y me iré».

«No puedes, tu reputación, tu familia. Acaban de aceptarte de nuevo. Lo quiera o no, no hay marcha atrás en esto».

«Nada de eso importa, Iona. Si no deseas casarte conmigo, desapareceré de Inglaterra. Asumiré toda la culpa».

Los truenos crepitaron justo cuando el cielo se abrió y olió las lluvias de finales del verano cayendo sobre ellos.

«No quiero que vengas a mí por un sentimiento de deber», dijo. «Preferiría pasar el resto de mis días vagando sin rumbo por el continente que hacerte eso. ¿No lo entiendes? Un matrimonio implica que dos personas trabajen juntas, tomen decisiones juntas y, sí, renuncien a su independencia para poder estar juntas».

«No quiero estar sola». Apenas la escuchó susurrar.

«¡Eso no es suficiente! ¡No estoy dispuesto a ser tu opción menos objetable!».

«No eres el menos objetable...».

«Si llegas a este matrimonio con dudas, terminarás odiándonos a mí y a ti misma. Y no podría sobrevivir a eso. No después de vivir todos estos años bajo el control del desprecio de mis padres. Entonces, si no me amas y realmente no quieres este matrimonio, ten un poco de compasión conmigo y házmelo saber ahora. No después de que se hayan pronunciado los votos matrimoniales y se haya sellado nuestra unión».

Se preparó para lo peor. «Entonces dime la verdad, Iona. ¿Qué deseas?».

La lluvia se mezcló con las lágrimas que corrían por sus pálidas mejillas. Ella parpadeó hacia él. «¿Qué quiero? He estado esperando durante años a que alguien me preguntara precisamente eso», dijo en voz baja.

Su corazón se hundió.

«Mi mayor deseo ha sido explorar mi pasión por la escultura y aprender a crear hermosas figuras en piedra. Y no quiero dejar a mi familia. Han sido mi vida durante tanto tiempo que no puedo imaginar vivir sin ellos».

«Ya veo», dijo Nathan.

Así que eso era todo. Esto iba a ser un adiós. Se giró para subir la colina y regresar hacia Royal Crescent.

Iona lo agarró de la muñeca. «Cuando pensé que tu padre te iba a mandar lejos, nada de eso significó nada para mí. Mi mundo se hizo añicos cuando pensé que nunca volvería a verte».

Volvió la cara hacia la lluvia torrencial. «Ahora sé que soy lo suficientemente fuerte como para vivir una vida sin ti...».

Intentó alejarse de ella, pero ella no lo dejó ir.

«Pero un mundo así sería terriblemente incompleto». Se secó el pelo húmedo de la cara. «Me haces completa, Nathan».

La tomó en sus brazos y, levantándola del suelo, la hizo girar formando un amplio círculo. «Te prometo, amor mío, que tus sueños siempre estarán a salvo conmigo».

Epílogo

«Es hora», dijo la madre de Nathan y le apretó la mano.

Nathan había soñado con este día desde que Iona irrumpió en el estudio de su amigo y encendió su corazón hace dos años. En ninguno de esos sueños de boda de cuento de hadas imaginó que tendría una sensación de mareo excesivo.

Salió del salón de Callaway Abbey y se puso los guantes. Según todos los indicios, esta mañana iba a ser perfecta. Los sirvientes se habían superado y decorado el vestíbulo, la escalera y el salón de baile con guirnaldas de fragantes jazmines, madreselvas y pasifloras. Las mejillas del marqués estaban rosadas de salud mientras caminaba por la puerta, murmurando que no debían llegar tarde.

«Vas a hacer llorar a todas las damas de la ceremonia al verte», dijo su amigo, el vizconde Evers. Golpeó juguetonamente a Nathan en el hombro.

«Algo no está bien», se quejó Nathan, su frac azul comenzaba a sentirse demasiado apretado. Sus pantalones grises le quedaban demasiado sueltos. Y temía que sus medias blancas estuvieran en peligro inminente de deslizarse hasta sus tobillos.

Maryanne lo besó en la mejilla mientras caminaba pesadamente hacia el carruaje que lo esperaba. «Todo estará bien», le susurró al oído. Edward, de pie obedientemente a su lado, frunció el ceño.

«Si no nos vamos pronto, nos toparemos con el cortejo nupcial», advirtió su madre mientras bajaba apresuradamente las escaleras. «No podemos permitir eso. Vamos. Vamos».

«Lo siento, madre», Nathan regresó a la casa. «Pero todavía no estoy listo».

* * * * *

«Son simplemente los nervios», le dijo la madre de Iona en voz baja al duque. «Ella estará bien una vez que lleguemos a la iglesia».

Iona se secó los ojos, sin estar del todo segura de por qué lloraba. Este era el día de su boda. Y, a diferencia de muchas jóvenes de su posición, amaba a su prometido. Y él la amaba. Tenía una suerte fabulosa. Entonces, ¿por qué tenía tantas lágrimas en los ojos?

«¿Estás segura?», preguntó el duque. «Si me preguntas, parece muy miserable. No se la entregaré si quiere hacerla tan infeliz».

«Ella estará bien». Su madre la empujó hacia la puerta. «Los carruajes ya están alineados afuera. Una vez que los Portfry se hayan ido a la iglesia, no tendremos mucho tiempo antes de que tengamos que seguirlos. Y aún queda mucho por hacer».

«Muy bien», dijo su padre y las dejó solas.

«Me gustaría que dejaras de llorar», dijo Lillian y se secó los ojos enrojecidos con un pañuelo. «Tus lágrimas nos entristecen al resto de nosotros».

«Parece que no puedo parar. Realmente no deseo llorar hasta llegar hasta el altar. Realmente no quiero».

«Son simplemente los nervios», le aseguró su madre.

«¿Dijiste que los carruajes del marqués aún no han partido hacia la iglesia?», preguntó Iona.

Ella saltó de su silla. Gracie, su doncella, lanzó un grito de dolor cuando más de la mitad de las horquillas que había usado diligentemente para fijar un velo largo en el peinado de rizos elaborados de Iona se soltaron.

Iona asomó la cabeza por la ventana abierta. De hecho, los vagones todavía estaban cuidadosamente alineados y esperando ser cargados. Ella lanzó un profundo suspiro de alivio.

«Tengo que verlo», dijo y abrió la puerta.

«¡No!», tanto Gracie como Lillian gritaron.

«¡Sería indecoroso!», gritó su madre mientras perseguía a Iona.

* * * * *

Antes de que Nathan llegara a lo alto de las escaleras, un aleteo de muselina blanca adornada con seda se estrelló contra su pecho. Por pura autoconservación, rodeó con sus brazos la mancha de telas blancas nacaradas y se apoyó contra la pared para evitar que ambos cayesen por las escaleras de mármol.

Un par de ojos azul aciano manchados de lágrimas parpadearon hacia él. «Necesito desesperadamente decirte algo», dijo su encantadora futura esposa. «Ya he esperado demasiado».

El corazón de Nathan se hundió hasta los dedos de sus pies. «Tenía miedo de esto». Sin darle oportunidad de emitir ningún sonido, la tomó en brazos. «Antes de que digas algo, déjame mostrarte lo que he hecho».

Mientras la duquesa de Newbury gritaba casi derribando el techo y le advertía que se detuviera en ese instante, Nathan bajó las escaleras y salió por la puerta principal. «Harry», llamó al conductor del carruaje, «llévanos a la cabaña de Holme Crossing sin prisas».

«Esto es ridículo, Nathan, bájame». Iona golpeaba con sus pequeños puños contra su pecho. Se negó a soltarla hasta que estuvo sentado en el carruaje con ella tendida sobre su regazo.

«Ahora, mira esto», dijo el duque de Newbury. Abrió la puerta del carruaje y entró con ellos.

«No planeas hacer nada imprudente, ¿verdad, hijo?», preguntó el marqués mientras subía por el lado opuesto. Tan pronto como los cuatro se acomodaron en los bancos del carruaje, Harry puso el artilugio en movimiento.

«Vamos a la cabaña», dijo Nathan. No iba a permitir que ninguno de los dos lo obligara a cambiar de opinión.

El campo pasó corriendo por la ventana. Y luego el pueblo. Y, por último, la iglesia de piedra medieval algo húmeda, repleta de invitados a la boda.

Luego, el carruaje hizo un giro desordenado y comenzó a rebotar por un camino cubierto de hierba.

«¿No vamos a ir a la iglesia?», preguntó Iona, con los ojos muy abiertos por la alarma. «¿Qué estás haciendo, Nathan?».

«Ya verás», dijo. «No dejaré que te preocupes por tu futuro conmigo. No permitiré que estés parada frente al vicario, miserable y llorando».

«Pero, Nathan, estaba corriendo escaleras abajo para decirte...».

Presionó sus labios contra los de ella para evitar que le dijera algo que tal vez no quisiera escuchar. Primero tenía que ver lo que él había hecho por ella. Entonces ella cambiaría de opinión. Entonces sus sonrisas volverían.

«Bueno, supongo que, si estamos repartiendo regalos de boda», refunfuñó el marqués, «me gustaría darte el mío. La finca y mansión de Holmes Crossing».

«Ahí es donde vamos ahora», le explicó Nathan a Iona. Ella miró por la ventana. Su boca

formaba un delicioso puchero. «Las tierras de Holmes Crossing están adyacentes a Callaway Abbey».

«Es hermoso», dijo mientras pasaban por un puente de madera y un arroyo color esmeralda que desembocaba en el río Trent.

«Mi padre nos da permiso para vivir en la casa solariega de la finca y tener control sobre la administración de la propiedad».

«¡Oh!», Iona le sonrió a través de una nube de lágrimas. «Una propiedad propia para administrar. Eso es maravilloso».

El marqués se aclaró la garganta. «Hay más, Nathan. La finca no está desamortizada. Y esta mañana firmé la escritura a tu nombre. La tierra es tuya».

Nathan casi se cae del banco. «¿Lo hiciste?».

Iona le apretó la mano justo cuando el carruaje se detenía.

Antes de que alguien pudiera moverse, el duque gruñó algo en voz baja. «Había planeado un gran discurso, pero ahora anunciaremos los regalos de boda», dijo. Metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de papel. «Compré una casa adosada en Londres, en Mayfair. Está a una cuadra de nuestra casa, Iona». Sus ojos se nublaron. Se aclaró la garganta con brusquedad. «Espero visitas frecuentes».

Ella aceptó con cautela la escritura de la propiedad. «Gracias, papá», susurró.

«Eso es realmente generoso», dijo Nathan, con el corazón lleno de alegría al ver la sonrisa de Iona. «Y ahora, amor mío, tengo un regalo para ti».

Dejó caer una llave de latón en su mano enguantada de encaje.

«¿Para qué es esto?». Estaba frunciendo el ceño ante la llave cuando estalló el caos a su alrededor. El resto de sus familias los habían perseguido y no perdieron el tiempo en salir de los carruajes.

«¿Dónde estamos?», Nathan escuchó la voz estridente de lady Lillian.

Una vez que todos estuvieron frente a la pequeña y ordenada cabaña con techo de paja, Nathan le pidió a Iona, que todavía fruncía el ceño ante la llave, que abriera la puerta.

Se sorprendió cuando vio el interior. Con las manos tapándose la boca, entró en la cabaña. «Mis materiales de arte». Pasó las manos por sus cuadernos de bocetos.

«Y las mejores herramientas para esculpir», señaló Nathan. «Además de los mejores instructores que Londres puede ofrecer. Como he intentado decirte durante las últimas semanas, Thomas Barker quedó bastante impresionado con tu trabajo y quiere presentarte a varios de sus amigos en la comunidad de artistas».

«Qué maravilloso», dijo la duquesa.

Iona suspiró. Su mirada volvió a la llave de latón que sostenía con reverente cuidado en sus manos enguantadas de encaje. «Este es uno de los mejores regalos que he recibido». Una lágrima rodó por su mejilla. «La llave de mi corazón».

Y luego le rozó la mejilla con un tierno beso delante de su familia y la de él. «Te amo», dijo ella con la convicción de un guerrero. «Te amo, lord Nathan Wynter. Por eso bajé corriendo las escaleras. Porque me di cuenta de que aún no te lo había dicho. Pero necesitabas saberlo. No hay nadie en este mundo a quien quisiera como marido, salvo a ti».

De repente, Nathan comprendió sus lágrimas. De hecho, se sintió a punto de soltar algunas él mismo. Ella le había dado el mayor regalo posible: una declaración de su amor incondicional frente a su familia.

«¡Oh, Dios!», ella exclamó. «¡Llegaremos tarde a nuestra boda!».

Él la levantó en sus brazos.

«Déjalos que esperen», dijo y le dio un beso lento y apasionado.

Gracias por leer esta historia

Suscríbete a mi boletín electrónico para estar enterado de nuevos lanzamientos.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que ayudaras a otros lectores a disfrutarlo también. Al fin y al cabo, la mayoría de los libros se venden por el boca a boca. ¿Qué es lo que puedes hacer?

Recomiéndalo. Ayuda a otros lectores a encontrar este libro recomendándolo a amigos, grupos de lectores y foros de debate.

Deja un comentario. Explica a otros lectores por qué te ha gustado este libro dejando una reseña en el sitio web donde lo compraste, en Goodreads, Bookbub o en tu blog.

¡Muchas gracias!

Acerca de la autora

Para **Dorothy McFalls**, autora de historias de la Regencia y de misterio, un “felices para siempre” es más que un simple final ficticio, ya que ha disfrutado cada día de matrimonio con su sexy esposo escultor. Anteriormente, era planificadora urbana ambiental, ahora escribe a tiempo completo. Para obtener información sobre los próximos libros de Dorothy, visita su sitio web en: <http://www.dorothymcfalls.com/>

Dorothy también escribe misterios con Encanto como **Dorothy St. James**, incluidas las series de Southern Chocolate Shop Mysteries y la White House Gardener Mystery, que los críticos han calificado de "enérgicas" y "de ritmo rápido". Recibe más información sobre sus lanzamientos misteriosos en: <http://www.dorothystjames.com/>

Recibe una prueba de los deliciosos misterios sureños de Dorothy con **Southern Chocolate Shop Mysteries de Crooked Lane Books**

Asking for Truffle

Death in a chocolate shop.

Playing with Bonbon Fire

Beach music, spicy chocolates, and murder.

In Cold Chocolate

Sea turtles, chocolate turtles, and a shot in the dark.

PRÓXIMAMENTE EN OTOÑO DE 2019

BONBON WITH THE WIND

Un huracán amenaza la pequeña chocolatería de la isla mientras Penn descubre lo fácil que es cometer un asesinato durante una tormenta.

No te pierdas: **White House Gardener Mysteries from Berkley Prime Crime**

Flowerbed of State: La pasión de Casey por la jardinería orgánica y su ojo para los detalles la han llevado al terreno más importante de Estados Unidos: el Parque del Presidente, en el que se encuentra la casa más importante de Estados Unidos: la Casa Blanca. Pero mientras prepara los toques finales de un innovador programa de cultivo para que la primera dama lo inspeccione, un agresor desconocido la ataca por detrás y luego desaparece. Cuando vuelve en sí, nota un follaje dañado que la lleva a ella y al Servicio Secreto a una mujer muerta en un bote de basura. Con la mayor oportunidad de su vida lista para florecer, y todos los hombres del presidente desbaratando sus planes perfectos, Casey tiene que profundizar y erradicar a un asesino antes de que ella termine plantada...

“Personajes creíbles, una trama trepidante y una mirada ligera a la vida política en Washington, D.C. harán las delicias de los aficionados más animados”.

~ Publishers Weekly

“Esta nueva y valiente serie de suspenso romántico es una elección obvia para los lectores que disfrutan de la serie "White House Chef" de Julie Hyzy (Buffalo West Wing), pero que también piensan en series de misterio sobre jardinería como la de Rosemary Harris (Slugfest)”

~Library Journal

The Scarlet Pepper: Como jardinera orgánica oficial de la Casa Blanca, Casey Calhoun suele estar metida hasta los codos en una cosa u otra. Pero cuando alguien comienza a alterar el huerto presidencial, ella pronto se encuentra en una situación muy complicada. Como si no fuera suficientemente malo que estén creciendo pimientos rojos en lugar de verdes y que la col esté apareciendo donde debería estar la lechuga favorita de la primera dama: un periodista de investigación duro es encontrado muerto después de atacar al impopular Secretario de Estado. Al repasar las pistas y los rumores, Casey sabe que alguien está saboteando tanto su jardín como la reputación de la primera dama. Pero cuando está a punto de pasar, Casey se da cuenta de que lo siguiente enterrado en la tierra podría ser *ella*...

“Este apasionante relato recibe mi mayor recomendación, un escape perfecto, y debería estar en tus manos ansiosas mientras preparas tus propios jardines. ¡¡¡Definitivamente una historia imprescindible!!!”.

~ Escape with Dollycas Blog

"Una mezcla de homicidio, chantaje, periodismo, poder y sexo, pero que St. James maneja con gusto y entusiasmo, "The Scarlet Pepper" cumple la promesa de la serie debut del año pasado, "Flowerbed of State", y luego alguno".

~ Richmond Times-Dispatch

Oak and Dagger: ¿Un espía en los jardines de la Casa Blanca?

Documentos robados, amenazas de muerte, agujeros misteriosos en el jardín sur y ahora un cadáver en el jardín. La evidencia del asesinato apunta a Gordon Sims, el querido jardinero jefe de la Casa Blanca.

El jardinero orgánico de la Casa Blanca, Casey Calhoun, con la ayuda del agente especial Jack Turner, promete limpiar el nombre de Gordon. Pronto Casey se encuentra en una carrera mortal contra el tiempo para descubrir el vínculo entre los documentos robados desaparecidos, los agujeros en el césped y un rumoreado tesoro de 200 años de antigüedad... antes de que el asesino ataque de nuevo...

"Otro interesante relato de St. James, que combina una novela policíaca elegante, una heroína valiente, un romance en ciernes y una rica dosis de historia y horticultura de la Casa Blanca en esta ingeniosa salida... todo lo cual hace de "Oak and Dagger" un tesoro para los lectores".

~ Richmond Times Dispatch

Visita el sitio de Dorothy St. James en:

<http://www.dorothystjames.com>
<http://www.facebook.com/dorothy.stjames>